

*Déjate
tentar...*



Anna Dominich

1ª Edición: Febrero 2016

©2016 by Anna Dominch

©2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo: Ediciones Coral Romántica (Group Edition World)

Dirección:

www.edicionescoral.com

/

www.groupeditionworld.com

Diseño de cubierta:

© by China Yanley

Fotografías de cubierta

©shutterstock

Conversion a epub: Ediciones Coral

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser

constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del CODIGO PENAL). Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos)

Déjate tentar...

“Serie Citas de Amor I”

Anna Dominich



Indice

Indice

Sinopsis

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo
Agradecimientos
Biografía

Sinopsis

Susana lleva una vida apacible. En realidad, muy apacible... Es una chica normal con las inquietudes e inseguridades propias de cualquier mujer en la treintena. Lleva una temporada sola y se da cuenta de que por fin le gustaría encontrar el verdadero amor.

Después de una noche de copas, acaba cometiendo una locura y decide crear un perfil en una página de contactos llamada "Citas de Amor". A partir de ahí, empiezan los problemas. De repente, la solitaria Susana se ve envuelta en un lío amoroso.

Aparecen en su vida un ejecutivo con problemas de madurez y un fisioterapeuta demasiado guapo para la salud. A su vez, conoce a un misterioso hombre llamado

Sombra que parece que siempre sabe exactamente lo que tiene que decir... Ella no lo tiene nada claro.

¿Con quién te quedarías tú?

Dedicatoria

A la niña que hay en mí. Por seguir a mi lado a pesar de las veces que he intentado acallarla y guardarla en un rincón. ¡No te vayas nunca!

Capítulo 1

Todo empezó un sábado por la noche...

Había quedado con las chicas. Nos habíamos puesto finas a comida mejicana y luego nos habíamos ido a beber a nuestra coctelería favorita. De fondo estaba sonando *I just wanna live* de Good Charlotte y mientras escuchaba, reflexionaba sobre la vida e iba sorbiendo por una pajita negra mi segundo mojito de fresa, deleitándome en sus contrastes y asumiendo la triste realidad. Tenía más de treinta años, treinta y dos para ser exactos, flacidez en muslos y pocas pretensiones de apuntarme a unas sudorosas clases en el gimnasio,

una vida aburrida con un trabajo aburrido y estaba soltera, eternamente soltera. Solterísima, diría yo.

¡Menuda mierda!

—Está claro que, hoy en día, es imposible encontrar a un hombre en condiciones, chicas, sobre todo tras mis desastrosas y recientes experiencias —afirmó con rotundidad mi amiga Vicky, tras lo cual dio un buen sorbo a su daiquiri pasando olímpicamente de la pajita.

Nosotras asentimos con vehemencia y, en un silencioso brindis, también tomamos un trago.

—Los chicos buenos están todos pillados —dijo Lisa, la más dulce e ingenua de las tres.

—¡Los tíos buenos están todos pillados querrás decir, cielo! —exclamó Vicky entre aspavientos—. Los chicos buenos son un mito... un invento de Hollywood o algo así.

—Lo peor del caso es que yo ya he acabado bajando tanto el listón que poco me falta por conformarme con cualquier cosa —murmuré con un suspiro resignado.

De repente, el mojito ya no me parecía tan sabroso. Ya no era una niña inmersa en el mundo Disney. Sabía que el príncipe azul no llamaría a mi puerta, sabía que era altamente improbable incluso, que conociera al hombre de mi vida. La fantasía de encontrarle en la parada del autobús o en la cola del supermercado como en una comedia romántica era mentira. Me negaba a aceptar que la única opción que me quedaba era volver a ir de depredadora por las discotecas en busca de una víctima potencial. Mis amigas y yo ya superamos esa etapa y mis muslos no estaban para lucir las mismas faldas cortas de antaño y eso me deprimía aún más.

Ya lo veía. Al final, acabaría con

un divorciado, que quizá ya tuviera un hijo con otra, y solo desease pasar sus días trabajando, bebiendo cerveza y viendo el fútbol los fines de semana. Mientras, yo prepararía tartas de manzana en la cocina, resignada, conformándome con una vida plana, sin emociones y suspirando solamente por mis héroes literarios, que serían los únicos que pondrían un poco de emoción a mi vida. En fin... sería mejor eso que nada. Pero qué deprimente.

Me acabé el mojito y pedí otro por pura desesperación. ¡A la mierda la celulitis y las calorías que contenían las fajitas que acababa de zamparme! Con el estrés que llevaba lo quemaría todo. Me di una palmadita mental en la espalda y levanté la mano para indicarle al camarero que empezara a preparar la siguiente ronda.

—La verdad, chicas... —susurró Lisa mientras dejaba su San

Francisco sin alcohol sobre la mesa y se inclinaba con aire conspirador hacia el centro —. Bueno, yo me... me he apuntado a una página de esas, ya sabéis...

—¿Una qué, cielo? —preguntó Vicky en voz alta rompiendo ese clímax misterioso que se estaba creando.

—Shh... No grites, Vicky —la reprendió Lisa con aire de maestra de escuela.

La aludida se giró preguntándome con un movimiento de cejas si en algún momento había gritado. Yo negué con la cabeza. Ya sabíamos cómo era Lisa. Dirigimos nuestras miradas hacia ella animándola a continuar.

—Es esa página que anuncian ahora en todas partes, Citas de Amor —continuó —. El jueves estaba aburrida en casa, leyendo ese blog de moda que tanto me gusta y lo vi. Vi el

anuncio y no me lo pensé. —De repente se sonrojó profusamente y dijo aún más bajito —. Estoy hablando con un chico.

—¿En serio?! —Ahí Vicky sí que gritó. Incluso vi que un par de cabezas se giraron en nuestra dirección tras su berrido.

Lisa asintió más ruborizada si cabe.

—Soy profesora de primaria, me paso el día rodeada de niños de seis años y soy tan tímida que pensé, ¿por qué no?

—Coño, Lisa, me dejas alucinada —exclamó de nuevo Vicky haciendo alarde de su refinado vocabulario.

Pero en realidad la entendía y era normal que se sorprendiera. Lisa era esa clase de persona que se queda viendo la vida pasar interviniendo lo mínimo posible. Así que suponía toda una novedad que hubiera tomado semejante iniciativa. Vaya, que no

nos lo podíamos creer. En aquel momento, apareció el camarero con nuestras bebidas y cuando dejó la de nuestra tímida amiga, Vicky se la devolvió y le guiñó un ojo. El chico era bastante mono.

—Lo va a tomar con alcohol, cariño.

El guaperas se lo llevó de inmediato sin ocultar una sonrisita cómplice. Le tenía en el bote. ¡Qué perra!

¿Por qué estaba tan mal repartido el mundo y mi amiga tenía que estar tan buena?

—Vicky, podría ser tu hermano pequeño —la reprendí, aunque, también me había quedado embobada mirándole el trasero.

La única respuesta que dio fue encogerse de hombros. Le daba igual.

—Deberías probarlo, Susana. Lo de la página, quiero decir —comentó dirigiéndose a mí—. Hace siglos que

no sales con un hombre.

—¿Qué?... ¿Yo? —pregunté alucinada.

¡No! Definitivamente. Nunca iba a caer en eso. Podría aparecer cualquier chalado. De hecho, ese era el paraíso de los chalados y los violadores. ¡Dios mío! La inocente Lisa estaba navegando por ahí... ¡Ay, no!

—No. Y es un no rotundo.

—Venga, Su, ¿por qué no? —preguntó Vicky, que probablemente ya se planteaba crear una cuenta, a pesar de que hacía apenas tres días aún estaba con su último ligue y que nuestro camarero ya iba dejando un rastro de babas. Era una rompecorazon.

—Porque no... Y tú, Lisa, deberías dejarlo, es peligroso —afirmé aún más convencida de ello.

—No lo es, Su. Te sorprendería comprobar la cantidad de gente que hay como nosotras.

—La mayoría de tíos que se meten en estas páginas son una panda de cerdos desesperados por follar.

Lisa me miró con aire indignado. No sabía si por generalizar, sin conocimiento de causa o por haber pronunciado ese verbo, que tanto odiaba, en voz alta.

—El chico con el que estoy hablando es muy amable. Es profesor como yo y también tiene problemas para conocer chicas. No está allí para... para hacer eso que has dicho —terminó casi tartamudeando—. No entiendo por qué metes a todo el mundo en el mismo saco.

—No dudo que haya buenos chicos en esa página, aunque las estadísticas demuestran que más del noventa por ciento de ellos van a lo que van.

—Tú y tus estadísticas... —murmuró mirándome mal—. Pues Toni no es uno de ellos. Te lo garantizo.

Toni, ¡madre mía! Lisa estaba más implicada en el asunto de lo que me imaginaba y ni siquiera conocía al tipo. No me gustaría verla sufrir, es de esas personas que sencillamente no se lo merecen. Tiene esa luz especial, ese aire inocente que la hace maravillosa y no quisiera que ningún perverso se la arrancara de cuajo.

Cuando conocí a Vicky y a Lisa jamás pensé que llegaríamos a ser tan buenas amigas, sobre todo porque tenemos personalidades radicalmente opuestas, pero así fue. Conectamos y nos complementamos a la perfección.

Sucedió una tarde en la que, en un momento de subidón, tras haberme pesado en la báscula de la farmacia... Sí, lo sé, ¿quién me mandaba a mi hacer semejante estupidez y más después de unas Navidades?... ¡En fin! A lo que íbamos. Después de ver que necesitaba urgentemente perder un par de kilos —o cinco— y siendo

como soy una afanada detractora de los gimnasios, pensé que sería divertido apuntarme a unas clases de salsa. Bailar, sudar, ejercitarme y tal vez, conocer algún tío interesante. ¡Qué ilusa!

Así que, ahí estaba yo, sola tras no haber podido convencer a nadie para que me acompañara, vestida con unas mallas y una camiseta ancha, rodeada de tías de la misma guisa y en la misma situación, mirando al profesor cubano menear el culo con su pareja de baile, siendo este el único espécimen masculino presente en la sala, aparte de una pareja de tortolitos, probablemente recién casados, que no paraban de hacerse arrumacos.

Fue evidente que, tras intentar dar los primeros patéticos pasos, yo no había nacido para aquello. Así que, antes de seguir haciendo el ridículo, decidí apartarme y empezar a recoger

mis cosas pensando que tampoco sería tan duro pasarme un mes a dieta. Lo del deporte y el ejercicio está sobrevalorado, no hay nada mejor que la lechuga y las manzanas. ¡Vegetales al poder! ¿Quién necesitaba sudar?

Después de ponerme la chaqueta e ir a recoger el bolso, vi aparecer a Lisa por el vestuario, pareciendo más avergonzada que yo. Supuse que también estaba en la clase de salsa, aunque no me había fijado en ella. Es de esas personas que de entrada pasan desapercibidas, con su aspecto de duendecillo del bosque, con el cabello tan rubio y esos ojos enormes e inocentes. En aquel momento, tenía la mirada baja y parecía que iba a ponerse a llorar. Me dio pena, la verdad, así que traté de solidarizarme con ella.

—Menudo coñazo de clase, en serio... Por un momento pensé que se me iba a descoyuntar la cadera. —

Ella me miró y esbozó una tímida sonrisa.

—Creo que nunca me había sentido tan patosa —confesó todavía con los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas—. El profesor me ha dicho que nunca había visto a nadie tan negado y patético como yo.

Estaba claro que el cubano bailaba bien pero tenía menos sensibilidad que un orangután en celo, ¡menudo gilipollas!

—Yo igual, pero ¿sabes qué? ¿Quién demonios necesita bailar salsa? Larguémonos de aquí.

Antes de que pudiéramos siquiera movernos se abrió la puerta del vestuario, golpeando con fuerza la pared, y apareció el huracán Vicky, todo curvas voluptuosas y melena al viento, enfundada en un top de lycra rosa chicle y unas mallas negras ajustadas.

A ella sí que la había visto en

clase, imposible pasar desapercibida con su perfecto cabello oscuro y su cuerpo de diosa. Juro que la odié a muerte durante el rato que estuve allí. Era de esas mujeres que no tenían que hacer nada para estar guapas. Probablemente podía comer de todo sin engordar un gramo. Zorra suertuda.

—¡Cabrón, hijo de puta...! —nos dijo mirándonos a los ojos muy seria.

Estaba claro que no iba dirigido a nosotras, pero su rabia era palpable.

—¡Ese cabrón me folló anoche y hoy está aquí restregando el culo con su novia! —exclamó caminando de un lado a otro del vestuario con los brazos cruzados, echando humo.

Lisa y yo nos miramos sin entender nada.

—Roberto —nos dijo como si eso lo explicara todo y nosotras no llegáramos ni al nivel de tontas del culo —. Me invitó a asistir a su clase

de salsa después de correrse en mi boca ayer mismo. ¡El muy cabrón! Y resulta que da las putas clases con su novia. ¡Su novia!

Recalcó cada una de las letras con una contundencia brutal. Si el tío hubiera estado allí, creo que le habría arrancado la piel a tiras con esas uñas de gel perfectas que llevaba. Lisa parecía estar horrorizada, yo un poco entre sorprendida y divertida, aunque sin entender nada todavía. Lo único que estaba claro era que el cubano era un gilipollas de categoría. A esa conclusión habíamos llegado las tres, aunque por motivos bien distintos.

—Venga chicas, vamos a la cafetería de aquí al lado, a falta de un bar de copas más cercano, claro. Necesito tomar algo fuerte y poner a parir a los hombres, en concreto a Roberto, alias capullo. —Vicky agarró sus cosas y, alzando las cejas, se nos quedó mirando a la espera de que la

siguiéramos.

Ella es así. Cuando quiere algo lo consigue. Y esa tarde quería unos hombros sobre los que llorar o tal vez, un par de desconocidas con las que emborracharse y despotricar un poco. El destino quiso que nosotras fuéramos las afortunadas, aunque ella siempre ha dicho que aquella tarde nos eligió y que no fue casualidad.

La verdad era que yo no tenía nada mejor que hacer y me apetecía saber cómo había empezado la historia entre la explosiva y mal hablada chica que acababa de entrar en el vestuario y el profesor de salsa. Lisa parecía opinar lo mismo, ya que cogió su bolso y fue hacia la puerta. Vicky se giró a mirarme y me habló bastante preocupada.

—¿Crees que en esa cafetería pija de la esquina me servirán una copa bien cargada?

Y así empezó todo. No hubo más clases de salsa, por supuesto, aunque tal vez, sí algún que otro cubano, o brasileño, por parte de Vicky y un montón de cafés, copas, cenas, compras, salidas y momentos inolvidables. Nos hicimos amigas, muy amigas, a pesar de ser tres personas completamente diferentes. De eso hacía ya cuatro años y, aunque la nuestra no es una amistad de esas desde niñas, es igual o más fuerte que si nos conociéramos de toda la vida.

—Haya paz, chicas —intervino Vicky devolviéndome al presente—. Su tiene razón, deberías ir con pies de plomo, cielo, eres muy inocente y hay mucho lobo suelto. Aunque, por otro lado, yo te animo a que lo intentes. No tienes nada que perder.

En aquel momento, llegó el camarero y dejó la bebida de Lisa sobre la mesa. Luego se inclinó hacia Vicky y le dio un papelito tras

guiñarle un ojo. Ahí estaba, otra vez, el huracán Vicky en acción. Acababa de conseguir el número de teléfono del morenazo sin tener que mover un dedo. Ella agitó el papel en el aire con una sonrisa de triunfo.

—¿Adivináis quién va a follar esta noche?

Lo que yo decía, ¡zorra suertuda!

Capítulo 2

Después de un par de mojitos y unas cuantas confiancias más, decidimos dar la noche por terminada. Vicky se quedó en la coctelería, estaban a punto de cerrar y el camarero quería llevársela a casa. Lisa y yo salimos.

La acompañé hasta su portal, pues vivía a dos calles del lugar y ella esperó hasta que apareció un taxi y entré dentro. No me apetecía ir en metro y desde el accidente no había vuelto a coger la moto. Además, había bebido más mojitos de los aconsejables para poder conducir.

Mientras circulaba en taxi, de camino a mi casa, me acordé del

fatídico día, diez meses atrás...Un tío se me cruzó, saltándose un semáforo y yo salí disparada de la moto con la mala suerte de acabar con una fractura de clavícula en el proceso y bastante magullada. Tal y como os estáis imaginando fue un momento horrible, todo sucedió muy rápido, pero recuerdo a la perfección el instante en el que impacté contra el suelo y sentí como se partía el hueso... ¡Dios! Aún me entran escalofríos. Aunque, podría haber sido mucho peor, dos piernas rotas, fractura de columna o muerte. Así que procuro no quejarme demasiado. Unas semanas después del accidente empecé la tediosa rehabilitación. En aquel momento, estaba bastante mejor, aunque aún seguía visitando a un fisioterapeuta una vez a la semana para que me diera un buen masaje y me metiera la bronca por no hacer los ejercicios de estiramiento en casa. Lo

sé, soy un caso, pero es que me da mucha pereza.

Llegué a mi casa, pagué al taxista y veinte minutos después ya estaba en pijama, aunque demasiado alegre para meterme en la cama y poder dormir. Además, no era tan tarde. La noche de chicas había terminado pronto por culpa del ligue de mi amiga. Así que, no sé ni cómo, se me ocurrió la genial idea y me encontré frente al ordenador.

Era una locura y lo sabía. No necesitaba que nadie me lo dijera, pero me había picado la curiosidad. Estaba haciendo un trabajo de investigación por el bien de mi inocente amiga, me convencí. Así que, entre risillas de borracha, tecleé...

www.citasdeamor.com

¡Uf! Aquello debía ser el paraíso de los solteros cachondos... bueno y de los casados también. ¡Madre mía! Era un nido de comadreja y la pobre Lisa

navegando por allí...

Lo primero era crearse un perfil. Admito que tuve muchas tentaciones de inventármelo todo, pero como bien es sabido, los borrachos siempre dicen la verdad y yo lo estaba un poco más de lo aconsejable a la hora de entrar en una web de citas y crearme un perfil público que podría ver todo el mundo. Así que me explayé a gusto.

Medidas, preferencias, complejos, lo que me excita en la cama, lo que no, el color mayoritario de mi ropa interior... ¿En serio preguntaban todas esas chorradas? ¿Usar bragas negras era trascendental a la hora de poder encontrarme una pareja compatible? Después de estar un rato contestando a un montón de preguntas estúpidas tipo test y permitir que el programa, en su base de datos, mostrara los solteros disponibles más afines a mí, llegó el momento de la foto. ¡Uf! Esa misión

era más complicada que la del test de las quinientas preguntas. Repasé todas las fotos que tenía en el ordenador y me pareció gracioso colgar una de mis vacaciones en Ibiza con las chicas. Estaba recostada en una hamaca, con el mar de fondo, sorbiendo una piña colada y vestida únicamente con un bikini blanco... mojado.

¡Genial!

Subiendo foto.

El programa me indicaba que estaban verificando mi foto y que una vez fuera aprobada, aparecería en mi perfil, así que, misión cumplida y con bastante sueño, decidí irme a la cama y seguir con mi investigación por la mañana. Había sido una gran noche.

Aquel domingo me levanté tarde y algo resacosa. Hacía rato que había pasado la hora de comer. Así que me preparé un café, unas tostadas y acabé merendando. Creo que tenía

sueño atrasado. Esos días estaban siendo complicados en el trabajo y a mi jefe le gustaba la idea de que hiciera horas extras a cambio de nada y yo, tal y como está el panorama laboral, no me quejaba y lo aceptaba con una sonrisa, pero por dentro me repateaba, ¡ya os digo si me repateaba! En fin, dejando los problemas laborales para la mañana del lunes, que estaba más próximo de lo que me gustaría, me acerqué con mi segunda taza de café al ordenador portátil que había dejado encendido.

¡Mierda! La maldita página de contactos... Bueno, el perfil ya estaba creado y no había nada que hacer. Me recordé la noche anterior entre risas, tecleando como una posesa, confesando que una de mis fantasías más recurrentes era la de que un tío me arrancara las bragas a mordiscos. ¡Lo qué hace el alcohol! Estaba peor de lo que pensaba.

Menos mal que esas cosas no las leería casi nadie entre todos los perfiles jugosos que debía haber por ahí, pensé. Me imaginé a un montón de veinteañeras pechugonas luciendo palmito y llegué a la conclusión de que mis eróticas fantasías no iban a despertar el interés de nadie. Además, soy una chica del montón y la foto ibicenca en bikini dejaba al descubierto mis carnes en toda su gloria, que es mucha. Probablemente, me bloquearan la foto por exceso de píxeles.

Levanté la tapa del portátil y actualicé la página. Mientras recargaba, pensé que echaría una ojeada por curiosidad, por la seguridad de Lisa y que luego lo borraría todo. De pronto, apareció mi foto y arriba mi nombre en letras grandes y mayúsculas: SUSANA-32. ¿Por qué demonios había puesto mi verdadero nombre y mi edad?

Solamente faltaba compartir mi ubicación o algo así, ¡por Dios!

¿Os han dicho alguna vez, que es peligroso conducir bajo los efectos del alcohol? Pues más peligroso es crearse perfiles en internet. ¡Creedme, insensatas! No lo hagáis nunca. Yo no lo sabía, pero estaba a punto de convertirme en una experta. Y así, de manera inesperada, empezaron a saltar notificaciones... ¡Joder!

Tienes 27 correos electrónicos por leer.

215 visitas a tu perfil.

85 personas quieren conocerte.

109 usuarios han votado tu foto.

Has roto 74 corazones.

¿¿¿Qué???... ¿¿¿¿¿Que yo había roto qué?????

¿Pero qué había pasado aquí durante la madrugada? No sabía muy bien por dónde empezar. Leyendo un

poco averigüé que lo de romper corazones era algo así como un guiño de la página que los usuarios utilizaban para enviar a una persona que les interesaba. También descubrí que, si no pagaba una cuota mensual, muchas de esas opciones iban a estar vetadas para mí. Así que, gracias a Dios, pude eliminar unos cuantos de los veintisiete correos electrónicos, ya que eran de usuarios que pagaban la cuota mínima y a mí solo se me permitía leer a los *premium* sin ser miembro vip.

¡Menudo lío! Qué complicado todo. Debería haber cursillos para saberte manejar por allí. Bueno, estaba claro que ahí estaba mi límite en la experiencia de la página. No pensaba pagar un solo euro para ligar, así que muchos de mis correos electrónicos iban a quedarse sin leer.

Dudé un poco entre empezar a leer los correos o ver cómo habían

valorado mi foto los demás usuarios. Ganaron los correos electrónicos. No quería deprimirme antes de tiempo si no había logrado más de un cinco de media por mi posado playero. De los veintisiete que había quedaron doce *premium*. Así que empecé a leer. «No veas la de tíos que pagan por ligar», pensé. ¿Dónde vamos a ir a parar? ¡Qué mal está el mundo!

De: BombonsitoLatino-34

Para: Susana-32

¡Mamasita! Está usted muy rica ñam, ñam.

Me gustaría conocerla.

¡Madre mía! La cosa no empezaba nada bien... Siguiente, por favor.

De: Locodeamor-45

Para: Susana-32

La distancia no debería ser un impedimento cuando una bella flor crece lejos.

Si me concedieras el honor, te invitaría a una cena y, entre deliciosos manjares y una buena copa de vino, te conquistaría... Creo que me he enamorado, ¿es mutuo?

De: ChicoSexy-29

Para: Susana-32

¡Guapa! He leído tu perfil y pareces una chica interesante. Si te gusta el deporte y estar en forma tanto como a mí, podríamos formar un buen equipo. No te arrepentirás de haberme conocido. Serías la primera.

Bueno, no sabría decir si este chico era un cretino o un creído. Lo que estaba claro es que el muy idiota estaba encantado de conocerse. Y del poeta madurito de antes ni hablamos.

Siguiente...

De: Maximus-23

Para: Susana-32

Me gustan tus tetas. ¿Te gustaría venir a mi casa y comerme la polla, guapa? La tengo bien cargadita para ti.

¡La madre qué lo...! ¿Pero es que en esta página no había ningún tipo de filtro? Encima veintitrés años. ¡Menudo niñato soplapollas! ¡Qué asco!

Borrar, borrar, ¡BORRAR!

De: Locodeamor-45

Para: Susana-32

*Bella Susana, ¿no respondes?
¿Tengo que empezar a enfadarme?
NO me gusta esperar.*

Vaya... Este tío está pirado.
Nota mental para luego: mejor bloquearle.

De: Luisitoestasoltero-36

Para: Susana-32

Buenas noches, Susana, supongo que te llamas así, ¿no?

Es un placer saludarte. Yo soy Luisito para los amigos.

Hace unos meses que me he separado y creo que la mejor manera para superarlo es empezar a conocer gente nueva.

Este fin de semana voy a ir de picnic con mis dos hijos, ¿te gustaría acompañarnos? A mí, me encantaría, guapa. ¡Muacks!

Pobre Luisito... ¿Debería escribirle un mensaje para aconsejarle que se apuntara a unas clases para aprender

a ligar? ¿O mejor decirle directamente que resultaba un poco patético?

Picnic con sus hijos... ¡por Dios! ¿Qué mejor proposición para espantar a una mujer soltera?

La lista de correos seguía más o menos igual, entre desesperados, locos de amor, pervertidos, cretinos y muy, muy pirados. Menudo desastre. Empezaba a darme cuenta de que para dar con un perfecto Toni, como el de mi amiga Lisa, si es que era tan perfecto como quería hacerle creer, debía hacer una criba importante.

Me pasé entonces al temido momento en el que iba a ver cómo habían valorado mi foto de perfil y bueno, no estaba mal, nada mal... La peor nota un siete. Bien, bien, muy bien. ¿Suena muy patético si digo que eso me subió la autoestima? Mejor no contestéis a eso. Los comentarios a mi foto no superaban el nivel de los correos, probablemente, eran peores y

más degradantes si era posible. Tenía que hablar con mis amigas a la de ya.

Cogí el móvil y me conecté a nuestro grupo de WhatsApp: «Salseras en apuros»

Susana: ¡¡ Chicas!! Ayer cometí una locura.

Vicky: ¿¿A quién te follaste, guarra??

Lisa: ¿Qué ha pasado, Su?

Susana: No me he follado a nadie... por desgracia. Me he metido en la página esa... citasdeamor.com

Vicky: ¡¡¡¡¿¿Qué??!!!!

Lisa: ¡¿Cómo?!

Susana: Sentía curiosidad y quería asegurarme de que era seguro y ¡¡NO

lo es!! Lisa, bórrate. ¡YA!

Lisa: Estás exagerando y ¡no pienso borrarame! Al menos, hasta que la cosa con Toni se formalice.

Vicky: Venga, zorrón, explícate.

Susana: De lo mejorcito que me han dicho: uno que me invitaba a un picnic con sus hijos.

Otro, un cuarentón recitando poesía.

Y otro, que si quería comerle la polla... ¡Qué asco!

Lisa: ¡Dios mío!

Vicky: ¿Qué foto pusiste?

Susana: Esa que me hice en Ibiza, tomándome una piña colada.

Lisa: Pero, ¿cómo se te ocurre? ¡Se

te transparentaba todo!

*Vicky: ¡Guarrilla! ¡Esa es mi Su!
Llámame.*

*Susana: Me voy a la ducha, luego
os llamo.*

Vicky: ¡Perra! No nos dejes así...

El móvil seguía zumbando, mientras yo me quitaba el pijama y abría el grifo de la ducha. Había dejado a mis amigas con algo en lo que pensar por un buen rato.

Capítulo 3

El lunes acabó convirtiéndose en un día agotador. Mi jefe, como siempre, me esperaba con un montón de tareas que no entraban en mi sueldo de recepcionista. Legalmente debería hacer una revisión de contrato y cambiar mi categoría a la de asistente personal, aunque la realidad era que mi puesto había sido degradado a la categoría de esclava del capullo porque vale, podía reorganizarle la agenda, preparar la sala de reuniones y hablar con los del catering e incluso podía hacerle las fotocopias y traerle un café. Pero, creo que lo de ir a comprarle un regalo a su mujer por su cumpleaños o recogerle la ropa de la tintorería sin

olvidarme de pasar por el kiosco a buscar el periódico, iba más allá de mis funciones, sobre todo teniendo en cuenta que tenía una secretaria que estaba más que dispuesta a complacerle. Y ya me entendéis con eso de complacerle.

Aún recuerdo el día que entré en su despacho sin avisar, creyendo que había salido a comer, para dejarle unos informes que me había pedido sobre la mesa y le encontré recostado en la silla, con los ojos entrecerrados, la mirada obnubilada y las manos sujetas firmemente a los reposabrazos con los nudillos blancos de tanto apretar. Creí vislumbrar incluso un hilillo de baba. Por un momento, pensé que le estaba dando un ataque, ¡yo qué sé! Un ictus o algo así. Soy demasiado ingenua, lo sé. Casi me faltó tiempo para abalanzarme sobre el escritorio, descolgar el teléfono y llamar a una ambulancia, pensando

que podría salvarle la vida y, quizá así, ganarme el reconocimiento que merecía, pero entonces, vi como surgía la melena dorada de Cristi de debajo de la mesa y lo entendí todo.

—¡Coño, Jiménez! ¿Es que no sabes llamar a la puerta o qué te pasa? —me espetó el tío con todo el morro.

Yo me había quedado tan sorprendida que allí estaba plantada como un pasmarote, con los papeles en las manos, mirando como Cristi se levantaba y se pasaba el dorso de la mano por los labios. Creo que los ojos se me habían salido un poco de las órbitas. Y todo por la impresión.

—Deja los papeles encima de la mesa y lárgate de una vez, ¡joder!

Su exclamación me sacó del estado de shock y casi le lancé los papeles mientras veía como se abrochaba los pantalones.

Volví a mi mesa como una

exhalación y a los cinco minutos vi salir a Cristi, que me miraba con una sonrisilla de satisfacción dibujada en los labios. Pasó por delante de mi mesa para dirigirse a los baños, supuse, meneando su culito prieto y respingón de veinticinco años. Nadie diría que acababa de hacerle una mamada al señor González, un cincuentón con tres hijos y felizmente casado.

Aquel día, comprendí lo qué era necesario para ascender en la empresa o, al menos, para tener ciertos privilegios, aunque la verdad sea dicha, prefería tener que ir a comprarle el periódico a mi jefe que hacerle una limpieza de tuberías. Solo de pensarlo me entraban arcadas.

Lo mejor del caso fue que nunca hablamos de ello, como si no hubiera sucedido. Ni siquiera se dignaron a darme una explicación. Yo, por supuesto, jamás volví a sacar el tema,

aunque no podía dejar de hacer volar mi imaginación cuando veía que llamaba a Cristi a su despacho con el pretexto de redactar una carta o lo que demonios fuera que hicieran.

Durante la hora de la comida de aquel lunes me estuve mandando mensajes con Lisa, ya que no había hablado con ella después de contarles mi incursión en el mundo de las páginas de contactos. Me dijo que las cosas con Toni estaban avanzando, que se habían llamado y que estuvieron hablando casi tres cuartos de hora. Se acercaba el momento de la primera cita. Me aconsejó que me dejara llevar y no me borrara aún de la página, aunque le aseguré que pensaba hacerlo nada más llegar a casa aquella tarde. Me dijo que, ya que había dado el paso, le diera una oportunidad. A ella también le costó encontrar a alguien interesante, aunque no tuvo que filtrar tanto.

Quizá se debía al hecho de que para su foto de perfil había utilizado una del anuario del colegio, en plan maestra con la blusa abrochada hasta el cuello y sus gafas de pasta. Nada que ver con mi bikini y la playa de Ibiza. Según me dijo, eso podía incitar más de la cuenta a los babosos. Nunca imaginé que mis muslos celulíticos pudieran crear tanto revuelo, la verdad. Me lo pensaría, le prometí, aunque estaba bastante segura de que iba a darme de baja.

La que sí me llamó la noche anterior fue Vicky. Estaba tirada en el sofá intentando tragarme una comedia aburrida que daban por la tele cuando sonó el móvil y yo agradecí enormemente la distracción.

—¿Me lo vas a contar? —Fue su saludo.

—Solo quería probar y ver dónde se había metido Lisa. No le deis más vueltas. La que tiene algo que contar

eres tú, ¿qué tal con el camarero?

—Todavía me tiemblan las piernas. ¡Cómo suben los jóvenes de hoy en día! —Suspiró y me la imaginé al otro lado de la línea, abanicándose con la mano —. Solo te diré que la tenía lo bastante grande como para dejarme impresionada. Cosa que no es fácil.

Después de unos cuantos detalles más, como grosor, textura y métodos orales, Vicky insistió en lo mío.

—Venga, nena, déjate de rollos... ¿Qué decían esos mensajes? Tengo que saber si hay posibilidades reales de ligar en estos sitios.

—Pero si a ti no te hace falta...

Nos reímos un rato mientras le hablaba de aquella panda de salidos y pirados. Ella también opinaba como Lisa, ya que el paso estaba dado por qué no esperar un poco, tal vez, llegaba un mensaje especial. Quizá había un tío como yo, normal,

trabajador, con ganas de conocer a alguien interesante, enamorarse...

¡Ya, claro! No soy tan crédula, pero bueno, les hice caso. El lunes al llegar a casa no me borré de la página y, a pesar de que había recibido unos cuantos correos electrónicos más y otras tantas votaciones, ese mensaje todavía no había llegado, solamente más de lo mismo. No contesté a ninguno y me olvidé un poco del tema.

El jueves por la tarde, tenía la cita semanal con Eric, mi fisioterapeuta. Me dirigí hacia allí dando un paseo, pues su consulta estaba relativamente cerca de mi casa y me convenía caminar después de pasarme todo el día con el culo pegado a la silla de la oficina.

Llegué un poco antes de hora y me senté a esperar en la pequeña salita de la consulta, después de que me abriera la puerta otro de los fisioterapeutas que trabajaba allí. Por

lo visto, aún tenía para un ratito con su paciente. Era un chico que se había roto el menisco esquiando. Lo sabía porque habíamos coincidido alguna vez, ya que solía tener las visitas el mismo día que yo, pero una hora antes. Además, a Eric le gustaba contarme algunos detalles sobre sus otros casos mientras me daba esos masajes torturadores en el hombro, aunque nada relevante que pudiera romper el secreto profesional. Hacía unos meses que nos conocíamos, por lo que nos habíamos cogido cierta confianza.

Después de que los del seguro me dieran el alta, tras haberme sometido a un par de meses de rehabilitación bastante mediocre, decidí buscar a un profesional por mi cuenta porque el hombro me dolía, tenía la espalda contracturada y me sentía todavía muy agarrotada. Una de las enfermeras del hospital donde hacía

mis sesiones de fisioterapia me recomendó a Eric, me dijo que era caro pero muy bueno y tenía toda la razón. Él me había dado la caña que necesitaba para volver a ponerme en funcionamiento y, aunque ya no necesitaba seguir viéndole con tanta frecuencia, me negaba a renunciar a sus masajes que, aunque dolían, eran increíblemente buenos.

Ojeé una revista mientras esperaba y me entretuve leyendo un interesante artículo sobre: «La piel a los treinta, cuidados y cremas». La verdad es que resultaba un poco deprimente saber que a mis años ya no había nada que hacer, que la cosa empezaba a decaer y que lo único que nos quedaba a las treintañeras era comprar cremas carísimas para retrasar el envejecimiento prematuro, las arrugas, las manchas, la poca luminosidad y Dios sabía qué más... ¡Menuda mierda! Si el objetivo del

artículo era hacerme sentir vieja, lo estaba consiguiendo. Aunque, creo que lo que realmente pretendían era que comprara esa milagrosa crema con ácido hialurónico que reducía las arrugas visiblemente en un mes. Y yo, tonta de mí, ya estaba apuntándome el nombre en una nota de móvil, para no olvidarme. Por suerte, las voces que escuché desde el pasillo, me salvaron de seguir deprimiéndome con semejantes tretas comerciales. Cerré la revista.

—Creo que en breve podrás volver a esquiar y a hacer cualquier tipo de deporte sin problemas. La rodilla está prácticamente recuperada —le decía Eric al chico con su voz grave y profunda.

—No lo sé, la verdad es que después de lo mal que lo he pasado estos meses estoy un poco acojonado —le respondió el chico y yo le entendí perfectamente, a mí me pasaba lo

mismo con la moto, que seguía aparcada en un garaje desde hacía casi un año.

—Está todo en tu cabeza, hazme caso —le aseguró él.

Les vi pasar por delante de la salita de espera y se detuvieron a saludarme.

—Veo que la cosa va mejor —comenté.

El chico tendría unos veintiséis o veintisiete años y era muy mono, con una sonrisa radiante que siempre le iluminaba la cara, aunque al principio no había sido así. Recuerdo que, la primera vez que le vi, salió de la consulta de Eric llorando como un crío. A Eric le gustaba machacar a sus pacientes. Decía que era por nuestro bien, aunque yo sospechaba que disfrutaba un poco con ello, rollo sádico.

—Sí, creo que pronto dejaremos de vernos —me dijo bastante contento.

—Susana —me saludó Eric con una inclinación de cabeza —, ¿por qué no pasas a mi despacho? En seguida estoy contigo.

Les vi desaparecer por el pasillo, dejé la revista sobre la mesita y silencié el móvil para que no hubiera interrupciones durante la sesión. Me dirigí al despacho de Eric, que a su vez era también su sala de torturas. Me senté frente al escritorio. Detrás de mí estaban la camilla, el instrumental, las máquinas específicas, toallas, rodillos y cuñas para fisioterapia. Estaban situados en mesitas auxiliares y estanterías.

Sabía que había abierto la consulta unos tres años atrás con mucho esfuerzo y dedicación. Invirtió todos sus ahorros y se lanzó a por lo que le gustaba de verdad. Era su vocación y su manera de ayudar a los demás. El boca a boca y los buenos resultados con sus pacientes habían

hecho el resto. Así que ahora, contaba con dos fisioterapeutas más que trabajaban con él en la consulta y las cosas le iban sobradamente bien según me había comentado. A pesar del esfuerzo inicial, le había merecido la pena, aunque después de un horario intensivo en la consulta entre semana, dedicaba también algunas horas, incluso en fines de semana, a dar clases en un gimnasio como profesor de fitness, pero lo hacía más por afición que por necesidad, pensaba yo.

La puerta del despacho se abrió y le vi aparecer con una media sonrisa, animado, a pesar de que a esas horas ya debería estar cansado de tanto masaje, tanto hueso roto y músculo dolorido. Llevaba puesto el uniforme de siempre, rollo enfermero en color blanco, con unas crocs a juego y estaba... ¡Dios! Estaba tremendo.

Procuró no pensar demasiado en

Eric como hombre, porque me prometí a mi misma no volver a hacerlo después de salir por primera vez de su consulta, momento en el que me juré que solo le consideraría a nivel profesional. Rubio, con un corte de pelo desordenado, ojos verdes, altísimo, diría que rozando el metro noventa, con un cuerpo de dios griego que se adivinaba bajo ese uniforme que cortaba el aliento. Solía llevar una barba de dos días desarreglada pero muy sensual que acentuaba esos labios gruesos tan tentadores y tenía unos brazos que ¡madre mía! Cada vez que le veía acercar esas manazas a mi hombro o a cualquier parte de mi cuerpo, sentía que podía derretirme como un helado al sol. Para hacer un resumen claro y conciso de la situación y poner algunos ejemplos prácticos, solamente diré que era el Brad Pitt de *Leyendas de Pasión*, el Gerard Butler de *300* o el Viggo

Mortensen de *El Señor de los Anillos*.

Lo habéis entendido, ¿no?

Eric estaba fuera de mi alcance. Era de esos especímenes fabricados para hacernos soñar con sábanas revueltas y cabezas surgiendo de entre nuestros muslos con labios húmedos en el auge de la pasión. Promesas de amor y bodas de ensueño con hombres que valoraban más nuestro espléndido corazón que la medida de nuestros pechos. Y yo, una simple mortal, no tenía nada que hacer más allá de admirarle en la distancia. Así que, decidí ser práctica y después del azoramiento, vergüenza y nerviosismo de la primera vez que le vi en la puerta de su consulta, tendiéndome la mano y diciéndome que iba a ocuparse de que mi hombro izquierdo volviera a funcionar a pleno rendimiento, mientras a mí se me abría una boca tan grande como la de los dibujos manga y empezaba a

babear, me prometí dejar de verle como a un ser sexual y centrarme solo en el profesional que iba a ayudarme en mi recuperación. Y por ahora la cosa me iba bastante bien.

Había días en los que tenía la sensación de que coqueteaba conmigo o me lanzaba algún piropo, pero luego me convencía de que era imposible, imaginaciones mías, que tenía el radar muy estropeado después de tantos meses sin salir con nadie y así no me desanimaba ni me creaba falsas expectativas. Además, probablemente, tendría un ejército de mujeres esperándole, que estarían mil millones de veces más buenas y tonificadas que yo.

Sabía que no estaba casado porque en una ocasión me dijo que no le iba el compromiso ni las relaciones largas y que prefería divertirse, al menos, hasta que encontrara a la mujer adecuada. Normal, sonaba hasta

irónico que dijera aquello sobre sí mismo, ya que obviamente podía permitirse ser un tío de relaciones esporádicas. Pero nunca me llegó a aclarar si tenía alguna amiga o alguien especial en su vida, aunque fuera de manera informal. Así que ahí estaba yo, una semana más, frente a frente, fingiendo que ese tío no me ponía a mil. ¡Qué va! De ninguna de las maneras. ¡Dónde va a parar!

—¿Qué tal estás? ¿Cómo ha ido el dolor esta semana? —me preguntó como siempre al empezar nuestras sesiones. Yo intentaba no pensar en que, si me lo pidiera, me quitaría las bragas y dejaría que hiciera conmigo lo que quisiera, y sí en lo que me había estado molestando el hombro esos días.

—Bueno, empieza a hacer un poco de frío, llueve, la humedad... La verdad es que esta semana me ha dolido un poco más de lo habitual.

Estoy como las abuelitas, casi, casi puedo predecir cuándo va a caer una tormenta y cuándo va a hacer sol. — Sonreí.

—Ya, muchos de mis pacientes creen que después de sus lesiones tienen futuro como meteorólogos. — Me siguió la broma mientras se levantaba y se dirigía hacia la camilla —. Quítate la ropa anda, exagerada.

Empezó a extender papel sobre la camilla. Sus brazos musculosos se flexionaban de una manera que me parecía de lo más sensual y su espalda, tan ancha, invitaba a acercarse hasta apoyar la cabeza sobre ella, mientras rodeabas la cintura para acariciar esos abdominales que se intuían debajo de la camiseta y... Vale, vale, vale. ¡BASTA! Estaba a punto de desmayarme.

Me quité el jersey por la cabeza y me quedé en sujetador. Siempre

odiaba ese momento en el que tenía que pasearme por la consulta medio en pelotas, tenía la sensación de que mis michelines se hinchaban más que un flotador infantil. La primera vez que vine, casi me muero de la vergüenza y la humillación, aunque él no me ha dirigido jamás una sola mirada que pudiera considerarse inapropiada o de interés. Metí tanta tripa como pude y me senté en la camilla recolocándome los vaqueros para que no me marcaran la carne. Siempre acababa agotada por el esfuerzo de meter tripa y contener el aliento a la vez que trataba de hablar con normalidad y lucir una sonrisa fantástica.

Eric colocó ambas manos sobre mi hombro izquierdo desde atrás y empezó a presionar y a hacerme rotar la articulación. Gemí un poco.

—¿Te duele?

—Sí. Ayer estuve haciendo cambio

de armario y creo que cargué demasiado el brazo de tanto subir y bajar cajas de ropa.

Había dedicado la tarde del miércoles a revisar las prendas para la temporada de invierno. Barcelona es una ciudad con cambios de temperatura extrema entre estaciones. Una mañana te levantas a diez grados, al mediodía estás a veinte y por la tarde a doce, así que tenía que llevarme un jersey grueso para ir a trabajar y vestirme a capas. Todavía, tenía aquel batiburrillo típico de prendas que se forma en todos los armarios entre cambios de temporada. Tenía que arreglarlo y hacer un poco de limpieza.

—Deberías apuntarte al gimnasio, te lo he dicho cientos de veces, necesitas ejercitar la musculatura de la espalda. —La reprimenda de siempre, hacía casi un año que escuchaba la misma historia, pero

Eric era incansable, no había jueves que no me lo repitiera —. Sabes que estaría encantado de hacerte un plan de ejercicios y también sabes que te sentirías mucho mejor.

—Tus masajes me hacen sentir bien, Eric, no necesito nada más. No insistas.

—Un día voy a conseguir que vengas al gimnasio conmigo, es un reto personal y soy implacable, lo sabes.

—Y yo soy una cabezota más tozuda que una mula —le aseguré intentando reprimir otro gemido de dolor —. Así que, a ver quién gana.

—¿Has cogido la moto estos días? —preguntó sin hacer caso a mis negativas. Creo que en el fondo estaba convencido de que iba a acabar llevándome al gimnasio dijera lo que dijese.

—No.

—Otra como José —se quejó —.

¿Qué voy a hacer con vosotros?

José era el esquiador acojonado, que después de casi destrozarse la rodilla, también tenía miedo como yo de volver a probar con aquello que le había causado el accidente, tal y como había descubierto aquella misma tarde al escucharles hablar.

—Meternos caña como haces siempre y ser muy pesado.

—Venga, túmbate que voy a meterte caña de la buena.

Me desabroché el sujetador y cubriéndome los pechos me lo quité antes de tumbarme. Escuché sin ver, con la cara metida en el agujero de la camilla, como Eric se embadurnaba las manos con ese aceite caliente que utilizaba para empezar a darme el masaje y se acercaba hacia mí para comenzar de manera suave a recorrerme la parte alta de la espalda.

—¿Qué hiciste el fin de semana? — me preguntó después de unos minutos

calentando antes de empezar a machacarme los trapecios con dedos firmes.

Empezaba lo bueno... Me resigné a lo que se avecinaba, pues sabía que cuando Eric me hablaba durante los masajes, era con la única intención de distraerme del dolor.

—Estuve con las chicas tomando algo y despotricando un poco de los hombres en general... ¡Ay! —grité cuando sus manos empezaron a trabajar un nudo especialmente doloroso.

—Quejica —murmuró entre dientes y creí presentir una sonrisilla por su parte.

El muy capullo sabía que me estaba haciendo sufrir y le divertía.

¡Hombres!

—A ver, cuéntame lo malparados que salimos los tíos en esa conversación.

—Bueno, tampoco estábamos

generalizando —puntualicé—. Lo que pasa es que Lisa se ha apuntado a una página de esas de contactos, Citas de Amor se llama, y estuvimos advirtiéndole del peligro que corría.

—Tampoco creo que sea algo peligroso —comentó—, es una herramienta como cualquier otra para conocer gente y muy utilizada hoy en día. Solo es necesario ser un tanto prudente.

—No sé, puede ser... —dije no muy convencida. Él era un hombre y su percepción del asunto era muy distinta—. El caso es que, temiendo un poco por Lisa, decidí crear un perfil para ver de qué iba el asunto.

Eric soltó una carcajada y por unos instantes dejó de presionarme la espalda, cosa que agradecí, aunque no sabía muy bien cómo tomarme su risotada.

—¿Qué pasa?

—Perdona, Su, es que no te veo —

dijo volviendo al masaje y riendo aún por lo bajo.

—Ya, yo tampoco, pero ¿qué quieres que te diga? Sentía curiosidad.

—¿Y cómo fue la experiencia?

—Un desastre. Solo me han escrito un montón de salidos.

Volvió a reír.

—Bueno, no será tanto.

—Si te contara lo que decían esos mensajes no te reirías tanto...

—Cuéntamelo. Has despertado mi curiosidad.

Después de hablarle del chaval pervertido con su herramienta bien cargada o de Luisito y su propuesta de picnic, entre otros, Eric reía de verdad.

—Vaya, la verdad es que esos tíos no nos dejan en muy buen lugar.

—Voy a borrarame —le aseguré mientras me incorporaba, después de que él me limpiara la espalda con una

toalla para quitarme los restos de aceite, y volvía a ponerme el sujetador.

—Espérate, mujer, nunca se sabe.

Otro que pensaba lo mismo que mis amigas. Terminé de vestirme y programamos nuestra cita para la semana siguiente.

—Espero que, al menos, tu fin de semana terminara de manera más interesante que él mío —le dije mientras me acompañaba a la puerta, pensando en mis patéticas locuras nocturnas por el ciberespacio del sábado por la noche.

—No estuvo mal del todo. Mi amigo Alberto, el fotógrafo, nos presentó a un grupo de modelos que había conocido en una sesión de fotos el viernes, estaban de paso y querían conocer la ciudad de noche, así que ya te puedes imaginar cómo acabó la cosa...

Me lanzó una mirada de reojo y se

encogió de hombros. No le hacía falta añadir nada más. Podía imaginarlo perfectamente, con todo lujo de detalles incluso. Melenas salvajes, abdómenes planos, piernas kilométricas, pechos enormes, cuerpos desnudos y sudorosos cabalgando hasta el amanecer...

¡Asco de vida injusta!

Tocada y hundida.

Por cosas como esa era por las que solamente podía ver a Eric como un buen profesional porque yo no era modelo, ni siquiera llegaba a la categoría de tía buena y él jamás me vería como una posible... nada. Insignificante. Esa era la palabra que describiría como me hacía sentir.

Salí de allí más ligera de espaldas, eso sí, aunque con la autoestima un poquito lastimada, así que entenderéis perfectamente porque tuve que ir hasta el centro comercial más cercano y comprarme la maldita

crema con ácido hialurónico para treintañeras de doscientos euros que había visto en la revista y que no iba a servirme absolutamente para nada.

¡Joder!

Capítulo 4

El viernes por la noche, organicé una cena en casa con las chicas, ya que el sábado no podríamos vernos. Para nuestra sorpresa, Vicky había vuelto a quedar con el camarero de la coctelería por tercera vez, todo un record en ella, pues solía ser de rollos de una noche o de relaciones de tres días, y Lisa tenía su primera gran cita con Toni, el tío de internet. Además, mi presupuesto mensual para cenas fuera había mermado mucho tras mi asalto al centro comercial de la tarde anterior en busca del elixir de la eterna juventud, que ahora ocupaba un lugar de honor en la estantería de mi baño. El tarro era precioso, eso sí,

pero pude comprobar que el contenido no era más que un timo.

Se auguraba un fin de semana deprimente por mi parte. Eso de no tener novio o ligue o lo que sea, era un rollo. Sobre todo cuando tus amigas empezaban a salir por su cuenta, pues solía acabar con un sábado por la noche de manta y peli romántica al borde de la depresión, pensando en lo bien que se lo pasaba todo el mundo menos tú. Toda una tragedia que se me venía encima.

En fin...

Cuando sonó el timbre, yo ya lo tenía todo preparado. No había tenido que matarme mucho puesto que las chicas dijeron que traerían la cena, ya que yo ponía la casa. Preparé la mesita baja de centro, que tenía frente a la tele en el salón, con un mantelito, unos platos, los cubiertos y unas copas de vino. Sabía que terminaríamos como siempre,

sentadas en el suelo a su alrededor, así que para qué poner la mesa grande. Había confianza suficiente como para saber que pondríamos nuestros culos sobre mis cojines, beberíamos más de la cuenta y comeríamos como cerdas para lamentarlo al día siguiente.

Antes de abrir la puerta ya me llegaba el olorcillo a pizza recién salida del horno. ¡Malvadas! Sabían cómo tentarme y eso que les había advertido que oficialmente empezaba la dieta y que me conformaba con una ensalada. La imagen de Eric tomándose unas copas, y sabe Dios qué más, con esas modelos, me había puesto en alerta. Me veía medio en pelotas una vez a la semana. De hecho, era el único hombre que me había visto casi desnuda en los últimos meses, por muy patético y triste que sonara, y no quería ni imaginar la imagen que le estaba

ofreciendo. Definitivamente, la pizza estaba fuera del menú por una buena temporada. Tal vez, incluso, aunque fuera totalmente en contra de mi religión, me pondría unos videos de esos de Zumba que salían en YouTube para ponerse en forma en casa.

—¿Habéis traído la ensalada? — les pregunté a mis amigas mientras cruzaban el umbral.

—Una cesar —dijo Vicky colocando las dos cajas de pizza familiar sobre la mesita.

—¡También hemos traído helado! —me gritó Lisa desde la cocina. Seguro que lo estaba guardando en el congelador.

Tras los besos y arrumacos de rigor y de servirnos unas copas de vino, que serían el único capricho que me iba a permitir esa noche, nos sentamos sobre los cojines y nos dispusimos a cenar.

—Apartad eso de mí, hijas del mal

—les dije mientras las veía morder sus trozos de pizza barbacoa con placer casi orgásmico.

¿Por qué resulta todo tan extremadamente tentador cuando una está a dieta? Incluso ese trozo de queso fundido que se extendía entre la boca de mi amiga y el pedazo de pizza, que no era precisamente lo que más me gustaba, me parecía ahora ambrosía. Mordisqueé mi hoja de lechuga y traté de convencerme de que el aliño, al menos, era delicioso.

—No sé por qué te empeñas en ponerte a dieta continuamente, Su, estás estupenda —comentó Vicky entre bocado y bocado.

—Ya, claro, por eso el miércoles, cuando me probé el pantalón negro del invierno pasado descubrí que no me entraba —les expliqué—. Me pasé diez minutos tirando hasta dejarme los muslos rojos como un tomate y luego cinco minutos más metiendo

tripa para abrochar el botón.

—¿Y abrochó? —preguntó Lisa sin rastro de burla en su voz pues sabía, como toda mujer, que ese era un momento trascendental en los cambios de ropa de temporada.

Probarse la ropa del año pasado y descubrir que te quedaba grande era comparable a que te regalaran un cheque regalo en blanco de tu tienda favorita. El caso contrario era equiparable a que te pegaran una patada en el estómago.

—Sí, abrochar abrochó, pero casi lo reviento cuando intenté agacharme para doblarme un poco los bajos.

—Vaya...

—Bueno, eso se arregla con un par de semanas a dieta —afirmó Vicky apiadándose al fin de mí.

—Pues, en ello estoy.

—Está bien, seremos buenas y nos llevaremos los restos de pizza para que no tengas tentaciones en mitad de

la noche y no volveremos a insinuarte que comas una porción.

—Todo un detalle, Vicky.

—Pues a mí me gustaría ganar un poco de peso —se lamentó Lisa —, por más que como, no consigo engordar.

—Ese es el sueño de toda mujer, cielo.

Coincidí totalmente. Ya me gustaría a mí comer todo tipo de porquerías y seguir conservando una talla treinta y seis sin tener que esforzarme lo más mínimo. Aunque, por otro lado, también entendía a Lisa ya que a veces parecía demasiado pequeña y frágil. Ningún extremo es bueno.

—¿Qué te pondrás mañana para tu cita, Lis? —le pregunté y se ruborizó un poco antes de contestar.

—Bueno... Aún no lo tengo muy claro, había pensado ponerme ese vestido negro que me compré por mi cumpleaños, aunque no quiero

parecer demasiado atrevida.

—Cielo, créeme, ese tío está esperando verte aparecer con minifalda y un escote de vértigo —le dijo Vicky, sin duda pensando en el atuendo con el que ella se presentaría a una cita a ciegas —. El vestido negro es lo suficientemente recatado como para que no tengas problemas en causar una impresión equivocada.

—Toni no es así, es un chico sencillo, no espera verme aparecer en minifalda.

Vicky soltó una carcajada.

—Nena, los tíos solo piensan en una cosa —afirmó—. Créeme si te digo que las minifaldas están en los primeros puestos de la lista de todos ellos.

—El vestido negro está bien, Lisa. Yo opino que es una gran elección, discreto pero elegante, como tú.

Le guiñé un ojo y ella me sonrió de acuerdo con la apreciación.

—¿Tú cómo lo llevas con el camarero? —le pregunté a Vicky —. Me sorprende que haya una tercera cita.

—Nadie ha hablado de citas aquí, Su. —Tomó un sorbo de vino y me miró con una sonrisa de satisfacción —. Folla como Dios, es lo único que me interesa. Además, es demasiado joven para pensar en nada más.

—Vicky, odio cuando hablas así — la reprendió Lisa sonrojada.

Nos reímos las tres y seguimos charlando animadamente. Yo mordisqueando una zanahoria de postre, mientras ellas se zampaban sus tarrinas de helado de un litro bajo mi atenta y famélica mirada.

Cuando se fueron, las chicas se llevaron una bolsa con los restos de la pizza y la basura para tirarla al contenedor de abajo de mi casa, detalle que agradecí, pues ya estaba al borde de un ataque por una dosis

de grasas saturadas. Como una yonqui, capaz de robarle el bolso a una abuelita por conseguir su chute. Recogí un poco el comedor y guardé en la nevera el vino. Entonces, me asaltó una idea. Lisa había dicho que trajeron tres tarrinas de helado y ellas solo se habían comido dos. Como una ladrona a punto de cometer un delito, abrí lentamente el congelador y allí, dentro de uno de los cajones, estaba la joya de la corona, chocolate belga, mi favorito.

—¡Os odio, os odio, os odio! — exclamé en voz alta.

Diez minutos después, sentada en el taburete que tenía en la cocina, devoraba el helado como una posesa con una cuchara sopera.

¡A la mierda la dieta!

Empezaría mañana.

Lo de los videos de Zumba era un paseílllo comparado con la caña que me estaba metiendo haciendo

limpieza general en casa. El sábado se presentaba negro. Llovía a cantaros, mis amigas habían quedado con sus respectivos ligues y yo, la noche anterior, en un ataque de locura inducido muy probablemente por una saturación de vegetales en sangre, arrasé con una tarrina de litro de helado, mandando al demonio todo un día de intenso sufrimiento. Así que ahí estaba, con un plumero en la mano y el limpiacristales en la otra, quitando polvo acumulado, pasando el aspirador, fregando todos los suelos al ritmo de *Walking contradiction* de Green Day y usando el palo del mocho a modo de micro, haciéndome unos solos a todo pulmón.

Mi pisito era pequeño. Solo tenía una habitación, un mini baño, una mini cocina y un saloncito, pero si te pasabas más de una semana sin limpiar acumulaba la misma suciedad que un piso de cuatro habitaciones y

dos baños, y yo, por lo menos, llevaba dos semanas sin hacer limpieza, así que animándome con la idea de que era un plan genial para quemar las calorías de anoche, me puse a ello. Me dolía un poco el hombro, pero lo superaría.

Había barajado la posibilidad de coger el tren e ir a ver a mis padres. Desde que se habían retirado a vivir en esa casita del pirineo tras la jubilación de mi padre, no solíamos vernos a menudo. Yo trabajando y haciendo mi vida aquí, ellos felices y contentos allí... ¿Para qué estropearlo? Tal vez, al siguiente fin de semana me pasara por el pueblo, tenía que llamar a mi madre y comentárselo.

Por la tarde me llamó Lisa en pleno ataque de histeria. Me dijo que se había probado el vestido negro pero que creía que la hacía parecer demasiado delgada. La odio cuando

dice esas cosas, ninguna mujer en su sano juicio se ve nunca lo suficientemente delgada, aunque se lo perdono cuando me doy cuenta de que confía más en mi criterio sobre moda que en el de Vicky, a pesar de que es propietaria de una tienda de ropa con bastante éxito. Me comentó que se había probado un par de modelitos más y me preguntó si podía pasarme las fotos por WhatsApp para que le diera mi opinión.

—Sé que nunca me engañarías, Su, confío en tu criterio, dime la verdad —me pidió en tono suplicante.

Estaba desesperadita...Pobre Lisa. Creo que hacía más tiempo de su última cita que de la mía. Normal que estuviera nerviosa. Me pasó las fotos y el primer modelito con blusa de florecitas abrochada hasta el cuello y falda por la rodilla lo descarté al momento. El tío ya sabía que era maestra de primaria, no hacía falta

recordárselo. En el segundo, llevaba un top color coral con un pantalón negro ajustado. Le quedaba increíble, en serio, ni siquiera podía creer que tuviera un conjunto semejante en su armario, pero también lo descarté por la sencilla razón de que no era el estilo con el que Lisa se sentiría segura y no era la mejor opción para un encuentro con un desconocido, que ya de por sí pondría nervioso a cualquiera. Con el vestido negro estaba estupenda y así se lo aconsejé. Es cierto que se veía delgada, pero estaba preciosa con ese cinturoncito plateado que le había añadido a modo de complemento.

Lisa quedó satisfecha y más tranquila con mi opinión. Me lo agradeció en la segunda llamada que nos hicimos para valorar los vestidos y yo le recordé que me llamara sin falta ante cualquier problema y sobre todo al llegar a casa, fuera la hora que

fuera. Iba a estar por ahí con un tío de internet y a mí aún se me ponían los pelos de punta solo de pensarlo. Si le hacía algo a Lisa me lo cargaba.

A falta de planes, estuve incluso tentada de ir al restaurante donde habían quedado y, de incógnito, vestida de riguroso negro y con gafas de sol incluidas, espiar a Lisa para asegurarme de que estuviera bien, pero me di cuenta de que no podía hacerle eso. Era lo bastante mayorcita para apañárselas sola y debíamos confiar en ella. Además, el rollo espía solo funcionaba en las películas. Probablemente, si alguien me veía merodear por el restaurante de esa guisa, acabaría llamando a la policía.

Sobre las once de la noche, mientras reafirmaba mi patetismo encontrándome enganchada a las historias de un programa del corazón, me llegó un mensaje suyo.

Lisa: Todo genial, Toni es increíble.

Me quedé más tranquila, aunque le recordé que me dijera algo en cuanto estuviera en casa, sana y salva.

Cuando empezaron los anuncios, me fui a la cocina para preparar un té y me arrepentí un poco de no haber llamado a alguna de mis otras amigas para salir. Aunque lo cierto era que con quien más relación tenía era con Lisa y Vicky y tampoco habría sido lo mismo. Mis otras amigas eran más de las de tomar un café y ponernos al día de vez en cuando. Con mi taza de té caliente volví al salón resignada y al pasar por delante de la mesa me fijé en el ordenador portátil que estaba encima y recordé que no había vuelto a mirar la dichosa página de citas. Quizá fuera por aburrimiento o porque Lisa acababa de confirmarme

que el tal Toni era genial, decidí volver a entrar y probar suerte. Tampoco perdía nada por leer algunos mensajes más y si no había nada interesante, al menos, me reiría un rato.

Encendí el ordenador y me lo llevé al sofá junto con la taza de té. Me tapé con la manta y me lo puse sobre las rodillas mientras bajaba el volumen del televisor. Accedí a la página con mi cuenta y fui directa a los correos electrónicos. Había unos cuantos, otra vez. El poeta madurito volvía a las andadas, tenía que acordarme de bloquearle. Tenía unos cuantos mensajes antiguos de toda la semana, pero me fijé en uno que había entrado esa misma noche, a las diez menos cuarto, de un tal Fran-35. Lo abrí. Por suerte, era *premium* y podría leerlo.

De: Fran-35

Para: Susana-32

¡Hola! Encantado, me llamo Fran y soy de Barcelona.

La verdad es que no sé muy bien cómo funciona todo esto, llevo poco por aquí, unas dos semanas y me cuesta hacerme a la página.

Ojeando perfiles he dado con el tuyo y me has parecido una chica de lo más interesante y ¡muy guapa!

He visto que llevas poco tiempo por aquí y quería preguntarte si a ti te ha pasado lo mismo que a mí, porque me han escrito un montón de locas que empiezan a darme miedo... Dime que hay gente normal por estos sitios y que no soy el único, ¡por favor!

Me creé un perfil por recomendación de un amigo. Trabajo como ejecutivo en una multinacional y mi trabajo no me permite salir demasiado y conocer gente, así que bueno, aquí estoy. Soy un chico

normal, muy normal, ¡prometido!

*Si te apetece hablar, me encantará
leerte.*

Un abrazo, Fran.

¡Vaya! El primer mensaje normal.
Quizá incluso «el mensaje»

Por lo visto, en el bando femenino también había piradas y al pobre Fran le habían avasallado tanto o más que a mí. Por otra parte no me extrañaba, me metí en su página a cotillear y ¡era guapísimo! En su foto de perfil iba vestido informal, con un polo azul cielo y unas Ray-Ban Aviator que le sentaban de muerte. Tenía unas pocas fotos más, en una iba vestido de traje y en otra estaba en bañador en la playa. No es que tuviera el cuerpo que intuía en Eric, pero se notaba que iba al gimnasio y hacía ejercicio porque estaba fibroso y tenía una constitución atlética, sin tripa cervecera y cero pelos.

¡Aleluya!

Tenía los ojos negros, era moreno y tenía una mirada muy pícaro. Me gustó su sonrisa. Por lo visto, a las demás chicas también, porque había comentarios muy jugosos sobre sus fotos. Me reí porque entendía lo que quería decir cuando hablaba de locas. Yo lo había vivido en mis propias carnes. Me di cuenta de que estaba en línea.

¡En línea! No me lo pensé demasiado y le escribí un mensaje.

De: Susana-32

Para: Fran-35

¡Hola, Fran! ¡¡Por fin!! Estoy como tú, empezaba a creer que no había gente normal en esta página, porque me ha escrito cada uno que telita...

Soy de Barcelona y trabajo como recepcionista en una consultora.

También fue a través de una

amiga que llegué hasta aquí, aunque mi historia es más larga.

Me gustaría charlar un poco más contigo, estaría encantada.

¡Besos!

Pulsé la tecla de enviar sin pensármelo demasiado. Ya estaba hecho.

Esperé unos cinco minutos recargando la página sin parar, por si había algún problema para recibir mensajes o quizá les había fallado el servidor. Tal vez, al ser mi primer mensaje no lo había enviado bien, a lo mejor me habían bloqueado... Pero, tras comprobarlo todo por lo menos diez veces, me resigné y vi que no me contestaba. Bueno, quizá estaba ocupado, no había que ponerse en lo peor, a fin de cuentas yo había tardado más de una hora en contestar, aunque claro, no estaba en línea y él seguía apareciendo como

tal... Me estaba poniendo un poco histérica, lo sé, pero entendedme, era mi primera vez con estas cosas y tenía derecho a estar un poquito atacada.

Me conecté a Facebook para hacer tiempo y estuve revisando las actualizaciones de mis amigos. Había bastante actividad fotográfica a esas horas de un sábado por la noche. Cuando me cansé, intenté volver a poner atención al programa de la tele, aunque no podía concentrarme en lo que estaban diciendo. Tenía un ojo puesto en la pantalla del portátil que ahora descansaba a mi lado en el sofá. Me acabé el té y pensé que había sido una idiota. Seguramente, el tal Fran ya habría contactado con alguna veinteañera dispuesta y se había olvidado de sus buenas intenciones para conocer gente.

Treinta y siete minutos más tarde —no es que los estuviera contando, ¿vale?— llegó el aviso de una

notificación de mensaje. Pegué tal brinco que casi acabo lanzando el portátil por los suelos. Lo agarré como pude y me dispuse a leer el mensaje más nerviosa que una adolescente con su primer novio. Pero si hasta me temblaban las manos, ¡por Dios!

De: Fran-35

Para: Susana-32

Hola de nuevo, Susana, ¡cómo me alegra que hayas respondido! Perdona por la tardanza pero es que estaba cenando, sé que es un poco tarde, pero este fin de semana me ha tocado trabajar y he llegado a casa pasadas las nueve. La dura vida del ejecutivo, ya sabes...

Así que aquí estoy, un sábado por la noche, reventado y cenando lasaña congelada. ¿Cuál es tu excusa?

Me encantaría saber la historia de cómo acabaste creando un perfil aquí,

tengo toda la noche por delante.

¡Espero respuesta!

Besos.

¡Ay, ay! De pronto me habían entrado unos calores que tuve que quitarme la manta de encima y empezar a teclear como una posesa.

Pobre Fran, yo pensando lo peor y resulta que el chico había estado calentándose la cena en el microondas y no ligoteando por la página. «No tengo remedio», me dije negando con la cabeza.

Después de aquel segundo mensaje empezó un intercambio que duró casi tres horas y solo se vio interrumpido por el breve momento en que tuve que mirar el móvil para leer el mensaje de Lisa confirmándome que había llegado a casa sana y salva y muy contenta. Ya ni siquiera me acordaba de ella. Soy una mala amiga, pero es que la

conversación con Fran me tenía totalmente abducida.

—Me creé el perfil porque tenía que asegurarme de que mi amiga estaba a salvo navegando por aquí.

Le expliqué yo en mi segundo mensaje y ahí arrancamos.

—Una tía me mandó un mensaje diciéndome que estaba dispuesta a venir a mi casa y dejarse hacer lo que yo quisiera. Así, sin conocerme de nada, ¿te lo imaginas? ¿Están locas o qué les pasa?

—¿En serio? ¿No tienen miedo de lo que se pueden encontrar?

—En el fondo, creo que era un tío y que una vez le abriera la puerta de mi casa iba a ser él el que hiciera conmigo lo que quisiera... ¡Miedo!

—¡Jajaja! Pues, te lo tendrías bien merecido si hubieras sido capaz de aceptar semejante proposición de una desconocida.

—¡Qué mala eres!

—¿Qué tal la lasaña?

—Te confesaré un secreto que me avergüenza un poco... Odio la lasaña, pero estoy tan ocupado entre semana que a veces me hace la compra mi madre y por mucho que se lo repito nunca se acuerda de que no la soporto.

—Vaya... Así que un niño de mamá, ¿eh? ¿No te da vergüenza?

—Un poco... pero me consuelo pensando que llegarán tiempos mejores en los que no tendré que trabajar tanto y podré dedicarme a estas cosas. Es algo temporal, ¡en serio!

La conversación siguió más o menos en esa línea durante todo el rato. Fran me caía bien, a pesar de haber descubierto que aún necesitaba de las atenciones de su madre para ciertas cosas, pero si trabajaba tanto como decía, se le podía perdonar que aceptara la ayuda materna, sobre

todo después de confesar que era hijo único. Seguro que su mamá estaba encantadísima de seguir cuidando de su retoño... Aunque tuviera treinta y cinco años. Conocía ese tipo de madres, a la larga solían acabar convirtiéndose en un problema, pero ese era un tema del que, llegado el caso, me preocuparía más adelante.

—*Susana, me encanta hablar contigo, pero estoy muerto... Esta semana ha sido muy dura y creo que me iré a la cama.*

—*¡Oh, sí! Perdona, no me había dado cuenta de la hora.*

—*No te preocupes, si el primer interesado en seguir despierto hasta ahora he sido yo, pero estoy que me caigo. Estaba pensando... ¿por qué no me das tu número de móvil? Es una pesadilla tener que depender de una conexión a internet para poder volver a hablar contigo.*

¡Uf! Bombazo... ¿Y ahora qué? ¿Se

le da el número de móvil a un desconocido así como así? Aunque te hayas tirado tres horas hablando con él, nadie garantiza que no sea un pirado o un viejo verde o un baboso pervertido, ¡qué horror!

Consulté la hora, casi las tres de la madrugada. En esos momentos no podía mandar un mensaje de emergencia a mis amigas, Vicky estaría enrollándose con el camarero y Lisa seguro que durmiendo después de su cita a ciegas.

«¿Qué hago?», me pregunté.

Llegó otro mensaje, me había pasado tanto rato debatiendo conmigo misma que debía haberse impacientado.

—Oye, no te preocupes, si no quieres no pasa nada, lo entiendo, a mí también me daría recelo darle mi número de teléfono a un tío que no conozco de nada si fuera una chica. No importa, de verdad, podemos

seguir hablando por aquí, no quiero perderte por ir demasiado rápido.

Bueno, con eso me ganó, ¿qué puedo decir?

Le mandé un mensaje con el número.

—Ahí lo tienes, espero que hagas buen uso de él.

—¡No te quepa duda! Gracias por la confianza, ahora sí que me voy a dormir. Ha sido un placer hablar contigo, Susana.

—Lo mismo digo.

Nos despedimos y nos desconectamos. Entonces, me di cuenta de que él no me había dado su número, así que me tocaba esperar a que moviera ficha Fran. Con una sonrisa me fui a la cama, después de todo, lo de la página esa tampoco estaba tan mal. Tendría que darle las gracias a Lisa y a los que me habían animado a continuar.

Capítulo 5

Me desperté porque un rayo de sol estaba dándome justo en la cara. No sabía qué hora era pero me daba igual, era domingo y además, me sentía completamente relajada y descansada, había dormido del tirón. Miré la hora, las doce y media del mediodía. No estaba mal teniendo en cuenta que me había acostado pasadas las tres. Me incorporé un poco y por rutina cogí el móvil. En la pantalla bloqueada vi que me había llegado un WhatsApp de un número desconocido. El corazón empezó a latirme como una locomotora en cuanto me acordé de lo de la noche anterior y de Fran.

¡Era él!

Poco me faltó para subirme a la cama y empezar a saltar como una loca provocando una guerra de almohadas conmigo misma de lo contenta que estaba. De repente volvía a tener dieciséis años y todo me daba absolutamente igual. Me dispuse a leer el mensaje con manos temblorosas por la emoción.

Fran: ¡Buenos días, guapa! Soy el pesado de ayer por la noche, Fran. Ahora ya me tienes fichado tú también. ¿Qué tal has dormido?

Me guardé el número enseguida, antes incluso de contestarle y cotilleé su foto de perfil, era la misma que utilizaba en la página, la del polo azul y las Ray-Ban. Guapísimo. Noté que empezaban a dolerme las mejillas de lo ancha que estaba mi sonrisa. Me había escrito sobre las once, así que ya hacía un ratito. Dormía tan profundamente que el timbre del

mensaje ni me había despertado. Le respondí de inmediato.

Susana: Hola, Fran. Ya te tengo entre mis contactos. Me acabo de levantar. De hecho, aún estoy en la cama. ¿Ya has desayunado?

Su respuesta no se hizo esperar demasiado. Solté un gritito al sentir la vibración del móvil en la mano.

Fran: ¡Dormilona! Sí, me he preparado unas tostadas y un café cargado. Juro que la mermelada de melocotón la compré yo, ¡mi madre no tuvo nada que ver!

Me reí mientras seguíamos mandándonos algunos tontos mensajes más. Al final le dejé alegando que tenía que meterme en la ducha sí o sí. Ya me había saltado el desayuno mandándome mensajes con

él y a ese paso me iba a saltar hasta la comida.

Mientras el agua caliente resbalaba sobre mi cuerpo, me pregunté si Fran solamente estaría hablando conmigo o habría alguna otra chica más. Era muy probable que, si había mandado más mensajes parecidos al que me había mandado a mí, alguna otra le hubiera contestado.

Unos celos nada agradables me invadieron de repente. No tenía ningún derecho, lo sabía, y más, después de haber intercambiado solo unos cuantos mensajes sin importancia, pero no lo podía evitar. Quería las atenciones de Fran solamente para mí, por muy infantil que sonara, era mío.

Susana: ¿Te escribes con más chicas?

Le pregunté después de pensarlo

mucho, mientras me preparaba una insípida ensalada para comer siguiendo con mi absurda obsesión por la dieta.

Fran: He intercambiado algunos mensajes con un par de chicas pero nada que ver con lo que me ha pasado contigo. No sé... Hemos conectado, ¿no?

«Totalmente», pensé y me alegré por su sinceridad y por comprobar que estábamos en la misma onda. La ensalada ya no me sabía tan mal. Después de comer me senté un rato en el sofá a la espera de que llegaran mis amigas. Lisa me había mandado un mensaje hacía un rato diciéndome que se pasaría con Vicky a tomar el café y a contarnos su cita a ciegas. Sonreí pensando que yo también tenía noticias frescas que contarles por primera vez en unos cuantos meses.

El sonido del teléfono interrumpió mis pensamientos. Fran acababa de mandarme otro WhatsApp y yo estaba encantada.

Fran: ¡¡He tenido una idea!! No sé, igual te parecerá precipitado, pero mi lema siempre ha sido vivir el momento y tú me pareces una chica fascinante, así que allá voy... ¿Te apetece quedar esta noche para tomar una copa? Invito yo.

¡Joder!

Después de leer el mensaje un par de veces y de una parada cardíaca seguida de un ataque de taquicardia que probablemente podría llevarme a la muerte, me quedé en blanco sin saber qué contestar. ¿Una cita? ¿Tan pronto? Pero si apenas habíamos empezado a hablar hacía quince horas. Lisa había estado una semana mandándose mensajes con Toni y

luego tuvieron alguna que otra conversación telefónica antes de quedar. Necesitaba a mis amigas a la de ¡ya!

Por suerte, el timbre no tardó en sonar. Me levanté como un cohete y fui a abrirles la puerta. Casi las agarré de las solapas de sus chaquetas para arrastrarlas dentro y sentarlas en mi pequeño sofá de dos plazas. Yo me senté en la mesita de centro frente a ellas, me miraron extrañadas.

—¿Qué te pasa, Su? Estás blanca como el papel —me dijo Lisa tocándome la frente como haría una madre preocupada —. ¿Estás enferma?

—Sí, cariño, tienes mala cara —corroboró Vicky.

Me imaginaba a mí misma acojonada y con una arritmia cardíaca digna de ir a urgencias. Sí, seguramente, tenía mala cara.

—Lis, no me mates —empecé, centrando la mirada en mi preocupada amiga —. Me muero de ganas por saber qué pasó con tu cita de anoche, pero ha ocurrido algo y os necesito.

—Claro, por supuesto —asintió Lisa —. Cuéntanos.

Se lo conté todo.

Sola y aburrida en casa un sábado por la noche, cogiendo el ordenador para pasar el rato, entrando en la página y respondiendo a un mensaje interesante. Fran, la conexión, darle mi número de móvil y su proposición de hacía media hora. No escatimé en detalles, incluso les leí alguno de los mensajes que nos habíamos intercambiado. Suspiré profundamente una vez terminé el relato. Con ellas allí, escuchándome soltarlo todo, me quité un pequeño peso de encima.

—¡Madre mía! ¿Y todavía no le has

contestado? —me preguntó Lisa con los ojos abiertos como platos. Tenía la sensación de que le era difícil creer que lo que a ella le había costado semanas, a mí me había pasado en horas. La entendía perfectamente, yo tampoco podía creérmelo.

—¡Eres la leche, Su! Al final tendré que apuntarme a la puñetera página vistos los resultados — exclamó Vicky con una carcajada —. Dile que sí, ¿qué demonios estás esperando?

—No sé, chicas... apenas he intercambiado algunos mensajes con él, no le conozco de nada.

Miré a Lisa de reojo esperando su reacción, era la más cabal y en ese momento me fiaba más de su opinión que de la alocada de Vicky, que se metía en la cama de los desconocidos sin demasiadas preguntas. No es que la juzgara, entendedme, es mi amiga y la quiero, pero solía actuar de

manera muy insensata y precipitada la mayor parte del tiempo.

—¿Y crees que le conocerás intercambiando mensajes durante unos pocos días? Siempre tendrás las mismas dudas, Su. Si miente, seguirá haciéndolo y tú te irás engancharo más a medida que pasen los días. Mejor saberlo cuanto antes y si es un pirado le podrás dar puerta sin perder el tiempo.

—En eso tengo que darle la razón a Vicky —dijo Lisa—. Yo soy demasiado prudente y me dio miedo quedar antes con Toni, a pesar de que él me lo propuso, y me arrepiento de haber perdido tantos días mandándonos mensajes cuando podríamos habernos contado lo mismo a la cara tomando algo —nos explicó—. ¿A ti te inspira confianza?

—Bueno, sí —admití—. Hasta le di mi número de móvil, pero ¿y si está loco?

—Queda en un lugar donde haya mucha gente —me aconsejó Vicky —, si notas algo raro te levantas y te vas, nosotras estaremos móvil en mano esperando cualquier señal por tu parte.

Lisa asentía con la cabeza y yo, si tenía que ser sincera conmigo misma, me moría de ganas de conocer a Fran. Cogí el móvil con dedos temblorosos.

—Venga, nena, el mundo es de los valientes —me animó Vicky.

Tecleé el mensaje.

Susana: Hola, Fran, perdona que haya tardado en contestar. Han llegado mis amigas y, además, me ha costado un poco decidirme, pero bueno, tal y como has dicho, hay que vivir el momento. Acepto tu propuesta, aunque mejor quedamos por la tarde sobres las siete y media, ¿te parece bien? Hay una taberna irlandesa por el centro que está

genial, podemos tomarnos una cerveza.

Después de consultar con mis amigas y retocar un par de veces el texto, se lo envié. Me parecía mejor opción quedar por la tarde que no de noche para tomar una copa, por mucha confianza que me inspirara. Además, la taberna irlandesa siempre estaba a reventar de gente, sobre todo los domingos por la tarde cuando había partido de fútbol.

Su respuesta no tardó demasiado en llegar.

Fran: ¡Me parece genial! Empezaba a creer que me había precipitado al proponerte de vernos tan pronto y me estaba arrepintiendo del mensaje, así que cualquier propuesta me parece estupenda. Mándame la dirección exacta del sitio y allí estaré, puntual como un reloj,

esperándote en la puerta. ¡¡Estoy deseando verte!!

Se la mandé y él respondió que nos veríamos allí. Ya estaba hecho.

—¿Has pensado en lo que vas a ponerte? —me preguntó Lisa.

Y ahí se desató el caos.

—¡Dios, no! —Cuando parecía que los latidos de mi corazón empezaban a recuperar su ritmo normal, volvieron de repente al ataque —. ¡Pero si no tengo nada decente! Además, ¡he engordado! La ropa del año pasado ni me entra —me lamenté y a punto estuve de ponerme a llorar.

—Que no cunda el pánico —terció Vicky intentado infundir un poco de calma —. Lisa, ve a la cocina y trae la botella de coñac que tiene Su por ahí escondida. Creo que vamos a necesitar algo fuerte. —Mi amiga empezó a repartir órdenes —. Su, ve a tu cuarto y empieza a vaciar el

armario, esta tarde tenemos desfile. Yo, mientras, pondré algo de música.

Hacía más de una hora que habíamos empezado y podía afirmar con rotundidad que todo el esfuerzo de la última semana en la organización de mi armario acababa de irse al traste, con el agravante de que aún no habíamos conseguido resultados definitivos. Al final, acabamos todas en mi habitación. Mis amigas estaban tumbadas en mi cama, mientras yo trataba de quitarme unos pantalones pitillo con un poco de dignidad, cosa complicada cuando estás sudando después de probarte mil conjuntos y encima se empeñan en aferrarse a tus muslos como lapas.

Había ropa esparcida por todas partes. Sobre la cama, por el suelo, colgando de la puerta del armario, saliendo de las cajoneras... Había vaciado incluso las cajas de ropa de

verano que guardé encima del armario hacia apenas unos días, por si de milagro aparecía algún top decente.

Decidimos pasar del café y servirnos una copa de coñac cada una. Odio el coñac, pero la botella seguía en casa desde hacía un par de Navidades cuando mi padre, un gran amante de esa bebida, lo trajo para amenizar la sobremesa del día de Navidad. Como no suelo beber en casa, era lo único que tenía con suficiente potencial aparte de una botella de vino que en esos momentos tampoco nos apetecía.

Íbamos por la segunda copa, desde el salón se escuchaba a todo volumen el canal MTV que había sintonizado Vicky de acompañamiento. Entre tanto revuelo y nerviosismo, Lisa nos estuvo contando el encuentro con Toni para distraernos. El momento de tensión antes de llegar al restaurante

donde habían cenado, la timidez de los primeros minutos y luego como todo empezó a fluir de manera natural cuando decidieron confesar mutuamente que estaban demasiado temblorosos como para poder comer con elegancia la sopa de marisco, que era recomendación del chef esa noche, y no hacer el ridículo en el proceso. Rompieron el hielo y acabaron teniendo una noche estupenda en la que se dieron cuenta de que tenían más cosas en común de las que imaginaban. Me alegraba por ellos.

—¡Al fin! —exclamé una vez pude liberarme de los putos pitillos.

—Me reafirmo en el vestido de punto con las botas —le estaba diciendo Lisa a nuestra otra amiga.

—Es demasiado formal. —Vicky negaba con la cabeza. Se levantó y cogió el top rojo que colgaba de uno de los cajones y se lo puso sobre el pecho frente al espejo —. Voto por este y los

leggings negros brillantes.

—Vamos a tomar una cerveza, Vicky, no creo que presentarme vestida como si fuéramos a salir de fiesta sea una buena idea —le dije mientras me ponía unos vaqueros ajustados con un roto por encima de la rodilla.

—Estoy de acuerdo —asintió Lisa.

Cogí una camiseta negra de lycra de manga corta con un escote generoso aunque, lamentablemente, tampoco tenía mucho que enseñar y me puse la camisa tejana que me había comprado en la tienda de Vicky que tenía unos adornos en pedrería muy monos en los bolsillos. Me encantaba. Me calcé los botines negros y me planté frente a mis amigas.

—Decidido, no quiero pensármelo más, estoy muerta y si no le gusta, qué le den.

—Elegante pero informal, me

gusta —dijo Vicky y las dos asintieron con la cabeza —. Ponte un sujetador con *push up* —me recomendó con mucho acierto.

Me duché e intenté hacer algo con mi pelo, aunque sin grandes resultados, simplemente dándole un poco más de volumen a mis bucles castaños me di por satisfecha. Me maquille un poco mientras mis amigas se dedicaban a recoger la habitación. Sabía que igualmente tendría que dedicar otra tarde o dos a reparar el desastre pero les agradecí que hicieran algo, por poco que fuera, con todas esas prendas desperdigadas.

Nos despedimos en el portal y me desearon suerte, recordándome que estarían pendientes del móvil y listas para salir, si me pasaba cualquier cosa. ¡Qué grandes mis amigas! En momentos así es cuando me doy cuenta de lo importantes que son en

mi vida, yo también lo daría todo por ellas. Pasadas las siete salí de mi casa y me dirigí, casi corriendo, a la estación de metro. Iba justísima de tiempo, aunque tampoco importaba si llegaba cinco minutos tarde. No quería dar la impresión de estar demasiado impaciente.

Fran no había vuelto a mandar ningún mensaje en toda la tarde, cosa que agradecí. Tampoco habría podido responderle en mitad del follón que se había formado en mi casa, así que una vez sentada dentro del vagón de metro, cuando gozaba del primer momento de tranquilidad en horas, empecé a ponerme nerviosa.

¿Qué iba a ocurrir aquella tarde? ¿Me había precipitado? ¿Conectaría igual con Fran en persona que por mensaje? ¿Me había engañado de alguna forma? ¿Sería un perverso? ¿Un violador? ¿Un viejo baboso haciéndose pasar por un prometedor

ejecutivo en la red para poder citarse con jóvenes demasiado crédulas?... Vale, vale, suficiente. Mejor no permitir volar a mi imaginación. Respiré profundamente un par de veces, convencida de que si tuviera el vicio de mordirme las uñas, ya tendría los dedos en carne viva.

Al salir a la calle estaba temblando como un flan y a medida que iba acercándome a mi destino la cosa empeoraba, me dolía la tripa y tenía ganas de llorar de los nervios. Probablemente, acabaría tartamudeando como una tonta frente a Fran, ¡qué vergüenza!

Odiaba las citas a ciegas y maldecía la hora en la que me había apuntado a la dichosa página, incluso el momento en el que me había dejado convencer por mis amigas para acudir a aquella desastrosa cita en la que caería en la peor de las...

—Hola, Susana.

Aquel saludo interrumpió mis alocados pensamientos. De pronto, me di cuenta de que ya estaba frente a la taberna y un chico con una sonrisa divertida me observaba interesado.

—¿Fran...?

—El mismo —afirmó poniéndose firme —. Pensé que nos costaría reconocernos y más viendo que la foto no te hace justicia. —Extendió una mano sin perder esa sonrisa ladeada en ningún momento y me guiñó un ojo —. Encantado de conocerte.

—Yo... Igualmente, un placer.

Extendí la mano, tartamudeando tal y como había temido, y él me la cogió. Era una mano cálida y suave, bien cuidada. Tiró de mí, hacia sí, dándome dos besos.

Olía muy bien, fue lo primero que pensé después de alejarme, porque los besos ni los había sentido de lo azorada que estaba.

—¿Entramos? —dijo señalando el

local que teníamos enfrente.

—Claro —asentí—. Disculpa que me esté comportando como una tonta, la verdad es que estoy un poco nerviosa —confesé en un intento de aligerar la situación.

Él soltó una risilla.

—Tranquila, yo no he notado nada. —Volvió a guiñarme el ojo y me fijé en que era bastante atractivo, mucho más que en sus fotos. A él tampoco le hacían justicia.

Tenía un rostro de facciones marcadas y elegantes con una sonrisa de niño malo muy sensual. Un mechón de pelo moreno y descuidado le caía sobre la frente dándole un aire informal, aunque iba bastante bien vestido. Quizá había sido un error lo de los vaqueros rotos. Él llevaba una camisa en color crudo, pantalón de lana y chaqueta de traje a juego. Vi que le asomaba del bolsillo lo que parecía una corbata.

Me cogió de la mano y tiró de mí hacia el interior de la taberna. Cuando entramos nos golpeó el calor, había bastante gente y un grupo de chicos, al fondo del local, hacían jaleo vitoreando al equipo que jugaba a través de la pantalla de plasma. Fran divisó una mesa en un rinconcito apartado y conseguimos sentarnos antes que otra pareja que tuvo que conformarse con un hueco en la barra atestada.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó.

Me decidí por una Guinness y se fue a pedir.

Apareció pasados unos minutos con las bebidas que dejó encima de la mesa redonda de madera gastada. Todo un récord viendo la cantidad de gente que esperaba alerta por conseguir captar la atención de alguno de los dos saturados camareros.

—Este sitio está genial, no lo conocía, hay muy buen ambiente — comentó dándole un trago a su cerveza, Guinness también.

—Sí, sobre todo los domingos de partido —dije señalando a los alborotadores del fondo.

—Ya veo, ya.

Nos sonreímos y nos quedamos callados unos segundos mirándonos a los ojos. ¿Qué se le dice a un completo desconocido en una situación así? ¿Cómo se rompe el hielo? ¡Dios! ¡Qué ridículo! Era una mujer adulta que llevaba varios años trabajando y relacionándose con gente y me encontraba cortada como una quinceañera frente al chico que le gusta. Patético.

—Disculpa mi atuendo, pero he tenido que pasar por la oficina un rato después de comer y no me ha dado tiempo a cambiarme —comentó apiadándose de mí. Debía pensar que

tenía algún problema mental debido a mi mutismo —. Esa ha sido la razón por la cual tampoco he podido mandarte ningún mensaje en toda la tarde.

—Tranquilo, mis amigas han venido a casa y no he podido estar con el móvil.

«Venga Su, eso es, ¡jarranca!», me dije dándome ánimos. Estaba dispuesta a hablar del tiempo si hacía falta con tal de romper ese silencio incómodo.

—¿También te hacen trabajar los domingos?

«Bien, bien... ¡Ahí! Sacando tema», me aplaudí.

—Ya ves, soy un esclavo —se lamentó —. Pero bueno, llevo poco tiempo en la empresa y tengo que hacer méritos si no quiero que los peces gordos me coman.

—Eres un hombre muy ocupado, ya lo veo. Ahora entiendo mejor lo de

que tu madre tenga que hacerte la compra.

Él sonrió y agachó la cabeza un tanto avergonzado.

—Lo de la lasaña va a perseguirme siempre, ¿no? —Yo también me reí.

—Me parece que sí.

—Estás preciosa cuando sonríes — me soltó de pronto.

Me ruboricé, no me esperaba un cumplido y más viendo lo mono que era él.

—Vaya... Gracias.

—Viéndote no me arrepiento en absoluto de haberme apuntado a esa página, a pesar de todas las locas — bufó —. Y que conste que no es peloteo.

—A mí también me alegra — confesé —. Aunque he llegado a temer que alguno de esos tíos lograra rastrear mi localización, diera conmigo y acabara matándome en mi

propia casa —bromeé y nos reímos.

Por fin parecía que rompíamos el hielo.

A partir de ahí, todo sucedió con mayor fluidez. Fran estuvo hablándome de su trabajo, yo le conté cosas sobre el mío y sobre el loco de mi jefe. Le hablé de la tarde que pillé a Cristi haciendo trabajillos extra en su despacho y de cuando me mandaba a la tintorería y a por su periódico. Él me contó que en la otra empresa donde había trabajado le pasaba algo parecido, era el último mono y sus compañeros abusaban un poco. La cruz del novato, me explicó. Aunque, por fin, había logrado un puesto en una multinacional de renombre y ahora trabajaba duro para que le tuvieran en cuenta.

Quise pagar la segunda ronda cuando decidimos pedir un par de cervezas más, pero él insistió en que iba a invitarme me pusiera como me

pusiese. Alegó que su madre le había educado para ser un caballero y no iba a hacerla quedar mal ahora, así que se levantó a por las bebidas. Me pareció un poco cursi y anticuado, pero me hizo gracia.

—¿Cómo le fue la cita a tu amiga?
—preguntó una vez estuvo de vuelta con las bebidas.

—Dice que genial, se ve que el chico es muy majo y han congeniado.

—Pues, deberíamos promocionar esa página, por lo visto funciona. — Levantó el vaso en señal de brindis y yo choqué con el mío.

—Sí. —Estuve de acuerdo —. Y eso que pensaba que solo a uno de cada mil le salía bien la cosa.

—Somos afortunados, porque tu estadística no es muy alentadora que digamos.

Seguimos hablando un poco más de nuestras experiencias en la página y nos reímos un rato. Era agradable

estar con él, parecía simpático y muy interesado en todo lo que decía. Además, no levantó ni un solo momento la cabeza para ver el partido que estaban retransmitiendo por la tele, ni siquiera cuando los alborotadores se pusieron a gritar como locos un gol. Tenía su completa atención. Diez puntos para Fran.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Hazla, aunque según lo que sea, veremos si te contesto o no —le dije.

—¿Cómo es que llevas tanto tiempo soltera? Vi en tu perfil de la página que hacía más de un año de tu última relación.

—Rompí con mi ex después de una relación un tanto tormentosa. Le pillé con otra y aunque, tampoco es que fuera el hombre de mi vida, me quedé tocada. Llevábamos casi cuatro años y no me lo esperaba, la verdad.

Y era cierto, hubiera esperado que Óscar me dejara por monotonía, por

aburrimiento... pero no que me pusiera los cuernos. No lo entendí, creía que entre nosotros había la suficiente confianza y comunicación, aunque, por lo visto no era así.

Mi amor propio quedó bastante destruido, debo reconocer, con todo lo que dijo cuando me dejó, me creó algunas inseguridades que aún arrastraba.

—Eso es duro.

—Sí, no soportaría que volvieran a engañarme. —No se lo perdonaría a nadie, pensé.

—Es mejor romper antes que engañar y hacer daño —coincidió. Estuve totalmente de acuerdo.

—Hace unos diez meses tuve un accidente de moto —proseguí. Él me miró alarmado y le tranquilicé —. No fue muy grave, aunque me rompí la clavícula y la rehabilitación ha sido dura... —Recordé los dedos de Eric machacándome y me estremecí —.

Pero estoy mucho mejor. Los primeros meses fueron los peores. Por eso, he estado un poco apartada del mundo de las citas en los últimos tiempos.

—Normal, es comprensible, ahora entiendo porque llevas tanto tiempo sin pareja.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu historia?

—Conocí a mi chica en la universidad, estuvimos unos quince años juntos —me contó—. Imagínate, casi toda una vida, como un matrimonio. —Asentí, me lo podía imaginar, aunque no me veía en una relación tan larga—. Cortamos un par de veces en todos estos años, pero siempre volvíamos. Hace un par de años, por fin, decidimos formalizarlo y nos fuimos a vivir juntos. Era el paso previo a la boda. Por suerte, se nos ocurrió probar antes de hacerlo todo legal —explicó—. Supongo que la monotonía acabó con nosotros. No es lo mismo verte solo en los buenos

momentos que acabar peleándote hasta por a quién le toca bajar la basura.

—Bueno, las relaciones siempre tienen altos y bajos.

—Ya, pero en la convivencia nos dimos cuenta de que éramos incompatibles. Lo dejamos de mutuo acuerdo, sin peleas y sin rencores. Por suerte, no cometimos la locura de casarnos.

—Al menos, fue una ruptura limpia.

Él asintió.

—Así que ahora, entre el trabajo y que no estoy acostumbrado a tener muchas citas, es como he acabado buscando la ayuda de internet. Creo que ya he superado el duelo y estoy preparado para conocer a alguien especial.

Estuvimos charlando un rato más, Fran dijo de tomarnos otra cerveza, pero yo ya había cubierto mi cupo de

alcohol por una tarde, entre las copas de coñac con mis amigas y las dos Guinness, no quería acabar borracha en nuestra primera cita. Necesitaba causar una buena impresión. Salimos a la calle, se notaba el frío de principios de noviembre, así que me arrebujé en mi chaqueta, frente a la puerta de la taberna.

—No sé cómo proceder ahora. — Fran se pasó una mano por el pelo retirándose el mechón rebelde de la frente, parecía nervioso —. Me gustaría invitarte a cenar, pero no quiero hacerme el pesado y no sé si debería acompañarte a casa o despedirnos aquí.

Me pensé unos segundos lo de la cena, me apetecía seguir estando un rato más con él si era sincera conmigo misma, pero yo tampoco quería forzar las cosas. Para una primera cita no había estado nada mal y no era buena idea tentar a la suerte con una cena

improvisada.

—Creo que lo mejor es despedirnos aquí. La tarde ha estado genial y lo de la cena podemos dejarlo para la siguiente cita... Si quieres, claro — propuse tímidamente.

—Me parece genial. —Asintió de acuerdo —. Te tomo la palabra con lo de la segunda cita.

Nos dimos un par de besos y nos despedimos con la promesa de quedar para cenar pronto. Yo me dirigí hacia la parada de metro y él dio la vuelta en la siguiente esquina, por donde le perdí de vista.

Una vez acomodada en el metro, saqué el móvil para informar a mis amigas de que todo había salido a pedir de boca y vi que tenía un mensaje de Fran.

*Fran: Me ha encantado conocerte.
Estoy ansioso por invitarte a cenar.*

Susana: Lo mismo digo. Estoy

deseando repetir.

Le respondí, mientras en mi cara se dibujaba una sonrisa bobalicona.

Les mandé un breve mensaje a mis amigas diciéndoles que ya me iba para casa y que las llamaría a la mañana siguiente.

Después de una temporadita muy mala, parecía que las cosas empezaban a ir bien, muy bien...

Capítulo 6

El lunes al mediodía, ya que mi jefe había salido a comer con unos clientes y que la oficina estaba bastante tranquila, aproveché para navegar por la web de una conocida tienda de deportes y comprar una bici elíptica que estaba muy bien de precio. La vendían como práctica ideal en casa para el *cardio-training* y, según la descripción, mejoraba la respiración y la tonificación muscular. Sí, era exactamente lo que estaba buscando, aunque no tenía ni puñetera idea de lo que era el *cardio-training*, pero sonaba muy bien.

Compra en curso.

Después de mi cita con Fran, en

perspectivas de una próxima cena y en vistas de la atracción que despertó en mí que, además, creo que fue mutua, era muy probable que en breve me viera desnuda y eso me tenía un poco preocupada. Así que, lo mejor era empezar a ejercitarse en casa, para tonificar y todo eso. De ahí la compra urgente de la bici. La empresa de transportes prometía traérmela a casa en un plazo de tres días, así que en nada estaría sudando y quemando todas esas calorías que me sobraban.

Seguro que Eric estaría encantado en cuanto se lo contara, siempre insistiéndome con el deporte. Pues, ¡toma!

Por la tarde, al salir del trabajo, me dirigí a la tienda que Vicky tenía en una concurrida calle de la ciudad. Había quedado allí con mis dos amigas para charlar y ver las últimas novedades de ropa que le había

llegado aquella semana. El local no era muy grande, aunque estaba muy surtido. Vendía algunas cosas de marca y otras más económicas y muy monas que la habían llevado al éxito en tiempos de crisis. Había que reconocerle el mérito, pues no era fácil salir adelante con un negocio en los tiempos que corren. Incluso tenía una empleada fija y una estudiante que trabajaba por horas cubriendo algunos turnos. Mi amiga era una empresaria próspera. Estaba orgullosa de ella.

Cuando llegué, Lisa ya estaba allí y no tardamos en dirigirnos a la trastienda con nuestra amiga a tomar un café. Vicky empezó a enseñarnos algunas prendas que iba descolgando de una burra que tenía reservada para la ocasión.

—Me encanta el jersey de punto rosa —comentó Lisa mientras Vicky me ensañaba una falda tubo ideal.

—Me lo imaginaba, cielo, es muy de tu estilo. Tengo uno guardado para ti debajo del mostrador.

—Estupendo.

—¿Cómo fue la cita con tu chico de internet, Su?

—Pues la verdad es que es bastante guapo, simpático y parece que tiene un buen trabajo —les expliqué—. Dice que quiere volver a verme y va a invitarme a cenar. Me gusta.

—Genial, me alegro un montón —me dijo Lisa igual de contenta que yo con el éxito de su reciente cita—. Ya te dije que le dieras una oportunidad.

—Venga, ahora los detalles jugosos —pidió Vicky sacando una bandejita de pastas que había estado ocultando en una de las estanterías.

¡Madre mía!

Mini cruasanes rellenos, mis favoritos... ¡Dios! Mi amiga me conocía demasiado bien y sabía a lo

que no podría resistirme. Además, con el subidón de azúcar, seguro que se me soltaba la lengua. Pensé en la dieta durante diez segundos, luego me acordé de la bici elíptica que me traían en tres días y me olvidé enseguida. Ya lo quemaría. Después de un par de cruasanes, les conté con detalle mi cita.

El miércoles me llamó Fran. Sí, ya nos llamábamos. De hecho, nos habíamos llamado cada día desde el domingo. Me sorprendió invitándome a comer durante el descanso de una hora que teníamos al mediodía. En nuestra cita del fin de semana, descubrimos que trabajábamos relativamente cerca, así que, sin duda, era una gran idea a pesar del tiempo limitado.

Quedamos en un restaurante que estaba a mitad de camino de nuestras respectivas oficinas y que yo conocía bien. El menú era bastante decente,

aunque supongo que eso era lo de menos. A las dos, nos encontramos en la puerta. Nos saludamos con un par de efusivos besos que fueron suficientes para alegrar mi deprimente semana, pues todavía estaba tratando de recuperarme del bajón que me dio el lunes tras haber merendado todos esos malditos cruasanes.

—Me alegra que hayas aceptado —me dijo cuando el camarero dejó las ensaladas que habíamos pedido encima de la mesa—. La verdad es que me apetecía volver a verte y el fin de semana se me hacía muy lejos.

—¿Eso quiere decir que este fin de semana vamos a ir a cenar? —le pregunté coqueta.

—Por supuesto, preciosa. —Me guiñó un ojo—. Incluso prometo no ponerme traje —bromeó acariciándose la corbata gris.

Yo me reí.

—¿De verdad? Espero saber reconocerte.

—Seguro, además, verás que vestido informal gano mucho.

—¿En serio? —bromeé—. No sé si podré resistirlo.

—Espero que no...

El jueves por la tarde llegó la bici. Habían sido puntuales y me dio tiempo de abrir la caja y empezar a sacar piezas antes de ir a mi sesión con Eric. Se suponía que era muy sencilla de montar, aunque tras intentar interpretar unas instrucciones que más que estar escritas en español parecían escritas en chino mandarín, me rendí y cogí el bolso para salir zumbando hacia mi cita.

Llegué casi quince minutos tarde.

Eric me esperaba apoyado en el marco de la puerta, de brazos cruzados, con su sonrisa y actitud de chico malo. Estaba más atractivo que

nunca. Casi me derrito en un charquito de amor allí mismo. ¿Qué puedo decir? Debería centrar mi mente en Fran, pero una tiene ojos en la cara.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó apartándose y dejándome pasar —. Tú nunca llegas tarde.

—Es una larga historia, ahora te la cuento —le dije dirigiéndome hacia su despacho después de disculparme por el retraso.

Mientras estaba tumbada boca abajo en la camilla, medio desnuda para mi vergüenza de cada visita, le conté lo de la bici y la razón de haber llegado tarde.

—Esa bici no va a servirte para nada, Su, incluso puede llegar a perjudicarte si la usas mal —me reprendió.

—Pero si siempre me estás diciendo que haga deporte —me quejé.

—Deporte sí, con un profesional que sepa el tipo de lesión que has sufrido y lo que te conviene. Te he dicho cientos de veces que vengas a mi gimnasio y que me ocuparé personalmente de ti.

«Eric ocupándose de mí», fantaseé. Eso era algo en lo que no debería pensar demasiado si no quería correr riesgos innecesarios.

—La decisión está tomada, Eric, prometo utilizar la bici con prudencia —le dije para tranquilizarle.

—Has malgastado el dinero... —se quejó por lo bajo. No quise hacerle caso.

—Lo peor será montarla. Creo que hay que tener conocimientos de ingeniería aeroespacial por lo menos.

—Puedo ayudarte a montarla. — Pareció claudicar y visto que no iba a poder convencerme de no utilizarla, qué mejor que ayudarme.

Estuve tentada de decirle que sí

solamente por verle en mi casa manejando herramientas, pero no quería cruzar la línea paciente-fisioterapeuta que aún mantenía a ralla mi cordura.

—Gracias, pero creo que en pleno siglo XXI soy una de esas mujeres capaces de montar su propia bicicleta —bromeé.

Él sonrió.

—La oferta sigue en pie de todos modos. Estas cosas no suelen ser tan fáciles de montar como parecen.

Estuvimos un rato en silencio. Yo disfrutando de esos dedos mágicos que deshacían mis nudos de tensión y él afanándose a ello.

—¿Qué tal el fin de semana? —me preguntó como solía hacer siempre.

—Al final te hice caso y conocí a un chico de la página esa —le conté.

No pude resistirme. Quería que viera que yo también podía salir con alguien, aunque no fueran súper

modelos como las que salían con él. Sus dedos se detuvieron sobre mi hombro malo.

—¿En serio? —preguntó suspicaz.

—Sí, quedamos el domingo... y el miércoles —le conté más emocionada de lo que realmente estaba, aunque no era poco, para darle envidia —. Y vamos a ir a cenar el sábado. Me llevará a un sitio especial que conoce.

—¿No vas un poco rápido? No sabes quién es el tío ese. ¿Y si es un pirado? —Aumentó la presión sobre el hombro y me hizo daño.

—¡Ay, Eric! Me duele...

—Perdona.

Suavizó el movimiento y me relajé de nuevo.

—Te recuerdo que fuiste tú el que me animó a ello hace tan solo una semana.

—Ya, bueno... pero no pensé que fueras a lanzarte a quedar con cualquiera a la primera de cambio,

Su. Es peligroso. Te veía más prudente.

Me molestó un poco su reprimenda. ¿De qué iba? Yo quedaba con quien me daba la gana. Además, él mismo me había dicho que le parecía de lo más normal hoy en día. Viva la contradicción. Me incorporé un poco en la camilla obligándole a soltarme.

—Fran no es cualquiera, es un buen chico, amable, divertido, simpático y con un buen trabajo. Me gusta —le aclaré.

Encima parecía él el que estuviera mosqueado. ¡Habrase visto!

—Sí, claro, el tío ideal. Menudo listo —murmuró—. Yo solo digo que vayas con cuidado.

—Queda dicho, ahora sigue con el masaje, ¿vale? —le dije mientras volvía a tumbarme.

No hablamos más del tema, aunque le noté tenso el resto de la

visita. ¿Qué le pasaba? Él podía restregarme que salía con modelos y aconsejarme que le diera una oportunidad a la dichosa paginita en tono de guasa, ¿y yo no podía hablarle de mi cita del domingo sin que pusiera el grito en el cielo? Además, tampoco es que fuéramos tan amigos como para poder opinar sobre la vida del otro.

Concertamos cita para el jueves siguiente y nos despedimos. Cuando salí al rellano casi me cerró la puerta en las narices. ¡Hombres!... No hay quién les entienda. Mejor me iba a casa a intentar descifrar las instrucciones de mi nueva bicicleta que tratar de interpretar la actitud desconcertante de Eric esa tarde. Lo de la bici me parecía mucho más sencillo, la verdad.

El sábado por la mañana lo dediqué a pedalear un rato. Por fin había acabado de montar aquel

instrumento del demonio y ahora podía ejercitar a la vez brazos, muslos y glúteos. No quise darme mucha caña la primera vez, no quería acabar con agujetas, así que tras unos treinta minutos me bajé satisfecha con las calorías quemadas que aparecían reflejadas en la pantallita digital. Me di una ducha y me preparé un desayuno ligero. A última hora de la tarde, empecé con el ritual que toda mujer ejecuta antes de una cita importante. El viernes había pedido hora en la peluquería para que me cortaran un poco las puntas y me hicieran las uñas tanto de las manos como de los pies. La primera vez que quedé con Fran fue muy improvisada y la segunda también, pero en esta iba a ir preparada, me prometí.

Me di otra ducha y me lavé el pelo. Luego estuve dedicando un buen rato a secar y peinar hasta que cada bucle y cada onda estuvieron en el lugar

que quería. Me hice una depilación prácticamente integral. No es que tuviera la certeza de que esa noche Fran fuera a tocar o ver algo, ni siquiera nos habíamos besado aún, pero mejor prevenir que curar. Admitámoslo, a ninguna nos gusta que nos pillen con las ingles sin depilar, por poner un ejemplo obvio.

Me vestí con unos pitillos negros y un top rojo ajustado de manga corta y escote cuadrado. La ropa interior negra de encaje me daba seguridad.

Me perfumé con unas gotas de Coco Mademoiselle de Chanel y me maquillé, resaltándome a tope las pestañas, que eran uno de mis puntos fuertes y pintándome los labios de rojo. Esa noche quería sentirme poderosa. No os imagináis lo que me había subido la moral eso de haber quemado calorías en la bici, estaba que me salía, hasta me veía más delgada. ¡Qué dinero más bien

invertido!

Me calcé las botas de caña alta y tacón y me puse una cazadora de cuero negra cruzada. Un último vistazo en el espejo me confirmó que estaba estupenda. Saqué el móvil y me hice una foto. La colgué en Facebook de inmediato, ¡menudo subidón!

En menos de diez minutos ya le habían dado un montón de «me gusta» y también algún que otro comentario de mis amigos, entre ellos Vicky y Lisa.

Bombón, ¡a por él!
Estás preciosa, Su

Os podéis imaginar a quién pertenecía cada uno.

A las nueve y media en punto, llamó Fran diciendo que me esperaba abajo aparcado frente a mi casa. Había insistido en pasar a recogerme

para que fuéramos juntos en coche al restaurante y después de haber quedado dos veces con él y comprobar que era normal y de fiar, me sentí lo suficientemente segura como para montarme en su coche.

—Estás increíble —me dijo al verme.

—Gracias —respondí sonriente.

Entonces, de manera inesperada, se inclinó hacia mí y me dio un suave beso en los labios.

—Lo siento, no he podido resistirlo.

Cuando me recuperé del impacto fui yo la que le guiñé un ojo.

—Me ha gustado —le dije —, aunque te has manchado los labios de rojo.

—Ha merecido la pena —murmuró antes de pasarse el dorso de la mano por la boca.

—Por cierto, tú también estás muy guapo.

Mientras arrancaba el coche me fijé en los vaqueros desgastados que llevaba, y que intuía le quedarían de muerte, y la camisa azul oscuro arremangada sobre unos antebrazos más poderosos de lo que imaginaba, tensos sujetando el volante. Supuse que las camisas eran los básicos en su armario, ya que cuando me dijo que iba a venir vestido informal me lo imaginé con un jersey de punto o tal vez una camiseta de marca. Aun así, presentaba un aspecto estupendo.

Me llevó a un restaurante que no conocía, subiendo por la carretera del Tibidabo. Era un local íntimo con pocas mesas, muy acogedor. Servían comida mediterránea. Como entrante pedimos unas ensaladas con frutos rojos que no tardaron mucho en servirnos. Cenamos en animada conversación, la comida estaba deliciosa y el vino que había elegido Fran era el complemento perfecto.

Me alegró comprobar que, efectivamente, estaba muy a gusto con él. Parecía un hombre con las ideas claras, quizá demasiado centrado en el trabajo, pero bueno, a eso tampoco se lo podía considerar un defecto. Era muy divertido y me sorprendí riendo en más de una ocasión en el transcurso de la velada, ya que era muy ocurrente y sabía darle el toque irónico apropiado a cada comentario. Me resistí a pedir postre, aunque Fran insistió en que compartiéramos un delicioso *coulant* de chocolate que debería considerarse pecado de lo bueno que estaba.

—¿Te apetece café? —me preguntó metiéndose la última cucharada de postre en la boca.

—No, creo que ya no puedo más.

—Entonces pediré la cuenta y nos vamos, si te parece bien. —Yo asentí mientras él hacía un gesto al camarero —. Podríamos ir a tomar

una copa a un sitio que está por aquí cerca, tienes unas vistas estupendas.

Me pareció un buen plan. Hice un último intento por pagar la cuenta a medias, pero él se negó en redondo.

—Pero, al menos, me tienes que dejar pagar las copas de esta noche — insistí.

—Me parece bien.

Nos dirigimos hasta allí dando un paseo que me vino bien para bajar la cena. Fran me tenía cogida de la mano y a mí me pareció un gesto de lo más natural. A unos cien metros subiendo una pequeña cuesta, se vislumbraban las luces de neón del local al que nos dirigíamos. Poco antes de llegar, se detuvo y se puso frente a mí.

—Susana —empezó retirándome suavemente un mechón de pelo que me caía sobre la mejilla y dejando la mano apoyada allí —, no quiero correr demasiado, pero lo que me ha pasado

contigo hacía mucho que no me pasaba, ni siquiera... No fue así ni con mi ex.

—A mí tampoco me había pasado nunca tan rápido. No me lo esperaba —le dije viendo como se inclinaba hacia mí—. Conectamos —concluí y le vi asentir a escasos milímetros de mis labios.

—Voy a besarte —susurró sobre ellos.

—Hazlo...

Y lo hizo.

Empezó suavemente, rozando y conquistando. Pequeños besos muy ligeros que me dejaban con ganas de más y que yo correspondía ansiosa, levantando la cabeza. Coloqué la mano en su pectoral y solté la otra para agarrarle de la nuca, atraerle hacia mí y poder acariciarle los labios con la lengua. Él respondió de inmediato, rodeándome la cintura e intensificando el beso, abriendo la

boca y ofreciéndomelo todo.

Estuvimos un rato así, saboreándonos en mitad de la noche. Fran sabía besar, me recorría la boca con la lengua, acariciando, succionando mi labio inferior y yo me dejé llevar. Al final, fue él el que rompió el beso y me miró sonriente.

—¡Madre mía! —susurró bajito.

Yo me sonrojé.

Primer beso superado con éxito rotundo.

Volvió a agarrarme de la mano y nos dirigimos hacia las luces intermitentes. El local tenía una iluminación tenue, con mesitas bajas rodeadas por sofás y una vela encima de cada una. Sonaba música suave aunque sugerente, era Muse haciendo su versión de *Feeling Good*. Varias parejas y algún que otro grupito charlaban en animada conversación, ajenos a los demás.

Estaba encantada con el lugar y

con los besos en la calle, aunque pensamos que era buena idea seguir practicando una vez acomodados en un reservado con nuestras bebidas sobre la mesa. Nos besamos despacio, conociéndonos, acariciándonos sobre la ropa, sin llegar demasiado lejos ya que, a pesar de la emoción, éramos conscientes de que estábamos en un lugar público. Acalorados y dejando nuestras copas por la mitad decidimos irnos.

—Podríamos tomar la última en mi casa —le propuse mientras bajábamos en busca del coche.

Normalmente, no era tan atrevida, pero había pasado mucho tiempo y los dos llevábamos un buen calentón, para qué negarlo.

—Me parece la mejor idea de toda la noche —me dijo asintiendo contento y apresurando el paso.

Nos metimos en el coche y emprendimos el camino en silencio.

Mirando por la ventanilla me sumergí en mis propios pensamientos, muy tranquila a pesar de lo que sabía iba a suceder y del tiempo que hacía, quizá gracias al vino y la copa de después, o tal vez porque ya había salido bastante convencida de casa aquella noche. Menos mal que se me había ocurrido depilarme antes de la cita, fue lo último que pensé justo cuando aparcábamos el coche frente a mi casa.

Capítulo 7

Invité a Fran a entrar a mi pequeño piso muy consciente de que en breve nos quitaríamos la ropa.

Necesitaba beber algo.

Le dije que se pusiera cómodo mientras iba a la cocina a por una botella de vino. Me quité la cazadora y la dejé apoyada en uno de los taburetes. Saqué dos copas del armario y volví al salón. Sin mirarle, me dirigí al equipo de música y le di play a mi selección musical.

Noté como me cogía de la mano la botella y las copas. Me di la vuelta. Fran se había desabrochado la camisa y tenía una mirada depredadora. Sin darme tiempo a reaccionar, me agarró

del cuello y me besó bruscamente. Mejor que ocurriera todo muy rápido, así no me daría tiempo a pensar, ya que había quedado claro que la copa de vino, por el momento, estaba descartada.

Sin apartarse más de lo necesario, me quitó la camiseta por la cabeza y la lanzó sobre el sofá. Inmediatamente, sentí sus manos desabrochando mis pantalones. Yo estaba bastante excitada. Le acaricié el torso con las manos por debajo de la camisa mientras sentía como uno de sus dedos apartaba la tela de mis braguitas y me acariciaba íntimamente.

—Joder, nena... Qué mojada estás —susurró contra mis labios al tiempo que me penetraba con ese dedo indagador. Yo gemí levemente —. Voy a follarte, fuerte.

Asentí y le mordí el labio en mitad de otro apasionado beso. Él retiró el

dedo con el que había estado jugando, bastante limitado por mis pantalones que aún seguían en su sitio, y me miró fijamente mientras apartaba la copa del sujetador y acariciaba el pezón con el dedo húmedo de mi propia excitación. Se puso duro al instante a medida que iba trazando círculos sobre él. Bajó la cabeza y lo succionó.

Creo que podría haberme corrido en aquel mismo instante. Demasiado tiempo sin sexo, esa es la verdad, aunque me contuve todo lo que pude. Mientras dejaba que me mordisqueara el pezón a su antojo, bajé la mano y le acaricié por encima de los vaqueros, ya estaba duro y totalmente preparado. Traté de desabrocharle los pantalones y se apartó.

—Vamos a la cama —me dijo agarrándome de la mano.

Le llevé hasta mi habitación sin

protestar. Me moría de ganas.

Una vez allí me empujó sobre el colchón sin demasiada delicadeza y caí rebotando un poco. No me dio tiempo a reaccionar tras la sorpresa, que ya me estaba bajando los pitillos por las piernas. Le siguieron mis braguitas negras. Mientras veía como se quitaba la camisa y los vaqueros, me desabroché el sujetador y lo lancé al suelo junto al resto de la ropa.

Una vez desnudo, Fran se enfundó un condón que sacó de la cartera que llevaba en el bolsillo de los pantalones y prácticamente se lanzó sobre mí separándome las piernas. A duras penas tuve tiempo de hacerme una idea sobre su cuerpo antes de tenerle encima. Todo estaba sucediendo muy deprisa, aunque no me importaba, ya habría tiempo, y si él estaba la mitad de caliente que yo, podía entenderle perfectamente.

—Lo siento, nena, ya habrá tiempo

para jugar otro día —soltó después de inclinarse y lamirme ambos pezones —. Tengo que follarte ya.

Obviamente, estaba de acuerdo y más que preparada, aunque no me hubiera importado un poco de juego previo, pero bueno... Podría soportarlo.

Se acarició un par de veces arriba y abajo y, abriéndome, se dirigió a mi entrada penetrándome hasta el fondo de una sola embestida. Yo solté un quejido agudo. Me había dolido un poco, más de un año de abstinencia pasaba factura y quizá no estaba tan preparada como había imaginado. Él se mantuvo inmóvil sobre mí, jadeando con los ojos cerrados.

—Lo siento —susurró mirándome —, ¿estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí... Solo dame un segundo —le dije tratando de relajarme y amoldarme a la intrusión —. Hace

mucho tiempo desde la última vez.

—Tranquila, nena —me dijo metiendo una mano entre nosotros y pellizcándome el clítoris entre el dedo pulgar e índice. Empezó a masajearlo rítmicamente —. Vamos a solucionarlo —dijo aumentando la intensidad.

¡Joder!... Eso estaba muy bien.

Seguía acariciándome, todavía sin moverse ni un milímetro. Había que reconocerle el esfuerzo de contención, pensé mientras veía como le bajaba una gota de sudor por la sien.

—¿Vas a correrte, nena? —me preguntó intensificando la presión. Yo asentí frenéticamente al tiempo que gemía y empezaba a contraerme a su alrededor —. ¡Joder! Creo que yo también —murmuró.

Ya no sentía dolor, ni siquiera sé exactamente lo que hacía Fran, simplemente me dejé arrastrar por la bruma de un tremendo orgasmo.

Cuando volví a la realidad le vi moviéndose salvajemente sobre mí. Le sentía entrar y salir golpeando con fuerza y la fricción estaba acercándome otra vez al borde, a pesar de que acababa de correrme.

—Venga, otra vez, nena —rogó.

Le clavé las uñas en la espalda y sentí como volvía a poseerme aquella sensación maravillosa. Fran gruñó y se clavó hasta el fondo, tensándose al tiempo que empezaba a correrse. Yo le seguí, ordeñándole con fuertes contracciones.

—¡La hostia! —gimió desplomándose sobre mí, todavía entre palpitaciones.

Yo le acariciaba la nuca y la espalda, sintiendo como su respiración se iba normalizando contra mi cuello.

¡Madre mía con Fran!

A la mañana siguiente me desperté sola en la cama, desnuda y

muy satisfecha después de mis dos orgasmos. Lo último que recordaba era la sensación de Fran deslizándose fuera de mi cuerpo, tumbándose a mi lado y atrayéndome hacia él. Debía haberme quedado dormida inmediatamente.

Me incorporé un poco y vi mi ropa por el suelo, de la de él no había ni rastro. Quizá ya se había levantado, pensé. Entonces, me di cuenta de que sobre la otra almohada había una nota.

Gracias por una noche estupenda, te llamo luego. Fran.

Se había largado sin decirme nada.

Genial.

Tras ducharme y poner una lavadora, me senté en la cocina a tomar un café. Estuve tentada de llamar a mis amigas, bueno, en

concreto a Vicky, que era la experta en polvos de una noche, pero decidí esperar y ver como actuaba Fran, no quería dejarle mal antes de hora y más después de la estupenda noche que me había hecho pasar. Quizá era normal que se hubiera largado en mitad de la noche o a primera hora de la mañana, no tenía por qué quedarse a dormir. No éramos nada aún, tal vez, lo único que haríamos sería eso, salir un par de veces, echar un polvo y pasar a otra cosa.

Estaba muy fuera de onda en cuanto a relaciones y más, si nos poníamos a hablar de citas por internet, como era nuestro caso. No sé si había algún protocolo de actuación o algo así. Quizá, simplemente, estaba sacando las cosas un poco de contexto. En su nota decía que me llamaría luego, así que lo mejor era esperar un poco antes de empezar a sacar conclusiones precipitadas.

Tendí la ropa y estuve haciendo un rato el vago por casa con el pijama puesto. Después de comer me tumbé en el sofá y me quedé traspuesta viendo una película muy aburrida que daban por la tele. Calentita y tan a gusto como estaba bajo mi manta, me sobresalté en cuanto empezó a sonar la melodía de llamada de mi móvil. Era Fran, lo sabía. Me incorporé demasiado rápido y me lancé sobre la mesita de centro donde estaba el teléfono haciéndome un lío con la manta y acabando de bruces contra el suelo. Con movimientos frenéticos logré desenredarme y, finalmente, contesté algo jadeante.

—¿Si?

—Susana, ¿te pillo en mal momento? —me preguntó Fran al otro lado de la línea.

—¿Eh?... No, no... ¡Qué va! —dije apresuradamente —. Es que estaba medio dormida en el sofá y estoy un

poco atontada.

—¡Ah! —Sonrió —. Lo de anoche fue fantástico —dijo de pronto.

—Sí —coincidí —. Aunque, al despertar esta mañana y no verte, no estaba muy segura de si pensábamos lo mismo.

—¿No viste mi nota?

—Sí, sí —le confirmé —, lo que pasa es que hace tanto tiempo que estoy fuera del mundo de las citas que no sabía muy bien cómo interpretarlo.

—Lo siento —se disculpó —, tenía que pasarme por la oficina esta mañana temprano y pensé que lo mejor era irme a dormir a mi casa para no molestarte... Quizá debería haberte despertado para decírtelo, pero dormías tan a gusto que me supo mal.

—No te preocupes, en serio —le tranquilicé. Hubo unos instantes de silencio y al final, armándome de valor le dije —. Me gustaría repetir

pronto.

—Y a mí. —Le escuché suspirar —
. La verdad es que si ahora mismo te
acercaras a la puerta y la abrieras, tal
vez, eso se cumpliría antes de lo
esperado.

Me levanté del suelo con el corazón
latiendo a mil, dejé el móvil sobre la
mesita y corrí hacia la puerta
olvidándome por completo de que iba
en pijama y totalmente desarreglada.
Abrí la puerta y allí estaba Fran, con
el móvil en la mano, esperando.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le
pregunté sorprendida mientras me
apartaba para dejarle entrar.

—Iba de camino a casa en el coche,
saliendo de la oficina después de
pasar toda la mañana intentando
concentrarme, a pesar de que no
podía sacarme de la cabeza lo de
anoche —me explicó —. Solo podía
pensar en cómo me apretaste y te
corríste en torno a mí y ya ves, aquí

estoy. —Me rodeó la cintura con los brazos y me atrajo hacia sí —. Fue increíble, Susana y quiero más.

¡Madre mía! ¡Yo también!

Pero si ya estaba al borde de la explosión.

Inclinó la cabeza y atrapó mis labios en un beso corto pero intenso.

—Tengo la casa patas arriba y estoy en pijama... —le expliqué mientras él iba arrastrándome hacia el salón y me empujaba sobre el sofá donde hacía apenas cinco minutos estaba echando la siesta.

—Tranquila, nena, dentro de nada estarás desnuda.

Y así fue.

Aquella semana empezó como una de las mejores de los últimos tiempos. Hablé con mis amigas el domingo por la noche y se lo conté todo en una llamada a tres, después de haberme corrido unas cuantas veces más a manos de Fran. Finalmente, había

podido contemplarle en toda su gloria desnuda, que no era poca, y me dejó más que satisfecha.

Repetimos el martes por la tarde. Se presentó en mi casa justo cuando acababa de llegar del trabajo y me dijo que tenía una hora antes de entrar a una importante reunión que probablemente se alargaría hasta después de la cena y necesitaba desestresarse. No sabía que sesenta minutos pudieran cundir tanto.

El miércoles quedamos para comer y me dijo que, aunque aún era pronto para poner un nombre a lo nuestro, le gustaría poder decir que teníamos algo y que, por supuesto, estábamos saliendo. Evidentemente, yo estaba encantada con todo aquello.

El jueves fui a mi cita con Eric. Por primera vez desde que nos conocíamos estuvo frío y distante, absolutamente profesional. Me hizo un par de preguntas más por cortesía

que por el interés que mostraba habitualmente y yo salí de allí algo desilusionada. Me había acostumbrado a la relación casi de amigos que manteníamos y no me sentí nada cómoda. Parecía que le molestara saber que mi relación con Fran avanzaba.

El viernes por la tarde me llamó Lisa, parecía desesperada.

—Te necesito, Su —me dijo al otro lado de la línea.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté preocupada. Hacía poco que había empezado con Toni y sabía lo sensible y confiada que era. Si aquel cabrón le había hecho algo, ya podía irse preparando.

—Tengo dos invitaciones para una jornada de puertas abiertas en el gimnasio y quiero que vengas conmigo.

—¿Qué...? No, Lisa, paso. —Me alegró saber que el asunto no era

grave, pero aunque apreciaba muchísimo a Lisa y haría casi cualquier cosa por ella, una mañana en el gimnasio no entraba dentro de mis planes.

—Por favor, Su —me suplicó con esa vocecilla que enternecería hasta al corazón más duro —. Toni tiene exámenes por corregir y está muy liado este fin de semana y Vicky se ha comprometido con el camarero ese para ayudarlo a hacer un traslado... Si no fueras mi última opción no te lo pediría sabiendo lo poco que te gusta.

—Lisa, odio los gimnasios, para mí será como una sesión de tortura.

Rogué para que me liberara de la presión de no dejarla tirada.

—Lo sé y te prometo que te compensaré, tienes mi palabra —me juró —. Sabes lo tímida que soy y las ganas que tengo de apuntarme, si no voy con alguien la primera vez, sé que no tendré el valor de hacerlo.

—Vale, está bien —claudiqué —.
Pero me debes una de las gordas.

—¡Sí! Gracias, Su, eres la mejor amiga del mundo.

Quedamos en la hora y colgamos. Si me llegan a decir que tenía que ir al dentista a arrancarme una muela, no me hubiera parecido peor plan. Rebusqué en el armario a ver que podía encontrar para pasar el día en un centro deportivo y acabé con la misma indumentaria que utilicé aquella vez en que se me ocurrió la locura de ir a una clase de salsa, mallas y una camiseta ancha. Lo metí en una bolsa de deporte y recé para que la mañana pasara rápido.

El sábado esperaba pacientemente sentada en un banco de madera de los vestuarios a que Lisa acabara de cambiarse. Yo había venido vestida de casa y me había traído ropa de recambio solo por si, por alguna extraña razón se alineaban los

planetas o mis cables se cruzaban de manera irreparable, y había alguna posibilidad de que acabara sudando un poco y tenía que ducharme, aunque sinceramente lo dudaba. Una vez mi amiga decidiera qué clase quería probar, pensaba esperarla en la cafetería del gimnasio.

Ella estaba muy emocionada, se había comprado un conjunto de top y pantalones deportivos muy monos en color turquesa y zapatillas a juego. Aunque, aún no había probado nada, ya se había pasado por recepción para formalizar la inscripción. Estaba muy convencida del asunto.

Lo que peor llevaba era saber que precisamente en ese gimnasio era donde impartía clases Eric. Me había contado que solía estar los fines de semana por las tardes, así que había pocas posibilidades de cruzármelo por allí. La verdad es que no me apetecía verle y menos desde que había

empezado a comportarse de aquel modo tan frío conmigo.

Estuvimos deambulando un rato por las instalaciones. Lisa parecía una niña en una juguetería, tampoco entendía tanta emoción, pero allá cada uno con sus aficiones. Al final, se decidió por una clase de spinning a la que yo no pensaba asistir ni bajo amenazas de tortura, así que nos detuvimos frente a la sala acristalada y esperamos a que pasaran los quince minutos que faltaban para que empezara.

—¡Dios, tío! Pellízcame porque creo que estoy teniendo una alucinación... ¿Su?

Me puse tensa al momento, conocía perfectamente aquella voz y supe a quién pertenecía incluso antes de darme la vuelta.

Jodida mala suerte.

—Hola —saludé a Eric que me miraba con ojos de incredulidad.

Iba vestido con la ropa del gimnasio, pantalones negros de deporte y una camiseta de tirantes gris con la palabra «TRAINER» y el logo del centro impresos en ella. Estaba impresionante. Buenísimo, con esos brazos musculosos al descubierto y unos pectorales de infarto. Sabía, sin lugar a dudas, que la tableta que escondía la camiseta tendría mejor aspecto que el más caro de los chocolates. Estaba a punto de ponerme en evidencia y empezar a babear.

—¿Qué haces tú aquí? —me preguntó.

A su lado un chico nos miraba con curiosidad. Iba vestido igual que él y aunque era un poco más bajo, tenía un cuerpo tan bien esculpido como el suyo pero más fibroso y delgado. Llevaba el pelo negro azabache engominado en punta y los brazos totalmente tatuados. Dos aros

plateados colgaban de sus orejas.

—Mi amiga Lisa —dije señalando a la aludida que miraba asombrada a esos dos especímenes —, quería probar alguna clase y apuntarse. Me pidió que la acompañara.

—Vaya, Lisa, encantado. —Eric se inclinó y le dio un par de besos a los que ella respondió tímidamente —. Soy Eric, su fisio, y llevo unos cuantos meses intentando convencerla para venir aquí. Cuéntame el secreto.

Lisa sonrió.

—Favor por favor —le explicó —, creo que me lo va a hacer pagar caro.

—Cuenta con ello —aseguré —. Aunque no te emociones, Eric, solo vengo de acompañante, en cuanto empiece la clase y deje a Lisa, me voy a la cafetería a tomar algo hasta que termine —le expliqué —. ¿Tú qué haces por aquí? Creía que los sábados por la mañana no trabajabas.

—Así es, pero es fin de semana de

puertas abiertas y nos ha tocado venir a todos.

—¡Eh, tío! —interrumpió el chico que iba con él —. Preséntame a estas dos preciosidades, ¿no?

—Claro... Raúl, mi compañero y amigo. Ella es Susana, una de mis pacientes —dijo señalándome mientras su amigo se acercaba y me daba también los dos besos de rigor —. Y esta es Lisa.

Raúl y mi tímida amiga se echaron una mirada que me dejó sorprendida. Si no fuera porque sabía con seguridad que a Lisa le gustaban los profesores de instituto con gafas y traje de tweed, diría que entre aquel chulito de gimnasio y ella habían saltado chispas.

—Bueno, preciosas, me encantaría quedarme a charlar con vosotras pero tengo una clase en cinco minutos — nos explicó Raúl —. Un placer, Susana. A ti, Lisa, supongo que te

veré por aquí. —Guiñó un ojo en dirección a mi amiga, que se ruborizó hasta la raíz del cabello.

Yo le lancé una mirada inquisitiva pero ella me la esquivó haciéndose la loca.

—No sé si coincidiremos —susurró, aunque él pareció oírla.

—Estoy seguro de que sí. —Pasó por nuestro lado en dirección a uno de los pasillos y se detuvo unos instantes junto a Lisa —. Hasta pronto, campanilla.

¿Qué había sido eso?

—Parece que mi clase empieza ya —me dijo mi amiga, que tenía pinta de estar al borde de un ataque de nervios —. Te veo en cuarenta minutos. —Cruzó las puertas acristaladas y me dejó a solas con Eric.

Genial.

—Si quieres te enseño un poco esto, tengo una hora libre —me dijo,

aunque parecía tan incómodo como yo.

—No te preocupes, no quiero entretenerte en el trabajo. Me iré a la cafetería y me tomaré una cola light mientras espero.

—Te acompaño.

Vale, no iba a librarme de él.

Nos sentamos en una de las mesas. La cafetería estaba casi vacía, aunque supuse que era normal, ya que la mayoría de gente que iba a un gimnasio lo que hacía era deporte y no perder el tiempo en el bar. Me pedí mi cola y él un Gatorade. Le dijo al camarero, al que evidentemente conocía, que lo apuntara a su cuenta a pesar de mis protestas. Una cosa era que me invitara Fran y otra muy distinta que lo hiciera él. Pero no me hizo ni caso.

Un par de chicas le miraron embobadas mientras inclinaba hacia atrás la cabeza y bebía casi de un solo

trago más de la mitad de la botella. La verdad es que era un espectáculo para los sentidos. No dudé ni por un instante que esas dos iban a apuntarse a las clases de Eric, fueran las que fueran. Un profesor como él era una gran motivación para hacer deporte.

Me estuvo observando un rato con esos ojos verdes inquisidores. Yo jugueteaba con mi vaso y me estaba poniendo cada vez más nerviosa. Por lo visto, la conversación no fluía igual entre nosotros si yo no estaba medio desnuda tumbada en una camilla y él machacándome la espalda.

—Entonces, ¿no hay ninguna posibilidad de convencerte para que pruebes alguna clase? —me preguntó al fin rompiendo ese incómodo silencio.

—Creo que no.

—Eres todo un reto, Su —dijo casi para sí mismo —, pero lo conseguiré.

—Por ahora estoy aquí, que ya es más de lo que imaginábamos ninguno de los dos —concedí sonriendo.

Él asintió.

—¿Qué tal con tu novio de internet? —preguntó unos segundos después con ese tonito sarcástico y desconcertante.

—Muy bien —le confirmé —. Me alegro un montón de haberme apuntado a esa página de citas. Te agradezco que insistieras en que no me borrara hasta darle una oportunidad —le recordé maliciosa.

—A ver cuánto te dura... —murmuró.

—Parece que te molesta —dije —. No creo que deba preocuparte lo que me dure o no. Límitate a preocuparte de los masajes por los que te pago.

—Tienes razón. —Aplastó la botella que tenía entre las manos, que ya se había terminado, y se levantó sin aclararme nada —. Tengo mucho

trabajo y no sé qué hago aquí perdiendo el tiempo contigo si no piensas hacer deporte.

—Eso mismo pienso yo.

Me dirigió una última mirada y salió airadamente de allí. Menudo gilipollas. Me bebí la cola bajo la atenta mirada del camarero y las dos chicas que se habían estado comiendo a Eric con los ojos. Debían pensar que era imbécil por dejarle escapar así. Me levanté y fui a buscar a Lisa.

Mi amiga salió sudorosa y acalorada de su clase de spinning, aunque totalmente encantada. La acompañé al vestuario y mientras se duchaba pensé en Fran. Él debería ser el único hombre por el que tendría que preocuparme. Eric no era nadie y menos aún para juzgarme, sobre todo después de haberme estado alentando con todo aquel asunto.

Le mandé un mensaje a mi...
¿Novio?

Susana: ¿Nos vemos esta noche?

Fran: Claro, nena. Me paso por tu casa a las nueve. No te molestes en vestirme.

Esa noche iba a hacer deporte del bueno y del que me gustaba.

Capítulo 8

—¿Qué demonios está pasando entre el camarero ese y tú? —le pregunté a Vicky el martes por la tarde.

Habíamos quedado para tomar algo ya que el fin de semana no nos habíamos visto debido a nuestras recientes conquistas. Lisa nos confirmó que había dado el gran paso con Toni y que había ido todo muy bien, aunque fue más parca en detalles que yo a la hora de hablar de orgasmos que, dicho sea de paso, me tenían muy pero que muy contenta. Vicky nos había estado interrogando a las dos pero ella aún no había soltado prenda.

—No está pasando nada, solo somos amigos —nos explicó después de dar un sorbo a su taza de té con leche.

—Venga ya, has quedado con él varias veces y eso no es habitual en ti —le dije—. Y menos habitual es que digas que sois amigos. ¿Desde cuándo tienes amigos hombres?

—Desde que vosotras dos folláis y yo tengo que buscarme un plan alternativo para los fines de semana —nos dijo enfurruñada.

Lisa ahogó una exclamación.

—Eso no es justo, Vicky.

—Vale... Lo siento, Lisa, tienes razón, no es justo lo que he dicho —admitió—, pero Alexei me cae bien, me entiende y me gusta pasar tiempo con él. Por mucho que os sorprenda, es solamente eso.

—¿No te estarás pillando?... Es muy joven, Vicky —dije preocupada.

Mi amiga no había mantenido una

relación sería en los años que hacía que la conocía y me daba un poco de miedo que ahora se lanzara a algo que no parecía tener muchas perspectivas de futuro y acabara herida.

—No me estoy pillando, somos amigos. —Recalcó cada sílaba de la palabra amigo para que nos quedara claro —. Y no es tan joven, tiene veintisiete años.

—Pues aparenta veintiuno.

Estaba de acuerdo con Lisa, el chico parecía un post adolescente.

—Quizá físicamente aparenta ser más joven de lo que es, pero os aseguro que mentalmente es mucho más maduro de los veintisiete que tiene. No ha llevado una vida fácil.

—¿Y eso? —preguntó intrigada Lisa. Creo que también temía por la extraña amistad que se estaba formando entre nuestra amiga y el tal Alexei.

—Vino con su madre desde Rusia

cuando tenía un año, pero ella murió un tiempo después y tuvo que buscarse la vida solo —nos explicó—. Y no quiero hablar más de esto, son cosas privadas tuyas y por más que digáis, vamos a seguir siendo amigos. Punto.

Por el momento decidí no interferir, aunque las preguntas se me amontonaban y deseaba interrogarla bien. Vicky era mayorcita y sabía lo que se hacía, pero iba a estar pendiente de esa relación.

—¿Qué tal en el gimnasio? —preguntó para cambiar de tema.

—Lisa le puso ojitos a un profesor tatuado y con las orejas perforadas —expliqué cachondeándome un poco.

—¡¿Qué?! —exclamó Vicky oliéndose un jugoso cotilleo.

—¡Mentira! —negó roja como un tomate—. Solamente me quedé un poco impactada por su aspecto, eso es

todo.

—¡Ya, ya! Te pusiste cachonda, Lisa.

—¡No! Ni siquiera me gustó. — Aunque se empeñaba en disimularlo, era evidente que mentía como una bellaca —. Aparte, la que se fue a tomar algo con su fisioterapeuta buenorro fuiste tú y no has contado nada.

Callé al instante. No quería hablar de Eric, hablar sobre él significaría admitir en voz alta cosas a las que no quería poner nombre, sino más bien enterrar en algún rincón oscuro y lejano donde no pudieran tentarme. Estaba con Fran y la cosa nos iba bien, aunque lleváramos poco tiempo, debía centrarme solamente en eso.

Fran, Fran, Fran.

—No me lo puedo creer, os dejo un par de días solas y la liais sin mí — dijo Vicky ofendida —. Malas amigas...

Las tres nos reímos y seguimos la tarde entre bromas, aunque sin entrar en detalles sobre esos hombres que recientemente habían aparecido en nuestras vidas. Cuando queríamos se nos daba muy bien disimular y desviar la atención hacia temas menos trascendentales como la estupenda laca de uñas de Dior que lucía Vicky aquella tarde.

—¡Dios, nena! Te he echado de menos —me dijo Fran un par de días después mientras terminaba de bajarme las braguitas por las piernas.

Había pasado a buscarme al salir de la consulta de Eric para ir a cenar, pero decidimos pasar de la cena y dedicarnos por completo al postre. Esa semana no habíamos podido vernos ya que él estaba muy ocupado en el trabajo con un montón de reuniones y el fin de semana iba a estar fuera en un congreso.

—Me encanta que siempre estés

tan mojada. —Me acarició con los dedos repartiendo la humedad al tiempo que se inclinaba para morderme un pezón.

—Yo también te he echado de menos —confesé entre gemidos.

—Es evidente...

Me penetró con un par de dedos y yo reaccioné inmediatamente moviendo las caderas al son de sus penetraciones. Pensé que si seguía así, tardaría menos de quince segundos en correrme. Alargué una mano y acaricié su miembro, que estaba totalmente erecto, empezando un movimiento de arriba abajo. Como ya se había enfundado un condón, la lubricación ayudó a que todo resbalara con mayor fluidez.

—Para, nena —me dijo después de unas cuantas sacudidas. Me retiró la mano y antes de que me diera cuenta, me agarró y me dio la vuelta sobre la cama —. Hoy lo haremos así.

Me levantó las caderas y apoyó una mano sobre mi espalda para que siguiera con el torso sobre la cama mientras se ayudaba con la otra mano para penetrarme de una dura estocada.

—¡Dios! —gemí.

—¿Duele? —me preguntó al tiempo que se retiraba lentamente y volvía a arremeter sin contemplaciones. La tenía grande y, tras mi año de abstinencia sexual, necesitaba ejercitar esa zona un poco más antes de poder aceptarle sin problemas.

—Un poco... Pero no pares —le supliqué.

—No pensaba hacerlo, nena.

Empezó con un ritmo constante, golpeándome con ímpetu. A cada estocada me iba desplazando un poco por encima del colchón de la potencia de sus embestidas. Me sujetó del pelo con fuerza levantándome un poco la

cabeza. Me dolía el hombro, pero no me quejé, a Fran le gustaba hacerlo con rudeza y a mí, mientras no se le ocurriera darme un cachete o alguna extravagancia parecida, me parecía bien. Que me tirara un poco del pelo entraba dentro de los límites permitidos.

—Me voy a correr, nena —dijo entre dientes—. Córrete conmigo.

—Aún no... —gemí.

Me faltaba un poco... Solo un poco.

—Venga, nena —me animó rotando las caderas. Sentí que empezaban a invadirme una serie de pequeños espasmos—. ¡Ahora!

—¡Sí! —grité y me corrí en torno a él, alcanzando a la vez el orgasmo.

Se desplomó sobre mí, ambos jadeando agotados y sudorosos. Tras unos segundos me besó en el hombro y se retiró de mi cuerpo.

Cuando me di la vuelta vi que se había levantado y, tras deshacerse del

condón, empezó a vestirse.

—¿Te vas?

—Sí... Tengo trabajo atrasado y quiero ponerme a ello esta noche — me explicó buscando uno de sus zapatos mientras se abrochaba la camisa.

No quería ponerme quisquillosa, pero una de las cosas que menos me gustaban de Fran era que siempre parecía tener prisa por irse, como si la única finalidad fuera echar un polvo y salir corriendo y a mí eso me sentaba cada vez peor. No quería decirlo en voz alta, pero aquí entre nosotros, os diré que empezaba a sentirme un poco utilizada.

—De hecho, quería pedirte un favor.

—Claro, dime.

Me levanté de la cama y me puse una bata. Aunque, últimamente, estaba superando algunos de mis complejos, aún no me veía preparada

para tener una conversación con él completamente desnuda.

—Este fin de semana tengo que asistir al congreso y no volveré a casa hasta el domingo —me recordó—. El sábado por la mañana me traen la compra y mi madre no podrá ir. Quería pedirte si podrías esperar en mi casa a los del supermercado y guardarme las cosas en la nevera. Ya está todo pagado, no creo que tardes más de media hora.

Me pilló un poco por sorpresa.

¿Ir a guardarle la compra? ¿Su madre no podía?

Bueno, éramos lo más parecido a una pareja, supongo que podía hacerlo, de eso se trataba, ¿no? Tampoco era una petición tan extraña, intenté convencerme.

—Vale... Sí, creo que no habrá ningún problema. —Acepté no muy convencida.

—Genial, gracias, nena. —Me dio

un beso rápido en los labios y sacó un llavero del bolsillo de la chaqueta del traje —. La copia de las llaves. Luego te mando un mensaje con la dirección.

—Perfecto. —Cogí las llaves.

Era evidente que él ya daba por hecho que iba a aceptar, incluso antes de vernos hoy, porque venía preparado.

—Nos vemos el domingo. —Me dio un último beso y se marchó.

Yo me quedé allí plantada, medio desnuda y con las llaves en la mano, preguntándome qué demonios había sido todo eso y si realmente era ese el tipo de relación que estaba buscando.

El sábado por la mañana entré por primera vez en el piso de Fran. De todas las veces que habíamos quedado, nunca había insinuado que quisiera acabar la velada en su casa. Hasta ahora, no me había supuesto un problema, aunque me parecía raro que la primera vez que la veía, él no

estuviera presente. Estaba todo muy limpio y ordenado, supuse que tendría a alguien que le haría la limpieza. El piso no era muy grande, un par de habitaciones, salón, cocina y baño. Me senté en un sofá de cuero negro en la sala decidida a esperar a los del supermercado.

Había un par de cuadros abstractos colgados en la pared y un televisor de plasma enorme frente a los sofás, una mesita de centro con unas revistas de economía encima, una estantería con algunos libros y un par de figuritas de decoración. Era todo bastante austero como el típico piso de soltero, funcional.

No voy a mentir, me moría de ganas por fisgar un poco, pero sentía como si estuviera a prueba, como si él esperara que yo entrara a cotillear por las habitaciones o algo así, quizá hasta me había puesto alguna trampa y todo, me dije dando rienda suelta a

mi imaginación. Así que decidí no hacerlo, esperaría a que me invitara otro día y fuera él mismo el que me enseñara lo que tuviera que ver.

Pasadas las once llegó el del supermercado con dos cajas enormes repletas de comida. Me sorprendió que un hombre solo necesitara tantas cosas, aunque si hacía una única compra al mes, quizá no era tan extraño. Lo descargamos todo sobre la encimera de la cocina y el chico se fue sonriente con la propina que tuve que darle de mi propio bolsillo.

Estaba guardando los productos frescos en la nevera, cuando escuché girar unas llaves en la cerradura. Me alegró descubrir que Fran había vuelto mucho antes de lo esperado, así que salí de la cocina a recibirle con una sonrisa que se me congeló en los labios en cuanto vi aparecer por el umbral a una señora de unos sesenta años, bien vestida y peinada con un

moño tan tirante que incluso le alisaba las pequeñas arrugas de la cara. Me miraba muy seria y con una expresión de sorpresa parecida a la que debía lucir yo. Al momento supe que era la madre de Fran.

—¿Quién eres tú? —me preguntó al tiempo que guardaba las llaves en el bolsito negro que le colgaba del brazo.

«Buena pregunta, señora», pensé sin saber muy bien qué responder. ¿Le habría contado algo a su madre sobre nuestra relación?

—Soy una amiga de Fran —le dije prudentemente, acercándome para darle dos besos, tal y como me habían educado para hacer, aunque la mujer me miró como si fuera una apestada y me frené en seco —. Me llamo Susana —murmuré cautamente.

—Muy bien, Susana. ¿Se puede saber qué haces en el piso de mi hijo? ¿Cómo has entrado? —me preguntó

mirándome de arriba abajo.

—Me pidió que pasara esta mañana para esperar la compra del supermercado. Me dejó una copia de las llaves. —Le mostré el llavero.

—De eso me ocupo yo, lo sabe perfectamente.

Dejó el bolsito sobre la mesa y entró en la cocina.

La seguí y vi como dejaba una bolsa de plástico que había traído consigo junto al resto de la comida que hacía unos segundos estaba distribuyendo.

—Lo sé, pero tuvo que asistir a un congreso de manera inesperada —le expliqué titubeante —. Me dijo que usted no podría pasar esta semana.

La mujer me ignoró y sacó un par de bandejas de lasaña congelada que metió en el congelador. Pobre Fran, ni haciendo la compra él se libraba de las lasañas congeladas. Entonces, me acordé de cuando me burlé de él por

tener a su madre haciéndole la compra y me di cuenta de que había hecho lo mismo conmigo y yo había cedido como una tonta y sin oponer resistencia. ¿Tan buen manipulador era? Me pregunté.

—Mi hijo no está en ningún congreso. —La voz grave de la mujer me sobresaltó un poco —. Se ha ido de fin de semana a una casa rural.

¿En serio? ¿Por qué le había contado una mentira a su madre?

—Pues, no sé, yo solo vine para ayudar.

—Muchas gracias, pero como ves, no hace falta. Puedes irte, yo me ocuparé.

Me quedé unos instantes embobada viendo como sacaba las cosas que ya había guardado y volvía a colocarlas en el sitio que, supuse, les correspondía.

—¿Estás sorda? —dijo sacándome de golpe de mi estupor.

¡Vaya con la señora! Qué agradable.

—No, claro... —murmuré y salí en dirección al salón para ponerme la chaqueta y coger el bolso.

Asomé la cabeza de nuevo y me despedí. Ni siquiera se inmuto.

¡Menuda bruja!

Vicky casi se atraganta aquella noche con el mojito de tanto que se reía después de que les contara mi experiencia con la madre de Fran.

—No parece una mujer muy agradable —dijo Lisa que aparentaba estar más preocupada que descojonada.

—Solo de imaginarme la cara que habrás puesto cuando te ha preguntado si estabas sorda, ya es que me meo. —Vicky seguía carcajeándose a mi costa mientras yo la observaba molesta. Esperaba solidaridad por parte de mis amigas, no que se troncharan de la risa en mi

cara.

—Para mí ha sido muy violento, Vicky. No le veo la gracia.

—Miedo me da conocer a la madre de Toni... Si me pasara lo mismo, me moriría de la vergüenza —comentó Lisa que evidentemente me entendía mejor.

Ella era una buena amiga.

—Yo tampoco le dije que fuera la novia de su hijo. Supongo que la pillé desprevenida, no sé...

—No trates de excusarla, Su, la mujer es una zorra estirada. No le des más vueltas —dijo Vicky recuperando la compostura —. La típica suegra cojonera y protectora. Menuda te espera, guapa.

—Gracias, Vicky, me animas mucho —respondí sarcástica.

—¿Qué tal señoritas? Veo que os lo estáis pasando bien...

Alexei, el camarero, acababa de acercarse a nuestra mesa

interrumpiendo la conversación. Nuestra amiga nos lo había presentado formalmente esa noche cuando entramos a la coctelería a tomarnos unas copas.

—Su, que ha conocido a su futura suegra y resulta que es una bruja —le explicó mi amiga.

—Vaya, lo siento —me dijo el chico.

Seguía pareciéndome un chaval de veinte años, aunque si le mirabas directamente a esos ojos tan azules, veías una madurez en su mirada que sorprendía a la par que atraía.

—No te preocupes... Vicky ya se ha encargado de quitar hierro al asunto con sus coñas.

—Bueno, tengo cinco minutos de descanso y venía a proponeros algo, chicas —nos dijo sentándose al lado de mi amiga, la graciosa —. La noche de fin de año voy a trabajar en el Bright Club, ¿habéis oído hablar de

él? —Las tres asentimos.

Hacía cosa de un mes que no se hablaba de otra cosa. Por lo visto, ya no eras guay si no te habías tomado algo y bailado en el Bright. Estaba en la zona alta de la ciudad y las copas y la entrada valían un dineral.

—Creía que librabas —le dijo Vicky.

—Aquí sí, pero necesito el dinero —le explicó—. Puedo conseguir algunas entradas y me encantaría que vinierais. ¿Tenéis plan para esa noche?

—Pues, todavía no lo habíamos hablado —dijo Lisa mirando a una y a otra —, pero por mi parte no habría problema, eso sí, vendría con mi chico.

—Por mi parte, tampoco —confirmé yo.

No habíamos hablado de los planes para las Navidades con Fran, pero me imaginé que a cualquiera le gustaría pasar la noche de fin de año en un

sitio como el Bright sin tener que pagar entrada.

—¡Genial! —aplaudió Vicky —Yo voy donde van mis chicas.

—Perfecto, me encargaré de meteros en lista —nos aseguró Alexei. Luego volvió al trabajo.

Plan de lujo para fin de año. ¡Estupendo!

El domingo por la noche, Fran apareció por mi casa a eso de las nueve sin avisar, como siempre... Y sin haber mandado ni un mísero mensaje durante todo el fin de semana. Aclaro, por si no lo habéis notado, que todo esto lo digo con un tono muy, muy sarcástico. Había ciertos detalles en él que empezaban a mosquearme, aunque intenté convencerme de que, probablemente, había estado tan ocupado con las reuniones y todos esos rollos que no tuvo tiempo de más. Todavía no quería, o no estaba preparada, para

ver la realidad.

—Gracias por lo del sábado, nena —me dijo después de darme un beso que casi hizo que me olvidara de todo.

—Tus llaves. —Le hice entrega del llavero nada más entrar. Él se lo guardó de inmediato en el bolsillo —. Por cierto, apareció tu madre —le dejé caer.

—Sí, algo me dijo. —Se quitó la chaqueta y vi que empezaba a desabrocharse la camisa.

Por lo visto, con su madre sí que había tenido tiempo de hablar durante el fin de semana. ¿Se puede estar celosa de una futura suegra? Vale, no respondáis a eso.

—No sé si se alegró mucho de verme.

—No le hagas ni caso, es así de seria.

Seria no sería la palabra que yo habría utilizado, pero bueno, era su madre, qué iba a decir él.

Lanzó la camisa sobre el sofá dejando al descubierto su torso desnudo y haciéndome perder un poco la concentración, aunque había algo más que quería preguntarle antes de ponernos al tema que le había traído hasta mi casa. El único tema que lograba traerle a mi casa, mejor dicho.

—Tu madre me dijo que no habías ido a un congreso, que te habías ido de fin de semana a una casa rural — le dije y pareció dudar unos segundos antes de contestar.

—Dice que trabajo demasiado, no quise que supiera que también iba a dedicar el fin de semana a la empresa. —Me pareció razonable.

Se acercó a mí desabrochándose los vaqueros.

—Otra cosa... —Le detuve —. ¿Te apetecería ir al Bright Club en fin de año? No hemos hablado sobre las Navidades, pero estaría bien que, al menos, esa noche la pasáramos

juntos.

—Luego lo hablamos, ahora se me ocurren maneras mejores de utilizar esa boquita tuya, nena.

Y se le ocurrió más de una.

Capítulo 9

—Creo que deberías dejar de venir unas semanas —me dijo Eric después de nuestra sesión del jueves siguiente—. Me gustaría probar qué tal funcionas sin los masajes.

—¿Por qué? A mí me van bien,

quiero seguir —le dije sacando la cabeza por el cuello del jersey. Terminé de vestirme y me senté frente a su escritorio.

—El hombro apenas te duele y ya que no quieres seguir mi consejo y hacer un poco de deporte para mejorar la musculatura de la espalda, poco más puedo hacer por ti. Ahora tienes que verlo por ti misma.

—¿Así que se trata de eso? —le pregunté molesta. Estaba bastante cansada del tema del deporte —. ¿Si no me apunto al gimnasio dejas de tratarme? Eso es chantaje, Eric.

—No seas infantil, Su —me reprendió levantando la vista de la tableta en la que estaba anotando algo —. Yo no soy un profesor que te castiga. Como profesional te he dado unos consejos que te niegas a seguir. Estás en tu derecho. —Alzó la mano para detenerme, pues sabía que iba a empezar a protestar —. Pero los

masajes no son la solución a tu problema. Son algo así como un parche. Por eso, quiero comprobar qué tal funcionas sin ellos. Solo así veremos si son verdaderamente necesarios.

Bajé la mirada resignada. Aunque quisiera negármelo, ir todos los jueves allí era algo más que ir a que me hicieran un masaje. Ahora, dejaría de tener una excusa para ver a Eric.

—¿Cuánto tiempo?

—He pensado que, aprovechando que la semana que viene es Navidad, quizá podríamos descansar hasta mitad de enero.

—¿Casi un mes?

—Sí, probaremos y pasado fiestas me llamas para concertar una cita a ver qué tal estás. De todos modos, sabes que cualquier problema o si estuvieras muy mal, puedes llamarme antes.

—Bueno —acepté a regañadientes

—, si crees que es lo mejor para mí, lo acepto.

—Verás cómo sí, Su. A ambos nos servirá para darnos cuenta de muchas cosas.

Esa última frase tenía más de una interpretación, pensé. Quizá necesitaba distanciarme unas semanas de Eric y dejar de alimentar la absurda fantasía que había creado en torno a él.

Ahora tenía pareja, o algo parecido, pues desde que me había acostado con Fran por primera vez no habíamos vuelto a quedar más que para follar. Sí, sí, follar, nada de hacer el amor o algo romántico, simplemente echar un polvo y siempre contando con la excusa de alguna reunión o de cualquier compromiso con el trabajo para largarse corriendo. Ni siquiera me había presentado a sus amigos, mucho menos hablarme de ellos.

Además, su madre parecía odiarme. Y después de ocuparme de su compra, ni siquiera había vuelto a insinuar que me pasara por su casa. Incluso cuando intenté hablar con él sobre la fiesta de fin de año estuvo esquivo. Iba a pasar la Navidad en casa de mis padres y él me dijo que haría lo mismo con los suyos, pero que no podía asegurarme si en fin de año podría escaparse un rato, aunque lo intentaría, prometió.

No le conocía y a él parecía no importarle y no tener el más mínimo interés en conocerme a mí fuera de la cama. Ya me estaba cansando un poco de todo aquello. Yo no quería un *follamigo*. Yo quería un novio.

—Como no nos veremos, feliz Navidad, Su —me dijo Eric cuando me acompañó a la salida.

Por un momento pensé que se inclinaría para darme dos besos, pero vi que se contenía y me abrió la

puerta.

—Feliz Navidad, Eric, nos veremos en enero.

Salí de allí un tanto compungida. Me sentía triste, pero en realidad sabía que, tarde o temprano, mi relación profesional con Eric iba a terminar. Quizá, cuanto antes sucediera, mejor.

Intenté centrarme en las cosas importantes, como por ejemplo pasarme por el supermercado y llenar mi penosa nevera, e intentar olvidar que, si durante esos días sin los masajes de Eric seguía bien y sin dolores, aquella habría sido la última vez que nos veríamos.

Cuando llegué a mi casa, cargada con dos bolsas en cada mano, vi a Fran esperándome junto al portal. Me extrañó porque no habíamos quedado hasta la noche siguiente, aunque vistas sus inesperadas visitas de siempre, no debería sorprenderme. En

cuanto me vio, se acercó a cogerme las bolsas.

—Hola, nena. —Me dio un beso rápido en los labios.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sacando la llave del bolso.

Iba a abrir, cuando uno de mis vecinos salió saludándonos con la cabeza. Yo corrí y abrí las puertas del ascensor antes de que nos lo quitaran, pues no era muy habitual encontrarlo parado en la planta baja.

—No creo que podamos vernos el fin de semana. Me ha salido trabajo.

—Joder, Fran... Siempre es lo mismo —me quejé una vez dentro —. Me dijiste que saldríamos a cenar.

—Lo siento, nena. —Se inclinó y me besó suavemente en la mejilla, ascendiendo por la sien con pequeños besitos —. Prometo que te compensaré, pero no puedo decirle que no a mi jefe. —Me lamió el lóbulo de la oreja y luego me dio un

mordisquito que me puso la piel de gallina.

—No quiero que me compenses, quiero pasar tiempo contigo, eso es todo. —Le rodeé el cuello con los brazos y dejé que siguiera jugando con mi oreja. Probablemente, trataba de distraerme con sexo y lo iba a conseguir.

Era un ser muy débil yo.

—Ahora pasaremos tiempo juntos, por eso he venido. Y te aseguro que tendrás mi total y absoluta atención —prometió.

Entramos en mi casa y soltó las bolsas de la compra, sin muchos miramientos, en mitad del pasillo. Menos mal que no había comprado huevos, me dio tiempo a pensar justo antes de que se abalanzara sobre mí y yo me olvidara de todo, ni siquiera pude recordar por qué estaba cabreada.

El día antes de Nochebuena llegué

a mi casa enfadadísima con mi jefe, con Cristi y con mi maldito trabajo. Lo odiaba, pero un odio visceral. Y encima tenía la regla, ¿podrían salir peor las cosas? Me había tenido que quedar casi dos horas de más arreglando el desastre que había estado orquestando la tonta de Cristi en los archivos durante el último mes. Ya que ese mismo día empezábamos las vacaciones de Navidad, el señor González quería dejarlo todo arreglado para la vuelta el día siete y era evidente que, si Cristi no se la chupara, hoy mismo hubiera estado en la calle. ¡Menuda inútil! Casi sin darme las gracias por quedarme, mi jefe salió corriendo del brazo de la susodicha, tan contentos los dos, dejándome a mí con el marrón.

Tiré el abrigo sobre el sofá y aparté de un empujón la maldita bicicleta elíptica que solo había utilizado una vez y por la que había

pagado casi quinientos euros. De verdad, a veces pienso que estoy mal de la cabeza. Tal vez, tendría que desmontarla, tratar de venderla en alguna tienda de segunda mano o mejor aún, quizá debería empezar a utilizarla. Pero eso ya lo decidiría otro día.

Abrí el grifo de la ducha y me metí de cabeza bajo el chorro del agua caliente. Me prepararía una ensalada y metería cuatro cosas en la maleta para los tres días que iba a pasar en casa de mis padres. Ese día, ni mi mente ni mi cuerpo daban para más. Al menos, esperaba que esos tres días pudiera desconectar.

Fran me mandó un mensaje diciéndome que, como siempre, estaba en una reunión y me llamaría por la mañana. ¡Qué raro! Mi novio estaba siempre muy ocupado y yo estaba muy harta. Me había prometido que el domingo iríamos al cine. Habían

estrenado una película que los dos teníamos ganas de ver, pero cuando vino a mi casa a buscarme tardó menos de dos minutos en tener mis bragas en sus manos y bueno... yo me dejé y me olvidé de la película, pero esa no es la cuestión, parecía que lo único que quería de mí era sexo y más sexo.

El sexo era bueno, no me malinterpretéis. Ninguna mujer en su sano juicio puede quejarse de un hombre que folla bien tal y como está el panorama. Algunos deberían ir a clase de anatomía antes de poder obtener permiso para acercarse a nuestro cuerpo y mucho menos tocarlo, pero después de unos cuantos polvos te das cuenta de que eso no lo es todo, sobre todo si estás intentando construir una relación con esa persona.

En fin...

Me metí en la cama un rato

después pensando que, aunque unas semanas atrás creía que mi vida empezaba a ir a mejor, en realidad todo había sido un espejismo. Por más dieta que hiciera seguía pesando lo mismo, mi trabajo era un asco y mi supuesto novio no se comportaba como tal. «Qué triste», pensé antes de dormirme agotada.

Llegué a casa de mis padres al mediodía. Mi padre vino a buscarme a la estación de tren mientras mi madre nos esperaba en casa con la comida hecha para empezar a cebarme. Después de todo, no había sido mala idea conservar la bicicleta, pues tras esos días, probablemente, volvería a casa con cinco kilos de más.

Dejé la maleta en la habitación de invitados. Aunque esa no era mi casa de la infancia y el tiempo más largo que había vivido allí fueron los días que mi madre se empeñó en cuidarme tras el accidente, olía a hogar y a

recuerdos maravillosos. Estar allí me hacía sentir reconfortada y segura.

Después de comer, mi padre se echó la siesta frente al televisor mientras mi madre y yo preparábamos galletas de jengibre y canela en la cocina. Bueno, más bien ella hacía la parte dura, como amasar y mezclar ingredientes para luego darles forma, y yo me dedicaba a retirar utensilios sucios y controlar los tiempos del horno, del cual salía un aroma delicioso.

Hablamos un poco de todo. Mi recuperación, el trabajo y también le conté que había conocido a alguien, aunque no quise entrar en detalles. En esos momentos, me sentía bastante distanciada de Fran como para hablar en profundidad de él con mi madre. Ella, muy sabiamente, no hizo demasiadas preguntas.

Cenamos frente al fuego del hogar, con las luces del árbol de Navidad

parpadeando incesantes y escuchando de fondo villancicos de esos que nunca pasan de moda. Nos retiramos pronto porque al día siguiente vendrían a comer mis tíos y unos cuantos primos y mi madre quería levantarse temprano para empezar a asar el pavo. A la pobre le esperaba mucho trabajo y como yo era una negada en la cocina, poco la podría ayudar.

Me senté en la cama, con el pijama puesto y encendí el ordenador portátil. Me lo había llevado porque sabía que mis padres se acostaban temprano y que a mí me iba a costar conciliar el sueño en una cama extraña.

Cotilleé un poco por Facebook y vi que Lisa había colgado una foto rodeada por todos sus sobrinos, que eran unos cuantos, muy sonriente, sujetando un montón de regalos envueltos en papeles de colores mientras los pequeños intentaban

quitárselos de las manos. ¡Cómo se notaba que le encantaban los niños!

Le escribí un comentario e hice lo mismo en el estado de Vicky, que decía: «Cenando en buena compañía. Feliz Navidad». Sabía que no se hablaba con su familia desde hacía muchísimos años y a pesar de que la invité a pasar la Navidad en casa de mis padres, me dijo que tenía planes con Alexei, su nuevo amigo.

Yo también subí una foto del árbol de Navidad de mis padres, de mi madre sujetando encantada la bandeja con las galletas que habíamos horneado y otra de mi padre abrazándome junto a la mesa decorada con especial atención esa noche. Las acompañé de un «Feliz Navidad, familia».

Tras comentar un par de estados más y responder a las felicitaciones navideñas de mis amigos, me acordé de la página de citas.

Desde que había conocido a Fran no había vuelto a entrar y tal vez sería indicado darme de baja. Fueran como fueran las cosas con él, no pensaba volver a buscar pareja por allí nunca más.

Introduje el usuario y contraseña y me conecté. Otra vez bombardeo de notificaciones. Allí no se cansaban, pero yo no tenía ganas de leer nada, así que empecé a buscar la manera de dar de baja el perfil. La cosa era más complicada de lo que parecía. Estaba claro que a los señores de Citas de Amor no les interesaba que la gente se largara y no lo ponían nada fácil. Me cansé y sentí curiosidad por saber si Fran ya habría eliminado su perfil. No habíamos vuelto a hablar de ello, aunque sería lo más lógico. Le busqué y me sorprendió ver que la última vez que se había conectado había sido el día anterior. ¿Por qué seguiría entrando allí? A lo mejor le pasaba

como a mí, que también estaba buscando la manera de darse de baja, pensé. Se lo preguntaría la próxima vez que habláramos.

Revisé los correos electrónicos. Me hacía gracia releer la conversación que habíamos mantenido la primera vez y me pareció extraño ver que hacía unos cuantos días me había llegado un correo electrónico de un tío sin foto de perfil llamado Sombra-33. Por lo general, la gente suele poner su foto en estos sitios a no ser que seas extremadamente feo o no quieras que alguien te reconozca, por eso me picó la curiosidad. Aburrida, abrí el mensaje.

De: Sombra-33

Para: Susana-32

Si pudieras pedir un deseo, solo uno, y supieras con seguridad que se cumpliría, ¿qué pedirías?

No vale lo de la paz en el mundo o el fin de todas las enfermedades. Sé egoísta.

Sombra.

Vaya... *Sombra* había logrado intrigarme y me había hecho plantear la pregunta. Supongo que esa era la intención del mensaje y yo estaba a punto de caer, pero estaba aburrida, era la noche de Navidad y mi novio ni siquiera me había llamado como había prometido. Me merecía una distracción, no estaba haciendo nada malo.

No me lo pensé y le respondí.

De: Susana-32

Para: Sombra-33

¡Buena pregunta! Me olvidaré de lo de acabar con la celulitis o que el chocolate no engorde.

Sonará a tópico también, pero viendo que me has pedido que sea egoísta, ¡allá voy! Me gustaría encontrar un hombre al que le preocupe cómo me siento y si soy feliz más allá de sus propias necesidades.

¿Qué hay de tu deseo?...

Le di a enviar muy convencida de que no iba a obtener respuesta.

Me puse a leer la última publicación de mi blog de moda favorito, cuando escuché el timbre que anunciaba un nuevo mensaje.

¡Había respondido!

De: Sombra-33

Para: Susana-32

Quizá no estás buscándole en el lugar correcto, ¿te lo has planteado?

Mi deseo...

Dejar de ser invisible.

Estaba claro que *Sombra* sabía hacerse el interesante. Le escribí de nuevo, quizá, después de todo, esa Nochebuena no iba a ser tan aburrida como había imaginado.

De: Susana-32

Para: Sombra-33

Curiosa afirmación para alguien que se hace llamar Sombra...

Un minuto después llegó otro mensaje e iniciamos una conversación. En aquel momento, ya me había olvidado del interesantísimo artículo que estaba leyendo sobre: «Cómo elegir el mejor vestido para fin de año según la forma de tus caderas» y estaba totalmente metida en la charla.

—Tienes razón, pero es mi sino... ¿Cuéntame quién es ese tío que no

sabe valorarte ni hacerte feliz?

—Es una larga historia...

—Tengo toda la noche, estoy harto de comer turrón y de que mi tía Pili no pare de pellizcarme y decirme lo guapo que soy como cuando tenía cinco años. ¡¡Necesito una excusa!!

—En ese caso, me veo en la obligación moral de rescatarte, las tías Pilis del mundo pueden ser terroríficas.

—¡Ya te digo! He tenido bastante de familia hasta mañana.

—Nosotros también nos hemos retirado pronto, mis padres quieren madrugar para preparar la comilona de mañana y yo estoy aburrida en una casa que no es la mía.

—Entonces hagámonos un favor mutuo y amenicémonos la noche. Cuéntame tu historia.

—Ante todo quiero dejar claro que tengo pareja... o algo parecido y que he respondido a tu mensaje porque he

entrado en la página para darme de baja y al verlo me ha parecido curioso.

—Ha quedado claro, no te preocupes. Yo también estoy en un momento sentimental complicado y simplemente busco un amigo, alguien que no sepa quién soy y me escuche sin prejuizar. Eso es bastante liberador, ¿no crees?

Intuí que la historia de *Sombra* era más compleja de lo que imaginaba. Mientras hablábamos, había cotilleado su perfil y no había nada que pudiera revelar su identidad o algo más allá de su edad o de que residía en Barcelona. Aun así, me decidí a contarle cosas de mi vida que hasta ahora no había compartido ni con mis mejores amigas. Por alguna extraña razón me inspiraba confianza, o tal vez, fuera el hecho de que no podía verme y no sabía quién era. Tal y como había dicho, era liberador. Le conté que había conocido

a Fran a través de esa página por mediación de una amiga y que, aunque al principio todo parecía increíble, ahora, veía cosas en él que no me gustaban.

—*Parece que solo quedamos para acostarnos. En los casi dos meses que llevamos juntos solo hemos salido a cenar una vez. Y su madre me odia.*

—*¡Uf! Las suegras son un tema delicado.*

—*A veces, creo que me pone excusas con el trabajo... Es como si no quisiera pasar tiempo conmigo. Quizá le resulto aburrida.*

—*Es un imbécil. Él se lo pierde. A mí me pareces una chica increíble y solo llevo hablando contigo un rato. Tal vez, deberías poner un poco de distancia y ver las cosas desde otra perspectiva.*

—*Hace más de una semana que no nos vemos y no creo que vayamos a hacerlo hasta la noche de fin de año,*

así que distancia habrá.

—A lo mejor, eso te ayudará a aclararte. ¿Qué vas a hacer en fin de año?

—El amigo de una de mis mejores amigas nos ha conseguido entradas gratis para el Bright Club, así que iremos allí. ¿Y tú?

—Me han dicho que ese sitio es estupendo, ¡seguro que te lo pasas genial! Yo saldré con mis colegas a emborracharnos y hacer un poco el café, todo un plan...

Estuvimos hablando un rato más. Por más que intenté dirigir la conversación hacia él, siempre encontraba la manera de distraerme y enfocarla hacia mí y ni siquiera pude descubrir cuál era su verdadero nombre, pero me dio igual, pues me di cuenta de que yo también necesitaba hablar de mis problemas con un desconocido que no pudiera juzgarme. Eso me daba absoluta libertad para

decir lo que pensaba sin miedo a quedar mal o decir algo inapropiado.

—¿Por qué no me das tu correo electrónico? No me gustaría perder el contacto contigo, pero quiero darme de baja de esta página de una vez.

Se lo di. No me pareció una petición descabellada, ni siquiera era mi número de móvil y yo también quería seguir en contacto con él. Me había caído muy bien y quería que me contara su historia. Tal vez, la próxima vez estuviera más hablador y pudiera averiguar algo. Nos despedimos y apagué el ordenador con una sonrisa que se me borró de los labios al pensar que esa conversación de casi dos horas debería haberla tenido con Fran, mi pareja, y no con aquel desconocido.

A pesar de haberme dormido pasadas las dos, a la mañana siguiente me desperté temprano y bajé a la cocina a por un café con la

intención de ayudar a mi madre. Me la encontré con el delantal puesto, inclinada sobre el horno, pinchando un pavo que empezaba a dorarse y tenía una pinta estupenda. Estaba claro que llevaba por lo menos un par de horas levantada.

Mi padre había ido a la pastelería y había traído cruasanes rellenos de chocolate recién hechos para desayunar. Admitámoslo, nadie en su sano juicio podría resistirse a ello. La dieta estaba servida esa semana si no quería parecer una morcilla la noche de fin de año.

Pasé el día de Navidad rodeada de mi familia, cantando villancicos y jugando a juegos de mesa con mis primos. Todo un clásico, aunque me ayudó a olvidarme un poco de todo lo demás. Al día siguiente por la tarde, después de achuchar a mis padres repetidas veces en la estación, me subí al tren y volví a casa. Entonces,

caí en la cuenta de un par de cuestiones inquietantes. Una era que los pantalones casi no me abrochaban y la otra que Fran no me había llamado en toda la Navidad.

Capítulo 10

Me pasé dos días machacándome en la bici como si me fuera la vida en ello porque ya se sabe que cuando se trata de quemar calorías, una es capaz de todo, aunque el resultado fueron unas agujetas bestiales y los mismos problemas para cerrar el botón de los pantalones. Aquella tarde había quedado con mis amigas en la tienda de Vicky para probarnos los vestidos de fin de año. Salí del probador enfundada en mi modelito sin estar muy convencida.

—¿Estáis seguras de que no parezco una de las burbujas como en el anuncio? —les pregunté intentando bajar un poco la falda del vestido

dorado mientras metía tripa. Tal vez, con una faja no estaría tan mal, pensé.

—Es ideal, te queda precioso —me dijo Lisa que estaba encantada con el vestido azul satinado que, además, le resaltaba el color de los ojos.

—Se me ve la celulitis.

—Pero, ¿qué dices, Su? Te queda tremendo, lo elegí especialmente para ti —me explicó Vicky. Ella sí que estaba espectacular con el vestido rojo de terciopelo —. Que sepáis que no voy a vender ninguno de estos tres modelos, no quiero que ninguna chica vaya vestida como nosotras en el Bright.

Las tres estábamos muy emocionadas por pasar una velada tan especial en el moderno club de moda, aunque Vicky la que más.

—Espero que tu novio no venga vestido con chaleco y corbata, Lisa, o Dios no lo quiera, con pajarita... A ver

si no nos dejan entrar.

—Toni es un hombre clásico y elegante, pero no tendremos ningún problema con su indumentaria, no te preocupes, Vicky —replicó molesta.

—Si tú lo dices...

—Yo todavía no sé si Fran vendrá.

—¿No te ha llamado? —me preguntó Lisa preocupada.

—Solo me ha mandado un par de mensajes —me lamenté.

—No sufras por ese capullo, si no viene dale la patada. —Para Vicky era fácil decirlo, aunque tenía que reconocer que no le faltaba razón, Fran era un capullo, así que asentí.

—¿Ya sabéis que os vais a hacer en el pelo? —pregunté para cambiar de tema y no me costó nada distraerlas con aquello.

Salí de allí con el vestido dorado metido en una bolsa y la misión de comprarme unos zapatos a juego. Lisa me acompañó a una zapatería y me

gasté un dineral en unos taconazos que quedaban ideales con el modelito. Menos mal que Vicky nos hacía descuento de amiga en su tienda, porque a ese paso me fundía la paga doble en menos de quince días.

Esa noche cené una manzana y un yogurt, el vestido dorado pedía a gritos una dieta estricta y yo estaba de acuerdo. Me negaba en redondo a usar faja. Si había suerte y Fran se dignaba a aparecer, no quería que encima me encontrara con una prenda tan poco atractiva debajo del vestido.

Abrí mi correo electrónico para distraer el hambre haciendo algo y me dispuse a leer el mensaje que *Sombra* me había enviado esa mañana. Desde la noche de Navidad, había recibido un correo suyo cada día, a veces dos, según lo que yo le contestara. Era agradable hablar con él sin pretensiones de ningún tipo y estaba

empezando a acostumbrarme a sus mensajes de buenos días. Era mi nuevo y misterioso mejor amigo.

—*¿Qué tal se presenta el día? Hoy es la prueba del vestido, ¿no? Ya me contarás.*

—*¡Prueba superada! Vestido comprado, zapatos comprados y cuenta bancaria ¡jarruinada!! Todavía no estoy muy segura de que el dorado sea mi color, por lo demás un día muy productivo. ¿Tú qué tal?*

No esperé respuesta y me fui a la cama. Cuando apagué la luz y me tapé bien con el nórdico, pensé que ese día Fran tampoco había llamado y que *Sombra* parecía estar más interesado y al corriente de mi vida que él.

La noche de fin de año, Vicky vino a cenar y a tomarse las uvas a mi casa. Toni y Lisa nos recogerían sobre la una para ir al Bright Club y celebrar la primera noche del año por

todo lo alto.

Nos arreglamos antes de que dieran las campanadas y tuve que reconocer que una vez maquillada, peinada y en conjunto, el vestido me quedaba de muerte. Me había recogido el pelo hacia un lado y un montón de rizos colgaban sobre mi hombro. Los tacones me estilizaban las piernas y el dorado del traje resaltaba el color de mi piel. A mi lado, Vicky, con su mini vestido rojo y su impoluta melena oscura, estaba que quitaba el aliento. En conjunto, las dos estábamos impresionantes, aunque quede mal que lo diga yo.

Inmortalizamos el momento frente al espejo de mi armario con la foto de rigor, que mi amiga subió inmediatamente a todas las redes sociales en las que tenía cuenta. Fran me había llamado por la tarde confirmándome que por fin nos veríamos esa noche y, aunque no

sabía a qué hora podría pasarse por el club, me prometía no faltar. No paró de disculparse por la ausencia de esos días, aduciendo que los del trabajo le habían tenido prácticamente secuestrado. Quise creerle y traté de no cuestionármelo demasiado, aunque sabía que teníamos una conversación pendiente para aclarar nuestra situación de una vez.

Nuestros amigos nos vinieron a recoger un poco antes de lo previsto, aunque por suerte, ya estábamos listas y nos montamos en el coche para dirigirnos a nuestro destino. Toni llevaba una camisa blanca, pantalones de pinzas y americana oscura, nada de chalecos ni corbatas, así que Vicky pudo respirar tranquila. Lisa, por el contrario, estaba guapísima con el vestido azul, parecía un hada, siempre había a su alrededor un halo dorado que la hacía resplandecer, aunque ella no era en

absoluto consciente, y esa noche estaba más acentuado que nunca.

Había una cola larguísima frente a la puerta del club custodiada por dos gorilas que parecían armarios. Como nosotros teníamos pase vip, pudimos entrar sin mucha demora para desgracia de los pobres que esperaban muertos de frío desde hacía un buen rato.

Nada más entrar nos envolvió la música. En el Bright solamente sonaban los mejores números uno musicales de los últimos quince años, éxitos comerciales de casi dos décadas, así que no había un solo momento en el que uno pudiera relajarse sin sentir la necesidad de bailar. La pista era enorme y estaba atestada de gente. Allí la música se escuchaba a un volumen más alto que en el resto del local. De las dos barras laterales salían destellos luminosos que atraían a la gente a consumir.

Después de dar una vuelta y hacernos unas cuantas fotos, subimos las escaleras que conducían a la zona de reservados. Había varios grupos de sofás de cuero bien distribuidos, cada uno con su mesita central. Allí nos encontramos con Alexei.

—Qué bien que hayáis podido venir —nos dijo tras saludarnos con un par de besos y felicitarnos el año. Estrechó la mano a Toni y nos acompañó hacia uno de los grupos de sofás —. Por supuesto, seré vuestro camarero esta noche. —Así que procedió a tomar nota de los pedidos en una tableta que sacó del cinturón.

—Cariño, este sitio es espectacular —le dijo Vicky.

—Tú sí que estás espectacular —le aseguró él —, aunque no puedo negar que este sitio es increíble, me encantaría quedarme fijo.

Alexei se retiró a por las bebidas y a seguir atendiendo a los demás

clientes de su zona. Todos los camareros iban vestidos de riguroso negro y eran muy atractivos, aunque él, con sus enigmáticos ojos azules llamaba la atención por encima de todos los demás. No era de extrañar que mi amiga estuviera tan enganchada. Aunque lo negaba, me resultaría imposible creer que entre el ruso y ella no había nada.

Estuvimos tomando nuestras copas y charlando animadamente mientras trataba de no mirar continuamente el móvil para ver si había noticias de Fran. Descubrimos que Toni era menos serio de lo que imaginábamos, aunque nunca podría pasar como el rey de la fiesta, se notaba que estaba muy pendiente de Lisa y parecía ser el complemento ideal para ella.

La excusa para lanzarnos a la pista de baile llegó en forma de canción. Unos primeros planos del

rostro de Kylie Minogue aparecieron en las enormes pantallas de plasma que había suspendidas sobre la pista de baile y su *Can't get you out of my head* empezó a sonar a todo volumen. Aunque el tema ya tenía unos años, no conocía a ser humano viviente capaz de resistirse al ritmo de esa canción.

Vicky y yo nos levantamos gritando como locas y agarramos de la mano a una comedida Lisa que no podía evitar sonreír al vernos tan emocionadas. Toni nos aseguró que se quedaba custodiando nuestros bolsos para que disfrutáramos del baile, aunque estaba claro que no era la clase de tío que se lanzaría a la pista así como así, por eso mismo supusimos que no le debió resultar demasiado insoportable quedarse allí solo.

Nos dirigimos a las escaleras, pero antes de que pudiéramos bajar una,

me detuve de golpe, frenando a mis amigas, al ver emerger una cabeza rubia que me resultaba muy familiar.

—¿Eric?... —logré farfullar cuando se me cerró la boca y me recuperé, no solo de la sorpresa de encontrarle allí, sino también de ver lo increíblemente bueno que estaba esa noche.

Llevaba unos pantalones vaqueros negros de diseño y una camisa gris arremangada sobre los antebrazos, una cazadora de cuero le colgaba del brazo. Se había peinado el pelo hacia atrás, probablemente con alguna clase de gel fijador, pero daba la impresión de que no hubiera hecho más que echárselo para atrás con los dedos al salir de la ducha. Sus ojos verdes estaban fijos en mí y no hacían más que recorrerme de arriba abajo impresionados.

—Su... ¡Vaya! —murmuró admirado.

—Luego os saludamos, guaperas

—interrumpió Vicky —. Pero ahora queremos bailar, que se nos acaba la canción.

Y dicho eso, le apartó y nos obligó a bajar hacia la pista. Yo ni siquiera pude reaccionar, pues aún estaba en shock por la coincidencia de habernos encontrado.

Nos abrimos paso a empujones, me dejaba llevar pero era poco consciente de lo que sucedía a mi alrededor. Tal y como decía Kylie en su canción, quizá ya iba siendo hora de que admitiera que no podía sacarme a Eric de la cabeza.

—¡Oh, Dios mío! —me gritó Vicky una vez en la pista señalándome con la cabeza hacia la zona de sofás.

Eric estaba apoyado en la barandilla mirándome fijamente. Me di cuenta de que le acompañaban un par de amigos que no paraban de darle codazos y señalar en nuestra dirección.

—¡Ha venido con Raúl! —me gritó Lisa al oído para que pudiera oírla entre tanto ruido.

—¿Quién?! —le pregunté.

Aunque entonces, vi aparecer al chico del gimnasio, el de los brazos tatuados, por entre la multitud. Se plantó frente a mi amiga y la agarró del brazo.

—Hola, campanilla —la saludó—. Vamos a bailar.

Mi amiga me miró con ojillos asustados pero se dejó llevar, así que no vi motivo para intervenir, ya tenía bastante con lo mío.

Vicky alzó un par de veces las cejas en dirección a nuestra tímida amiga que ahora se restregaba con el tatuado por la pista. Menuda noche... Por lo menos, esperaba que Toni no estuviera viendo el espectáculo. Bailamos un par de temas más y una vez que Lisa logró liberarse de su nuevo amigo, que se había dirigido a

buscar una bebida a la barra, decidimos volver a los sofás.

Para mi sorpresa, Eric y sus dos colegas estaban sentados en nuestro reservado hablando animadamente con Toni como si le conocieran de toda la vida.

—¡Eh, Susana! He invitado a tu amigo y sus compañeros a sentarse con nosotros —me dijo nada más vernos. Tal vez, se había sentido intimidado por tanta chica junta y había visto el cielo, en forma de Eric y sus colegas, para compensar géneros.

—No somos amigos, es mi fisioterapeuta —aclaré.

Eric me miró suspicaz.

—Como vimos que habíais dejado a vuestro amigo al cuidado de los bolsos decidimos hacerle compañía —explicó—. Os presento a mis colegas —dijo señalándolos—. Él es David y él Alberto, mi amigo el fotógrafo, que es quien ha conseguido las entradas

para este sitio.

—Tengo mis contactos, no ha sido muy complicado —nos aseguró Alberto chuleando un poco. Menudo piezo estaba hecho, pensé —. Además, ha valido la pena —añadió mirando descaradamente a Vicky que ya estaba en modo seductor, batiendo pestañas.

—Estás son mis amigas, Lisa y Vicky —las presenté —. A Toni veo que ya le conocéis.

—Es mi novio —añadió Lisa justo en el momento en que aparecía Raúl por nuestra derecha.

Se sentó juntó a Toni y le agarró la mano como si no hiciera ni diez minutos que se había estado contoneando con el otro, abajo en la pista.

—Raúl —se presentó el aludido, dando un par de besos a Vicky y luego a mí. Clavó su mirada oscura en Lisa como si quisiera traspasarla y ella

bajó la suya cohibida.

Miré de Toni a Raúl y de Raúl a Toni y se me hizo evidente que no podían ser más distintos. Uno tan formal, peinado con su ralla al lado y sus gafas de pasta y el otro tan moderno con el pelo de punta y los brazos tatuados al descubierto con su camiseta blanca de manga corta. ¿Qué le estaba pasando a Lisa con esos dos? Tendría que averiguarlo.

Vicky se sentó entre los amigos de Eric y Raúl, algo enfurruñado, ocupó un lugar vacío junto a Toni y Lisa, así que me vi obligada a sentarme al lado de Eric que me sonreía burlón como si supiera algo que yo desconocía. Me estaba poniendo muy nerviosa. En aquel momento, apareció Alexei dispuesto a anotar otra ronda de bebidas. Antes de irse se inclinó sobre Vicky y le dio un beso muy sugerente en el cuello.

—¿Todo bien, nena? —le preguntó

a mi amiga, mirando a uno y a otro de los dos hombres que tenía a ambos lados.

Había algo letal en esos ojos azules que hasta ahora me había pasado desapercibido, pero que los amigos de Eric notaron al instante, pues casi de manera imperceptible, se separaron un poco de ella. Estaba claro que el ruso había querido marcar territorio y lo había conseguido con éxito rotundo.

—De maravilla, cielo —le confirmó antes de que se fuera a por nuestro pedido.

—Menuda sorpresa encontrarte aquí —me dijo Eric captando mi atención.

—Alexei, el camarero —aclaré girándome ligeramente hacia él para poder mirarle —, es amigo de Vicky y nos consiguió unos pases.

—Igual que mi amigo Alberto —dijo señalándole —. Desde que le hablaron de este sitio no ha parado de

insistir para que viniéramos. Así que aquí estamos.

—¿No habéis traído a vuestras amiguitas modelos? —pregunté con malicia y, lo admito, como una tonta celosa.

Me arrepentí al instante. Seguro que se había notado, pero no podía negar que si aparecían un par de bellezas de piernas kilométricas, a mí me daba algo.

—Hoy no han venido —dijo negando con aire de suficiencia —. Con lo que hay por aquí no vamos a necesitar compañía adicional.

Me molestó un poco su comentario, se refiriera a nosotras o no. Acababa de aparecer un Eric prepotente y chulito que yo desconocía, demasiado parecido a su amiguito, el sobrado.

—Feliz año, por cierto —me felicitó de pronto.

—Feliz año —correspondí.

Se inclinó y me besó en la mejilla.

Se me puso la piel de gallina. Eric me había tocado casi por todo el cuerpo con sus masajes, pero era la primera vez que sentía sus labios y, aunque la caricia pudiera parecer algo inocente, la sentí mucho más que algunos besos con lengua que me habían dado.

—Estás preciosa esta noche — murmuró retirándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

Si no tuviera la absoluta certeza de que alguien como Eric jamás podría fijarse en mí, diría que estaba coqueteando conmigo.

—Gracias, tú también estás muy guapo. Es la primera vez que te veo vestido con algo que no sean tus uniformes de trabajo y te queda bien.

Él sonrió y bajo la mirada hacia su ropa.

—Me lo tomaré como un cumplido, gracias.

—Lo es —le aseguré y volvió a sonreírme.

¡Dios! Esas sonrisas iban a matarme.

—Tienes razón en eso de que solo nos vemos en el trabajo, quizá deberíamos salir algún día.

—¿En serio? —pregunté sorprendida —. ¿Por qué alguien como tú iba a querer salir con alguien como yo?

No pude evitar preguntárselo. No es que me propusiera aumentarle el ego, pero es que parecía que él no se daba cuenta de nuestras obvias diferencias y de que juntos, no pintábamos nada.

—Perdona, no entiendo a qué viene esa pregunta —me dijo desconcertado —. ¿A caso crees que no estoy a tu altura? —Parecía molesto.

No pude evitar soltar una carcajada que hizo que se le frunciera más el ceño. Me miraba como si me hubiera vuelto loca.

—¿Me tomas el pelo? —le

pregunté.

—¿Yo? —Cada vez parecía más sorprendido —. En serio, Su, creo que ahora mismo no estamos en la misma onda.

—Me lo vas a hacer decir, ¿no? — Le miré entrecerrando los ojos. Él alzó las cejas esperando —. ¿Tú te has visto? Estás buenísimo y yo... Yo solo soy una chica del montón, capullo arrogante —añadí usando un tono guasón para enmascarar un poco la realidad.

—Igual la arrogante eres tú —dijo al cabo de unos segundos —. ¿Quién te ha dicho que quiera salir contigo por algo más que la relación de amistad que, creo, nos une? Hablaba de tomarnos unas cervezas en plan colegas, no de llevarte a cenar.

De acuerdo... Punto, set y partido. Tocada y hundida. Tierra trágame.

Cualquiera de esas frases me valía en aquel preciso momento. Acababa

de hacer el ridículo más espantoso de mi vida dando por sentado que Eric me proponía una cita. ¿Se podía ser más estúpida, más idiota, más... arrogante? Pero si yo misma estaba intentando explicárselo. Si existía Dios, que mandara uno de sus rayos y me fulminara allí mismo. Creo que me puse roja como un tomate.

Sin decir una palabra me levante como un resorte para salir huyendo de allí como la cobarde que era. Tal vez, debería tratar de lanzar una puya y aligerar la situación, pero no podía reaccionar. Sabía que estaba quedando en evidencia, pero mi mente y mi lengua se negaban a funcionar. Sentí la mano de Eric rodearme la muñeca y tirar de mí haciéndome volver a caer sentada junto a él. Me levantó el rostro colocando un dedo en mi barbilla y me miro a los ojos preocupado.

—Dios, Su, perdóname. No

pretendía ofenderte —dijo
compungido —. Creía que estábamos
bromeando, no pensé que te lo
tomaras tan en serio.

—Yo... P-perdona —tartamudeé —
. No... No sé qué decir, es solo que...

No me salían las palabras.
Menuda idiota estaba hecha esa
noche. No debería haber bebido tanto.
¡Mierda! Si hasta me faltaba poco
para echarme a llorar. Él seguía
mirándome fijamente, preocupado.
Me acarició la mejilla con dulzura.

—Eres la mujer más increíble
que... ¡Joder! —se interrumpió —. Es
que ni siquiera sé cómo explicarlo.
Yo...

En aquel momento, aunque me
parecía algo increíble, supe que iba a
besarme. Su rostro estaba a escasos
milímetros del mío, podía sentir como
su aliento chocaba contra mis labios,
cada vez más cerca, a punto...

—¡Chicos! —La voz de Lisa nos

sobresaltó y nos separamos de inmediato —. Nos vamos abajo a bailar con los demás. ¿Os venís?

Miré a mi amiga desconcertada y no supe descifrar su expresión. No sé si estaba tratando de salvarme de cometer una locura o si su intervención había sido mera casualidad. Vi cómo se perdía por las escaleras en dirección a la pista de baile seguida por Toni y fui consciente de que durante el rato que había estado hablando, el resto del mundo había desaparecido. Ni mis amigos ni los de él estaban por ningún lado y yo ni me había dado cuenta de que se habían levantado de nuestro lado. Increíble.

Eric me cogió de la mano y tiró de mí hacia la pista de baile, pero antes de bajar me bebí de un trago el resto de la bebida que quedaba en mi vaso. El momento del beso se había perdido y no sabía si volveríamos a

recuperarlo. Sentí como si hubiera dejado escapar una oportunidad que, tal vez, no iba a poder recuperar y necesitaba animarme.

Sonaba un remix de *Scream & Shout*, la voz de Britney Spears retumbaba por los altavoces. Mi amiga Vicky bailaba con los dos amigos de Eric y Lisa estaba haciendo su intento con Toni, que parecía tener tres pies en vez de dos. Vi a Raúl apoyado en la barra charlando con una morena, aunque no parecía muy entusiasmado.

Las manos de Eric se posaron en mi cintura, captando mi atención, e instando a moverme. Bailaba muy bien, aunque no debería extrañarme de un profesor de *fitness* que debía tener un control absoluto de su cuerpo. Yo me sentía como un pato, casi a la altura del pobre Toni, aunque gracias a los cubatas que me había metido en el cuerpo, le rodeé el

cuello con los brazos y me dejé llevar, dejándome arrastrar por el ritmo de la música.

Uno de los muslos de Eric acabó entre mis piernas y yo me contoneé sugerente sobre él. Tras unos minutos bailando y debido a la multitud de la pista, ambos estábamos algo sudorosos. Sentía como algunos mechones se me pegaban a la nuca, pero no podía dejar de moverme y menos cuando el tío más atractivo de toda aquella discoteca me tenía agarrada por las caderas. Debía ser la envidia de más de una, aunque no pensaba apartar los ojos de mi pareja para comprobarlo.

Él se estaba comportando de manera demasiado respetuosa bajo mi punto de vista, pero yo no pude evitar bajar mis manos por sus hombros y acariciar la dureza de sus músculos hasta posarlas en esos pectorales tan bien esculpidos. Me sobraba la

camisa, deseaba arrancársela. Al final, acabé metiendo las manos por debajo de la tela y acaricié su piel cálida y suave.

¡Madre mía! Quería hincarle el diente a esa tableta.

—Dios... —suspiró en mi oído y por fin bajó las manos hasta mis nalgas y me atrajo hacia él sin dejar de moverse. Me alegró comprobar que estaba tan excitado como yo al sentir el roce de su miembro, duro, contra mi vientre.

Eric me ponía a cien. Nunca había estado tan cachonda. Cuando me mordió en ese punto tan sensible entre el cuello y el hombro casi tuve un orgasmo. No le hacía falta más para llevarme al borde. Estaba a punto de girar la cabeza y suplicarle que me besara cuando sentí que unas manos me arrancaban de su abrazo y me giraban. Todo me daba vueltas. Escuché la voz de Eric protestar y me

fijé en el hombre que tenía delante.
Fran.

—Feliz año nuevo, nena.
Entonces, me besó.

Capítulo 11

Creí escuchar que Fran le decía algo a Eric antes de lanzarse a por mí y meterme la lengua hasta la garganta.

Todo fue tan rápido y yo estaba tan excitada que no tuve tiempo a reaccionar y me entregué al beso que tanto había ansiado de manera desesperada, aunque proviniera de otros labios. Creo que mi mente aún no lo había asimilado. Fran me devoró y me acarició por todo el cuerpo de manera descarada. Nada que ver con las sutiles y excitantes caricias de Eric.

Eric.

¡Joder!

Empujé a Fran por los hombros y aunque se resistió un poco, se apartó de mí y me miró sonriendo. Me di la vuelta y le busqué entre la multitud que nos separaba, pero no había ni rastro de él.

—Verte bailar con ese tío me ha puesto como una moto, nena —dijo Fran captando mi atención —. Primero, me dieron ganas de pegarle un puñetazo, pero luego me dije que solo estaba calentando lo que me iba a comer yo. —Me agarró con fuerza estrechándome contra su torso y empezó a moverse al ritmo de la música. Creo que estaba un poco borracho, como todos esa noche.

Yo estaba algo mareada. Todavía trataba de asimilar lo que había pasado con Eric, la aparición repentina de Fran, del cual para mi vergüenza, ni siquiera me acordaba y ahora, el estar en sus brazos y no tener ni idea de lo que estaría

pensando Eric. Tras un par de canciones decidí que no podía más, necesitaba refrescarme un poco e intentar encontrar a Eric.

—Necesito ir al baño —le grité a Fran.

Él asintió y tras darme un cachete en el trasero me dejó ir diciendo que me esperaba en la barra.

Aparté a empujones esa masa de cuerpos sudorosos para abrirme paso hacia el pasillo que conducía al baño. Las luces parpadeaban al ritmo de *Where have you been* de Rihanna. La multitud se movía enfebrecida. Logré cruzar la zona de la barra y meterme por el pasillo que conducía al baño que estaba tenuemente iluminado. Una pareja se estaba enrollando apoyada en la pared del fondo. Cuando llegué a su altura me pareció reconocer un destello de pelo rubio. No podía creerlo, se me revolvió el estómago.

Eric levantó la cabeza en ese momento, apartándose de la pelirroja pechugona que se lo estaba comiendo y me sonrió burlón, ni rastro del hombre que había bailado conmigo en la pista, dándome a entender que, si no era yo, le valía cualquier otra. La pelirroja le mordió en la barbilla para recuperar su atención y él se dejó hacer olvidándose de mi presencia. ¡Qué poco había tardado en reemplazarme, el muy cabrón!

No sé ni cómo salí de allí, seguramente corriendo en dirección a la barra. Localicé a Fran agarrando el vaso que le estaba pasando el camarero, me planté frente a él y se lo quité de las manos para beberme más de la mitad de un trago. Él me miró sorprendido pero no dijo nada, cogió el vaso y se bebió lo que quedaba.

—Llévame a casa, quiero que me folles a lo bestia —le dije totalmente despechada.

En aquel momento, no quería pararme a pensar en el revoltijo de sentimientos que tenía dentro, pero si Eric era capaz de hacer con cualquier otra lo que deseaba hacer conmigo, sin duda yo no me iba a quedar atrás. Además, Fran era mi pareja, no una guarra de discoteca de la que ni recordaría el nombre a la mañana siguiente.

—Dios, nena, ¡sí!

Fran me cogió de la mano para sacarme de allí, pero le detuve.

—Tengo que despedirme de mis amigas. —Él asintió y me fui en busca de Lisa que no estaba demasiado lejos.

En aquel momento, ni siquiera era capaz de pensar que aún no se lo había presentado a las chicas. Aquella iba a ser la noche de la presentación oficial, pero a mí eso ya me daba exactamente igual, solo quería salir de allí.

—Me voy con Fran.

—¿Ya?... ¿Pero está aquí? —me preguntó por encima de la música.

—Sí. ¿Te ocuparás de Vicky? —le pregunté, pues no vi ni rastro de ella por la pista.

—Claro, la llevaremos a casa sana y salva —me aseguró.

Me dirigí hacia la salida sin volver la vista atrás, no quería saber si Eric estaba por allí, me sentía furiosa. Fran me esperaba en la puerta con mi bolso y la chaqueta en la mano. Salimos y nos metimos en su coche.

Llegamos a mi casa. Estábamos bastante borrachos los dos, así que no sé cómo no acabé sufriendo el segundo accidente de mi vida habiéndome metido en un coche con él en ese estado, pero llegamos sanos y salvos.

Cuando me quitó el vestido y sentí sus manos amasando mis pechos, imaginé que eran las de otro. Mientras su boca recorría mi cuello

para acabar besándome los labios, pensé en un hombre distinto y cuando su cabeza morena se perdió entre mis piernas, lamiendo mi sexo y succionando el clítoris con placer, imaginé que acariciaba un pelo rubio sedoso.

—Voy a atarte, nena —me susurró al oído y yo asentí sin ser casi consciente de ello, pues quería mantener los ojos cerrados y vivir mi fantasía.

Cuando quise darme cuenta, estaba follándome muy fuerte, agarrando con brutalidad mis caderas y golpeando sin control, era evidente que él también había bebido demasiado y había perdido el control. Quise quejarme y apartarle, pero me encontré con que no podía, me había atado por las muñecas al cabezal de la cama. Un intenso dolor empezó a recorrerme el brazo izquierdo hasta el hombro.

—Eso es, nena... Córrete —le escuché decir y mi cuerpo, que había estado preparándose toda la noche para aquel momento, de manera traicionera obedeció y sentí un orgasmo intenso que me dejó laxa a pesar de la incomodidad de la postura. Al poco se derrumbó sobre mí respirando agitadamente.

—Desátame —le pedí a punto de caer dormida.

Noté como deshacía un nudo y mi brazo caía pesadamente. Me puso de lado y me abrazó por la espalda. No abrí los ojos, estaba demasiado cansada.

Me despertó un ruidito incesante. La luz entraba a raudales por la ventana de mi habitación y la cabeza me daba vueltas, aunque lo peor de todo era el dolor sordo e insoportable que sentía en el hombro. Me incorporé como pude y me di cuenta de que mi muñeca izquierda seguía atada al

cabezal de la cama y como consecuencia había estado torturando mi hombro malo toda la noche.

Para mi sorpresa, y por primera vez desde que nos conocíamos, vi que Fran seguía en mi cama durmiendo tranquilamente. Aquella noche no había tocado un polvo y largarse cagando leches. ¿Estaríamos por fin llegando a alguna parte? Me pregunté inocentemente.

Me desaté y me sujeté el brazo contra el pecho. Lo tenía dormido y me dolía tanto toda la zona, que ni siquiera podía girar el cuello. Me levanté como pude y me puse una bata para después buscar el aparato del demonio que no paraba de sonar. Era el móvil de Fran. Lo localicé en el bolsillo de sus pantalones, que estaban tirados por el suelo de la habitación.

Intenté recoger un poco y me alegró encontrar un condón usado en

el suelo junto a la cama. La noche anterior estaba tan borracha que ni siquiera había sido consciente de si usamos uno.

De repente el móvil volvió a emitir un pitido y una vibración en mi mano sobresaltándome. Le acaba de llegar un WhatsApp. Quizá no debería haberlo hecho, pero me encontraba tan mal que necesitaba distraerme con algo, así que miré la pantalla iluminada y leí el mensaje.

Natalia: Ayer te estuve esperando... Me puse el conjunto ese que tanto te gusta.

Me quedé alucinada mirando fijamente la pantalla que terminó por apagarse, tratando de interpretar aquel mensaje sin poder creérmelo, presa de la sorpresa.

¿Sería posible que aún siguiera durmiendo y aquello fuera una maldita pesadilla?

De pronto volvió a pitar. Miré en

dirección a la cama y vi que Fran estaba roncando ligeramente sin enterarse de nada. Me dispuse a leer.

Natalia: Me encantó la cena y lo que vino luego, pero ya sabes que un orgasmo nunca es suficiente. ¿Por qué te fuiste tan pronto?

Bueno, aquello no tenía muchas posibles interpretaciones, más bien solo una. ¡Y de sueño nada! La realidad acababa de golpearme en toda la cara. Sentí como empezaba a invadirme una furia descontrolada producto de la resaca, el dolor en el hombro y el cabrón que dormía en mi cama, pero respiré hondo un par de veces y salí sigilosamente de la habitación. Ni siquiera sé cómo pude actuar con tanta frialdad.

Una vez en el salón, me senté en el sofá y desbloqueé el teléfono. No estaba bien fisgar, pero creo que en

ese caso estaba totalmente justificado. Por suerte, Fran no tenía código secreto, así que deslicé el dedo por la pantalla y entré en la aplicación de mensajería. Por si todavía albergaba alguna duda, la foto que llegó de la tal Natalia vestida con el dichoso conjunto de ropa interior y un par de conversaciones más de otras zorras, se despejaron todas.

Investigué un poco más y encontré una aplicación para móviles de la página Citas de Amor instalada en su teléfono. Entré y por poco me da algo al leer los mensajes que había estado intercambiando con varias chicas. Ahora entendía lo de la última conexión que vi la vez que entré en la página para darme de baja en Navidad. De pronto varias piezas encajaban. Las reuniones de última hora, las ausencias, el fin de semana que se iba de congreso... ¡Había estado quedando con otras chicas! Y

no solo eso, también folládoselas.

Todo era mentira y encima yo, como una tonta, había ido a recogerle la compra y a dejarme humillar por su madre. Aquello, por extraño que pudiera parecer, fue lo que más rabia me dio de todo.

¿Se podía ser más idiota? ¡La madre que lo parió!

Salté disparada hacia la habitación olvidándome por completo del dolor que sentía en el hombro y abrí la puerta de golpe para encontrármelo allí dormido como un niño inocente. ¡Cabrón! No se había querido quedar a dormir nunca y justo cuando lo hacía era para que me encontrara con aquello. Sin pensar en lo que hacía le lancé el móvil que acabó impactando contra su cara.

—¿Pero qué cojones haces?! — exclamó levantándose sobresaltado.

Cogí la ropa que estaba tirada por el suelo y empecé a lanzársela

también.

—¡Largo! ¡Hijo de puta!

—¿Qué coño te pasa? —se levantó de la cama tambaleante, aún medio dormido y vi que empezaba a ponerse los pantalones.

—¿Qué me pasa?! —grité —. ¡Qué ha llamado una de tus putas y te ha dejado unos mensajes de lo más interesantes! Eso me pasa.

—¿Has estado fisgando en mi teléfono? —preguntó indignado poniéndose la camisa.

—¿Eso es lo único que te preocupa? —No podía creer que pareciera tan tranquilo —. Has estado saliendo con otras y engañándome para verlas, ¡cabrón!

—Joder, Susana, acababa de salir de una relación de catorce años, ¿qué esperabas? ¿Qué me quedara con la primera chica que me hiciera caso? —explicó usando un tonito condescendiente que me estaba

sacando de mis casillas —. Uno tiene que ir probando para saber qué elegir, así funcionan estas páginas de internet... Imaginé que tú también estabas haciendo lo mismo.

Me abalancé sobre él dispuesta a pegarle y arañarle como una gata salvaje. Si me hubiera pedido disculpas, tal vez le hubiera dejado explicarse antes de despacharle, pero encima el tío iba de sobrado y parecía orgulloso de lo que había hecho. Me agarró de las muñecas antes de que pudiera llegar si quiera a tocarle y me lanzó sobre la cama, donde reboté hasta quedar sentada.

—Cálmate quieres.

—¿Qué me calme?! ¡Me has engañado, Fran! Nunca me dijiste que estabas viendo a otras chicas, me mentiste diciendo que estabas trabajando —argumenté—. Joder, ayer mismo te follaste a otra antes de venir a buscarme.

Me miró de soslayo y no respondió. Le vi recoger la chaqueta y guardarse el móvil en el bolsillo. Cada vez me alegraba más de ver ese condón que seguía en el suelo. A saber dónde la había estado metiendo. Gracias a Dios, nunca lo habíamos hecho sin protección.

—Me das asco —escupí—. No quiero volver a verte.

—Te llamaré cuando estés más tranquila. —Se pasó las manos por el cabello, tratando de peinarse con los dedos—. Está visto que el alcohol no te sienta nada bien.

—¡No vuelvas a llamarme nunca, mamón, hijo de la grandísima puta! —grité histérica haciendo uso del vocabulario más barriobajero que conocía. Le lancé una almohada que acabó impactando contra el marco de la puerta sin rozarle mientras salía en dirección al salón. Escuché como cerraba de golpe la puerta de entrada

y me tumbé en la cama hecha un ovillo. Me pasé una mano por la cara mojada y fui consciente de que estaba llorando.

Aquel primer día de enero, fue uno de los peores días de mi vida. Acabé vomitando hasta la primera papilla y me pasé una hora tumbada en el suelo del baño tiritando e incapaz de moverme. Me dolía muchísimo todo el lado izquierdo del cuerpo y la cabeza estaba a punto de estallarme, aunque lo peor era mi orgullo herido. Me sentía tonta y humillada. Otra vez. ¿Era mi destino acabar siempre con hombres infieles? Me pregunté. ¿Cómo podía haber estado tan ciega? ¿Cómo podía volver a sucederme?

Fran había hecho conmigo lo que había querido y yo encima había estado tratando de excusar su comportamiento cuando hacía tiempo que se habían activado mis alarmas. ¿Tan desesperada estaba por tener a

alguien en mi vida que había estado dispuesta a pasar por alto todo aquello? Me había follado a gusto mientras probablemente había estado haciendo lo mismo con tres o cuatro chicas más. ¿Lo sabrían ellas?

Cuando, por fin, sentí que recuperaba un poco las fuerzas me incorporé lentamente conteniendo otra arcada y me quité la bata. Frente al espejo vi que tenía un morado en la cadera, probablemente de lo fuerte que me había sujetado anoche, y otro en la muñeca izquierda. Además, sentía mi zona íntima dolorida. No solo me daba asco él, también sentía asco de mi misma.

Abrí el grifo de la ducha, regulé la temperatura a lo más caliente que me veía capaz de soportar y me metí bajo el chorro. El calor me desentumeció un poco los músculos doloridos y el agua me despejó. Me envolví en una toalla y me sequé como pude el pelo

sin usar para nada el brazo izquierdo, que cada vez me dolía más. Cuando creí que mi estómago lo iba a soportar, me serví un vaso de leche y me tomé un antiinflamatorio.

Para cuando me tumbé en el sofá y me tapé con una manta ya eran pasadas las siete de la tarde. Respondí a los mensajes que me habían mandado mis amigas preguntándome si estaba todo bien para que no sospecharan nada. En aquel momento, no me veía capaz de soportar la compasión de nadie y sabía que, si les contaba lo que me había pasado, las tendría a ambas allí en menos de media hora. Por suerte, Fran tampoco había llamado. Cerré los ojos y me quedé profundamente dormida.

El día siguiente transcurrió más o menos igual, aunque sin vómitos ni resaca. Seguía sintiéndome bastante embotada. Todavía me parecía una

broma lo que había pasado con Fran y traté, poco a poco, de ir asimilándolo. De la rabia y la tristeza pasé a la aceptación. Comprendí que la verdad siempre había estado allí aunque yo no hubiera querido verla y en el fondo tuve que admitir que viendo lo que estuvo a punto de pasar en la discoteca con Eric, yo tampoco había sido del todo sincera con respecto a mis sentimientos. Tal vez, el hecho de descubrir las mentiras de Fran había sido una liberación para ambos, pero seguía doliendo, sobre todo el engaño.

¿Era realmente necesario?... Él mismo me había dicho la tarde en que nos conocimos, cuando le conté mi historia, que antes de engañar era mejor cortar. ¡Qué cínico! Arranqué las sábanas de la cama y las metí en la lavadora, no quería dejar ni rastro de él en mi casa. Me quedé en pijama todo el día, pues hasta después de Reyes tenía vacaciones y lo último

que me apetecía era enfrentarme al mundo ese día. Tampoco llamé a mis amigas, no estaba preparada para verlas, ni a ellas ni a nadie, primero tenía que recomponerme.

Intenté controlar el dolor en el hombro con baños de calor y antiinflamatorios, pero de madrugada me desperté dolorida y totalmente contracturada. No pude pegar ojo en toda la noche.

A la mañana siguiente continuaba igual y al mediodía acabé llorando de impotencia sentada en el sofá sin poder moverme. Sobre las cuatro de la tarde me decidí a llamar a Eric. Me temblaba la mano mientras le buscaba en la agenda, solo de imaginar hablar con él, aunque fuera por cuestiones profesionales, sabiendo cómo habían acabado las cosas hacía un par de noches, me revolvía el estómago. ¿Qué debería pensar de mí? ¿Cómo deberíamos actuar a partir de

ahora?... ¿Habría pasado algo con la pelirroja de la discoteca? Aunque, sinceramente, todo eso quedó a un lado. No podía aguantar más en esas condiciones y solo él podía ayudarme.

En la consulta no lo cogía nadie, así que llamé a su número personal. No lo había hecho nunca, pero una vez me lo dio por si surgía cualquier emergencia y sin duda la de ese día era una muy grande. Saltó el contestador.

¡Mierda!

Colgué y volví a llamar. Al ver que no me lo cogía esperé a que sonara la señal y le dejé un mensaje.

—Eric, soy Su, siento molestarte, pero ha ocurrido algo... —Se me escapó un sollozo—. Me encuentro muy mal, necesito verte, por favor, llámame.

Al finalizar la llamada cerré los ojos y recé para que me la devolviera.

Veinte minutos después, sonó mi

móvil.

—Su, ¿qué ocurre? —me preguntó preocupado.

—M-me hice daño en e-el hombro, casi no p-puedo moverme —le expliqué tartamudeando y temblando de dolor —. ¿Podríamos vernos? Es una e-emergencia.

—Claro. —Escuché como pasaba las hojas de una agenda —. ¿Podrías estar allí sobre las siete y media?

—Allí estaré —le aseguré antes de colgar.

A la hora señalada me quité como pude la parte de arriba del pijama, me puse un sujetador que se abrochaba por delante con bastantes dificultades y encima una chaqueta de chándal con cremallera, me enfundé en mis vaqueros más cómodos y llamé a un taxi. Aunque la consulta de Eric no estaba muy lejos de mi casa, no me veía con ánimos de ir andando. Ni siquiera me había molestado en

peinarme o maquillarme un poco, así que debía ofrecer un aspecto lamentable, pero me importaba una mierda. Solo quería que parara el dolor.

Llegué un poco antes de la hora y llamé al timbre. Eric me esperaba en recepción con la puerta abierta y en cuanto me vio entrar, con mi lamentable aspecto, vino directamente hacia mí.

—Su, ¿qué ha pasado? —Parecía alarmado, así que debía presentar una imagen peor de la que imaginaba.

—Me duele mucho el hombro, no puedo soportarlo —murmuré sin levantar la mirada, no me veía capaz de hacerlo todavía.

Vi que se mordía la lengua para no insistir y seguir preguntando. Lo primero era atenderme. Me cogió del brazo y me llevó hasta su despacho. Me ayudó a sentarme en la camilla y empezó a bajarme la cremallera de la

sudadera.

—Vamos a quitarte esto, ¿de acuerdo? —Yo simplemente asentí. Sabía que si intentaba hablar acabaría llorando como una idiota, mezcla de dolor e impotencia.

Retiró la prenda con sumo cuidado y colocó las manos sobre mi hombro izquierdo, palpando con suavidad. Eric siempre tenía las manos calientes pensé, ya podía hacer un frío del demonio en la calle, que su temperatura corporal no variaba.

—A ver qué tenemos aquí... —murmuró bajando por el brazo hasta el codo y volviendo a subir recorriendo la misma zona hasta el omóplato —. Tienes una buena contractura, sí señor.

Presionó un poco más fuerte, obligándome a inclinar el cuello hacia un lado y sentí como me resbalaba una lágrima por la mejilla que enseguida enjuagué con la mano.

—Haz algo... Por favor —le imploré.

Me soltó y vi que se dirigía a un armario y sacaba un tubo de pomada. Volvió a colocarse detrás de mí y empezó a extender un poco por la zona.

—¿Qué has tomado para el dolor?

—Ibuprofeno, era lo único que tenía en casa —le expliqué. Me fijé en que iba vestido de calle, con unos vaqueros y una camiseta azul marino —. No llevas el uniforme. ¿No me digas que has venido expresamente por mí? —Entonces entendí por qué no me había cogido nadie el teléfono cuando llamé por la tarde, probablemente, no trabajaban esos días. Mierda —. Lo siento, no sabía que...

—No te preocupes por eso ahora — me interrumpió. Cogió la sudadera y me ayudó a meter los brazos de nuevo —. ¿No tenías algún antiinflamatorio

más potente o algún relajante muscular?

—Nada. Hacía tiempo que no me dolía tanto y no fui a por más recetas.

—Lo mejor es que vayas a urgencias y te inyecten algo. — Empecé a protestar, pero él me frenó con un gesto de la mano —. Te he puesto una pomada antiinflamatoria pero no puedo hacer más por ti, hasta que no baje la inflamación no podremos empezar con los masajes, podría resultar contraproducente hacer algo ahora.

—¿No puedes darme algo tú? Sabes que odio los hospitales — protesté.

Desde el accidente, solo pensar en ellos, me entraban sudores fríos.

—No soy médico, Su, no puedo recetarte nada y lo que necesitas ahora mismo es un buen chute.

Me levanté resignada.

—Te acompañaré.

—No hace falta que...

—He dicho que te acompaño —me cortó otra vez.

Cogió su chaqueta y las llaves y salimos por la puerta.

Me acomodó a su lado en el coche, me abrochó el cinturón y salió del aparcamiento en dirección al hospital. Yo tenía la mirada perdida por la ventanilla. Lo cierto era que, desde que había llegado a su consulta, aunque seguía doliéndome igual, me sentía reconfortada. La seguridad que transmitía Eric era muy tranquilizadora.

—¿Cómo demonios te has hecho esa contractura, Su? —me preguntó de pronto sin apartar la vista de la carretera.

—Por favor, no quiero hablar de ello.

Él no dijo nada. Supongo que por mi tono dedujo que no iba a conseguir hacerme hablar. No me veía

preparada para contarle a nadie lo que me había sucedido con Fran, mucho menos como me había hecho daño en el hombro. Me sentía idiota y completamente avergonzada. Entre eso y el dolor, las lágrimas estaban continuamente amenazando con desbordarse y no quería tener público cuando eso sucediera.

Eric siguió conduciendo en silencio hasta llegar a la zona de urgencias del hospital, donde empezó a reducir la velocidad.

Capítulo 12

Salimos de urgencias un par de horas más tarde. Eric había esperado conmigo, ofreciéndome su apoyo, sin hacer más preguntas aunque sabía que se moría de ganas. Insistió en entrar conmigo mientras el médico de urgencias me examinaba, alegando que era mi fisioterapeuta y que se iba a ocupar de mi rehabilitación. Al principio se opusieron, pero viendo que no iba a desistir y que yo estaba de acuerdo, acabaron cediendo. A mí todo aquello me traía sin cuidado, solamente quería que me dieran algo para el dolor de una maldita vez.

Vi a Eric poner unos ojos como platos cuando el médico me preguntó

por el moretón de la muñeca y el que me asomaba por encima del vaquero en la cadera, en su consulta no los había visto. La verdad era que se habían puesto bastante feos, pero yo me inventé una excusa y le dije al médico que no tenía nada que ver con mi reciente contractura. Pareció creerme. Después de una radiografía y un par de pinchazos me dejaron ir.

Eric detuvo el coche frente a una farmacia de camino a mi casa y bajó a comprar lo que fuera que me habían recetado. Ni siquiera protesté. ¿Os han inyectado alguna vez diazepam mezclado con una bomba antiinflamatoria? Si es así, y sois de los que hasta una tila os relaja como me sucede a mí, entenderéis esa sensación de estar flotando en una nube muy lejos de la tierra. En aquel momento, no me enteraba plenamente de nada y todo me daba igual, empezaba a invadirme un

estupor muy placentero.

—He comprado el protector estomacal también. Será mejor que te tomes uno en cuanto lleguemos a tu casa —me dijo lanzándome la bolsa de la farmacia en el regazo antes de arrancar otra vez. Yo sonreí y asentí... O algo así, creo.

Sin darme cuenta me encontré frente a la puerta de mi piso. Eric me cogió el bolso y metió su manaza dentro hasta dar con las llaves y abrir la puerta. Entramos. Por suerte, estaba todo bastante recogido. Se quitó la chaqueta y me ayudó a quitarme la mía, dejándome de pie en el salón mientras se dirigía a la cocina. Yo ni me moví de donde me había dejado, estaba a punto de dormirme de pie, allí mismo.

—Tómate esto. —Me metió una pastilla en la boca y me ofreció un vaso de agua. Ni le pregunté lo que era —. Y olvídate de usar esa

máquina en una temporada —dijo señalando la bici que estaba aparcada en un rincón del salón.

Me llevó a la habitación y empezó a desnudarme. Mientras me bajaba los vaqueros por los muslos me miraba muy serio. Parecía incluso enfadado. Quizá era por el moretón con sospechosa forma de dedos que había en mi cadera. Aunque, quién sabe lo que estaría pensando.

—¿Tienes a alguien para que se quede contigo esta noche? —preguntó después de dejar los pantalones a un lado junto a la sudadera. Yo negué con la cabeza —. ¿Ninguna de tus amigas? —Me desabrochó el sujetador y me quedé sentada en la cama vestida solo con mis braguitas mientras él rebuscaba en el armario.

En otras circunstancias me habría sentido avergonzada o incluso excitada. Tal vez, las dos cosas. Estar desnuda delante de Eric mientras él

se ocupaba de mí, tan atractivo y eficaz, entraba en el top diez de alguna de mis fantasías. Me puso la parte de arriba del pijama y luego los pantalones. Ni siquiera le vi echar una miradita a mis pechos, su actitud era muy profesional aunque a la vez tremendamente delicada. Me miró esperando una respuesta. ¿Una respuesta a qué? ¡Ah, sí!... Mis amigas.

—Ellas no saben nada y no quiero molestarlas. Estaré bien —logré articular a pesar del colocón, antes de dejarle tumbarme en la cama y taparme con el nórdico.

—Duérmete —susurró apagando la luz y saliendo de la habitación.

Y así lo hice.

Me desperté de repente, algo desorientada. Me dolía el hombro, pero ya no tanto. Miré el reloj y vi que era poco más de las dos de la madrugada, necesitaba ir al baño.

Salí de la habitación y mientras me ocupaba de mis necesidades me acordé de Eric y del chute que me habían metido en urgencias. Probablemente, debió irse a su casa después de dejarme en la cama. Pensé que sería buena idea preparar un vaso de leche caliente antes de volver a dormir y me dirigí a la cocina.

La luz de la lamparita del salón estaba encendida. Asomé la cabeza y para mi sorpresa vi que Eric no se había ido, seguía allí, durmiendo sentado en el sofá con las piernas extendidas sobre la mesita de centro, descalzo y tapado con mi manta. Se había quedado para velarme. Me invadió una sensación de ternura enorme.

Sin poder evitarlo me acerqué sigilosa, levanté la manta con la que se cubría y me metí debajo, acurrucándome junto a su cuerpo y apoyando la cabeza en su hombro.

Aduje aquel momento de locura transitoria al hecho de que en el hospital me habían drogado porque en realidad no quería pararme a pensar en lo que estaba haciendo. Sentí que se removía un poco.

—Eh —susurró medio dormido levantando una mano para acariciarme la mejilla —, ¿cómo te encuentras?

—Ya no me duele tanto —le dije bajito, como si alzar la voz fuera a romper ese momento extraño y maravilloso.

Él no me preguntó qué hacía allí o si necesitaba algo, simplemente se limitó a rodearme con el brazo ofreciéndome cobijo y calor.

—Gracias por todo —pronuncié a media voz, levantando la cabeza para depositar un suave beso en su mejilla.

Él asintió y de repente se puso serio, ya más despierto.

—Necesito que me cuentes qué ha

pasado, Su. Estoy preocupado... Ese moretón en tu muñeca y el de la cadera me están haciendo imaginar cosas en las que no quiero ni pensar.

Suspiré armándome de valor para hablar. Tenía razón, se había ganado una explicación después de todo lo que había hecho por mí aquel día, y entendía que los moretones pudieran dar lugar a dudas sobre temas graves.

—Fran y yo lo hemos dejado — empecé —. Tenías razón, no debería haberme fiado, se estaba tirando a otras chicas de la página de citas mientras estaba conmigo.

—Joder —gruñó y de repente se puso serio, inclinándose sobre mí y recorriéndome con la mirada —. ¿Te hizo algo? ¿Ese cabrón te ha tocado?

—No, no —le tranquilicé obligándole a relajarse de nuevo sobre el sofá —. La noche de fin de año, estaba... estaba despechada —confesé avergonzada —. Sé que no tengo

derecho, pero te vi con esa chica y...
—Vi que iba a decir algo pero le interrumpí, ahora que había empezado no quería perder el valor y era absurdo negar algo que empezaba a ser evidente —. Estaba borracha y cabreada. Me fui con Fran a casa y bueno, él es un poco brusco, ya sabes... Haciéndolo.

Me callé un segundo. Debía estar roja como un tomate.

—Sigue —me animó, aunque mirándole nadie diría que estuviera encontrando algún alivio en mi explicación, más bien parecía que quería hacerme callar y no oír ni una palabra más.

—Le pareció buena idea atarme al cabecero de la cama. Yo estuve de acuerdo en todo momento, por supuesto —me apresuré a aclarar —. El caso es que nos dormimos antes de darnos cuenta si quiera que mi brazo izquierdo seguía atado. Pasé toda la

noche en una mala postura, de ahí la contractura y el morado en la muñeca. Por la mañana, le descubrí unos mensajes en el móvil y ya te puedes imaginar el resto... Le eché a patadas.

—¡Mierda! La otra noche no debería haber dejado que... —Se interrumpió y se pasó una mano por el rostro callándose de golpe —. Deberías volver a la cama, esta no es una buena postura para dormir.

—No pienso moverme de aquí —le aseguré rodeándole el torso con el brazo. Su cuerpo desprendía tanto calor que incluso empezaba a sobrarme la manta —. ¿Por qué te has quedado? —le pregunté sintiendo que la medicación volvía a hacer mella, conduciéndome al sueño.

—Si todavía tienes que preguntarlo, es que sigo haciéndolo muy mal —le escuché decir poco antes de cerrar los ojos.

Me despertó un golpeteo rítmico y unos jadeos. Estaba tumbada a lo largo en el sofá, tapada con la manta y bastante calentita, aun así, me incorporé para ver de dónde provenía aquel ruido. Me giré un poco y me encontré con la mirada de Eric, que me sonreía mientras pedaleaba sobre mi bici a un ritmo alucinante.

—Buenos días, dormilona —me saludó—. Espero que no te importe que haya utilizado tu bici, pero no me daba tiempo de ir al gimnasio antes de pasar por la consulta y no quería irme hasta que te despertaras —me explicó casi sin perder el aliento a pesar de la caña que le estaba dando a mi bicicleta, que no se había visto aún sometida a semejante prueba de resistencia.

—Tranquilo... —Me incorporé y para mi desgracia comprobé que el dolor seguía ahí, casi igual de molesto que el día anterior, me llevé una

mano al cuello e hice una mueca.

—Deberías haber dormido en la cama —me dijo bajando de la bici y secándose el sudor de la frente y el cuello con una toalla que había dejado apoyada sobre el respaldo de una silla. Me fijé en que llevaba puesta ropa de deporte.

—¿De dónde has sacado la ropa?

—Siempre llevo una muda de recambio y la bolsa del gimnasio en el coche, he bajado a buscarla mientras dormías —explicó—. Imagino que no te importará que me duche.

—Claro que no, hay toallas limpias en el armario junto al lavabo. Prepararé café —dije levantándome.

—Genial. —Se colgó la toalla al cuello.

La verdad es que sudoroso y despeinado estaba para comérselo. No quería ni imaginar la estampa que representaría mojado en mi ducha. Podría babear.

Se perdió rumbo al pasillo y al poco oí el ruido del agua al caer. Preparé la cafetera y la puse a hervir al fuego mientras bajaba un par de tazas y sacaba el azúcar y la leche de la nevera. Unos diez minutos después apareció completamente vestido peinándose el pelo mojado con los dedos. Le tendí una taza humeante.

—Gracias. —La cogió y vi cómo se echaba un par de cucharadas de azúcar —. Quise ocuparme del desayuno antes, pero en tu nevera solo hay lechuga y tomates.

—Lo siento, estoy a dieta y quiero mantenerme alejada de las tentaciones, ya sabes —comenté sintiéndome bastante culpable por la leche y el azúcar que le había echado a mi café.

—¿A dieta? ¿Por qué? —Me miró como si me hubiera vuelto loca recorriéndome de arriba abajo.

—Después de las comilonas en

Navidad, imagínate... Ahora mismo, solamente sería capaz de dejarme tentar por una de esas cajas de bombones de chocolate belga que venden en esa bombonería tan famosa del centro. ¿La conoces? —Él asintió.

—Estás estupenda, créeme. Además, te conviene comer bien porque la medicación que vas a tomar es muy fuerte. Y ni se te ocurra subirte a esa bici, te lo prohíbo, ¿me oyes? —Me amenazó—. Soy capaz de desmontarla antes de irme si es necesario.

—Sí, papá —dije en tono de broma—. No te preocupes por la bici, en realidad creo que solo la he usado un par de veces desde que la compré y ahora mismo es lo último que me apetecería hacer.

—Más te vale.

Después del café, Eric insistió en ver como tenía el hombro y me untó la zona con la pomada antiinflamatoria

que me habían recetado dándome un suave masaje que agradecí una barbaridad.

—No olvides aplicarte calor y llama a tus amigas —me aconsejó mientras se ponía la chaqueta después de recoger sus cosas —. Te reservaré hora para la semana que viene y empezaremos con unos ejercicios suaves.

—De acuerdo, te llamaré entonces.

Tras quedar conforme se marchó.

Le hice caso y llamé a Vicky y a Lisa, ambas acordaron en repartirse los turnos para ocuparse de mí. Eran maravillosas pero a la vez un poco pesadas. Aun así, las quería como si fueran mis hermanas.

Lisa insistió en acompañarme aquella tarde al médico para pedir la baja ya que estaba libre por las vacaciones del colegio. En el hospital me habían recomendado unos diez días de reposo y algunos de ellos ya no

me iban a pillar en vacaciones. Mi jefe se iba a poner muy, pero que muy contento, pensé con ironía.

Vicky vino más tarde y se quedó conmigo hasta después de cenar. Me costó convencerla para que se fuera a dormir a su casa, aunque al final, cedió.

Antes de tomarme el relajante muscular y acostarme, estuve navegando un rato por internet. Descubrí que tenía un correo electrónico de *Sombra*, del día uno de enero, que abrí enseguida.

—*Feliz año. Espero que lo pasaras bien anoche.*

Me sorprendió el tono, parecía más serio de lo habitual, sin ninguna de sus características bromas, aunque quizá cuando me lo mandó aún estaba resacoso tras la fiesta.

Le respondí contándole por encima lo que me había sucedido y también que había roto con mi novio y por eso

no le había escrito antes, aunque sin entrar en detalles. Al cabo de cinco minutos me respondió preguntándome cómo me encontraba tanto física como anímicamente. Estuvimos intercambiando un par de correos electrónicos más hasta que me decidí a compartir mi pequeño secreto. Le pedí que nos agregáramos a Skype para poder chatear con mayor fluidez y él aceptó. Necesitaba sacarlo y *Sombra* me inspiraba muchísima confianza a pesar de ser un desconocido. Era una sensación muy extraña, como si pudiera hablarle de todo y supiera que lo entendería y no me juzgaría.

—*Alguien especial estuvo ocupándose de mí toda la noche.*

—*¿En serio? ¡Cuéntame!*

Le hablé de Eric y de lo mucho que me había gustado que se quedara conmigo, también de lo súper guapo e inalcanzable que me parecía.

—Quizá deberías darle una oportunidad y no juzgarle solo por su aspecto.

—¡Pero si sale con modelos! Si me vieras a mí lo entenderías, solamente soy una chica más del montón.

—¿Le has visto con alguna modelo? No, ¿verdad? Además, eres preciosa, recuerda que vi tu foto en bikini.

—Tú me ves con ojos de amigo.

—Un amigo que no deja de ser un hombre. Tengo ojos en la cara y muy buen gusto, aunque quede mal que lo diga yo.

—¡Vale, tío! Entonces solo te fijaste en mis tetas, no en mis muslos celulíticos.

—Lo vi todo y créeme... ¡Madre mía!

No pude evitar sonreír. *Sombra* sabía cómo levantarle el ánimo a una chica, pensé.

—Además, tú misma has dicho

que parecía interesado. Créeme si te digo que a los tíos no nos van los dobles juegos. Si parecemos interesados es que estamos interesados, punto. Dale una oportunidad, igual te sorprende.

—No sé si estoy preparada para una relación ahora... Aunque me he dado cuenta de que no estaba enamorada, lo de Fran me ha hecho mucho daño. Ha sido como revivir lo que me sucedió con mi ex, me he sentido estúpida y utilizada.

—Lo entiendo, pero poco a poco, no dejes pasar oportunidades. No todos los tíos somos como ellos.

Me recomendó.

Estuvimos charlando un rato más y nos despedimos. Estaba agotada y la medicación que me tomé mientras hablábamos me estaba haciendo efecto. Me metí en la cama y me dormí al momento en que apoyé la cabeza en la almohada.

¡Benditos relajantes musculares!

Como todos los años desde que había conocido a mis amigas, la noche de Reyes dormiría con ellas y a la mañana siguiente, como niñas emocionadas, nos haríamos entrega de los regalos que no nos podíamos dar por Navidad, ya que la compartíamos con nuestras respectivas familias. Un año le tocó poner la casa a Lisa y el otro a Vicky, así que este año me tocaba a mí, cosa que me iba genial pues, tal y como estaba, no me veía con ánimo de dormir en una cama que no fuera la mía.

Las chicas brindaron con una copa de cava, mientras yo lo hice con un vaso de zumo, uno de los muchos inconvenientes de tomar medicación fuerte era que no me podía emborrachar y olvidar que me acababa de meter en el cuerpo un montón de calorías. Nos habíamos

dado un homenaje con la cena y los postres.

Sí, sí, ¡plural! Postres.

Pastel de chocolate, turrónes y unos mantecados que estaban de vicio. «En fin, solo se vive una vez», pensé alzando mi vaso y bebiendo un sorbo. Y había que celebrar por todo lo alto el final de las Navidades.

—Toni se ha enfadado por lo de esta noche —nos explicó Lisa un rato después —. Dijo que había reservado mesa para cenar y que le podría haber avisado con antelación. Ni siquiera lo pensé, no entiendo por qué se ha molestado tanto. —Parecía compungida.

—Es un capullo como todos los de su especie, no le hagas ni caso —apuntó acertadamente Vicky.

—Lo siento, pero no voy a renunciar a pasar tiempo con vosotras por tener novio —afirmó muy seria —. Lo peor de todo es que se ha aliado

con mi madre.

La madre de Lisa era un mundo aparte. Una mujer mayor, viuda desde hacía muchos años, que vivía en el mismo edificio que su hija y que disfrutaba controlándola ya que hacía mucho tiempo que no tenía vida propia.

—¿Se llevan bien? —pregunté sorprendida, pues rara vez su madre aprobaba alguna de las decisiones que tomaba.

—De maravilla —se lamentó—. Se dan la razón en todo.

Estuvimos despotricando un rato más de las madres controladoras y de los novios posesivos... Bueno, de los hombres en general y pusimos a parir a Fran llamándole de todo.

Mis amigas se habían mostrado tan o más cabreadas que yo cuando se enteraron de lo que había pasado y se pusieron de mi parte ofreciéndome todo su apoyo, a pesar de que Vicky

no se pudo resistir a hacer alguna bromita maliciosa sobre el incidente de haber pasado toda la noche atada a la cama, por lo demás estuvieron conmigo en todo.

Unas horas después, me encontraba tumbada entre las sábanas, apretada entre mis dos amigas que procuraron dejarme el espacio suficiente para que no estuviera incómoda. Tras unos cuantos achuchones y decirme que me quería por lo menos tres veces, Lisa encontró una buena postura para dormir. Vicky, mucho más parca en emociones, me besó dulcemente en la mejilla y se acurrucó a mi lado. Yo me dormí con una sonrisa dibujada en los labios.

Por la mañana, no tan temprano como debería ser en un día así, nos levantamos ilusionadas dispuestas a abrir nuestros regalos. Los habíamos colocado la noche anterior bajo el

árbol que había montado en un rinconcito de mi salón. Estuvimos tentadas de abrirlos en aquel momento, pero nos portamos bien y nos resistimos hasta esa misma mañana. Vicky nos regaló una blusa preciosa de Guess a cada una y Lisa un colgante de Swarovski en forma de lágrima, el mío en tonos azules y el de mi amiga en verdes. Yo, que soy un desastre haciendo regalos originales, les compré un frasco de sus perfumes preferidos.

Nos preparamos una comida ligera, luego hicimos palomitas, nos acurrucamos en el sofá bajo una manta y nos dispusimos a ver un par de comedias románticas por la tele. El móvil de Lisa no paró de sonar, aunque ella no le hizo ni caso y terminó por silenciarlo. Todo apuntaba a que Toni seguía mosqueado por nuestra noche de chicas. ¿Problemas en el paraíso?... A

ver qué tal avanzaba aquello.

A media tarde llamaron al timbre. Me extrañó porque ese día no esperaba a nadie. Por un momento me entró el pánico imaginando que podría ser Fran. La verdad es que no quería volver a verle y mucho menos de manera tan reciente, pero mis amigas, después de poner en pausa la película, me instaron a que abriera de una vez y saliera de dudas. Me acerqué sigilosa y miré por la mirilla. Me sorprendió muchísimo ver una cabeza rubia que conocía muy bien inclinada hacia delante, a así que abrí y mis ojos hicieron contacto con los verdes de Eric, que me miraron sonrientes.

—Hola.

—¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí?

—Le dejé pasar y nos quedamos en el recibidor.

—¿Estás acompañada?

—Sí, estaba viendo una película

con mis amigas —le expliqué —, pero si quieres pasar a tomar un café...

—No, tranquila, solo será un momento. —Parecía nervioso y algo avergonzado, cosa extraña en él —. Yo... Pasaba por aquí y bueno, te traje un regalo. Feliz día de Reyes —dijo tendiéndome un paquete marrón envuelto con un lazo rosa.

—Vaya... Gracias, no tenías por qué. —Lo cogí muy sorprendida y emocionada, para qué negarlo, me hacía mucha ilusión recibir un regalo de su parte. Acaricié el lazo sin atreverme a mirarle —. Yo no tengo nada...

—No te preocupes, simplemente pasé por la tienda, lo vi y no pude evitar pensar en ti. Solo es un detalle —me explicó recuperando un poco la compostura —. Espero que te guste.

Tiré de la cinta y desenvolví el paquete. Resultó ser una cajita de bombones de chocolate belga de mi

bombonería favorita. Me quedé impresionada, no solo por el detalle, sino porque se hubiera acordado de lo que le conté aquella mañana. Por desgracia no estaba acostumbrada a que los hombres me prestaran tanta atención.

—¡Oh, me encanta! —logré articular mirándole con una sonrisa —. Pero no deberías... Y yo no debería pecar con algo así —bromeé para aligerar el momento.

—Solo por ver cómo se te han iluminado los ojos ha merecido la pena —susurró—. Será mejor que me vaya, me están esperando y tú estabas con la película.

—Gracias, de verdad —le dije mientras le abría la puerta y nos despedíamos.

—Déjate tentar... A veces es divertido —me recomendó señalando la cajita antes de meterse en el ascensor.

Volví al salón con los bombones y el papel de regalo entre las manos sin poder acabar de creer lo que acababa de suceder.

—Madre mía, ¿qué ha sido eso, Su? —preguntó Vicky mirándome con los ojos como platos.

Estaba claro que mis amigas habían estado poniendo la oreja.

—Me ha regalado unos bombones.

—Le gustas —afirmó Lisa.

—Te aseguro que, si no te follas a ese tío ya, pienso hacerlo yo. ¿Tú le has visto bien?

Por supuesto que sí. Le había visto muy, muy bien.

Me senté de nuevo en el sofá y abrí la caja sin poder decidirme por qué bombón empezar primero. Tenían una pinta deliciosa.

—Ni se te ocurra acercarte a él — le advertí a Vicky tras reanudar la película y coger uno recubierto de chocolate blanco. Una explosión de

sabores me invadió la boca.

No se me ocurrió en ningún momento ofrecerles alguno a mis amigas. Llamadme egoísta, pero los quería todos para mí.

Capítulo 13

El jueves me dirigí dando un paseo a la consulta de Eric, ya me sentía mucho mejor, aunque todavía me dolía el hombro y tenía el cuello un tanto agarrotado, no tenía nada que ver con cómo había estado hacía unos días. La medicación y el reposo habían hecho efecto.

La noche anterior había tenido una conversación de lo más interesante con *Sombra* sobre Eric y la caja de bombones, que me había comido sin ningún tipo de remordimiento, haciendo caso a su consejo y dejándome tentar.

Mi nuevo amigo era de la opinión de que los bombones eran un

indicativo de que Eric quería algo conmigo más allá de la amistad. Eso, sumado al baile de la noche de fin de año y al modo en que se ocupó de mí aquella noche un par de días después, eran señales más que evidentes de que la pelota estaba en mi tejado y me tocaba a mí dar un paso más.

Bueno, pensaréis que tampoco hacía falta ser muy lista para darse cuenta de ello, pero yo seguía estando, lo que viene siendo, cegata perdida y no me daba cuenta de nada, aunque estaba esforzándome, lo prometo. Todavía tenía el orgullo herido después de descubrir el engaño de Fran y quizá un revolcón sin compromiso con Eric me ayudaría a curar mis males, me planteé.

Lo que no sabía era si sería capaz de acallar a esas mariposas que burbujaban en mi estómago, cada vez más a menudo, cuando le tenía cerca y comportarme de un modo frío,

dejándome llevar solamente por el placer.

Debería llamar a Vicky y preguntarle cómo se hacía.

Eric me había dado la última hora de la tarde, ya que después de las Navidades se le habían acumulado los pacientes, así que cuando llegué ya no había nadie más que él en la consulta. Me abrió la puerta y me guio hacia su despacho. Para mi desgracia, otra vez recurrimos a la máquina de ultrasonidos, a las corrientes y a los ejercicios de rehabilitación. Tras limpiarme con un pañuelo de papel el gel frío que había estado utilizando como conductor, me indicó que me desnudara y me tumbara de espaldas en la camilla.

—Hoy voy a darte un masaje relajante, todavía es demasiado pronto para ponernos a deshacer nudos, así que te va a encantar —me dijo mientras trasteaba con unas

botellas de aceite. Yo le esperaba tumbada, vestida únicamente con unas braguitas de encaje rosa.

La respuesta a lo que os estáis preguntando es, sí, me las había puesto para él. Basta ya de bragas negras de lycra.

Me colocó la cabeza en el agujero de la camilla y los brazos estirados hacia atrás sobre la misma. Noté como me bajaba las braguitas a mitad de las nalgas y me colocaba una toalla sobre las piernas, que había elevado un poco con la ayuda de una colchoneta en forma de rodillo.

Al poco, sentí sobre la espalda sus manos bañadas en aceite caliente que olía maravillosamente bien a cítricos, recorriéndome de arriba abajo.

—¿Te gusta? —me preguntó pasados unos minutos, a lo que yo solo puede contestar con un gemidito de placer, pues estaba en el paraíso — . Aparte de los jueves, quiero que

vengas los lunes también, a partir de ahora doblaremos las sesiones durante unas cuantas semanas.

—No hay problema —le aseguré—. Además, todavía estaré unos cuantos días más de baja, así que tampoco tendré complicaciones de horario.

—¿Qué tal se lo tomó tu jefe? —me preguntó, pues sabía de mis historias en el trabajo, ya que se las había ido contando durante los meses que llevaba acudiendo allí.

—Se puso como un energúmeno —le expliqué—. Dijo que ya sabía él que tendría problemas conmigo después de los meses que me pasé de baja por el accidente y que esperaba que esta vez no me columpiara tanto.

—Menudo capullo.

Estuve totalmente de acuerdo, mi jefe era un capullo integral. Probablemente, se estaba dando cuenta de que sin mí en la oficina, Cristi tendría que ocuparse de las

tareas administrativas que le correspondían y dejar de ocuparse de él.

«Qué se jodan», pensé.

—Deberías dejar ese trabajo, Su, puedes aspirar a muchísimo más. — Hizo una pausa en la que le escuché inspirar hondo —. En realidad, podrías trabajar aquí.

—¿Aquí? —Hice ademán de levantar la cabeza pero él me la bajó con la mano ordenándome que no me moviera.

—Esto está creciendo mucho últimamente y necesito a alguien que se ocupe de la recepción, el papeleo, las llamadas, organizarme los archivos con las fichas de los pacientes... —enumeró —. Además, me gustaría contratar a otro fisio para no ir tan de culo y verme obligado a dejar el gimnasio.

Estaba de acuerdo con él, siempre había pensado que necesitaba a

alguien que se ocupara de recibir a las visitas y concertar o cambiar las citas, entre otras cosas. Pero ¿yo?

—No sé, Eric, me has pillado por sorpresa.

—Piénsalo —me dijo sin detener el delicioso masaje ni un momento mientras hablábamos —, pero no tardes mucho, necesito a alguien y no tardaré en colgar un anuncio en internet si no me das una respuesta. Te pagaría bien y el horario no es malo, aunque lo mejor de todo es que te trataría con el respeto que te mereces como trabajadora y como persona.

No tenía ninguna duda. Él no era un explotador ni un pervertido como el maldito señor González.

—Lo pensaré —le aseguré.

En aquel momento recordé a *Sombra*. Seguro que él tendría un buen consejo que darme sobre el tema, se lo consultaría en nuestro

siguiente encuentro por Skype.

Eric dedicó un rato más a relajar todos mis músculos desde el cuello hasta las caderas y una vez terminó me indicó que me esperara unos segundos tumbada y que me levantara lentamente para no marearme. Él, mientras, se lavó las manos en el lavabo que tenía en la misma habitación.

Me incorporé poco a poco y me cubrí los pechos con la toalla que tenía sobre las piernas a la espera de que me dejara un poco de privacidad para vestirme como solía hacer siempre, pero esta vez se giró, se cruzó de brazos y se quedó mirándome fijamente durante unos segundos que me parecieron eternos.

De pronto, una tensión de la que hasta ese momento no había sido consciente, ocupó el espacio entre nosotros, haciendo el ambiente casi irrespirable.

—¿Hasta cuándo vamos a seguir así? —me preguntó después de aquel escrutinio tan intenso.

—No sé de qué hablas. —Me hice la loca apretando fuertemente la toalla contra mi pecho —. Ahora, si me permites, me gustaría vestirme.

Le vi acercarse con decisión. En menos de diez pasos estaba inclinado sobre mí, con las manos apoyadas a ambos lados de mi cuerpo sobre la camilla y sus piernas entre las mías, que tenía ligeramente separadas.

—¿No? —preguntó agarrando fuertemente la toalla y arrancándomela de las manos sin mucho esfuerzo a pesar de que yo la tenía sujeta como si me fuera la vida en ello.

—Eric... Por favor —murmuré a escasos milímetros de su rostro, que cada vez se aproximaba más, sin apartar las manos de mis pechos desnudos.

—He intentado fingir, escudarme en mi profesionalidad, resistir la tentación porque salías con ese pedazo de gilipollas, pero ahora él ya no está y no puedo seguir negándolo, cada vez que te toco... —Me acarició la sien con la nariz, aproximándose hasta mi oreja. Yo tenía la piel de gallina, sin llegar a comprender todavía cómo habíamos llegado a esa situación tan de repente —. Me vuelves loco —susurró en mi oído para luego depositar un suave beso justo debajo del lóbulo.

Yo gemí sin poder evitarlo mientras sentía como sus labios iban aproximándose poco a poco a los míos. Primero, los rozó de manera tentativa, aunque he de confesar que yo no me resistí demasiado, cerré los ojos y los entreabrí dejando que su lengua hiciera contacto con la mía. Un estremecimiento de placer me recorrió el cuerpo entero en cuanto nos

tocamos y como una presa que desborda, me liberé de todo.

En aquel momento, era incapaz de recordar las razones por las que me había negado a aquello que hacía tanto tiempo se fraguaba entre nosotros. Probablemente, más tarde me arrepentiría, pero me dejé llevar totalmente por la pasión.

Le rodeé el cuello con los brazos mientras él me atraía hacia su cuerpo colocando sus grandes manos en mi espalda, todavía pringosa por el aceite del masaje. Nos devoramos los labios como si estuviéramos sedientos. Con un poco de insistencia logré separarme de él, le agarré el bajo de la camiseta blanca que llevaba para trabajar, y se la saqué por la cabeza. Ya que me había lanzado a aquella aventura, por lo menos quería disfrutar de unas vistas que llevaba meses ansiando contemplar y del contacto de piel contra piel.

Me ayudó levantando los brazos y lanzando luego la prenda a lo lejos. Me embebí de ese torso escultural que superaba con creces mis expectativas de músculos esculpidos y definidos. Recorrí con el dedo la línea del centro de sus abdominales y noté como se estremecía bajo mi caricia. Mientras, sus dedos recorrieron los laterales de mi cuerpo, ascendiendo por las costillas y acabando sobre mis pechos, que amasó con suavidad. Sus pulgares se situaron sobre mis pezones rotándolos tortuosamente.

Mi dedo indagador siguió bajando hasta perderse por la cinturilla de los pantalones del uniforme, acariciando la forma de su miembro, duro como el acero, sobre la tela de la ropa interior. En un impulso, saqué la mano y le agarré de ambos lados para tirar hacia abajo y bajarle tanto los pantalones como los bóxers que llevaba debajo, liberando de su

restricción aquel pene enorme.

¡Madre mía! Eric estaba muy bien dotado y proporcionado a su cuerpo acerado. Se me hizo la boca agua ante semejante festín.

Le rodeé la base con la mano y fui bajando hasta la punta para luego subir, así unas cuantas veces, logrando que perdiera la concentración y se olvidara de las caricias a mis pechos, apoyando la frente sobre la mía y respirando agitadamente contra mi rostro. Al poco me agarró la mano y rodeándola con la suya me ayudó a dar un par de sacudidas más rápidas y fuertes, hasta que me la apartó.

—Su, dime que estás preparada — rogó agarrándome por las nalgas y levantándome.

Yo le rodeé rápidamente las caderas con las piernas al tiempo que sentía como se ayudaba de ambos pies para salir de los pantalones que

habían caído hasta el suelo.

—¡Sí! Por favor...

Me acercó hasta la pared y me apoyó en ella. Bajó las manos a mi ropa interior y sin dudarlo ni un instante rasgó la tela de mis braguitas para acabar descartándolas como un trapo viejo por el suelo.

Adiós, braguitas rosas de encaje...
Adiós.

Me acarició el clítoris con un dedo resbaladizo por el aceite y casi me corrió allí mismo. Lentamente bajó por mi sexo y me penetró con él.

—Dios, cielo, estás empapada. —
Me besó al tiempo que ya metía y sacaba dos dedos de mi cuerpo con facilidad.

—Eric... ¡Fóllame! —le supliqué.

—Ahora, pero primero quiero que te corras. —Sacó los dedos recogiendo con ellos parte de la humedad, para llevarlos hasta mi clítoris, que estaba duro y contraído, y acariciármelo en

círculos sin tregua hasta que un orgasmo devastador atravesó mi cuerpo. Lancé un grito de liberación y le clavé las uñas en los bíceps.

Cuando todavía me estaba recuperando, sentí el glande dilatándose y como poco a poco, pero sin detenerse, me penetraba de una sola estocada.

—¡Joder! ¡Qué caliente estás! — gimió apretado contra mí, mientras yo le rodeaba el cuello con los brazos y escondía la cabeza en su hombro —. Esto es como estar metido en el puto paraíso.

Le sentí retirarse y volver a penetrarme de golpe haciendo que mi espalda chocara contra la pared y que algunos de los frascos de la estantería tintinearán y peligraran con el movimiento que arrancó a partir de ese momento.

Me manejaba como a una muñeca, parecía que en sus manos no pesara

nada, pues me levantaba y me movía a su antojo subiéndome y bajándome sobre su miembro enhiesto. La presión era tan deliciosamente estremecedora, que me dejé llevar por otro orgasmo, corriéndome en fuertes contracciones en torno a él.

—¡Dios! ¡Joder! —exclamé y él me sonrió con suficiencia a la vez que ralentizaba el movimiento y se inclinaba para lamer y succionar un pezón ávidamente.

Cuando recuperé un poco el aliento, sentí que se movía y se acercaba a la camilla para retirarme las piernas de su cintura y bajarme al suelo. Al perder la conexión me recorrió un frío estremecimiento.

—Ahora, me toca a mí —dijo dejándome sola junto a la camilla mientras se iba hacia su escritorio y empezaba a hurgar en un cajón. No entendía nada y me sentía un poco violenta allí de pie, desnuda, mojada y

expuesta —. Condón —dijo sacando uno de la cartera que luego lanzó sobre la mesa.

Se aproximó hacia mí mientras rompía el envoltorio con los dientes.

¡Ay, qué bueno estaba, por Dios!

Me fijé en su miembro húmedo por mis fluidos y me di cuenta de lo imprudente que había sido. Ni siquiera había pensado en la protección y me había estado penetrando un buen rato a pelo.

Se enfundó de un rápido movimiento y se situó detrás de mí obligándome a apoyar el pecho sobre la camilla.

—¿Estás cómoda, preciosa? —me preguntó después de retirarme el pelo a un lado y bajar con las manos hasta mis nalgas, acariciándome la espalda. Me las separó y noté como me empalaba de nuevo.

—¡Sí! —gemí. A pesar de los dos minutos de distanciamiento, ya volvía

a estar caliente y la humedad de mi sexo facilitaba aún más sus penetraciones.

—Si te molesta el hombro —dijo en mitad de una estocada más suave—, dímelo y cambiaremos de postura.

—Puedes seguir... —gimoteé.

Me sorprendió su consideración en mitad de aquel estallido de placer, pues yo ni siquiera era capaz de recordar mi propio nombre. Me agarró fuerte de las caderas, sin llegar a hacerme daño, y empezó una serie de movimientos rápidos de mete y saca que nos condujeron a ambos al borde casi de manera inmediata. Cuando uno de sus dedos me acarició estallé como un cohete y al poco noté como se ponía rígido y se corría con un par de embestidas bruscas finales. Salió de mí, me dio la vuelta, me sentó sobre la superficie acolchada y me abrazó con fuerza, besándome dulcemente en la sien y la mejilla.

—¡Madre mía! —musité contra su pecho —. Nunca volveré a ver igual esta camilla.

—Coincido. Ha sido increíble — confesó.

Me soltó unos minutos después y vi cómo se deshacía del condón, empezaba a recoger sus ropas y me acercaba las mías. Nos vestimos en silencio. Yo todavía estaba tratando de asimilar la nueva situación en la que nos veíamos inmersos y tras el placer, la realidad me golpeó con fuerza. ¿Qué iba a ocurrir ahora?... Además, por si fuera poco, me veía obligada a ir sin bragas.

¡Qué locura todo!

—Te llevaré a casa. Se ha hecho tarde —me dijo recogiendo la cartera y sacando unas llaves del cajón.

—No hace falta... Puedo ir dando un paseo, estoy cerca —repliqué porque necesitaba tiempo para recomponerme.

—Te tiemblan las piernas, cielo. — Señaló mis extremidades, que una vez en el suelo, efectivamente estaban temblorosas e inseguras después del sexo —. No quiero que vayas andando y mucho menos que lo hagas sola de noche —concluyó acercándose a mí y cogiéndome de la mano para conducirme a la salida.

Le seguí en silencio y nos metimos en su coche. Me sentía vulnerable después de haber vivido una de las experiencias sexuales más alucinantes de mi vida junto a ese hombre con el que todavía no tenía la suficiente confianza, al menos, a esos niveles. Detuvo el coche frente a mi casa unos cinco minutos después.

—Sé que necesitas tiempo para asimilar lo que acaba de ocurrir, yo también estoy aturdido todavía —me dijo, aunque realmente parecía muy sereno. Me agarró de la barbilla y me obligó a mirarle a los ojos —. Ahora te

dejaré subir a tu casa, sola, pero no pienses ni por un segundo que vamos a hacer como si esto no hubiera sucedido, ¿entendido?

Yo asentí incapaz de decir ni una palabra.

—Te llamaré mañana —prometió inclinándose para depositar un rápido beso sobre mis labios.

Nos separamos y salí a toda prisa del coche entrando en el portal sin mirar atrás, aunque estaba segura de que me estuvo observando hasta que creyó que había subido sana y salva.

Nada más llegar me metí en la ducha. Todavía sentía el cuerpo tembloroso y, aunque no me apetecía especialmente desprenderme del olor de Eric, necesitaba quitarme los restos de aceite del cuerpo. En aquel momento, no me veía con fuerzas suficientes para pensar en lo que había ocurrido, aunque si era sincera conmigo misma, había sido

devastador, como un huracán que arrasa con todo a su paso y tras el cual, ya nada vuelve a ser lo mismo.

Sentí miedo, mucho miedo porque Eric no era un hombre para mí y yo, después de semejante experiencia, empezaba a sentir cosas por dentro que iban mucho más allá del simple deseo. Todo aquello de dejarse llevar por el placer sin implicar sentimientos era un mito. Acababa de comprobarlo aquella misma tarde. Me acosté sin cenar. Las pastillas y el agotamiento mental hicieron el resto. Afortunadamente, me dormí enseguida. Por la mañana, tendría mucho en lo que pensar.

Capítulo 14

A la mañana siguiente me llamó y, como habréis adivinado, no se lo cogí.

Estuvo insistiendo un rato, el pobre, aunque finalmente se cansó y, tras cinco llamadas perdidas, desistió. No es que no tuviera ganas de hablar con él, las tenía ¡y muchas! La cosa estaba en que no sabía cómo actuar ni lo que se esperaba de mí ni lo que él pensaba de todo el asunto ni nada de nada... Me encontraba frente a un gran dilema. ¿Qué había significado la noche anterior para Eric? Porque para mí, sin duda, había sido como descubrir la fórmula mágica para poder meterte un atracón de carbohidratos sin engordar ni un kilo.

¡Maravilloso! ¡Espléndido! ¡Para lanzar cohetes! ¡Un antes y un después! ¡La mejor experiencia de mi vida! ¿Sigo...? Sé que pensaréis que lo más fácil habría sido coger el teléfono y preguntárselo, pero bueno, ¿quién toma el camino fácil en la vida en cuestiones del corazón?

Apuré mi taza de café con leche y me dispuse a servir otra. Eso de estar de baja no estaba nada mal. Aunque los meses tras el accidente de moto se me hicieron eternos, esta vez, al ser algo temporal, lo estaba disfrutando más. Como unas segundas vacaciones.

Me llegó un WhatsApp del grupo que tenía con las chicas. Vicky nos acababa de mandar un selfie desde su tienda poniendo cara de asco, detrás podía verse a un par de señoras revolviendo una pila de jerséis bien dobladitos sin miramiento alguno.

Vicky: Y las muy perras no van a

comprarse nada... ¿Veis lo que tengo que aguantar?

Me reí. La verdad es que tampoco podía estar tan mal eso de ser tu propia jefa y poder arriesgarte a hacer fotos insultando a las clientas sin riesgo de que te pillen y te pongan de patitas en la calle.

Lisa: No te quejes, que yo tengo a un montón de monstruitos haciendo el mono toda la mañana. Eso de la vuelta de las vacaciones es un infierno.

Contestó mi amiga un poco más tarde.

No me pude resistir y me saqué una foto en pijama sujetando sonriente mi taza de café y se la mandé.

Susana: Yo remoloneando un poco.

¡Disfrutad, nenas!

Vicky: ¡¡¡Zorra!!!!

Dejé el móvil sonriendo y me dirigí a la ducha. Suerte que tengo esos momentos con mis amigas. Al menos, me distraje un poco del asunto con Eric. Tal vez, más tarde hiciera una llamada a tres para comentárselo y que me dieran su opinión, necesitaba consejo urgente.

Después de pasar la mañana intentando tragarme una tertulia insufrible sobre cotilleos de famosos y famosetes en general, me di por vencida y me fui a la cocina a preparar la comida. Por lo menos, el programa había logrado su cometido y yo había podido dejar la mente en blanco. Comí temprano. Una ensalada, por supuesto. Mientras comía las asquerosas hojas verdes, comprobé que tenía otras dos llamadas perdidas y un mensaje de

Eric que decía textualmente:

Eric: Sé que sigues viva porque te has conectado al WhatsApp esta mañana y eso me hace estar aún más cabreado. ¡Cógeme el puto teléfono!

¡Mierda! Estaba cabreado de verdad. Incluso a través de las letras me llegaba la intensidad de su enfado, pero yo seguía igual de confundida, así que tendría que seguir esperando. Lo sentía por él. Al final, me conecté a internet y empecé a consultar páginas de búsqueda de empleo. Sí, la oferta que me había hecho Eric aún rondaba mi cabeza, pero si me costaba saber en qué punto se encontraba nuestra situación, llamémosle sentimental, ni quería pensar en una posible relación laboral. Descubrí que la cosa estaba peor de lo que imaginaba. Si quería encontrar un trabajo digno, debería filtrar mucho. Las otras opciones eran

aguantar al asqueroso de mi jefe o pensarme la propuesta de Eric.

¡Qué pereza! Todo aquello requería de unas energías que en aquel momento no poseía. Me conecté a Skype y descubrí con alegría que *Sombra* estaba en línea. En seguida le saludé, aunque él tardó un poco en contestar.

—*¿Qué tal?*

—*Confundida, necesito consejo de alguien neutral*

Le conté lo sucedido la tarde anterior en el despacho de mi fisioterapeuta sin entrar en detalles demasiado íntimos, aunque creo que lo captó todo sin problemas.

—*Le gustas, te gusta, os acostáis... ¿Qué problema hay? Yo lo veo todo de lo más normal.*

—*Pero es que él es tan... ¡Tan increíble! Y yo soy tan del montón, que no sé.*

—*Susana, hemos hablado de esto*

mil veces. Tú eres increíble, seguramente mucho más que él. Guapa, inteligente, divertida, atractiva... El pobre tío debe estar desesperado preguntándose por qué no le coges el teléfono y qué es lo que ha hecho mal.

—Eres demasiado adulator... Y no le pienso coger el teléfono, necesito meditar bien todo esto antes de volver a hablar con él. Además, me distrae con su cuerpo de dios griego y me hace cometer locuras como la de ayer.

—Piensas demasiado. ¡Déjate llevar! Le tienes en el bote, ¡hazme caso!

Estuvimos hablando un poco más y nos despedimos. Él tenía que irse a trabajar. En todo el tiempo que llevábamos chateando, todavía no había logrado sonsacarle ni un solo detalle personal, era un poco raro...

En fin, tenía otras cosas de las que preocuparme y, por ahora, *Sombra*

servía a mis propósitos a la perfección, incluso estaba empezando a cogerle cariño. Tal vez, la próxima vez me atreviera a pedirle una cita, como amigos, por supuesto.

Me eché una siestecilla, de la que informé con documentos gráficos a mis pobres y trabajadoras amigas. La envidia que debía dar verme a mí tapadita con la manta mientras ellas sufrían las inclemencias del invierno en sus puestos de trabajo. La tarde la dediqué a leer una novela que tenía a medias y a seguir vagueando por la casa. Cuando quise darme cuenta, fuera ya era de noche. Todo un día perdido sin salir de casa. Genial.

Me metí bajo la ducha para sentirme un poco más humana y para desentumecer los músculos atrofiados tras un día de sofá. Desnuda y con el agua resbalándome por el cuerpo, empezaron a bombardearme imágenes de Eric sin ropa en su

consulta, acariciándome, mordiéndome, penetrándome... Dios, me estaba poniendo muy caliente, pero es que lo de la camilla y lo de empotrarme contra la pared mientras me follaba a pelo fue demasiado para mi pobre cuerpo necesitado.

Empecé a fantasear un poco con los dos, juntos, en esa misma ducha. Él lamería el lateral de mi cuello mientras con dos de sus dedos me llevaría rápidamente al orgasmo para prepararme y poder embestirme de golpe una, dos, tres veces... ¡Uf!

Estaba a punto de solucionar el problema manualmente cuando escuché, a través del ruido del agua, como llamaban al timbre de manera insistente. Quise pasar y continuar con mi fantasía, pero la verdad es que la brusca interrupción ya me había cortado el rollo. Quizá era alguna de mis amigas, preocupada por mi salud a pesar de que había estado

mandándoles mensajes a lo largo del día. Me envolví en una toalla y me dirigí a la puerta rezando para que fuera algún plasta al que pudiera despachar sin tener ni que abrir, aunque la sorpresa fue mayúscula.

—¿Eric? —pregunté a pesar de saber perfectamente que el tío bueno que había frente a mí era él. Más que nada porque antes de abrir la puerta medio desnuda había mirado por la mirilla. Dudé en abrir, pero fui consciente de que no podía seguir postergando aquello ni un minuto más y que, muy probablemente, él no iba a irse sin hablar conmigo.

—Vaya, vaya...—murmuró repasándome de arriba abajo una vez dentro de mi pisito —. Con este recibimiento casi logras que se me pase el cabreo y todo.

—Estaba en la ducha.

Remarqué lo obvio, pues mi pelo recogido en un moño mal hecho que

goteaba en las puntas y mi cuerpo envuelto en una toalla no dejaban lugar a dudas. Él asintió y cruzó el pasillo hacia el salón.

—¿Por qué no me has devuelto las llamadas?

Mi móvil, como prueba de la acusación, estaba sobre la mesita de centro del comedor, junto a una taza sucia de té y el libro que había estado leyendo.

—Y no me digas que no funciona —dijo inclinándose un poco y presionando el botón del centro para que la pantalla se iluminara. Allí se veía claramente el mensaje acusatorio con tres llamadas perdidas que debería haberme hecho mientras estaba en el baño —. ¿Y bien?

—Yo... Bueno, pensé que lo de ayer no fue... ¿Nada? —tanteé.

Dios, parecía gilipollas. ¿Por qué tengo que ser incapaz de pronunciar frases coherentes frente a los hombres

que me gustan? ¡Qué cruz!

Él me observó en silencio unos segundos antes de desabrocharse la cazadora, sacársela y lanzarla sobre el sofá. Debajo llevaba una camiseta de manga corta.

¿No tendría frío? Me pregunté tontamente.

—Creía que ayer, cuando te llevé a casa, te dejé bien claro que no pensaras ni por un momento en hacer ver que no había ocurrido. —Se acercó a mí de manera insinuante y ahogué una exclamación en cuanto vi que se agarraba el bajo de la camiseta y se la sacaba por la cabeza de un solo movimiento para lanzarla junto a la cazadora.

¡Oh, Dios mío...!

¿Pero este tío de dónde había salido? ¿Podía existir alguien con un torso más perfecto? Creo que, involuntariamente, di un paso hacia adelante dispuesta a lanzarme como

una leona hambrienta a por su presa. Entre el momento caliente que acababa de tener en la ducha y ahora esto, ¿qué esperabais? No soy de piedra, no.

—¿Necesitas un recordatorio, cielo?

Se quitó los zapatos de una patada y se agachó para sacarse los calcetines. Creo que se me salieron los ojos de las órbitas cuando le vi desabrocharse los botones de los vaqueros.

¡Qué atractivo!

¡Qué calores!

Debía parecer una perrita en celo mientras asentía, casi babeando, en muda respuesta a la pregunta.

—Bien, para eso estoy aquí. — Vaqueros abajo, bóxers también. ¡Joder, joder, joder! —. Me parece a mí que no eres una chica de teléfono, a ti te va más el cara a cara, ¿no?

En aquel momento, como

comprenderéis, yo ya estaba al borde del orgasmo visual. Que un tío como él te haga esa especie de striptease improvisado pues... Sobran las palabras.

Todos mis sentidos estaban agudizados. Podía percibir intensamente el aroma de su colonia sobre la piel, que era deliciosamente atrayente, incluso afrodisíaco y su voz susurrante que me volvía loca. En ese punto ya no podía ni pensar, así que lo único que me faltaba era deshacerme de la toalla y darme al placer del tacto.

Completamente desnudo ante mí y con una erección impresionante, yo no sabía ni por dónde empezar, aunque no resultó un problema porque me tomó la delantera. Antes de que pudiera darme cuenta, me había arrancado la toalla y me arrastraba de la mano hacia la habitación.

—Pensaba cargarte al hombro en

plan cavernícola cabreado, aunque tal y como tienes la contractura no me ha parecido prudente —me dijo antes de empujarme sobre la cama —. Pero créeme que no ha sido por falta de ganas.

—No me va el rollo machito —dije muy digna. Todo lo que se puede ser estando espatarrada y desnuda sobre la cama frente a un dios y apartando la colcha y la sábana a toda prisa para que pueda follarte salvajemente, como un cavernícola o como le dé la gana.

—Nadie lo diría...

Colocó una rodilla en el colchón y se inclinó sobre mí, que permanecía apoyada en los codos, expectante.

—¡Madre mía! No sé ni por dónde empezar. —Acercó la nariz a mi cuello e inhaló —. Delicioso... El hecho de que estuvieras desnuda bajo esa toalla a acelerado las cosas y me ha quitado el placer de poder desnudarte

lentamente, pero no es una queja.

Empezó un recorrido de besos a lo largo de mi garganta, subiendo por la mandíbula, hasta rozarme los labios, que yo entreabrí inmediatamente, se hizo el esquivo y siguió el recorrido de besos hacia el otro lado de mi rostro.

—Esto es como la mañana de Navidad, cuando ves que bajo el árbol hay un montón de regalos que llevan tu nombre y no sabes cuál desenvolver primero.

Continuó bajando con los labios por el hombro. Prosiguió, camino a mi pecho, que ya estaba erguido y dispuesto, esperando la caricia de su lengua

—Pero ¿sabes qué? —me preguntó deteniéndose a escasos centímetros de mi pezón.

Yo negué con la cabeza totalmente perdida en las sensaciones que las sutiles caricias de sus labios me estaban prodigando.

—A mí siempre me gustó desenvolver el más grande primero.

Y dicho eso, abrió mis muslos de par en par y hundió la cabeza entre ellos.

Al primer lametazo podría haberme corrido. Así, de golpe. Acababa de descubrir que era una chica de orgasmo fácil, aunque puse todo mi empeño en resistir un poco más. Tenía mi orgullo, pero debo reconocer que Eric se entregó a la tarea con tal ahínco, que era casi imposible no dejarse arrastrar.

Suaves lametones en el clítoris, que alternaba con intensas succiones. Mi cuerpo no se había visto nunca sometido a semejante asalto y no sabía cómo reaccionar. Entregarse al placer hubiera sido demasiado fácil. Eric, el puto amo del sexo, sabía cómo hacer para retrasar la supernova que amenazaba con estallar en mi zona más sensible.

Me abrió con los pulgares y me penetró lentamente con la lengua sin apartar los ojos de los míos, que a su vez no podían perderse aquel espectáculo. Su barba de dos días me raspaba la piel, aunque también me producía un cosquilleo muy placentero. Los gruñidos de placer que emitía al sentir como se contraían mis paredes sobre su lengua me llevaron al borde. Así que, cuando se incorporó un poco, me metió un dedo y sopló sobre mi pobre y sensible clítoris, me corrí a grito pelado. Poco a poco recuperé el resuello y regresé a la Tierra, mientras él seguía acariciándome ahí abajo con delicadeza.

—¿Cómo has podido negarnos esto durante tanto tiempo, cielo?

Era una pregunta retórica supongo, aunque si no llega a ser porque se lanzó a devorarme la boca con el hambre que me había devorado

otra cosa, le hubiera respondido que no lo sabía pero que debíamos hacer todo lo posible para recuperar el tiempo perdido.

—¡Dios! Casi pierdo el dedo de lo fuerte que me has apretado ahí abajo —murmuró contra mis labios, que ahora estaban impregnados de mi sabor mezclado con el de su saliva.

—Eric, fóllame, por favor —le dije a modo de respuesta.

Por lo visto, él era de los que hablaban por los codos durante el sexo, aunque yo era más de gemir y entregarme a los orgasmos, así que me veía incapaz de mantener una conversación coherente.

—Adoro que me supliques que te folle, pero antes creo que voy a dedicarme un ratito a saborear esas preciosas tetas que Dios te ha dado. Paciencia, cielo.

Bajó la cabeza y bueno... Yo me entregué de nuevo al placer. Podría

acostumbrarme a eso de tumbarme y no hacer más que disfrutar. ¿Os habéis corrido alguna vez mientras un tío os succiona y muerde los pezones? Porque yo estuve a punto, aunque cuando ya empezaba a sentir los temblores se detuvo y, posicionándose, me penetró de golpe.

—Ah... ¡Sí! —gemí. Estaba tan mojada y él tan duro, que entró sin problemas.

—Joder, de vuelta al paraíso.

Gemimos al unísono tras una estocada certera.

—¡Más fuerte! ¡Más adentro! —le supliqué de manera incoherente porque, aunque, sabía que era imposible que me penetrara más a fondo, necesitaba sentirle por completo.

Él agarró una de mis piernas, abriéndome bien y se la colocó sobre el hombro. Se impulsó y... ¡Sí! Creo que llegó más profundo. Era perfecto.

El ritmo fue demoledor, ambos estábamos sudados, mojados y resbaladizos. Yo ya sentía que podía correrme en cualquier momento y a juzgar por la intensidad con la que Eric me penetraba, creo que él también.

—Cielo, por lo que más quieras, dime que tomas la píldora.

¡Mierda!

En aquel momento, me di cuenta de que volvíamos a estar haciéndolo sin condón. ¿Pero qué me pasaba? Ese tío me hacía perder la cabeza.

—No, no... —jadeé.

Él seguía implacable, taladrándome a un ritmo frenético.

—Joder, no puedo parar... Es demasiado bueno.

—No pares, no pares —le rogué rodeándole el cuello con los brazos y empujando las caderas contra él.

Definitivamente, había perdido la cabeza y por fin entendía cómo

ocurrían los embarazos no deseados. Simplemente con que un tío te follara como Dios, podías volverte completamente loca. Yo estaba tan a punto que, en cuanto bajo la mano y me rozó el clítoris con un dedo, me corrí a lo bestia, con contracciones en torno a su miembro de acero.

Justo cuando pensé que ya no podía más y que era muy probable que me desmayara por una sobrecarga de endorfinas, él la sacó con cara de sufrimiento y me agarró de la mano con brusquedad para que se la rodeara. Bombeé un par de veces, en cuanto entendí lo que pretendía, y con un gruñido se corrió sobre mis pechos y mi abdomen. Cuando terminó se desplomó sobre mí como un peso muerto.

Unos segundos después, consciente de que empezaba a aplastarme y de que estábamos muy pringosos, se colocó de lado

llevándome con él y me besó justo en el hueco debajo de la oreja.

—Cariño, creo que acabas de dejarme inservible para el resto de mujeres.

Sí, yo pensaba exactamente lo mismo de él.

Capítulo 15

Después de aquello permanecemos un ratito tumbados en la cama. Eric me acariciaba el pelo, que se había soltado del recogido que llevaba, y se dedicaba a besarme tiernamente en la sien, la nariz y los labios. En aquel momento, yo era un charquito de amor salpicado con purpurina en forma de corazones de colores. Vamos, que estaba encoñada perdida. Era capaz de levantarme y empezar a escribir el nombre de Eric por todas partes y en diferentes tamaños junto al mío, incluso de probar como sonarían nuestros apellidos juntos si tuviéramos un hijo. Quería gritar y saltar sobre la cama y llamar a

urgencias para que alguien comprobara si el ritmo tan rápido al que me latía el corazón podría provocarme la muerte porque no era normal. Sí, lo sé, el diagnóstico sería un: loca de amor, grande como una casa. Estaba en problemas... Serios problemas.

—Vamos a la ducha.

Eric se levantó de la cama y tiró de mí para que le acompañara. «Voy a donde tú quieras, nene», pensé, aunque no lo dije en voz alta. Simplemente asentí, sonriéndole como una idiota. Cómo si me llevaba de camino al matadero, que le seguiría dando saltitos de alegría cogida de su mano.

Una vez allí, abrió el grifo y reguló la temperatura. Cuando estuvo a su gusto, me ayudó a entrar, metiéndose después de mí y cerrando la mampara. Aquel era uno de esos raros momentos de la vida en los que

una fantasía se hacía realidad. No pensaba desperdiciarlo. Eric se untó las manos con jabón y empezó a restregarme todo el cuerpo con suavidad, dándome un pequeño masaje desentumecedor en los hombros. Yo ronroneaba como una gatita.

Vale, dejaré que me llaméis patética, porque entre tanto corazón, purpurina y esa vena empalagosa y atontada que me estaba saliendo, no había otro calificativo para definir mi estado de atontamiento severo. ¡Ni que fuera el primer tío que me llevaba a la cama! Definitivamente, después de aquello podía darme por perdida.

—¿Este masaje también me lo vas a cobrar? —bromeé, mientras inclinaba un poco la cabeza hacia adelante para que pudiera acceder mejor con sus manos y siguiera con el masaje.

—No, cielo, regalo de la casa. —Me

dio la vuelta y me guiñó un ojo —. Por complacerme.

Se inclinó y me rozó suavemente los labios. Entonces se me ocurrió una idea, algo que me apetecía mucho.

—Sabes, creo que se me ocurre la manera de avanzar el pago para nuestra siguiente sesión.

Él me miró arqueando la ceja al tiempo que me arrodillaba y agarraba su miembro erecto y totalmente preparado... otra vez, como si no hiciera ni diez minutos que acababa de correrse. ¡Madre mía!

Lamí la punta, rodeándola un par de veces con la lengua, mirándole con sonrisa pícara. A él le temblaron un poco las piernas y gimió roncamente. Apartó a un lado la alcachofa de la ducha para que dejara de caernos el agua encima y se apoyó en la pared.

—Cielo, espero que estés dispuesta a hacer esto mucho porque a partir de ahora ya no voy a querer que vuelvas

a pagarme con dinero —dijo poniendo los ojos en blanco.

Hombres...

Entonces, me agarró de la cabeza y me ayudó a metérmela toda dentro, hasta el fondo y dimos por pagados unos cuantos masajes.

Una vez nos secamos, después de que llenara mi boca con otro orgasmo, me llevó de vuelta a la cama y echamos otro polvo colosal, esta vez, con una previa parada en el salón para coger un condón de su cartera. Ya nos la habíamos jugado bastante. Después me informó de que se quedaba a dormir, sin pedirme permiso ni nada, aunque a mí me pareció una idea excelente.

Eso de dormir abrazada a él, envuelta en su delicioso aroma y su calor, acabó de embobarme por completo.

Adiós, tranquilidad... Bienvenido, amor.

Problemas asegurados.

Por la mañana, me desperté temprano para ser yo, para estar de baja y para no tener que ir a trabajar, pero no estaba acostumbrada a compartir cama y la presencia de Eric se hacía notar mucho.

Me levanté sigilosa y me puse un batín de satén, nada de pijamas de felpa, aunque hacía un frío que pelaba a esas horas, pero antes me cortaba las venas que permitir que ese espécimen espectacular que dormía en mi cama me viera con algo tan poco glamuroso después de nuestra noche de sexo salvaje.

Me preparé café y con la taza en la mano me asomé de nuevo a mi habitación para observarle, pues aún no podía creer que estuviera allí, desnudo, cubierto apenas por una sábana que dejaba al descubierto toda su musculosa espalda, con un brazo bajo la almohada y el otro extendido

hacia donde había estado durmiendo yo.

No pude evitar que, durante unos instantes, mi mente me llevara a mi frustrada relación con Fran. Qué distinto hubiera sido todo si desde el primer día se hubiera comportado como Eric, pero claro, no era él y nunca jamás podría ni acercársele.

De pronto, no sé si intuyendo que estaba ahí, se despertó sobresaltado. Le vi apoyarse sobre un codo y situarse. Luego, giró la cabeza y me encontró apoyada en el marco. Sonrió lánguidamente.

—Buenos días, cielo.

Sábana resbalando por torso escultural, cayendo sobre un regazo que empezaba a despertarse también... ¡Ay, madre! Orgasmo visual a la de tres, dos, uno...

—Buenos días, dormilón.

—¿Qué haces ahí vestida? Desnúdate y dame los buenos días

como es debido.

Dejé la taza sobre la cómoda y estuve a punto de soltar el nudo de mi bata y lanzarme en plan tigresa sobre él, pero me lo pensé mejor. No podía seguir siendo tan fácil.

—Son más de las siete, ¿no trabajas? —dije en cambio, haciéndome la loca.

—¡Mierda! —Apartó la sábana, dejando a la vista su gloriosa desnudez y se levantó de un salto —. Tengo una clase en el gimnasio a las ocho y media y tengo que pasar por casa.

Empezó a vestirse con la ropa que yo había recogido y traído del salón. Debería ser ilegal que un tío recién levantado presentara un aspecto tan delicioso.

—Tengo café. Puedes ducharte si quieres.

—Acepto el café, pero ducha ni de coña. No me da tiempo. Me ducharé

en el gimnasio. Además, quiero conservar tu aroma en mi cuerpo un rato más. —Se agachó para abrocharse los zapatos mientras yo dejaba de respirar —. Estaré cachondo parte de la mañana, pero merece la pena.

Sonrisa de anuncio directa a mi corazón, que se saltó un latido y luego, empezó a bombear alocado.

—Traeré... Iré a p-por café — tartamudeé.

Salí disparada hacia la cocina antes de cometer cualquier locura, como arrodillarme, agarrarme a su pierna y suplicarle amor eterno a cambio de mi total y absoluta sumisión. Eric, ¿qué me estás haciendo? Me pregunté.

Mientras servía una taza, noté que me rodeaba la cintura con los brazos y se inclinaba para besarme en el cuello.

—Gracias, cielo.

Agarró la taza y bebió un sorbo con cuidado de no quemarse.

—Lo de esta noche ha sido increíble —le dije, aún con miedo a hacerme demasiadas ilusiones.

—Más que eso —asintió—. Espero que te haya quedado claro por fin que esto va en serio, aunque estoy dispuesto a volver luego y recordártelo.

Se inclinó y me besó en los labios. Besos con sabor a café... Deliciosos.

—Me ha quedado claro.

—Me alegro. Igualmente, no me importará hacer lo del recordatorio. Toda sea por la causa.

Me sonrió, se terminó el café y, dejando la taza en el fregadero, se dirigió al salón a ponerse la chaqueta.

—Te llamaré —me dijo desde la puerta tras un apasionado beso—. Cógeme el teléfono, por Dios.

—Sí, lo prometo.

Asintió y se fue sin esperar al

ascensor, bajando por las escaleras. Yo me dejé caer en el sofá, sonriendo como una idiota.

Por la tarde quedé con mis amigas en una cafetería del centro que nos encantaba, básicamente porque servían unos pastelitos caseros deliciosamente prohibidos, sobre todo para las que nos hemos dado algún atracón recientemente.

¡Qué vida más dura la de la mujer de este siglo!

Esos estereotipos inalcanzables para la mayoría de los mortales que se empeñaban en venderlos en televisión, revistas y catálogos de moda, deberían ser erradicados de la faz de la Tierra, pues podían llegar a ser tan o más dañinos que cualquier virus mortal. No deberíamos tener piedad con ellos. No, de ninguna de las maneras. ¡Viva las mujeres con carne sobre los huesos! En fin...

La cuestión era que, a pesar de

que al mediodía había hablado con *Sombra* por Skype, pues se había convertido en mi misterioso y más leal consejero, y le había comentado un poco lo sucedido, haciendo hincapié en que estaba muy ilusionada, necesitaba consejo femenino urgente, así que ahí estaba.

Cuando llegué vi que Lisa ya se había sentado en una mesa al fondo del local muy concentrada en unos papeles que tenía desperdigados por encima. A su lado, había un platito con un pedazo enorme de lo que parecía tarta de queso con mermelada de grosella, si no me fallaba el detector visual de delicias. ¡Qué perra suertuda, que podía comer de todo sin engordar ni un gramo!

Retiré uno de los silloncitos marrones y me senté frente a ella. El ambiente era tenue y acogedor, aunque la mesa en la que se había situado mi amiga estaba mejor

iluminada por un foco en forma de flor a juego con la decoración del local. Sonaba música ambiental muy suave.

—Te odio —le dije al sentarme, señalando su pastel.

—No es verdad. —Sonrió de aquel modo tan dulce que solo ella sabía y cortó un pedazo de tarta que me ofreció.

Acepté, saboreando el delicioso dulce con cara de deleite. Un trozo pequeñito no podía hacerme daño, ¿no?

—Buenísima —afirmé con los ojos en blanco —. ¿Qué haces?

—Poniéndome al día con unas cosas del colegio. Últimamente, en casa no puedo concentrarme —me explicó recogiendo los papeles y dejando el platito de tarta entre las dos.

El camarero se acercó y le pedí un té rojo con sacarina.

—¿Y eso?

—Mi madre no me deja en paz, se ha puesto muy pesada con el tema de Toni. Dice que deberíamos casarnos y como me he negado, ahora no para de chincharme.

—Qué prisas.

—Pues, eso digo yo. Además, últimamente no estoy muy segura de adónde nos está llevando todo esto.

—¿Problemas?

—Bueno... —Se encogió de hombros sin aclarar nada.

En aquel momento, apareció Vicky sujetando bajo el brazo un bolso enorme y con cara de cansada. Le pidió un café americano bien cargado al camarero y se sentó con nosotras.

—¿Qué me he perdido, nenas?

—Nada interesante... Mi madre, como siempre dando la lata.

—¡Uf!

—Quiere que se case con Toni —le expliqué y Vicky puso los ojos en blanco.

—¡Está loca! Ni caso, cielo, no puedes casarte con ese pelmazo.

—¡Vicky!

—¿Qué? —preguntó encogiéndose de hombros—. Es la verdad. Además, yo le consideraría como el escalón necesario para llegar a la cima del amor, pequeña. Aguantar a un coñazo de tío para aprender a valorar mejor a los demás y no encontrarles tantas pegas.

Vicky y sus teorías... Las que pusimos los ojos en blanco esta vez fuimos nosotras. Despotricamos un poco más sobre Toni y la madre de Lisa y luego les conté lo mío.

—¿Te lo has tirado dos veces y no nos lo cuentas hasta ahora? —me reprendió Vicky—. Mala amiga...

—Desde el día que te trajo los bombones que me dio la sensación de que estaba muy interesado.

—Está claro, Lisa, si no se la ha follado antes ha sido porque aquí, la

mojigata, se ha hecho la estrecha.

—A ver, chicas, os recuerdo que acababa de cortar con Fran, que me había estado engañando con un montón de guarrillas pechugonas de la maldita página esa y encima arrastraba de antes una relación que también acabó en desastre. Es normal que desconfíe, ¿no?... Poco he tardado, creo yo, en lanzarme a los brazos de otro sin paracaídas —apunté.

—En el amor las cosas funcionan así, Su, te lanzas siempre sin saber qué ocurrirá. A mí me pasó lo mismo con Toni y mira, me fue bien.

—Pero ahora ya no, Lisa. Tenéis problemas.

—Bueno, no todo puede salir perfecto, siempre hay piedras en el camino.

—Venga cortad el rollo de una vez, a ver si hemos venido a esta cafetería tan molona a entablar debates existenciales. —Vicky levantó el plato

vacío de Lisa y le indicó al camarero que sirviera tres raciones más, ¡la muy zorra! —. Ahora, vamos a meternos un atracón de azúcar y aquí, la mojigata, nos va a contar con detalles morbosos qué tal folla su dios griego.

Como ya sabéis que el azúcar me suelta la lengua, se lo conté todo con pelos y señales y cuando les aclaré que técnicamente no me había tirado a Eric dos veces sino cuatro, incluido sexo oral en la ducha, los grititos y felicitaciones de ambas no se hicieron esperar. Una hora y media después, mientras Vicky iba al baño, Lisa y yo esperábamos poniéndonos las chaquetas para irnos a casa. Cuando mi amiga salió, pagamos y nos dispusimos a marchar. Me estaba acabando de poner la bufanda cuando choqué con la espalda de Lisa, que se había detenido de golpe, justo frente a la puerta de la cafetería.

—Su, vienen a buscarte —me dijo Vicky haciendo a un lado a mi otra amiga.

Entonces, vi frente a mí a Eric, sonriendo, apoyado junto a la puerta de su coche y sosteniendo una rosa roja en la mano.

¡Madre mía!

—Hola, cielo.

Se acercó y me dio la flor, que yo acepté gustosa, al igual que el beso casto que depositó en mi mejilla.

—Hola... ¡Qué sorpresa! —Fue lo único que pude decir, pues de pronto había perdido la facultad del habla.

—Espero que buena.

Asentí. Le había comentado cuando me llamó antes que estaría tomando algo con mis amigas allí y que le avisaría cuando acabáramos, así que no esperaba encontrarle, aunque, por supuesto, me sorprendía muy gratamente.

Y esa flor... ¡Vaya con la flor! Creo

que, otra vez, empezó a caer una maldita lluvia de purpurina de corazones sobre mi cabeza. Estaba en serios problemas.

—Nosotras nos vamos —dijo Vicky agarrando del brazo a Lisa que nos miraba embobada —. Sed buenos.

Creo que Eric les dijo adiós, aunque yo seguía con la rosa pegada a la nariz, ajena a todo. Olía de maravilla. Olía a problemas. ¡Ay, ay, ay! Si incluso diría que olía a amor. Sí, sí, de ese en mayúsculas.

—¿Vamos a cenar? —propuso Eric guiándome hacia su coche.

—Me acabo de comer un pedazo de tarta enorme, así que no tengo hambre —me excusé.

—Vamos a mi casa. Prepararé algo ligero para que podamos picar mientras me cuentas qué tal el día.

—Genial.

Se acomodó frente al volante y, mientras me abrochaba el cinturón, se

inclinó y me dio un pedazo de beso
que me dejó sin respiración.

—Esto sí que es genial, cielo.

Me guiñó un ojo y arrancó el coche.
La vida, a veces, es maravillosa.

Capítulo 16

Al final, resultó que la idea de Eric de picar algo se nos fue de las manos, pero es que en cuanto empezó a sacar aquella tabla de quesos, los embutidos, el paté, el jamón y ese pan tostado con tomate, no pude decir que no. Me consolé pensando que no habíamos tomado postre y que lo íbamos a quemar a base de polvos.

La cosa no empezó mal. Mientras recogíamos la cocina, entre roce por aquí, caricia por allá, acabamos follando sobre la encimera, sin ni siquiera quitarnos del todo la ropa, pero en cuanto Eric propuso seguir la fiesta en la cama y trajo consigo un bol de fresas y un bote de nata,

confirme que me tocaría pasarme una semana a lechuga y agua. ¡Puaj! Aunque la causa lo merecía, me dije mientras recogía nata con una fresa de sus abdominales perfectos y luego me inclinaba para lamerla lentamente en dirección sur. Mejoró aún más cuando intercambiamos posiciones.

Más tarde, ya duchados, nos acurrucamos en su cama y nos dedicamos a prodigarnos caricias de esas que traspasan la piel.

—Creo que la semana que viene pediré cita con el médico para que me hagan unos análisis —le comenté, pues llevaba unos días dándole vueltas.

—¿Y eso?

—Bueno, después de descubrir que Fran se tiraba a todas esas chicas a la vez, no quiero ni pensar que pudiera haberme pegado algo. Nunca lo hicimos sin protección, pero quiero

asegurarme. Haciéndome unas pruebas nos quedaremos todos más tranquilos.

—No te preocupes antes de tiempo, cielo, seguro que todo estará bien —me dijo besándome suavemente en los labios—. Joder, odio a ese capullo con toda mi alma.

—Y yo... Espero no volver a verle nunca más.

—Más te vale.

Tras un fin de semana de intensa y placentera actividad física, con la alegría añadida de una relación sana en la que Eric no tenía ningún problema en llevarme a su casa, presentarme a sus amigos o invitarme a cenar, el lunes me tocó volver al trabajo. Se me había acabado la baja y la verdad es que me encontraba mucho mejor. Eso de tener un novio guapísimo, además de fisioterapeuta, que se dedique en exclusiva a ti, iba muy bien para las contracturas y

lesiones varias. Debo ser la envidia de más de una, ¿no?

A primera hora, ya estaba en mi sitio intentando ponerme al día con el papeleo. Por lo visto, no habían considerado oportuno contratar a una sustituta por tan pocos días y se había ido amontonando el trabajo. Cristi me lanzaba miraditas desde su mesa, en un sitio privilegiado, aunque ni siquiera se había acercado a preguntarme qué tal estaba. Mi jefe tenía la puerta de su despacho entreabierta y le ladraba a alguien por el teléfono. En fin... De vuelta a la rutina.

A media mañana, antes de ir a tomarse un café, el señor González se dignó a pasar por mi mesa y me dijo que esperaba que, tras esos días de descanso, hubiera venido con energías renovadas. El tonito que utilizó me sonó muy sarcástico. Además, no eran días de descanso, eran días de baja,

quise aclarar, pero luego pensé que no me merecía la pena el esfuerzo.

Al mediodía, mientras comía una ensalada en la salita donde teníamos el microondas y una pequeña nevera que no enfriaba nada, le mandé un mensaje a Eric. Tras el episodio en el que no le había cogido el teléfono, habíamos tomado la costumbre de mantenernos en permanente contacto, ya fuera por mensaje o llamadas. Nos encontrábamos los dos en esa fase pegajosa que se da siempre al inicio de las relaciones, esa era la verdad.

Susana: Cambio masaje por mamada... Llevo cinco horas aquí y me duele todo el cuerpo. ¡Explotadores!

Me contestó casi al momento.

Eric: ¡Trato hecho! Mándales a la mierda, necesito una recepcionista y

la oferta sigue en pie.

Cuando volví a mi mesa, Cristi me estaba esperando de brazos cruzados. Llevaba unos taconazos de infarto y una falda demasiado corta para lucirla en horas de oficina.

—Hay que bajar esas cajas al archivo —me dijo señalando las que había amontonadas en un rincón. Eran bastantes y tenían pinta de pesar mucho.

—¿No puede hacerlo alguno de los chicos de mantenimiento?

—No. Tiene que estar todo abajo y ordenado esta misma tarde. Lo dice el jefe.

—¿Puedes ayudarme? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta de antemano.

—Tengo trabajo —respondió mirándome como si estuviera loca, para después darse la vuelta y volver a su mesa donde, probablemente, se

pasaría la tarde limándose las uñas.

Me dirigí al despacho de mi jefe, dejando a Cristi por inútil y tras llamar a la puerta, entré dispuesta a apelar a su compasión.

—Me ha dicho Cristi que baje las cajas al archivo.

—Sí, Jiménez. ¿Algún problema? —me preguntó sin ni siquiera despegar la vista de la pantalla del ordenador.

—Es que todavía me duele un poco el hombro y no sé si es buena idea que me ponga a cargar cajas.

—Eso es problema tuyo. Pídeles a los de mantenimiento una carretilla y deja de molestarme por tonterías — me espetó.

Genial. Me dio toda la sensación de que me estaban castigando por haber estado de baja. Al final, uno de los chicos de mantenimiento, mucho más amable, se apiadó de mí y me ayudó con las cajas. Me pasé toda la

tarde en el archivo o lo que es lo mismo, el zulo mal oliente del sótano. Estaba harta de ese trabajo.

Esa misma noche, Eric insistió en darme un masaje, a pesar de que le dije que los mensajes del mediodía habían sido de cachondeo, incluso me aseguró, siguiéndome la broma, que no me cobraría el pago adicional que le había prometido. La verdad era que estaba reventada después del trajín en el archivo y no hubiera sido capaz de nada. Era muy agradable eso de tener a un macizo que te de masajes y luego te abrace hasta que te quedes dormida. Podría acostumbrarme.

Por ahora no quería plantearme el hecho de que, desde que habíamos empezado, pasábamos prácticamente todas las noches juntos. Tal vez, sería prudente ir más despacio, tomarnos las cosas con calma, intentar no pasar tanto tiempo juntos, pero era algo que nos salía de manera natural y no

podíamos ni queríamos evitarlo. Aquella relación me daba un miedo atroz porque nunca había sentido por nadie lo que sentía por Eric, y a la vez, me daba alas y unas tremendas ganas de volar temerariamente, lanzándome al vacío. Si él me hacía daño o me engañaba de alguna forma, sería devastador.

La gota que colmó el vaso cayó ese mismo jueves. Llegué media hora tarde porque había ido al médico a hacerme la dichosa analítica. ¡Maldito Fran! A mala hora fui a conocerle. Mi jefe me echó la bronca y me dijo que tendría que quedarme por la tarde a recuperarlo. Estuve a punto de decirle que en realidad me debían horas por el lunes, cuando me quedé arreglando el archivo, pero decidí dejarlo pasar. Después de la baja no quería tensar más la cuerda y cedí.

Lo peor fue que, después de comer, cuando me acerqué a la mesa de

Cristi para dejarle unos informes, tuve la mala suerte de volcar el vaso de café que tenía encima y mancharle la falda que, aquel día justamente, era de color crudo. La ley de Murphy, ya sabéis...

—¡¿Pero qué coño haces, estúpida?! —gritó.

—¡Perdón, perdón!

Me excusé como pude y corrí al baño en busca de toallitas para tratar de limpiar el desastre. La verdad es que a mí también me habría cabreado bastante que tiraran un café sobre mi faldita de marca, pero Cristi se puso como una energúmena cuando en realidad solo había sido un accidente, nada premeditado. No negaré que en mis retorcidas fantasías había visualizado una escena parecida, aunque el café, en vez de sobre su falda, acababa chorreándole por el pelo planchado y la cara maquillada. Sí, soy mala a veces, pero en aquella

ocasión era completamente inocente. La estuve escuchando gritar desde el pasillo y en cuanto me acerqué con las toallitas para limpiarla, me las arrancó de las manos de malas maneras.

—No me toques, ¡zorra!

—Perdona, bonita, pero aquí la única zorra que hay eres tú. Ha sido un jodido accidente, ¿te enteras?!

—¿Pero qué demonios pasa aquí?

El que faltaba.

Mi jefe se plantó frente a nosotras, que nos estábamos lanzando llamaradas con la mirada y que no nos estábamos tirando de los pelos por miedo a acabar en la calle y no por falta de ganas, y se atrevió a ponerse en medio del fuego cruzado. Algunos le llamarían valiente, yo más bien le veía un temerario.

—Me acaba de tirar el café hirviendo por encima —lloriqueó Cristi, la exagerada, que tras pasarse

las toallitas, aún había extendido más la mancha por la falda.

Aquello era ya un desastre en mayúsculas. Solo lo salvaría una buena tintorería, me dije, aunque yo no pensaba pagarla.

—Ha sido un accidente. Le dejé los papeles en la mesa y se volcó el vaso.

—¡Mentirosa! ¡Lo has hecho aposta! —exclamó señalándome con un dedo acusador.

—Pero, ¿qué dices?! ¡Te he dicho que no!

—¡Basta! —Zanjó el señor González con un cruce de brazos y mirándonos a ambas —. Tú, a tu mesa —me dijo a mí primero —. Y tú, cállate de una vez.

Cristi cerró el pico, aunque vi que se moría de ganas de replicar. Yo, todo sea dicho, me dirigí a mi mesa con muchas ganas de protestar también.

—No quiero escuchar ni una

palabra más en toda la tarde, ¿entendido? —Ambas asentimos —. Me estáis dando dolor de cabeza. ¡Jodidas niñas! —Le escuchamos mascullar por lo bajo.

A las seis Cristi se largó hecha una furia. No me dirigió ni siquiera una mirada de reproche de lo cabreada que estaba porque de haberlo hecho, probablemente, se hubiera lanzado sobre mí para atacarme con sus uñas de gel, la muy puta.

Yo me quedé sentada en mi sitio, pues tenía que recuperar mi media hora de retraso. Para mi sorpresa, el señor González también permaneció encerrado en su despacho, cosa nada habitual en él, a no ser que fuera fin de mes y tuviera que quedarse para cerrar todos los asuntos pendientes. A las seis y media me levanté y, ya con el bolso colgado al hombro y la chaqueta en la mano, me asomé al despacho de mi jefe para decirle que

me iba y para que viera que me había quedado el rato que me había pedido.

—Pasa, Jiménez —me dijo, señalando una de las sillas frente a su escritorio.

Entré y me senté sin saber qué demonios podía querer a esas horas si había tenido toda la tarde para decírmelo.

—Tu comportamiento de estos días está dejando mucho que desear.

—Lo de hoy ha sido un accidente, de verdad que yo no pretendía...

—Lo de hoy es lo de menos —me cortó—. Llegas tarde, te quejas, replicas, no muestras interés, armas escándalos... La lista es larga y has llegado al límite de mi paciencia. ¿Qué crees que debería hacer contigo? Porque a mí solo se me ocurre una cosa.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Encima de que me explotaban y era la que más trabajaba

en aquella oficina, ahora resultaba que estaba decepcionado e insinuando que pensaba en ponerme de patitas en la calle.

—¿Va a despedirme?

—Bueno, esa sería la solución más drástica. —Se levantó de la silla y se colocó frente a mí, apoyado en la mesa. Me fijé en que había engordado, pues la camisa se le abría justo a la altura de la tripa dejando entrever una masa peluda asquerosa —. Tal vez, podríamos encontrar una solución intermedia que nos satisfaga a los dos, ya me entiendes...

¡¿Cómo?!... Aquello se estaba poniendo muy feo y olía muy mal. ¿No estaría insinuando qué...?

—No señor, creo que no le entiendo.

—Si te mostraras un poco más amable y, cómo decirlo..., complaciente, podríamos llegar a un acuerdo.

De pronto, la mirada reprobatoria que siempre tenía mi jefe, se tornó en una lasciva. Vi con horror como se llevaba una mano al cinturón y lo empezaba a soltar de la trabilla. Juro que, si se la hubiera sacado, se la habría cortado de cuajo allí mismo con el abre cartas que había sobre la mesa, librando así a la humanidad del riesgo de que semejante energúmeno siguiera reproduciéndose. Por suerte para ambos, me lo pensé mejor y no le di tiempo.

Me levanté como un resorte y me alejé todo lo que pude de él. Los ojos se me habían salido de las órbitas y el corazón me latía desbocado en el pecho. No le valía con Cristi, que ¡quería lo mismo conmigo! Ahora entendía el porqué de quedarse hasta más tarde. ¡Cerdo asqueroso!

—Bueno, bueno... No te pongas nerviosa —dijo soltando el cinturón y alzando las manos—. Solo quería

encontrar una alternativa al despido, pero no estás obligada.

—¿Qué no me ponga nerviosa?! ¿Qué no estoy obligada?! —Estaba a punto de darme un ataque de nervios, pero intenté respirar hondo un par de veces antes de continuar y no lanzarme a su yugular —. Mira cabrón, no me vas a despedir porque me largo yo. Quiero todo el papeleo arreglado para mañana a primera hora. Finiquito, papeles del paro y carta de recomendación, si no quieres que te denuncie por acoso, ¡degenerado!

—Relájate, Jiménez. —Trató de calmarme volviendo a su silla y recuperando el aspecto de jefe responsable que lucía habitualmente —. No te pongas nerviosa.

Si no se callaba de una vez iba a ver lo que es bueno.

—Quiero los papeles mañana, sino, aparte de denunciarte iré a

hablar con tu mujer, ¿queda claro?

Vi que iba a decir algo pero se lo pensó mejor. Es cierto que no tenía pruebas de nada, pero si le iba con el cuento a su mujer, seguramente, a la pobre le saltarían las alarmas. Si era un poco listo aceptaría el trato.

—Está bien, mañana lo tendrás preparado —claudicó.

—Eso espero.

Me dieron ganas de lanzarle la grapadora a la cabeza, pero me decidí por barrer con el brazo todo lo que pude alcanzar sobre la mesa de su escritorio, incluida la pantalla del ordenador, que acabó estrellándose contra el suelo.

«Toma ya, gordo asqueroso. A ver si se te pasan las ganas de acosar», me dije mentalmente, orgullosa con el estropicio. Él ahogó una exclamación pero no dijo nada ni intentó retenerme. Agarré mis cosas y salí de allí como alma que lleva el diablo.

Una vez en la calle, noté que estaba histérica. Me había sentado muy bien cargarme un par de cosas de su escritorio, pero no había sido suficiente para calmar mi ansiedad. Pensándolo fríamente, no creo que hubiera llegado muy lejos, solamente me estaba tanteando, pero en aquel momento solo podía pensar en lo que hubiera pasado si llega a cerrar la puerta de su despacho y me hubiera obligado a... ¡Dios, qué asco! Me entraron ganas de vomitar.

Saqué el móvil y marqué el número de Eric con dedos temblorosos. No es que fuera de esas damiselas en apuros que necesitan que un hombre las rescate de las situaciones complicadas, pero necesitaba oír su voz, era lo único que podría tranquilizarme. Contestó a los tres tonos.

—Cielo, ¿qué ocurre?

Solo escucharle ya me sentí un

poco mejor, aunque a su vez me invadieron unas tremendas ganas de llorar.

—Eric, ¿puedes venir a mi casa en un rato?

—Estoy en la consulta, aún me quedan un par de pacientes, pero me pasaré en cuanto termine, quizá en un par de horas. ¿Ha sucedido algo?

—Vale, yo... —Se me escapó un sollozo.

—Su, ¿qué pasa? ¿Ha ocurrido algo? ¿Estás bien? —preguntó alarmado.

—Sí, sí, solo es que ha habido un problema en el trabajo.

No lo podía controlar, me habían empezado a caer las lágrimas y sabía que me estaba temblando la voz.

—Me estás asustando, cielo. ¿Por qué lloras?

—Estoy bien, solamente... Ven luego, ¿vale?

No le di tiempo a contestar.

Colgué, me metí el móvil en el bolso y bajé corriendo a buscar el metro ocultando mis ojos tras unas gafas de sol.

Cuando llegué a casa solté el bolso junto a la chaqueta y me quité los zapatos. De ahí me fui directa a la cocina y me preparé una tila doble. Luego me senté en el sofá y soplando, me la fui bebiendo a sorbitos intentando calmarme, pues me temblaba tanto el pulso, que el líquido amenazaba con desbordarse de la taza. Pasados unos minutos, alguien empezó a llamar al timbre insistentemente y a aporrear la puerta. Cuando fui a abrir ya me imaginaba quién era.

—¿Por qué has apagado el puto teléfono? —Fue lo primero que me dijo. Supuse que me había quedado sin cobertura al meterme en el metro e intenté explicárselo, pero una vez vio mi cara congestionada por el

llanto se tranquilizó y me abrazó junto a la puerta —. ¿Qué ha pasado? He salido corriendo de la consulta dejando a los pacientes tirados, me has asustado mucho, cielo.

—Lo siento... Solo necesitaba oír tu voz. No debería haberte llamado sabiendo que estabas trabajando, pero...

—Tranquila, estoy aquí y puedes llamarme siempre que lo necesites, esté trabajando o sea la hora que sea, ¿entendido? —Asentí —. Ahora, cuéntame qué ha ocurrido.

Me agarró de la mano y me llevó al salón, donde nos sentamos en el sofá y se lo conté todo.

—¡Cabrón, hijo de puta! Le voy a matar, ¡te juro que le mato!

Tras mi relato, Eric se levantó del sofá muy cabreado, moviéndose de un lado a otro del salón. En el fondo me gustaba un poquito esa actitud de macho protector, aunque por suerte,

el problema ya me lo había solucionado yo.

—Tranquilo, en realidad no ha pasado nada, ni siquiera me ha tocado, solamente me he asustado. Ha sido muy tenso y muy violento.

—Haberte asustado es motivo suficiente para que quiera matarle. Mañana te acompaño a recoger los papeles. No hay discusión posible — me advirtió con una mirada severa —. Se va a cagar.

Yo asentí para no ponerle más nervioso, pero por supuesto que íbamos a discutir sobre ello, aunque por la mañana, ahora solamente necesitaba que me abrazara.

Capítulo 17

Después de tener una discusión a la hora del desayuno, logré llegar a un acuerdo con Eric. Me acompañaría a la oficina pero se quedaría en la calle esperando. Sé que le costó, pero finalmente, se portó bien y me dejó resolver el problema sola, aunque me dijo que, a la más mínima señal de peligro, le hiciera una perdida con el móvil y aparecería en el acto para aclararle unas cuantas cosas a mi jefe, a poder ser, a hostias.

Palabras textuales.

—No esperaba que las cosas terminaran así, Jiménez —me dijo el señor González, después de firmar y entregarme todo el papeleo.

Parecía arrepentido, aunque a mí no me dio ninguna pena. Solo esperaba que aprendiera la lección y no repitiera el mismo patrón con la siguiente recepcionista, aunque sospechaba que este era de los que no cambiaban. Cristi me lanzó una mirada de superioridad cuando me vio salir por la puerta cargada con los cuatro objetos personales que guardaba en mi mesa. Lo sentí profundamente por ella, por verse obligada a soportar al baboso de mi jefe, pero tenía lo que se merecía.

Aquella misma tarde quedé con mis amigas, en la tienda de Vicky y les conté lo sucedido.

—¡Qué horror, Su! ¿Estás bien? — me preguntó Lisa compungida.

—Sí, sí, solo fue el susto, aunque en el fondo me alegra que sucediera porque es lo que me ha dado valor para dar el paso y dejarlo.

—Ya era hora, ese trabajo no era

para ti —corroboró Vicky—. ¿Qué os parece si le pregunto a Alexei si nos puede meter en lista de un sitio chulo y mañana lo celebramos? —nos preguntó.

Mientras hablábamos nos había cargado los brazos con un montón de prendas y nos empujaba hacia los probadores para que nos las probáramos.

—Por mí, genial. Necesito desconectar, esta semana ha sido un infierno. Las cosas no van nada bien con Toni —comentó Lisa.

—¿No estáis bien? —pregunté mientras colgaba un par de vestidos en el gancho del probador.

¿En serio pensaba Vicky que entraba ahí dentro? Si por lo menos había engordado dos kilos entre cenitas con Eric y pastelitos con ellas, pensé.

—Le he pedido que nos demos un tiempo y está bastante cabreado.

—Lisa, te lo he dicho mil veces, pasa de ese tío. Es un muermo. Mañana te desmelenas y te ligas a alguno. —Vicky le guiñó un ojo y, antes de darle tiempo a protestar, nos cerró las cortinas del probador ahogando nuestras exclamaciones.

El sábado estábamos listas para matar. Nos habíamos puesto nuestras mejores galas y unos tacones de esos que te dejan los pies al borde de la mutilación. Yo llevaba una minifalda negra y un top atado al cuello en color morado. Vicky un mini vestido fucsia que no la hacía pasar precisamente desapercibida, aunque con su cuerpo quién querría. Lisa, para nuestra sorpresa, pues siempre solía ir bastante discreta, llevaba unos shorts satinados en negro y una blusita transparente muy mona de color blanco que dejaba ver con claridad un sujetador de encaje. Estaba preciosa.

Cenamos en un italiano. Ya que

salíamos, lo hacíamos a lo grande, aunque eso implicara meterse entre pecho y espalda la cantidad de hidratos de carbono recomendados para el cuerpo de una semana en una sola noche, y de postre un tiramisú que debía estar bañado en ambrosía de lo delicioso que era. Manjar de dioses.

¡Olé nosotras!

Después de cenar nos fuimos a tomar una copa, o dos, a un pub muy mono que había cerca de la discoteca. Sentadas en un sofá rojo, brindamos por mi recién obtenida libertad, laboralmente hablando, y por nosotras, porque lo valíamos. A esas horas empezábamos a estar un tanto perjudicadas, porque después del vino de la cena, los chupitos y el segundo mojito en el pub, la cosa empezaba a notarse. Tuvimos que alejar a unos cuantos moscones que se ofrecieron a invitarnos a una copa pues, aunque

Vicky les ponía ojitos, nos habíamos prometido que aquella iba a ser una noche de chicas, además, yo estaba muy comprometida y Lisa... Bueno, lo de Lisa empezaba a ser todo un misterio.

Sabía que Eric estaba por ahí con sus amigos aprovechando que yo tenía planes porque no queríamos acabar convirtiéndonos en una de esas parejas que lo hacen todo juntos, aunque íbamos por el camino. Confiaba en él, pero no podía evitar sentir cierto recelo. Mis inseguridades estaban muy arraigadas y viendo que su colega, el tal Alberto el fotógrafo, solo se codeaba con modelos despampanantes, pues qué queréis...

No me había confirmado adónde iban, hasta última hora no iba a recibir instrucciones de su amigo, aunque algo así nos pasó con Vicky, que hasta el momento en que nos sentamos a cenar no nos dijo que

Alexei nos había vuelto a meter en lista del Bright.

Cuando decidimos que ya habíamos despotricado lo suficiente sobre todo en general y habíamos pillado el puntito justo para desatarnos bailando como locas en la disco, nos levantamos, nos fuimos a retocar el maquillaje al baño, nos hicimos unas cuantas fotos que en seguida subimos a Facebook y nos encaminamos hacia allí.

Después de dejar nuestros abrigo en el guardarropa y cruzarnos los mini bolsos al pecho cargados con lo indispensable, o sea, la barra de labios, el móvil, los pañuelos de papel y algo de dinero, nos fuimos a saludar a Alexei, que esa noche hacía una suplencia y servía en la barra de abajo, junto a la pista. Estaba muy ocupado, así que, tras un par de besos, nos lanzamos a bailar. Estaba sonando *Titanium* de Sia y David

Guetta y era un temazo que no podíamos desperdiciar.

En mitad del baile me dio por levantar la cabeza y mirar hacia la zona de reservados en la que habíamos estado en fin de año y para mi enorme sorpresa vi un rostro conocido junto a la barandilla. Una morenaza altísima le hablaba al oído mientras apoyaba una mano en su pecho y le acariciaba los pectorales.

Era Eric. Contuve la respiración muerta de celos, al borde de empezar a apartar cuerpos sudorosos para abrirme paso y arrancarle la cabellera planchada a esa zorra, hasta que vi que, amablemente, Eric le apartaba la mano y negaba con la cabeza. La chica se encogió de hombros con un mohín, hizo una última intentona restregándole los pechos por el antebrazo sin resultados y, rindiéndose, desapareció.

Solté el aliento y mis instintos

asesinos remitieron un poco, aunque como me cruzara con ella por ahí se iba a enterar de quién era yo. Reíros de lo que pensaba hacerle Eric a mi ex jefe, en comparación no sería nada. Le vi quedarse allí solo, con la mirada perdida, hasta que sacó el móvil del bolsillo y se puso a teclear. En unos segundos el mío vibró en el bolso.

Eric: Cielo, estoy muerto de aburrimiento, esto es un coñazo absoluto, te echo de menos. ¿Dónde estás? ¿Paso a buscarte? ¿A quién demonios se le ocurrió la idea de salir esta noche por separado?

Sonreí como una idiota.

Sí, eso es exactamente lo que todas querríamos que hiciera nuestro novio en una situación así. Y Eric lo había hecho. ¿Se podía ser más perfecto?

Tecleé a toda prisa.

Susana: Mira hacia la pista. Igual no tienes que ir muy lejos.

En seguida le vi levantar la mirada y buscarme. No tardó mucho en dar conmigo y sonreír. Bajó corriendo las escaleras y cruzó la pista. Yo dejé tiradas a mis amigas, olvidándome por completo de ellas y fui a su encuentro.

—Dios, cariño, qué bien que estés aquí —me dijo tras rodearme con sus brazos y besarme apasionadamente en mitad de la pista.

Por un segundo me olvidé de que estábamos en un lugar público y me abandoné a aquel beso, devorándole con ansia, como si hiciera semanas que no nos veíamos y no unas horas.

—No sabía que íbamos a venir aquí —le aclaré para que no pensara que le estaba siguiendo como una novia acosadora.

—Ni yo. Fue cosa de Alberto. Nos

lo dijo a última hora.

—Te he visto con la morena.

—¿Qué morena, cielo? —me preguntó arqueando las cejas —. No recuerdo a ninguna morena, solo tengo ojos para ti.

Yo me reí encantada.

—Debes saber que hoy has subido muchos peldaños en la escala del novio perfecto.

—Eso es bueno, ¿no? —Me guiñó un ojo —. Vámonos de aquí.

Yo asentí. Estaba deseando irme con él allá donde quisiera, aunque esperaba que fuera a su casa o a la mía, para acabar la noche de manera redonda.

—¿Qué pasa tortolitos?

Nos preguntó Vicky en cuanto nos acercamos a la barra, donde mis amigas estaban pidiendo unas bebidas, para decirles que me iba con Eric.

—Nos vamos a ir ya.

—Nosotras nos quedamos, ¿no, Lis?

—Claro —asintió mi otra amiga.

—Si queréis, mis amigos están arriba en el reservado. Estarán encantados de veros —les ofreció Eric.

Asintieron con ganas y todos subimos. Ellas para quedarse, nosotros para despedirnos. Al subir nos encontramos con algunos amigos de Eric y a cuatro chicas, entre ellas la morena de antes, todas modelos ya que saltaba a la vista, charlando y bebiendo animadamente. Aunque quien parecía pasárselo mejor era Raúl, que le daba a la lengua pero de otro modo. Una rubia espectacular estaba sentada en su regazo y le metía la suya hasta la campanilla. De ahí a follar solo faltaba quitarse la ropa.

Escuché ahogar un gritito a Lisa detrás de mí y la miré sorprendida. Parecía observar la escena

conmocionada. Aunque, más sorprendente fue ver a Raúl quitarse de encima a la rubia y levantarse del sofá pasándose el dorso de la mano por los labios y mirando a mi amiga avergonzado.

¿Qué estaba pasando allí?

Vicky en seguida se puso a hablar con los chicos. Ella no desentonaba para nada en medio de todas esas bellezas y, mientras Eric se despedía de Alberto, yo no le quitaba ojo a Lisa, que ahora tenía pinta de estar muy cabreada. Raúl se acercó y la agarró del brazo, aunque ella lo apartó bruscamente. Al final, consiguió llevarla a un aparte y se pusieron a susurrar y a hacer aspavientos con los brazos. Cuando Eric me anunció que ya podíamos irnos, me acerqué hasta ellos y escuché parte de la conversación.

—No me esperaba esto de ti —le decía Lisa con ojos brillantes. Juraría

que al borde del llanto.

—¿Qué quieres que haga? Fuiste tú la que me lo dejó claro —replicaba él.

No entendía lo que estaba pasando allí, pero lo que tenía muy claro era que Lisa nos debía una buena explicación. A la mañana siguiente, pensaba interrogarla sobre el asunto hasta que acabara confesando qué se llevaba entre manos con el amigo tatuado de mi novio.

—Chicos, siento interrumpir, pero nos vamos —les corté y me acerqué a Lisa para darle un beso en la mejilla.

—Yo no creo que tarde mucho en irme también —anunció sin mirar a Raúl, que estaba cabizbajo y casi ni se despidió.

—¿Nos vamos, cielo? —Asentí mientras Eric rodeaba mi cintura con un brazo.

Terminamos de despedirnos y salimos de allí.

Nos metimos en el coche y llegamos en un abrir y cerrar de ojos. A esas horas el tráfico era una maravilla. Eric no preguntó, pero me encantó que me llevara a mi casa porque es un engorro quedarte a dormir con un tío y levantarte por la mañana sin haber podido desmaquillarte en condiciones, sobre todo después de una noche de fiesta. Horror en mayúsculas.

Así que, lo primero que hice después de decirle que nos sirviera algo y pusiera un poco de música suave, pues no quería que los vecinos acabaran denunciándome, fue ir al baño y pasarme una toallita por la cara a toda prisa para desmaquillarme. Era una situación de emergencia. Me quité la ropa a excepción de las braguitas de encaje y me puse mi batín de satén.

—Cielo, odio que me robes siempre el placer de poder desnudarte —me

dijo en cuanto me vio salir del baño, acercándome una copa de vino.

Vino a las tres y media de la madrugada... ¿Por qué no? Tomé un sorbo y dejé la copa sobre la mesita de centro. Me acerqué a Eric, que se había desabrochado algunos botones de la camisa y le acaricié el pecho desnudo. ¡Dios! Tenía un cuerpo que me volvía loca, ángulos planos y duros, piel suave y ese aroma tan... tan él. Le reconocería en cualquier parte, hasta con los ojos cerrados y entre una multitud.

—¿Has bebido más de la cuenta esta noche? —me preguntó cogiéndome la mano que tenía sobre su pectoral y besándome con suavidad el dorso de la muñeca.

—Un poco, pero sé lo que hago.

En la discoteca no me había dado tiempo a tomar nada y de los mojitos del pub ya hacía un rato, así que se me estaba empezando a pasar el

puntillo.

—Perfecto, porque quiero que esta noche seas consciente de todo... —Me soltó la mano y dirigió las suyas al cinturón de mi bata para soltarlo —. De cada caricia, de cada beso, de cada palabra... —Hizo resbalar la prenda por mis hombros hasta dejarme desnuda —. Vamos a hacer el amor despacio, ¿vale? —Se inclinó y me besó suavemente en los labios.

Yo asentí sin apartar la mirada de sus ojos, que me observaban con intensidad. Estaba como hipnotizada por el sonido de su voz y por el ambiente que se estaba creando. Me cogió de la mano y me llevó al dormitorio, donde me tumbó en la cama y se deshizo de mi ropa interior, para luego ocuparse de su propia ropa.

Se desnudó lentamente frente a mí. Era un espectáculo para los sentidos. Yo me removía inquieta

sobre la cama, ansiosa por sentir su cuerpo sobre el mío. La piel me ardía, estaba temblorosa y sentía una sensación desconocida en el pecho, una ansiedad, como si aquella fuera la primera vez de algo importante, diferente, nuevo, mágico.

Se tumbó sobre mí, el contacto de nuestros cuerpos fue electrizante. Desde el salón nos llegaban los acordes a piano de *Magical Love* de Kate Ryan, y como si mi mundo se hubiera sumergido en una burbuja de dulzura, me dejé llevar por los labios de Eric, indagadores, atormentadores, que me devoraban sin prisas, despertando mis ansias y anhelos.

Mientras mordisqueaba tiernamente uno de mis pezones, con dos de sus dedos acariciaba mi sexo empapado, repartiendo la humedad, para luego penetrarme con ellos, rozando un punto en mi interior que no tardó en transportarme al paraíso.

Me corrí con un gemido de placer intenso y él siguió acariciándome hasta que cesaron las contracciones. Tenía ganas de devolverle las caricias, de recorrer todo su cuerpo con mi lengua, aunque él parecía igual o más ansioso que yo porque no tardó en incorporarse y enfundarse un condón.

—Lo que siento cuando estoy contigo es tan grande, que a veces pienso que me va a explotar el pecho —me dijo justo antes de penetrarme con una profunda embestida. Ambos gemimos desesperados —. Dios, cariño... —Me embistió de nuevo y luego se quedó quieto, suspendido sobre mí, con los ojos cerrados y la mandíbula apretada —. Estoy a punto de correrme.

—No pares, Eric, no pares... —le supliqué agitando mis caderas debajo de él.

A pesar de que acababa de tener un orgasmo hacia apenas unos

minutos gracias a sus manos, yo también volvía a estar a punto. Mis paredes se contraían alrededor de aquel miembro de acero intentando absorberle aún más hacia el interior.

Soltando el aliento con un gruñido, Eric empezó a moverse. Golpeaba certeramente una vez, otra y otra... Nuestros cuerpos chocaban en una danza incesante transportándonos más allá de aquella habitación, a un lugar solo de los dos. Una gota de sudor resbalaba por su frente debido al esfuerzo. Movi6 sus manos hasta entrelazar los dedos con los míos, sin dejar de mirarme a los ojos. Aquel contacto visual era casi más íntimo que el vaivén y la unión de nuestros sexos.

Quería cerrar los ojos, perderme en las sensaciones, dejarme llevar, pero era imposible apartarle la mirada, se había creado una conexión demasiado intensa. Me corrí de

repente, como una ola inesperada que arrasó mi cuerpo otorgándome un placer que no había sentido hasta ese momento, nunca, con nadie. Algo que iba más allá de lo físico. Aun así, seguí con los ojos abiertos, sin negarle a mi amante nada, dejando al descubierto mucho más que mi cuerpo, algo que estaba muy dentro y que no le había mostrado jamás a ningún otro ser humano. Fue el momento más especial de mi vida.

Me pareció atisbar una breve sonrisa en los labios de Eric, como si se le hubiera revelado algún secreto, y se dejó ir. Fue lo más hermoso que había visto en mi vida, porque ambos lo entregamos todo, sin reservas. Se dejó caer sobre mí agotado, respirando entrecortadamente. Nos abrazamos un rato y él se acomodó de lado, liberándome de su peso. Me acarició la mejilla tiernamente y me apartó un mechón de la cara.

—Te quiero, Su... Te quiero —dijo de pronto y a mí se me cortó la respiración.

Me quedé congelada, sin saber qué decir o qué hacer. No era capaz de responder, de corresponderle, de dar una contestación tan grande, de otorgarle el poder de romperme el corazón. Estaba aterrorizada. Al final, le vi sonreír con algo de tristeza o quizá de decepción, no lo tengo muy claro, pues en aquel instante yo andaba perdida en mi propio revuelto de sentimientos y era incapaz de atender a nada más.

—Duérmete, cielo —susurró al fin, abrazándome contra su pecho.

Y yo, milagrosamente, me dormí profundamente.

Capítulo 18

Por la mañana, todo pareció volver a la normalidad. Me desperté sola en la cama, pero le escuché trasteando en la cocina, así que me quedé un poquito más disfrutando del calor de las sábanas mientras sonreía como una boba. Eric me había dicho que me quería. Si había algún momento ideal para entrar en pánico era precisamente ese, aunque por otro lado me había invadido una sensación tan maravillosa, que me costaba volver a la realidad. Bien es cierto, que yo no le había correspondido con palabras, aunque sí con mi cuerpo, pues se lo había entregado todo, así que esperaba que no tuviera en

cuenta ese pequeño ataque de miedo de la pasada madrugada.

Me envolví en la bata y, tras una parada en el baño, seguí el rastro de aroma a café. Eric estaba de espaldas, vestido únicamente con los pantalones de la noche anterior y sirviendo una taza.

—Buenos días, cielo —me dijo en cuanto se dio la vuelta mientras dejaba la taza sobre la mesa de la cocina, donde había dispuesta una bandeja con tostadas y un tarro de mermelada.

—Buenos días. Has preparado el desayuno —dije mientras me sentaba frente a él.

—Claro... Aunque no me has dejado muchas opciones, sigues teniendo la nevera medio vacía y llena de cosas verdes.

—Intento estar a dieta.

—Menuda chorrada, Su. —Me miró complacido mientras me veía

untar la tostada con mucha mermelada —. Creo que debería comprarte otra de esas cajas de bombones belgas para que se te pasen las tonterías.

—Si hicieras eso tendría que pasarme lo que queda de año a dieta. —Le pegué un buen mordisco a mi tostada. Estaba hambrienta —. Lo mejor sería que me ayudaras a quemarlo a base de polvos salvajes.

Él soltó una carcajada.

—Eso está hecho, nena. —Me guiñó un ojo y tuvimos un momento de silencio mientras saboreábamos nuestros respectivos cafés —. Sabes, creo que debería dejar algunas cosas aquí, como el cepillo de dientes y una muda de ropa. Es un coñazo tener que ponerme los pantalones de vestir para estar por casa —comentó como si tal cosa.

Casi me atraganté con el café. El tema se estaba poniendo serio de

repente.

—También podrías pasearte desnudo, a mí no me importaría — propuse para aligerar el momento, pero él no me siguió la corriente.

—Tú deberías hacer lo mismo en mi casa. Te vaciaré un par de cajones —murmuró hablando consigo mismo.

—No sé...

—Y tendríamos que hablar del trabajo. Estás en paro y yo tengo un puesto libre. Quiero que trabajes conmigo, aunque sea de manera temporal mientras piensas qué hacer con tu vida, Su. Supongo que no pensarás ser siempre recepcionista, tal vez deberías plantearte volver a estudiar.

Vale, vale, vale.... Había llegado el momento de cortar aquello. Me estaba acojonando por momentos y no era plan. Declaraciones de amor, intercambiar cepillos de dientes y cajones de ropa, trabajar juntos,

plantearme volver a estudiar... Demasiado para un solo día. Además, no necesitaba a un hombre para que me organizara la vida, me valía yo solita, gracias.

—Eric, no me presiones, por favor. No sé si estoy preparada para correr tanto, necesito tiempo para adaptarme a todo esto —le rogué. Él frunció el ceño y se lo pensó mejor. Mordiéndose la lengua para no replicar.

—Claro, cielo, tienes razón, no quiero que te agobies, solamente estaba planteando algunas opciones. —Me acarició con suavidad la mano que tenía sobre la mesa —. Piensa en ello, ¿vale? —Asentí un poco más tranquila —. ¿Qué te gustaría hacer hoy? —preguntó en un rápido cambio de tema.

—Pues, no sé... —Fingí pensarlo, aunque lo tenía bastante claro —. ¿Quedarnos en la cama todo el día, a

ser posible... desnudos? —propuse.

—Es la mejor idea que he oído en mucho tiempo.

Mientras Eric bajaba a buscar algo para comer al chino que había enfrente de mi casa, después de una sesión de sexo menos romántico y mucho más pasional que el de la noche anterior, aproveché para llamar a Vicky.

—¿Qué pasa, zorrón? ¿Cómo fue el polvo de anoche? —me preguntó nada más descolgar.

—Mejor no preguntes ahora porque no tengo mucho tiempo, quedamos esta semana y os pongo al día, porque hay novedades.

—¿En serio?... Cuéntame algo tía, que hace días que no follo.

Yo me reí. La verdad es que no me lo creía.

—Estoy preocupada por Lisa — dije cambiando de tema —. Ayer vi cosas raras entre Raúl y ella.

—¿Cosas raras?

—Sí... Les pillé hablando y no sé, todo era muy extraño y sospechoso.

—La verdad es que ayer cuando te fuiste tuvo un comportamiento muy raro —dijo pensativa—. Se quedó bastante apagada y al final, me dijo que cogía un taxi y se iba.

—Creo que entre Raúl y ella hay algo.

—¡Hay que joderse! ¿Nuestra Lis? ¿Tú crees?... Si no pegan ni con cola.

—Habrá que preguntarle, pero me apostaría unos Manolos a que sí.

—Vaya, vaya... —murmuró—. Eso son palabras mayores, tendré que creerte. Estáis muy revoltosas últimamente.

En aquel momento, escuché la cerradura y vi aparecer a Eric cargado con un par de bolsas. Ya temía el momento en que me pidiera una copia de las llaves del piso.

No estaba preparada todavía.

—Tengo que dejarte, ha vuelto Eric con la comida.

—Vale, hablamos. Y folla mucho, tú que puedes.

Colgué riéndome y, a pesar de que la comida basura que traía mi novio olía de maravilla, a algo grasiento y delicioso, le obligué a soltar las bolsas y me lancé a sus brazos. Por una vez iba a hacer caso de los consejos de mi amiga.

El lunes estaba muy aburrida en casa, primer día en paro y ya no sabía qué hacer con tanto tiempo libre. Además, no dejaba de dar vueltas a lo que me había dicho Eric.

¿De verdad quería pasar el resto de mi vida haciendo trabajos mediocres? Quizá debería retomar la universidad, aunque por otro lado, si me planteaba volver a estudiar, seguiría necesitando un sueldo con el que subsistir. Muchas cavilaciones, así que en cuanto vi a *Sombra*

conectado a Skype me lancé a hablar con él.

Después de intercambiar saludos y formalismos, le conté todos los detalles sobre mi renuncia y lo acontecido con Eric aquel fin de semana.

No entendía muy bien por qué, pero aquel personaje misterioso me inspiraba una confianza absoluta. Quizá era la libertad de saber que no me conocía, que probablemente nunca me vería en persona y que, por eso mismo, no iba a juzgarme ni por mis miedos ni por mis dudas.

—*Deberías aceptar ese trabajo.*

—*No quiero conseguir un trabajo por ser la novia del jefe.*

—*No digas tonterías. Él sabe que eres buena y por eso te quiere allí. Además, con ese horario podrías plantearte lo de estudiar.*

—*Pero todo el día juntos... Me da miedo que se aburra, que descubra*

que no soy ni la mitad de interesante de lo que imagina. Además, ¿de qué íbamos a hablar al final del día si lo compartimos todo?

—Vamos a ver... ¿No me dijiste que él trabaja en un gimnasio parte del día? Y cuando esté en la consulta no va a estar sentado junto a ti viéndote trabajar, estará ocupado con sus pacientes. Igual ni le ves.

—Ya, pero tengo dudas.

—Déjate de dudas y acéptalo. Sabes que las condiciones son excelentes, según me has contado, así que sería una tontería renunciar. Además, siempre puedes seguir buscando algo mientras tanto si tan mal te hace sentir.

—Puede que tengas razón.

—Siempre la tengo.

—¡Ya, claro!

—Y con respecto a lo del cepillo de dientes... No es que te haya pedido matrimonio, creo que es normal que el

tío quiera lavarse los dientes en condiciones y cambiarse la ropa interior. No le des tanta importancia.

En fin, hablar con *Sombra* siempre era esclarecedor, por eso me gustaba que fuéramos amigos. A veces, tenía la sensación de que me conocía o que tenía una facilidad asombrosa para leer en mí. Me entendía y me ayudaba a simplificar todas esas cosas a las que a mí me gustaba dar tantas vueltas y buscar tantos significados.

El miércoles quedé con mis amigas para tomar un té. Frente a nuestras tazas humeantes conversamos tranquilamente sobre mi situación.

—Me alegro mucho, Su —me dijo Lisa emocionada, tras contarles la declaración de amor de Eric, que había sido la más romántica que me habían hecho en la vida.

—Es que encima de estar buenísimo y follar bien, es inteligente. Lo tiene todo. No le dejes escapar,

nena.

—No pienso hacerlo, Vicky —
aseguré —. Aunque estoy
aterrorizada.

Lisa me acarició la mano.

—¿Por qué?

—Mi historia con Óscar, mi ex,
salió fatal y luego está lo que pasó con
Fran...

—Ese tío era un capullo, un salido
que quería encontrar *follamigas* por
internet. No puedes juzgar a todos los
hombres por el mismo rasero, Su. Sé
que siempre soy la que os dice que os
lancéis a la aventura y cometáis
locuras, pero se nota a kilómetros que
Eric está loco por ti y que nunca te
haría daño. Te quiere y eso es grande
—dijo Vicky en uno de sus extraños
arranques de seriedad.

Últimamente, le estaban dando
muchos, pensé.

—Hablando de locuras... ¿Qué
demonios te pasa a ti con Raúl? —le

pregunté a Lisa, desviando la atención hacia ella, que ya tocaba.

—¿A mí? —preguntó sonrojada intentando disimular —. No sé de qué hablas...

—Venga, Lisa, según cuenta Su, el sábado por la noche se os vio el plumero y luego vas tú y desapareces de aquella manera... De hecho, a él tampoco volví a verle en toda la noche.

—No pasa nada, solamente hemos hablado unas cuantas veces en el gimnasio, me ha contado algunas cosas y lo que vi el sábado me sorprendió.

—¿Te gusta? —le pregunté y, aunque trató de ocultarlo y negarlo, siendo una de las personas más transparente de la Tierra, Vicky y yo se lo notamos en seguida.

—¡No! Además, tengo novio.

—¡Venga ya! ¿El idiota de Toni? Pero si hace días que ni os habláis.

—Estamos pasando por un bache, pero eso no significa que vaya a lanzarme a los brazos del primero que pase.

—Sabemos que te gusta, Lis, si no es algo peor. —Y con eso me refería a que hubieran empezado a aflorar sentimientos —. La cuestión es si se te está yendo de las manos el asunto.

—No pasa nada, ¿de acuerdo, chicas? —nos dijo mirándonos muy seria —. Tengo que aclarar las cosas con Toni y se me pasaran todas estas tonterías.

No quisimos insistir más, pues sabíamos que en cuanto Lisa se cerraba en banda era imposible sonsacarle nada, pero tanto Vicky como yo, íbamos a seguir insistiendo en el tema hasta descubrir la verdad.

Sobre las ocho y media salimos de la cafetería y nos despedimos en la puerta, ya que cada una tomaba un camino distinto. A mí no me quedaba

muy lejos de casa, así que fui dando un paseo.

Iba mirando distraída unos escaparates cuando escuché que alguien me llamaba a gritos.

—¡Susana! ¡Espera!

Sentí que me agarraban del brazo con firmeza. Me giré y casi me caigo de la impresión al encontrarme cara a cara con Fran.

—Cuánto tiempo... ¿Qué tal? —me preguntó mientras yo intentaba soltarme de su agarre.

—¿Qué quieres? —pregunté seca, pues lo último que me apetecía era quedarme a hablar con él. Me resultó sorprendente la indiferencia que sentí al verle a pesar de lo que habíamos vivido juntos.

—Hace días que quería llamarte, pero pensé que necesitabas tiempo después de lo que pasó.

—Fue una gran idea no haberlo hecho, Fran —confirmé—. Veo que

cuando quieres, eres capaz hasta de razonar un poco. Y ahora, si me disculpas... —Intenté esquivarle, aunque él volvió a ponerse frente a mí.

—Lo siento, Susana, eso quería decirte. Hice las cosas fatal, me comporté como un capullo y me arrepiento.

—En eso estamos de acuerdo. — Me sorprendió su disculpa, aunque, francamente, poco me importaba ese cretino ya.

—Me gustaría que habláramos, quizá podríamos ir a cenar.

—¿Estás de coña, tío? Por supuesto que no. No quiero volver a verte, Fran. ¿Te queda claro? Paso de ti.

¡El muy cabrón! ¿Cómo se atrevía? Estaba realmente cabreada. Le aparté de un empujón y seguí mi camino avanzando a toda prisa con temor a que intentara seguirme y volviera a

pararme. Por suerte, no fue así y pude seguir sin incidentes.

En cuanto llegué a casa tuve ganas de llamar a Eric y contárselo, pero no me pareció apropiado, no sabía cómo se lo iba a tomar, sobre todo teniendo en cuenta que las pocas veces que había salido el tema de Fran, se había mostrado muy molesto y sin ganas de hablar de él. Luego pensé en hablar con mis amigas, pero tampoco me pareció una buena opción. Sacar el tema de Fran nos iba a acarrear conversaciones eternas sobre algo que ya no tenía ninguna importancia, así que recurrí a la persona en la que más solía confiar últimamente.

Después de encender el ordenador y conectarme a Skype, le abrí un privado a Sombra.

—*Me he encontrado con el capullo de mi ex.*

—*¿En serio? ¿Dónde?*

—*Salía de tomar algo con mis amigas y me lo he cruzado por la calle.*

—*¡Menuda casualidad! ¿Y qué quería?*

—*¡Invitarme a cenar! ¿Te lo puedes creer? Dice que está arrepentido.*

—*¡Ya! ¿Le habrás dicho que no...?*

—*Por supuesto, ¿por quién me tomas?*

Después de charlar y desahogarme, me di una ducha y, ya más tranquila, me preparé algo para cenar. Sobre las diez y media me llamó Eric. Aquella noche la íbamos a pasar separados porque él había trabajado hasta tarde y a la mañana siguiente tenía que madrugar. Tengo que confesar que, a pesar de los miedos y de lo mucho que me gustaba mi independencia, le echaba terriblemente de menos.

—*¿Qué tal el día?*

—Nada interesante.

—¿Qué has hecho?

—Un poco el vago por la mañana, aunque luego he limpiado y por la tarde he quedado con las chicas.

—¿Sí?

—Sí, hemos tomado un té y hemos charlado un rato. Creo que entre Lisa y tu amigo Raúl hay algo.

—No creo... A Raúl no le van las relaciones serias y Lisa, aunque es preciosa, no es su tipo. Además, tu amiga tiene novio, ¿no?

—Bueno, estamos intentando descubrir en qué punto están.

—Ya... ¿Y nada más?

—No, nada. He vuelto a casa, me he preparado la cena y ahora estaba viendo un rato la tele.

Parecía como si Eric sospechara algo, aunque era imposible que supiera de mi encuentro con Fran, así que intenté quitarle importancia.

—Te echo de menos. Me gustaría

que estuvieras aquí.

—Y yo, cielo... Me encantaría estar ahí contigo. —Hizo una pausa y suspiró —. Es tarde, me iré a la cama ya.

—Claro, descansa.

—Te quiero.

Yo me quedé cortada, otra vez. Quería decir las palabras, pero no podía.

—Nos vemos mañana —dije antes de colgar.

Cobarde.

Capítulo 19

Estuve recibiendo mensajes de Fran durante el resto de la semana.

Acabé harta de tantos: *Lo siento. Dame otra oportunidad. Lo hice fatal, quiero arreglarlo. Podríamos vernos y hablar de ello.*

No entendía muy bien qué pretendía, aunque si realmente había cambiado y quería volver conmigo, no tenía ninguna oportunidad. Jamás volvería a perdonar un engaño. Creo

que antes de llegar a la mentira hay otras vías. Además, mi relación con Eric iba viento en popa y era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo, así que le bloqueé.

Un problema menos.

Mis conversaciones con *Sombra* se hicieron cada vez más frecuentes. Le estaba cogiendo mucho cariño a mi misterioso amigo y ya me era imprescindible hablar un ratito con él cada día. Sus consejos y sus acertadas palabras, pues parecía que siempre sabía exactamente lo que tenía que decir, me animaban y me incentivaban a tomar las mejores decisiones. Era como una inyección para la confianza en mí misma y eso era algo que me hacía mucha falta. Tanto fue así, que logró convencerme para que le diera una oportunidad a lo de trabajar con Eric.

Él se mostró entusiasmado y, aunque todavía iba a tardar un par de

semanas más en incorporarme, no perdió tiempo en llevarme a la consulta y dejar que empezara a familiarizarme con las fichas de los pacientes, el programa informático y el funcionamiento de la agenda que, para mi horror, quería llevar en papel, pues decía que así se entendía mejor.

Por primera vez, después de unos cuantos años, podría decirse que era feliz. Eric me hacía sentir querida y valorada y *Sombra* estaba levantando mi autoestima a unos niveles que hasta ahora jamás había alcanzado. Entre los dos iban a acabar convenciéndome de que era capaz de hacer cualquier cosa. Incluso estaba dejándome tentar con la idea de apuntarme a alguna clase en el gimnasio, para tonificar y todo eso, aunque algo suave, no os vayáis a pensar.

Además, me infundieron el valor

suficiente para volver a coger la moto. La tarde en que me presenté en la consulta de Eric con el casco bajo el brazo, no se lo podía creer. Me atreví a intentarlo con un trayecto corto y así empezar a perder el miedo tras el accidente para ir lanzándome poco a poco. Eric y *Sombra*, aun sin saberlo, formaban un tándem peligroso y también muy beneficioso para mí.

Mis amigas se mostraron encantadas cuando conocieron la noticia de mi nuevo empleo. Lo celebramos a lo grande con una cena y unos cócteles aquel mismo fin de semana. Vicky seguía como siempre, con las mismas locuras que nos escandalizaban a la par que nos hacían tronchar de la risa, aunque muy unida a su nuevo amigo Alexei. La que me tenía más preocupada era Lisa. Su relación con Toni seguía en punto muerto y a ella se la veía cada vez más triste y amargada. Eso sin

contar los problemas que tenía con su madre, que disfrutaba haciéndole la vida imposible. Estaba claro que mi dulce amiga necesitaba un cambio de vida con urgencia.

Esos días que me tomé de relax, antes de empezar en mi nuevo trabajo, estuve pensando mucho en mi relación con Eric. Las cosas nos iban de maravilla, me quería y era evidente que yo estaba completamente enamorada de él, no podía seguir negándolo, como una adolescente embobada, vamos.

Solo os diré que lo de dibujar corazoncitos con nuestros nombres aún no se me había pasado, así que tomé la decisión de decirle las palabras mágicas de una vez por todas. Se lo merecía por la paciencia que había tenido conmigo y sé que lo estaba deseando.

Esa misma noche íbamos a cenar en su casa y era el momento ideal.

Incluso le diría que le había vaciado un cajón de la cómoda para que pudiera dejar sus cosas. Mayor prueba de mi compromiso no podía darle, sobre todo viniendo de alguien como yo que, admitámoslo, estaba muy cerrada emocionalmente.

Aparte de algunas relaciones menos serias, había pasado por una fallida que me había hecho bastante daño. Mi ex me la pegó con otra y encima se justificó diciendo cosas tales como que yo era una neurótica y muy sosa en la cama. Vamos, que al capullo solo le faltaba nombrar la palabra celulítica para acabar de destruirme. Me quedé tocada, esa es la verdad y me costó recuperarme. Sé que lo que me dijo era mentira, pero hace falta estar muy segura de ti misma para que semejantes críticas no te afecten y yo, por aquel entonces no lo estaba. Después vino lo de Fran. Lanzarme a una cita a ciegas con un

tío de internet quizá no fue la decisión más acertada de mi vida, pero necesitaba hacer algo y con Citas de Amor vi la oportunidad de arriesgarme pensando que no corría peligro. ¡Inocente de mí!

No estaba enamorada de Fran, aunque descubrir su engaño y saber que se estaba tirando a otras al mismo tiempo que a mí, me afectó bastante, pero después de superar el momento de desengaño me di cuenta de que nuestra relación, si se la podía llamar así, no nos iba a llevar a ninguna parte. El sexo funcionaba bien, pero apenas nos veíamos ni hacíamos cosas juntos y el tío era un jeta de cuidado. Si llegamos a seguir juntos, me hubiera convertido en su chacha oficial, muy probablemente, bajo las estrictas directrices de su malvada madre. Creo que Fran pasó muchos años prisionero de una relación que acabó por asfixiarle y

necesitaba recuperar los años de adolescencia perdida, por eso actuó como actuó. Fríamente, no pienso que sea un mal tío, simplemente un cretino y un inmaduro. Algún día se hará mayor y tendrá que acarrear con las consecuencias de sus actos y allí encontrará su castigo.

Así que, lo de Eric fue como un soplo de aire fresco en mi vida. Todavía me costaba aceptar que un tío como él se hubiera fijado en alguien como yo, pero estaba trabajando en ello. Confiaba plenamente en él y quería que lo nuestro funcionara. Le quería en mi vida, a poder ser, para siempre. Palabras mayores.

Aquella noche me arreglé con especial esmero. Me puse un vestido de lana granate con cinturón de piel a juego y mis botas altas de tacón. Me alisé el pelo y luego me dibujé unos tirabuzones con la plancha. Me

maquille los ojos en color tierra y los labios de un granate muy parecido al del vestido. A la hora justa estaba lista, así que me puse el abrigo y, nerviosa, me fui para su casa.

—Estás preciosa esta noche, cielo —me dijo Eric besándome suavemente en los labios después de recibirme en la puerta.

—Gracias. —Sonreí coqueta limpiándole el pintalabios que le había manchado el labio superior.

Él llevaba unos vaqueros que le hacían un trasero increíble y una camisa oscura con un jersey de lana marrón encima. Olía divinamente y yo solamente tenía ganas de pasar la noche con la nariz pegada a su cuello.

Le tendí la botella de vino que había comprado de camino y después de esperar unos minutos para sacar el pescado del horno, nos sentamos a cenar. No es que Eric fuera un gran cocinero, pero dominaba tres o cuatro

platos a la perfección que podían sacarle del paso y siempre le quedaban deliciosos. Servimos la ensalada, bebimos vino y charlamos animadamente sobre el nuevo trabajo y algunas anécdotas que nos habían ocurrido aquella semana.

Me pareció curioso cuando me comentó que Raúl llevaba unos días bastante raro y automáticamente pensé en mi amiga Lisa, pero aquella noche era nuestra y no quería ponerme a divagar sobre los posibles problemas sentimentales de nuestros respectivos amigos, así que aparté el tema a un lado, sin indagar más en el asunto.

Cuando sacó helado de postre no pude negarme. Empezaba a conocerme bien y sabía que, ofreciéndome una cena suave a base de ensalada y pescado al horno, se aseguraba que pecara con el dulce, que me volvía loca. Según su

entender, no tenía razones para no darme el capricho, pues tenía un cuerpo estupendo que le volvía loco. ¡Él sí que era estupendo! ¿Cómo no le iba a querer? Después de unas cuantas cucharadas, nerviosa, decidí lanzarme al vacío.

—Eric, llevo días pensando...

—¿En qué, cielo?

—En nosotros, tú y yo, y lo que me has dicho estas últimas semanas.

Él soltó la cuchara sobre el plato y me prestó toda su atención.

—Te quiero y quiero estar contigo. No es ningún secreto —dijo.

—Lo sé y por eso creo que ha llegado el momento de que yo también me sincere.

Me limpié los labios con la servilleta y bebí un sorbo de vino para infundirme valor antes de continuar.

—Como sabes, tuve un par de relaciones en las que no salí muy bien parada —le recordé —. Me

engañaron, me sentí utilizada... En fin, algo que destruyó mi autoestima y mi confianza en el amor. Pero llegaste tú, con tu sinceridad, con tu integridad, tus valores y tu amor y me hiciste sentir especial, valorada de nuevo.

—Cielo, yo...

—No, espera —le corté, necesitaba continuar ahora que había cogido carrerilla —. Al principio estaba aterrorizada, tenía miedo de que me hicieras daño, de que, de algún modo, la historia se repitiera otra vez, pero me has demostrado que puedo confiar en ti y creo que mereces que te confiese mis verdaderos sentimientos. —Tragué saliva —. Eric, yo también te...

—No, por favor Su, no sigas todavía —me cortó cogiéndome de las manos. Yo le miré sorprendida —. Cielo, no quiero que tengas ninguna duda sobre mis sentimientos, ya que

desde la primera vez que te vi, cuando entraste en mi consulta, asustada y dolorida después del accidente, empecé a sentir cosas muy fuertes por ti y luego, cuando fui conociéndote, poco a poco me enamoré perdidamente, pero no he sido del todo sincero contigo y no merezco que me digas nada sin que sepas toda la verdad.

—Eric, ¿de qué demonios estás hablando? Me estás asustando —dije mientras sentía como se me helaba la sangre y la cena se me revolvía en el estómago.

—Su, yo... —Fijó sus ojos en mí y en su intensa mirada vi auténtico miedo, seguramente, algo muy parecido a lo que debía reflejarse en la mía.

—Dímelo, sea lo que sea —exigí sin poder soportar más aquella tensión.

—Soy... Soy *Sombra*.

—¿Qué?! —exclamé soltando sus manos y levantándome bruscamente de la silla.

Sentía que no podía respirar. Era incluso probable que empezara a hiperventilar allí mismo. ¿De qué demonios estaba hablando? ¿Cómo sabía lo de *Sombra*? ¿Cómo podía ser *Sombra*?! No entendía nada.

—Su, por favor, déjame explicártelo —rogó levantándose nervioso y pasándose las manos por el pelo.

Yo me quedé allí plantada, inmóvil. Tenía ganas de salir corriendo, no quería escuchar nada. Me sentía traicionada, pero estaba en shock y no podía reaccionar. No entendía y no quería entender. No quería saberlo, pues intuía que me haría tanto daño que probablemente, esa vez sí, no iba a recuperarme.

Aquello era el final y veía como se acercaba a mí con la misma velocidad

que lo haría un tren de mercancías. Me arrollaría y no quedaría nada.

Él tomó mi silencio como una invitación a hablar. Por suerte, fue prudente y no intentó tocarme ni acercarse y se quedó en su lado de la mesa.

—Todo comenzó como un juego pero, sin darme cuenta, se me fue de las manos —empezó—. Cuando me contaste que te habías inscrito en aquella página de contactos aquel día en mi consulta, picaste mi curiosidad. Tú me gustabas, pero parecías no verme, era totalmente invisible para ti, y yo no sabía cómo acercarme. Me creé un perfil falso bajo el nombre de *Sombra*, un guiño estúpido referente a cómo me sentía contigo, y estuve mirando un poco de qué iba la cosa. Vi tu perfil y lo que te escribían esos tíos y pensé, ¿por qué no intentarlo? Te escribiría algo y si me respondías te diría quién era, una forma como

cualquier otra de romper el hielo entre nosotros —me explicó—. Ahora, me doy cuenta de lo absurdo de la idea, aunque en aquel momento fui incapaz de verlo. Hubiera sido mucho más fácil hablar cara a cara e invitarte a cenar, pero me cegué. —Negó con la cabeza—. Tú no respondiste a mi mensaje y entonces me contaste que habías conocido al capullo ese de Fran y me cabreé, así que cuando en Nochebuena me respondiste no podía creerlo. Empezamos a hablar y conocí a una Susana que no veía en mi consulta. Conectamos. Por fin, dejaba de ser una sombra y parecías abrirte a mí. Eras sincera, no te ocultabas detrás de esas capas de inseguridades y de esa coraza contra el miedo y quise saber un poco más. Sí, exactamente, eso fue lo que me dije, solo un poco más, no iba a pasar nada... —Se detuvo un momento y suspiró

pesadamente.

Ahora lo entendía todo. El nivel de su engaño iba adquiriendo proporciones épicas. Casi prefería a mis ex infieles porque lo de él era mil veces peor, me había manipulado para conseguir de mí lo que quería, como un encantador de serpientes, usando artimañas. Primero, me ofreció un trabajo, insistió en que fuera al gimnasio, incluso, consiguió que me enamorara de él y que le vaciara un puto cajón de la cómoda. Mi amigo y confidente era mi propio novio tratando de convencerme de que hiciera lo que quería manipulándome vilmente. A traición. ¡No podía creerlo!

Le había contado confidencias y consultado cosas que se suponía que no debía saber. ¡Pero si hasta le había pedido consejo para saber cómo comportarme con él mismo! Incluso, nuestro encuentro en fin de año fue

premeditado, pues yo misma le expliqué a *Sombra* donde íbamos a estar con mis amigas.

Acababa de descubrir que mi relación con Eric estaba construida sobre una gran mentira y no sabía qué tenía que hacer, jamás me había sentido tan estúpida y perdida como en aquel momento.

—Luego rompiste con Fran y milagrosamente acudiste a mí — prosiguió, desconociendo el debate interno que acababa de tener, pues yo seguía callada —, pero después de hacer el amor en mi consulta volvieron tus miedos. Te pusiste en contacto con *Sombra* y me di cuenta de que la única manera de saber realmente lo que pensabas o lo que necesitabas era hablando contigo a través de él. Estoy enamorado de ti, Su, pero no veía el modo de llegar a ti. Temía perderte, que me dejaras por no confiar en mí porque estabas

insegura, por eso seguí utilizando a mi otro yo. Quería hacer desaparecer a *Sombra*, que un día dejara de escribirte y que te olvidaras de él, pero escuchando tu declaración de hoy, me he dado cuenta de que no puedo ocultártelo, no quiero ser otro hombre que te engaña. Mereces saber toda la verdad para que lo nuestro funcione.

—¿Te estás escuchando? —le pregunté —. ¿No quieres ser otro hombre más que me engaña?... ¿Y qué has estado haciendo? Porque no veo mucha diferencia entre los demás y tú. Es más, creo que lo tuyo es mucho peor —dije con toda la frialdad del mundo, aunque por dentro era lava ardiendo —. Me has manipulado a tu antojo, no puedo creerlo, confié en ti, te conté confidencias... y todo ha sido mentira —concluí furiosa.

—He cometido un error, lo sé, pero te quiero, quiero ser sincero y

arreglarlo. No ha habido ninguna mentira. Mis sentimientos por ti son auténticos. Solo necesitaba abrirte los ojos para que dejaras a un lado todas esas tonterías sobre que no estabas a mi altura y que no podía quererte. Estaba desesperado y actué cómo tal. Mi único objetivo era no perderte. Por amor se cometen muchas locuras y yo, soy víctima de la mía.

De pronto, me pareció estar escuchando al imbécil de Fran y ya estaba harta de excusas baratas y de que me utilizaran. No soy muy dada a la violencia, pero estaba visto que en los últimos tiempos la estaba usando de manera recurrente, así que, sin mediar palabra, levanté el brazo y le abofeteé con todas mis fuerzas.

—¿No lo entiendes? Ya no hay ningún nosotros, te lo has cargado — espeté —. No quiero volver a verte — le dije antes de coger mi abrigo y salir de allí corriendo.

No trató de detenerme. Permaneció inmóvil con el rostro vuelto por el impacto y no dijo ni una palabra más.

Una vez en la calle, me metí directa en un taxi. Mi cabeza era un hervidero y sabía que no podía quedarme sola en casa, necesitaba desahogarme o iba a explotar. El taxi paró justo frente al edificio donde vivía Vicky y yo recé para que no estuviera acompañada mientras me acercaba al telefonillo y pulsaba el timbre de manera insistente. Cuando abrió la puerta me recibió vistiendo un pijama de franela con ositos. Definitivamente, estaba sola, gracias a Dios.

—Su... —susurró. Me agarró del brazo, me metió dentro y me abrazó.

Como os habréis imaginado yo ya estaba llorando a moco tendido, con todo el maquillaje corrido y presentando un aspecto lamentable.

Todo muy triste, sí. Lloré un rato abrazada a ella hasta que me levantó la cabeza y me limpió las lágrimas del rostro con los pulgares.

—Te la ha pegado con otra — afirmó furiosa. Sabía que una solo llora así y acude a casa de sus amigas en mitad de la noche si un tío la ha cagado bien.

—Peor... —balbuceé sintiéndome cada vez más confundida.

—¿Peor? —preguntó sorprendida, tratando de imaginar qué podía ser peor que una infidelidad —. Joder... ¡Qué cabrón!

Me arrastró dentro, me quitó el abrigo, me envolvió en una manta de cuadros, me puso una caja de pañuelos delante y me sentó en el sofá. Yo intenté limpiar el torrente de lágrimas y el desastre del maquillaje con los pañuelitos de papel, aunque no sirvieron de mucho, seguía pareciendo un mapache desvalido y

apaleado. Al rato apareció con un par de vasos y una botella de whisky. ¿Os he dicho alguna vez que quiero a esa mujer por cosas como esa? Sabía que si hubiera acudido a casa de Lisa, aunque probablemente me hubiera consolado de manera más amorosa, habríamos acabado llorando las dos y bebiendo té con leche. Así que, por eso aquí estaba, para ahogar mis penas en alcohol porque Vicky sabía cómo enfrentar con entereza una crisis. Sirvió la bebida y me ofreció un vaso.

—Desembucha, nena. Vamos a despellejar a ese cabrón.

Yo me bebí el whisky de un trago y, después de que me sirviera otro, se lo conté absolutamente todo.

Capítulo 20

Por la mañana, me levanté resacosa y con muy mal cuerpo. Me dolía horrores la cabeza y tenía los ojos hinchados, aunque tras la llorera y bebernos más de la mitad de la botella de whisky entre las dos, ¿qué podía esperar? Pensaba que me encontraría hasta peor.

Lo lamentaba por Vicky, pues había tenido que levantarse temprano para ir a trabajar y no tenía mucho mejor aspecto que yo, aunque en ningún momento se quejó. Simplemente, me besó en la cabeza antes de irse y me dijo que podía quedarme el tiempo que hiciera falta. Se lo agradecí porque no me apetecía

para nada volver a mi casa y estar sola.

Me preparé un café en su Nespresso. Adoraba ese café aunque aquella mañana me supo a brebaje amargo y aguado. Me tomé un par de ibuprofenos y cogí el teléfono para mandarle un mensaje a Lisa. Tenía diecisiete llamadas perdidas y un montón de mensajes, todos de Eric, que borré sin leer. La batería estaba casi agotada, así que le mandé un mensaje a mi amiga diciéndole que no se asustara pero que al salir del trabajo se pasara por casa de Vicky, que la necesitaba, y recé para que se apagara del todo el móvil, así nadie iba a poder molestarme.

Mi cabeza seguía siendo un hervidero y todavía era incapaz de hacerme a la idea de lo que había ocurrido. Hacía apenas unas horas cenaba ilusionada con Eric y ahora, de repente, todo había terminado.

Después de enjuagar la taza en el fregadero e incapaz de comer nada, me metí bajo el chorro de la ducha. No sé cuánto tiempo permanecí allí, pues no dejaba de darle vueltas a lo mismo. ¿Eric me quería de verdad? ¿Era justificable lo que había hecho? ¿Había necesidad de engañarme? ¿Era ese el modo de llegar hasta mí? ¿Tan cerrada había estado?

Las preguntas sin respuesta se iban acumulando y era evidente que no iba a sacar nada en claro hasta que fuera capaz de pensar en ello de una manera más fría y menos emocional, aunque la pregunta que más me carcomía y asustaba a la vez era la de si podría perdonarle algún día.

Me sequé el pelo con el secador y me vestí con la sudadera y las mallas que me había dejado Vicky, pues era imposible que me entrara alguno de sus vaqueros. Luego me senté en el sofá y, envuelta en la manta,

permanecía con la mirada fija en el vacío, sumida en mis propios pensamientos, durante horas. Creo que me quedé medio traspuesta. En algún momento me pareció oír la melodía del móvil, pero al final, cesó por completo.

Por la tarde, cuando empezaba a oscurecer, escuché el ruido de la cerradura y mis dos amigas aparecieron por el umbral. En cuanto las vi no pude evitarlo y unas gruesas lágrimas empezaron a deslizarse por mis mejillas. Lisa soltó el bolso y en seguida se sentó junto a mí para abrazarme muy fuerte y susurrarme bajito lo mucho que lo sentía y que todo saldría bien. En ese abrazo había tanto amor, casi maternal, que me sentí reconfortada al momento.

—¿Has comido? —me preguntó Vicky un rato después.

Yo negué con la cabeza y ella, refunfuñando, se fue a la cocina,

supuse que a prepararme algo que sería incapaz de tragar.

Le conté lo sucedió a Lisa entre abrazos y tazas de té mientras Vicky nos preparaba la cena. Piqué un poco de ensalada para que me dejaran en paz, pero fui incapaz de tragar ni un solo trozo de tortilla. Al final, dejaron de insistir y aceptaron que me fuera a la cama con el estómago vacío. Las escuché susurrar en el salón, pero la verdad es que me daba exactamente igual darles pena y que estuvieran compadeciéndose de mí. Me sentía una auténtica mierda, esa era la realidad y creo que saltaba a la vista. Pasé cuatro días más en casa de Vicky, llorando, vegetando y dejando que mis amigas me atendieran y me alimentaran como si fuera una niña pequeña.

El domingo, después de comer, decidí que había llegado el momento de volver a casa y a la realidad. No

podía seguir ocultándome, ni mucho menos huyendo de los problemas, tenía que enfrentar mi situación y tomar una decisión. Lisa insistió en acompañarme a casa con un taxi y una vez en el portal me despidió haciéndome jurar que la llamaría si la necesitaba. Yo asentí, aunque sabía que ya había abusado demasiado de ellas y que era hora de hacer las cosas por mí misma.

Después de pasar unos cuantos días fuera me resultó extraño volver a mi hogar, aunque la sensación duró poco. Lo primero que hice fue poner a cargar el móvil y llenar de nuevo el cajón que había vaciado para Eric. No quería ver rastros de él, o de lo que podría haber sido, por allí. No estaba preparada todavía. Me preparé un sándwich de pan de molde y pechuga de pavo, me puse el pijama y me senté en el sofá a revisar los mensajes. Había otras tantas llamadas perdidas

más y, no exagero si digo que, cientos de mensajes. Leí algunos por encima.

Eric: Por favor, perdóname. Te lo suplico.

Eric: He ido a tu casa y no estás. Creo que los vecinos van a llamar a la policía si no dejo de aparecer por aquí y llamar a tu puerta como un loco.

Eric: Solo dime que estás bien, estoy preocupado.

Eric: Te quiero, déjame volver. Lo arreglaré.

Y un sinfín más de variantes. Los borré todos. Tuve tentaciones de bloquearle como había hecho con Fran, pero algo me detuvo. Les mandé un mensaje a mis amigas diciéndoles que estaba bien y que me iba a dormir pronto y luego le escribí uno a Eric.

Susana: Sigo viva. DÉJAME EN PAZ.

Después apagué el móvil y dejé de pensar.

Los siguientes días transcurrieron bajo una neblina en la que me ofusqué con el hecho de que me habían vuelto a engañar y me convencí de que no lo merecía y no podía perdonarlo. Cualquier otra opción era inaceptable. Salía poco de casa, aunque cuando lo hacía era para dar largos paseos o tomar un café con mis amigas. Ellas trataban de animarme e incluso, en un par de ocasiones, intentar convencerme de que hablara con Eric. Lo vi como una traición y me negué en redondo.

¿Sabéis que la autocompasión es uno de los peores estados en los que puede caer un ser humano? Yo ya era una experta. Sabía lo autodestructiva que podía llegar a ser, pero necesitaba pasar esa fase antes de poder empezar a lamerme las heridas y

remontar.

Un par de semanas después empecé a mirar de nuevo ofertas de trabajo. Estaba claro que ya no iba a trabajar para Eric y necesitaba hacer algo para mantenerme ocupada, pues mi letargo me empezaba a sumir en un estado depresivo del que quería huir cuanto antes. Además, mi economía empezaba a peligrar. Hice un par de entrevistas pero ninguna me convenció, de todos modos, no perdí las esperanzas y focalicé todas mis energías en la tarea de encontrar trabajo.

Desde el mensaje que le mandé aquella noche, no volví a tener noticias de Eric. Quizá lo había entendido o quizá no me había querido tanto como decía. Inmediatamente después de lo ocurrido, me conecté a Skype y borré el contacto de *Sombra*, así como mi suscripción a la dichosa página de

Citas de Amor. Lo mío me costó, pues no paraban de insistir, ofreciéndome incluso un pase *premium* gratuito de un mes con tal de que me quedara, cosa que evidentemente no hice. Meterme allí había sido una de las peores decisiones de mi vida y quería salir cuanto antes.

Descubrir el engaño de Eric había supuesto perder a mi novio y a un amigo. Les echaba de menos a ambos, aunque en realidad fueran una única persona, detalle que aún me costaba asimilar. En mi subconsciente seguían siendo dos personas diferentes a pesar de las obvias semejanzas de las que ahora me hacía consciente.

Me dolía el corazón, mucho, pero intentaba hacerme la fuerte y seguir adelante sin pararme a pensar demasiado en ello, aunque en ocasiones, como aquella tarde que volvía furiosa de otra entrevista en la

que me había sentido humillada, no solo por las preguntas que me habían hecho, sino por el sueldo que me ofrecían. De lo único que tenía ganas era de bromear sobre ello con *Sombra*, quitándole importancia y de dejarme caer en los brazos de Eric para que me rodeara y reconfortara diciéndome algo así como que ellos se lo perdían.

Después de ducharme, ponerme cómoda y despotricar un poco por WhatsApp con mis amigas sobre lo mal que estaba el panorama laboral, me conecté a internet para seguir consultando webs de ofertas de empleo. Estaba en ello cuando de pronto me saltó una notificación de correo entrante.

Abrí el programa pensando que quizá era algo sobre alguna oferta interesante y me llevé una enorme sorpresa al ver el remitente.

Eric García.

Dudé entre abrirlo o no, aunque

me venció la curiosidad. Hacía muchos días que no tenía noticias de él y en el fondo me alegraba saber que no había podido olvidarme tan rápido.

Querida Su,

Me es imposible empezar este mensaje sin pedirte perdón de nuevo. Maldigo el momento en el que me pareció una buena idea empezar este juego y todo el tiempo que me costó entender que, finalmente, lo único que lograría sería hacerte daño, pues era lo último que quería.

No quiero repetirme ni ser pesado, ni mucho menos pretendo justificarme, porque lo que hice estuvo mal y soy consciente de ello. Se me fue de las manos y no supe pararlo a tiempo, lo único que alegaré en mi defensa es que lo hice todo por amor.

Temía perderte. Cada vez que avanzábamos un paso, tú retrocedías dos. Cuando hablabas con Sombra te

mostrabas tal y como eras, pero cuando lo hacías conmigo, cara a cara, te retraías y me ocultabas tus temores o tus verdaderos sentimientos. Temía que me dejaras, que huyeras por ese miedo tuyo a no ser suficiente que has arraigado en tu interior tras experiencias pasadas y por eso traté de retenerte a través de Sombra.

Lo que hice estuvo mal, pero nunca quise manipularte o conseguir que hicieras lo que yo quería. Al contrario, lo único que pretendía era infundirte valor y seguridad para que creyeras en ti misma y vieras que eres capaz de lograr todo aquello que te propongas.

Solamente quería que confiaras en mí y que compartieras conmigo tus miedos sin temor a que pudiera fallarte. Pensé que a través de Sombra podría abrirte los ojos y me verías como lo que soy, un hombre perdidamente enamorado.

¡Cómo me equivoqué! Porque por estúpido, conseguí todo lo contrario.

Erré y probablemente volveré a hacerlo en el futuro, no soy perfecto, aunque lo que jamás haré será hacerte daño de manera intencionada. Yo no soy como esos hombres que te han herido en el pasado, yo te quiero y te echo tanto de menos que me cuesta hasta respirar.

¿Te acuerdas de aquel día, mientras hacíamos el amor, cuando te dije que lo que sentía por ti era tan grande que creía que me iba a explotar el pecho?

Pues lo que siento ahora que te has ido es tan doloroso que me está haciendo pedazos el corazón.

Haré cualquier cosa que me pidas... Me arrastraré, suplicaré, esperaré el tiempo que sea necesario, pero vuelve, cariño, por favor.

No me pondré en contacto contigo, no te llamaré ni te agobiaré. Esperaré

a que seas tú la que dé el paso si lo crees necesario. Solamente quería que supieras que te quiero con todas mis fuerzas y que espero, sin perder la esperanza, que encuentres la manera de poder perdonarme.

Sé que no lo merezco, pero soy egoísta porque te amo demasiado como para dejarte ir.

Te quiero, mi amor, no lo olvides.

Tuyo,

Eric.

Cuando terminé de leer estaba llorando. Un llanto silencioso.

A mí también se me estaba haciendo pedazos el corazón porque a pesar de todo, le quería y no creía que pudiera dejar de hacerlo, pero me sentía traicionada y no podía perdonarle. ¿Cuál de los dos sentimientos sería el más fuerte?... Solo el tiempo lo diría. Apagué el ordenador sin responder y me fui a

dormir.

A la mañana siguiente llamé a mis padres y les pregunté si podía ir a pasar unos días con ellos. Estuvieron encantados. Ni siquiera les había contado que había dejado el trabajo y mucho menos todo lo acontecido con Eric. Había llegado el momento de ponerles al día y de buscar refugio bajo las alas de mamá. Nadie mejor que ella podría aconsejarme.

Por la tarde, después de hacer la maleta, me fui a dar un paseo para despejarme y me senté en una terracita que aún recibía los tímidos rayos de sol del atardecer. Hacía frío, pero me venía bien para aclarar las ideas. Estaba bebiendo un sorbo de mi taza de té, cuando alguien se detuvo junto a mi mesa.

—Susana... Nos encontramos otra vez.

Levanté la mirada y me encontré cara a cara con Fran... El que me

faltaba.

—¿Puedo sentarme?

—No, Fran, no puedes. No quiero hablar contigo, te bloqueé en el móvil, ¿qué más necesitas para entenderlo?
—le pregunté cansada.

—Por favor, solo cinco minutos. Te prometo que no volveré a molestarte nunca más.

Le miré fijamente y asentí deseosa de terminar de una vez por todas con aquello. Cerrar un círculo.

—Siento lo que ocurrió. Acababa de romper con mi ex y solamente pensaba en divertirme, recuperar el tiempo perdido, ¡qué sé yo! —se excusó.

—Eso me queda claro, Fran. Ya te disculpaste y siento decirte que tus excusas no me valen. Eres un mal paso en mi vida del que quiero olvidarme cuanto antes. ¿Tienes algo más que decirme?

—Me ha quedado claro que

intentarlo de nuevo contigo es algo imposible. Solamente me preguntaba si podríamos ser amigos... Aunque me comporté como un capullo, no soy una mala persona. Tú y yo nos llevábamos bien y no me gustó que esto terminara así, que te quedaras con esa imagen de mí.

—Ni podemos ser amigos ni llevarnos bien. No te guardo rencor, pero entre tú y yo jamás podrá haber ningún tipo de relación —le dije levantándome de la silla—. Sigue con tu vida, Fran, yo ya te he olvidado y he seguido con la mía.

Él hundió un poco los hombros pero no insistió más. Supongo que se dio por vencido. En el fondo sabía que era verdad, que no era un mal tío, pero no quería tener nada que ver con él.

—Suerte, Susana —me dijo cuando ya me iba—. Espero que encuentres aquello que te haga feliz,

de corazón.

Ironías de la vida, yo creía que ya lo había encontrado, pero resultó ser solo un espejismo.

Capítulo 21

Cogí un tren temprano y antes de las diez de la mañana ya estaba entrando en la estación de destino, donde vi a mis padres esperándome impacientes.

—Estás más delgada —me dijo mi madre mientras me abrazaba. Luego me cogió del brazo y empezamos a caminar siguiendo a mi padre, que había insistido en llevar mi maleta a pesar de mis protestas.

Por una vez, tuve que darle la razón a mi madre. En esas semanas había perdido unos tres o cuatro kilos por el disgusto. Me costaba comer y eso se estaba notando en mi cuerpo. Me alegraría, pero estaba demasiado

triste incluso para darle importancia.

Cuando llegamos a casa, mi madre preparó café y sirvió unos bollos recién hechos recubiertos de un glaseado crujiente que fueron lo primero que me tentaba a comer en semanas. Mordí uno con deleite y, tras la inyección de azúcar, les conté a mis padres que me había quedado sin trabajo y que necesitaba unos días para pensar lejos de todo.

De Eric no dije nada, todavía estaba decidiendo si les iba a preocupar con una historia de la que desconocía el futuro. Así que, me limité a saborear el desayuno mientras ellos despotricaban sobre lo mal que estaba el panorama laboral y mis posibles opciones. Cuando terminamos, me fui a mi habitación a deshacer las maletas e intentar relajarme. Hogar, dulce hogar.

A la mañana siguiente, fui a pasear por el pueblo con mi padre.

Caminamos de lado, por el suelo empedrado, deteniéndonos aquí y allá mientras él saludaba a los vecinos y presumía de hija. Lejos de la ciudad se respiraba otro aire. Olía a limpio y a fresco, lo que venía siendo un maravilloso chute de aire puro. Los rayos de sol te acariciaban la piel de otro modo y el trino de los pájaros era un sonido relajante, muy alejado del bullicio del tráfico que me acompañaba día a día. Supongo que esas serían unas cuantas de las buenas razones por las que mis padres se habían instalado allí.

Nos detuvimos en una panadería que olía a gloria y compramos pan hecho a leña. Mi padre insistió en coger también unas cuantas pastitas recién hechas que tenían una pinta deliciosa y de las que yo no podía apartar la mirada. Me dijo que eran para amenizar el camino de vuelta. Mi padre sí que sabe. Fue como

retroceder a mi infancia, cuando algunos sábados nos íbamos los dos de excursión y él acababa siempre concediéndome todos los caprichos. Lo de ser hija única también tiene sus ventajas. Al salir abrimos la bolsa y fuimos comiendo las pastas de camino a casa, jurándonos que no le diríamos ni una palabra a mi madre, pues nos regañaría por llenarnos la tripa de porquerías antes de comer.

—Puedo hablar con un par de amigos de la oficina —me dijo de pronto mi padre mientras cogía otra pastita de la bolsa que yo sostenía —, todavía tengo contactos y quizá haya algún puesto libre para ti.

—Papá, no hace falta...

—Claro que sí, cariño. Encontrar trabajo hoy en día está muy complicado y yo quiero ayudar a mi pequeña. —Me acarició la mejilla tiernamente —. Deja el orgullo a un lado, ya que no te sirve de nada.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, no sé por qué, quizá porque estaba sensible. Quería muchísimo a mis padres aunque no les visitaba tan a menudo como merecían y me enternecía ver a mi padre deseoso de ayudarme. Hacía un par de años que se había jubilado en la multinacional donde había trabajado durante más de veinte años, pero aún mantenía contacto con sus antiguos compañeros, a quienes veía de vez en cuando, aunque pensándolo fríamente tampoco era tan mala idea intentarlo. No era el trabajo de mis sueños, pero tampoco lo había sido el de la consultora. Solamente iba a ser un medio para conseguir un fin.

—Está bien, papá. Haz una llamada, a ver qué pasa.

Él asintió satisfecho y seguimos andando en cómodo silencio.

Antes de llegar a casa nos deshicimos de la bolsa y de las migas

que teníamos sobre el abrigo para que mi madre no nos pillara.

Aquella misma tarde mi padre hizo la llamada y aunque en un principio no dio buenos resultados, por la noche le llamó uno de sus antiguos compañeros. Le comentó que su cuñado estaba buscando una recepcionista para su gestoría. Nos dejó el teléfono y a la mañana siguiente le llamé concertando una entrevista para esa misma tarde. Tampoco era el trabajo de mi vida, pero parecía tener mejor pinta que lo que había estado haciendo hasta ahora.

—Suerte, hija —me dijo mi madre tras darme un beso en la estación. Había insistido en acompañarme a coger el tren —. No te imaginas lo contento que está tu padre y eso que llevaba una temporada tristón. Ha vuelto a sentirse útil.

—Me ha hecho un favor enorme.

La verdad es que, aunque no quise reconocerlo, no tenía muchas esperanzas de encontrar trabajo pronto. —Abracé a mi madre—. Os quiero mucho.

—Y nosotros a ti.

Tras bajar del tren me metí en el metro, pues iba un poco sobrada de tiempo como para necesitar coger un taxi, y repasé mi currículum y la carta de recomendación que me había hecho el asqueroso de mi ex jefe. Por suerte, me había llevado conmigo el ordenador portátil y pude imprimir los documentos sin necesidad de tener que pasar por casa.

La entrevista fue todo un éxito. La gestoría estaba muy bien ubicada y en ella se respiraba un aire de seriedad y elegancia que distaba mucho de mi anterior trabajo. El horario era bueno y el sueldo supondría una mejora considerable. Ni me lo pensé. Quizá en unos meses, incluso me permitiría

ponerme a estudiar. Cuando me dijeron que si quería, el puesto era mío, me faltó poco para abrazar a mi nuevo jefe, aunque me contuve a tiempo y se lo agradecí formalmente con una sonrisa de oreja a oreja. Empezaba la semana siguiente.

Volví a casa de mis padres pasadas las ocho y, en cuanto mi madre me abrió la puerta, entré como un cohete para lanzarme a los brazos de mi padre y besuquearle toda la cara. El pobre hombre no entendía nada, siendo yo una chica poco cariñosa, le pillé por sorpresa.

—¡Gracias, gracias, gracias! Eres el mejor padre del mundo —le dije tras explicarle que había conseguido el trabajo. Vi como se le humedecían los ojos.

Mi madre nos miraba sonriente desde una esquina del salón enjuagándose una lagrimilla.

—Esta noche nos vamos a cenar

para celebrarlo —anuncié—. Poneros guapos, invito yo.

Y así lo hicimos. Nos fuimos a una marisquería del pueblo y nos pusimos las botas. ¿Os acordáis de los cuatro kilos que había perdido?... Pues creo que en esa semana lograron encontrarme. Pero ¿a quién demonios le importaba? Lo único bueno que había salido de aquellas tristes semanas era que había aprendido a valorarme y a dejar de lado mis inseguridades.

Decidí quedarme con mis padres un par de días más y el fin de semana volver a Barcelona y prepararme para ir el lunes a trabajar. Les conté a mis amigas las buenas nuevas en una llamada a tres y casi me dejaron sorda con sus gritos emocionados. Prometimos celebrarlo en breve. Aquellos pocos días con mis padres habían resultado una cura casi definitiva. No había vuelto a tener

noticias de Eric, tal y como prometió en su correo electrónico, aunque eso no impedía que siguiera pensando en él y me siguiera doliendo igual, pero con la distancia y el tiempo, el dolor era distinto.

—¿Me lo vas a contar de una vez?
—me preguntó mi madre colocando una bandeja en el horno.

Aquella tarde nos habíamos puesto a hacer magdalenas de las de antes. Nada de los inventos modernos de hoy en día, me dijo mientras se ataba el delantal a la cintura. Magdalenas de verdad. Mi padre se apalancó en el salón, viendo un partido en la tele y nosotras nos pusimos manos a la obra.

—¿A qué te refieres? —pregunté lamiendo la cuchara sucia de masa como una niña pequeña.

—Cariño, soy tu madre, pero ante todo soy mujer y aunque lo del trabajo era un tema serio, sé reconocer el mal

de amores en cuanto lo tengo delante.

—Mamá, no sé si quiero hablar de ello.

Podría haber intentado negarlo, pero ella misma lo había dicho, era mi madre y me conocía bien.

—Claro que sí, hija, para eso has venido, ¿no?

Tenía razón. En realidad, había acudido allí en busca del consejo de mi madre porque siendo sinceros, cuando tenemos un problema de verdad, cuando tomar una decisión difícil nos atormenta, ¿a quién acudimos?... Exactamente. A mamá.

Se lo conté todo, aunque no fue fácil contarle a alguien tan convencional el tema de las citas por internet, pero mi madre se mordió la lengua y no entró en lo que le parecía correcto o no, ya que en realidad era un esfuerzo inútil, pues ya estaba hecho. Eso sí, puso especial atención en todo lo relacionado con Eric.

—Sabes, en realidad tampoco me parece tan terrible —dijo pensativa cuando terminé mi relato.

—¡Mamá, me engañó! ¡Se hizo pasar por alguien que no existía para manipularme! —protesté indignada.

—Bueno, hija, es que cuando te cierras en banda no hay quien se acerque a ti...

—No puedo creerlo, pensé que me apoyarías y vas y te pones de su parte. —Me crucé de brazos como una niña enfurruñada.

—Y te apoyo. —Se acercó y se sentó junto a mí después de asegurarse que la temperatura del horno era la correcta —. Solamente digo que, de una manera equivocada, utilizó sus armas para no perderte. Luchó por ti y parece verdaderamente interesado en apoyarte y animarte para que cumplas todas tus metas — dijo acariciándome la mejilla —. No es como Óscar o ese otro chico del que

me has hablado. No ha intentado mermar tu autoestima ni hacerte daño, se ha comportado como un hombre enamorado. ¡Por el amor de Dios! Si hasta te contó la verdad aun sabiendo, si te conoce un poco, que iba a perderte —exclamó—. No quiso cimentar vuestra relación sobre una mentira pudiendo hacerlo. Si te contó la verdad es porque te quiere lo suficiente.

—Puede ser —admití a regañadientes —, pero me siento utilizada y he perdido toda la confianza en él.

—¿Le quieres? —me preguntó y, tras un segundo de vacilación, asentí con la cabeza —. Pues dale la oportunidad de volver a ganársela. No digo que le perdones de un día para otro, simplemente dale una oportunidad, que te demuestre que puede ser sincero, que se lo trabaje, hazle sudar un poco... Parece ser que

él te quiere también, ese mensaje que te envió es muy esclarecedor. No todos los hombres son capaces de mostrar tan abiertamente sus sentimientos.

Le había leído el correo electrónico a mi madre desde la aplicación del teléfono móvil y sé que se había emocionado.

—Estoy asustada, no quiero volver a sufrir —confesé.

—Lo sé, nadie quiere, yo tampoco quiero que vuelvas a pasar por ello, pero es muy difícil encontrar el amor, más aún ser correspondido y en la vida es imposible no sufrir, hija mía. No dejes pasar el tren por miedo. Ese chico se equivocó, pero tú también te has equivocado y te equivocarás alguna vez. Tal vez, tú también harás daño sin querer, pero lo importante es lo que hay de verdadero en tu corazón. ¿Qué duele más, lo que te hizo o el estar sin él? Piénsalo.

Me besó en la cabeza y se levantó dando por concluida la conversación. La vi abrir la nevera y sacar un botellín de cerveza para llevársela a mi padre. Entre ellos sí que había amor verdadero, pensé. La relación de mis padres siempre iba a ser un referente para mí. A pesar de los años, seguían enamorados. Sé que habían superado más de una crisis, pero su unión era más fuerte que todo. Cualquier error se podía perdonar si el amor era puro y verdadero. Me quedé allí sentada un buen rato, controlando el horno y pensando en ello.

El lunes, tras una semana maravillosa junto a mis padres, empecé a trabajar. Fue como la seda y el primer día transcurrió de un modo ameno y agradable. Todo el mundo fue muy amable conmigo. Tanto mi jefe como los otros dos gestores que trabajaban con él, así como sus

respectivas secretarias, me recibieron educadamente y fueron muy solícitos conmigo, ofreciéndome su ayuda en todo momento. Además, estuve convencida de que me llevaría muy bien con las chicas, que nada tenían que ver con la odiosa Cristi. Me alegraba muchísimo de haber permitido a mi padre que me ayudara a conseguir aquel trabajo.

El resto de la semana transcurrió tranquilo. El viernes por la noche quedé con las chicas para celebrarlo, así que salí con prisas de la oficina. Iba caminando por la calle en dirección al metro cuando le vi en la acera contraria. A pesar de que hacía muchos días que no nos veíamos y que estaba lejos, le reconocí perfectamente. Andaba cabizbajo, con las manos metidas en los bolsillos de la cazadora. Parecía más delgado. Creo que no me vio, así que aprovechando esa circunstancia, le

observé caminar hasta que se perdió en la siguiente esquina. Fue cuando desapareció, que me di cuenta de que había estado conteniendo el aliento todo el tiempo.

—Esta tarde he visto a Eric de casualidad por la calle —les conté a mis amigas esa misma noche, una vez teníamos nuestros platos en la mesa y nuestras copas bien cargadas.

—¿Le has dicho algo? —me preguntó Vicky.

Negué con la cabeza.

—Le he visto un par de veces en el gimnasio —comentó Lisa —. Parece demacrado y triste.

Mis amigas intercambiaron una mirada que no supe descifrar.

—¿No crees que ya le has hecho sufrir lo suficiente?

—¿Vosotras también pensáis que debería perdonarle? —pregunté sorprendida.

—Él está sufriendo, tú estás

sufriendo, ambos os queréis, salta a la vista —apuntó Vicky—. Y tampoco es que haya matado a nadie... Solamente la ha cagado, como la mayoría de los tíos hacen alguna vez en la vida, pero está arrepentido. Dale una oportunidad, Su.

—Joder, parecéis mi madre.

—Tu madre es una mujer sabia —concluyó Lisa.

Sí, en eso tenía que darle toda la razón.

El viernes siguiente, tras una llamada de mi madre entre semana preguntándome si ya había hecho lo que tenía que hacer y después de meditarlo mucho y darme cuenta de que de verdad lo estaba pasando mal y que mis sentimientos por Eric estaban por encima del resentimiento, decidí ir a hablar con él y darle la oportunidad que mi madre planteó.

Me presenté en su consulta sin pedir cita y sin saber si iba a estar

ocupado con algún paciente, pero no me importaba esperar. Quería pillarle por sorpresa, ver su reacción, saber si de verdad me estaba esperando y si sus sentimientos por mi seguían siendo los mismos, pero sobre todo quería estar en un terreno neutral con gente alrededor, pues a pesar de todo lo que me había hecho, presentía que aún tenía el poder de hacerme sucumbir con demasiada facilidad, sobre todo después de un mes lejos de él, así que quería evitar tentaciones.

Llamé al timbre y me sorprendió encontrarme con una joven muy mona sentada en lo que parecía ser la nueva recepción. La mesa estaba pulcramente ordenada y habían mejorado considerablemente la iluminación, las paredes estaban pintadas en un color crema y había una planta grande en una esquina. Todo olía a un perfume suave y agradable. Sobre la mesa había una

agenda enorme con un montón de citas apuntadas. A pesar de que estábamos en la era digital, sabía a ciencia cierta que a Eric le encantaba el papel y se manejaba mejor que con un ordenador, por eso no me sorprendió.

—¿En qué puedo ayudarla? —me preguntó la chica, una rubia de ojos enormes.

—Venía a ver a Eric.

—¿Tenía cita? —preguntó consultando la agenda y luego tecleando algo en el ordenador.

—No, no me espera.

—En ese caso creo que deberíamos concertar una visita —me explicó—. Tiene a un paciente dentro de veinte minutos y no creo que ahora pueda atenderla.

—Querrá verme. Por favor, dígame que Susana Jiménez está aquí, es un asunto personal.

—No sé sí...

—Dígaselo.

—Está bien. —No tuve que insistir mucho, pues la joven asintió y se levantó de la silla en dirección al despacho.

La escuché llamar a la puerta y tras un pequeño revuelo, Eric apareció por el pasillo. Parecía cansado y sí, un poco más delgado, aunque estaba tan increíblemente guapo como siempre. Mi corazón dio un vuelco al verle. Él me miraba sorprendido, como si no pudiera creer que estuviera allí.

—Su...

—¿Podemos hablar?

—Claro. —Le vi tragar saliva y reaccionó de inmediato —. Sí, sí... Pasa, ven conmigo.

Yo asentí y empecé a avanzar por el pasillo.

—No me molestes con nada — escuché que le decía a la recepcionista.

—Pero, tienes una visita en menos de veinte minutos —replicó ella.

—Que espere.

Me siguió y ambos entramos en su despacho. Tras cerrar la puerta, se giró sin saber muy bien qué hacer.

—Parece muy eficiente —comenté refiriéndome a la chica, un poco para romper el hielo, pues ambos estábamos muy tensos.

—Sí... La contraté porque, bueno, después de lo que pasó pensé que...

—Está bien —le interrumpí—. No te justifiques, necesitabas a alguien, además, ya he encontrado trabajo.

—Vaya, eso son buenas noticias. Me alegro mucho —dijo sinceramente.

—Sí, estoy muy contenta.

Nos quedamos callados de nuevo, observándonos. El ambiente era tan denso que costaba incluso respirar. La verdad era que no había preparado nada que decirle. No sabía cómo iba a reaccionar al verle, no sabía lo que me

encontraría y no tenía ni idea de lo que quería. Aunque de algo estaba segura, al tenerle de nuevo frente a mí, al sentir su aroma envolviéndome y sus ojos recorriendo mi cuerpo como si yo fuera la cosa más maravillosa que había visto en semanas, supe que seguía queriéndole.

—Pareces cansado —comenté ganando tiempo.

—No duermo muy bien —me explicó —. Tú, en cambio, estás preciosa. Te echo tanto de menos, Su.

—¿Todavía me quieres?

—Dios, cielo... —susurró entre abatido y cansado —. Cada día que pasa creo que te quiero un poco más. Siento tanto todo lo que hice, fui tan estúpido... No sé qué puedo hacer para que me perdones, me siento perdido.

—Eric, yo...

—No, Su, escúchame —me interrumpió —. Sé que dije que te

daría tiempo, que esperaría lo que hiciera falta, pero no estoy dispuesto a esperar ni un día más y menos viéndote y teniéndote aquí. Estas semanas han sido un puto infierno. — Se pasó las manos por el pelo y se acercó un poco —. No voy a dejarte salir de aquí hasta que arreglemos esto. Me dan igual los pacientes o que te pongas a gritar como una histérica —me advirtió.

Yo sonreí.

—No gritaré —le prometí —. De hecho, he venido a proponerte algo.

Eso llamó su atención.

—Te escucho. Sentémonos. —Se acomodó en una de las sillas que había frente al escritorio y me señaló la otra para que hiciera lo mismo.

—Me has hecho daño, Eric, me engañaste haciéndote pasar por alguien que no existía y tu traición me ha dolido más que cualquier infidelidad porque te había entregado

mi confianza a ciegas y me fallaste. — Vi que iba a decir algo pero no le dejé —. He pensado mucho estas semanas y me he dado cuenta de que, a pesar de todo, yo también te quiero y que quizá, por culpa de mis experiencias pasadas, me cerré y no dejé que te acercaras haciéndote dudar sobre mis sentimientos, pero no puedo perdonarte tan fácilmente, no te emociones. —Un rayo de esperanza cruzó su mirada cambiándole la expresión.

—¿Qué propones? Estoy dispuesto a todo.

—Empecemos de cero, como si todo lo que ha sucedido hasta ahora no hubiera existido. Sin mentiras, sin engaños, de manera transparente. Prometo no volver a cerrarme, pero tú tienes que prometer que no volverás a engañarme.

—Jamás, Su. —Se dejó caer de rodillas frente a mí y me cogió ambas

manos entre las suyas —. Te lo juro, cariño, he aprendido la lección. Esta vez, haré todo lo posible para que esto funcione, te compensaré. Te quiero demasiado para volver a arriesgarme.

—Te creo —le dije sintiendo como si me hubiera quitado un gran peso de encima —. Entonces, ¿te parece bien?

—Me parece perfecto —confirmó asintiendo —. Empezar de cero es la mejor decisión para ambos. ¿Puedo besarte? —me preguntó después, algo dubitativo y muy ansioso.

Yo me moría de ganas. Tenía el corazón a mil y me temblaba todo el cuerpo por la necesidad de tocarle, aunque me hice la fuerte y negué con la cabeza.

—Quizá mañana... Después de nuestra primera cita —le informé y me levanté de la silla. Él permaneció unos segundos más en el suelo mirándome sin entender —. Puedes pasar a recogerme sobre las nueve y

llevarme a cenar.

Cuando se dio cuenta de que, a pesar de que no iba a dejar que me besara, le estaba proponiendo una cita, sonrió abiertamente. La expresión triste de hacia unos minutos había desaparecido por completo. Diría incluso, que ambos resplandecíamos.

—No hay nada que me apetezca más. Allí estaré —prometió y yo asentí.

—Te dejo, tus pacientes te esperan. Nos veremos mañana.

—Hasta mañana, mi amor.

Salí de allí como flotando en una nube. Tenía ganas de brincar y gritar a los cuatro vientos que estaba enamorada y que, aunque a veces no es fácil, aunque nos equivoquemos, aunque dudemos, aunque hagamos daño sin querer, cuando el sentimiento es puro, verdadero, siempre acabamos encontrando la

manera de superarlo y de volver a empezar. Como dice mi madre, algunos trenes solo pasan una vez en la vida y no hay que dejarlos escapar.

Epílogo

Dos semanas después...

—¿Lo que estás haciendo conmigo es alguna especie de tortura retorcida, cielo? —me preguntó Eric con los labios pegados a mi cuello.

Estábamos en mi casa, sentados en el sofá viendo una película, o eso nos habíamos propuesto, pues al cabo de cinco minutos de ponerla en marcha habíamos empezado a besarnos y a meternos mano como adolescentes.

—¿Por qué lo dices? —pregunté ahogando un gemido.

En aquel momento, una de sus manos se había colado bajo mi

sujetador y acariciaba tortuosamente mi pezón.

—Bueno, cielo, llevamos más de un mes sin hacer el amor y estas sesiones de magreos de quinceañeros empiezan a saber a poco, no sé si me entiendes —comentó mientras desplazaba sus labios por la mejilla en dirección a los míos, donde me acarició con la lengua para después mordisquearme el labio inferior.

—Por si ni te has dado cuenta, yo también lo estoy sufriendo.

Bajé mis manos por su musculosa espalda hasta abarcarle el delicioso trasero.

—Ya... —murmuró como si no se lo acabara de creer —. Vas a acabar convirtiéndome en un pajillero si no me levantas el castigo pronto —se quejó enfurruñado y yo solté una carcajada.

Desde que habíamos vuelto, un par de semanas atrás, habíamos

estado saliendo y volviendo a conocernos. Todo con calma, sin prisas, sin sexo, porque claro, acostarme con Eric iba a acelerar mucho el proceso y no quería ir por ese camino porque eso iba a confundirlo todo, sin lugar a dudas.

Así que nos había sometido a ambos a una especie de celibato, aunque con ciertas concesiones, como los besos y algunas caricias. Él estuvo de acuerdo en todo momento, pero claro, es un hombre, así que la contención le duró más bien poco.

Aun así, debo decir que Eric me había sorprendido gratamente esos días. Demostró ser un hombre enamorado, detallista y capaz de cualquier cosa por mí. Cada día recibía algún detalle suyo en forma de libro, de música, de mis bombones favoritos, entradas para el teatro o una simple nota pegada en la nevera diciéndome que me quería, además de

largas charlas frente a un café o una copa de vino, contándonos nuestras respectivas vidas y sincerándonos como nunca antes. Desnudar libremente tus miedos frente a otra persona es un gran ejercicio de confianza, que era precisamente lo que hasta ahora nos había fallado.

Tuvimos varias conversaciones en las que me explicó de nuevo las razones por las que se había hecho pasar por *Sombra* y aunque a mí aún me costaba hablar de ello, de algún modo intenté entenderle y aceptar mi parte de responsabilidad, pues yo nunca le puse las cosas fáciles. Había dejado que mis inseguridades gobernaran mi vida hasta el punto de dominarla por completo y eso me había impedido entregarme, pero ahora que sabíamos en qué puntos habíamos fallado, estábamos dispuestos a hacer frente a todos y arreglarlo o, mejor dicho, reconstruir

nuestra relación.

El fin de semana le llevé a comer a casa de mis padres, pues presentarnos a nuestras familias era el próximo paso. Al siguiente, me iba a llevar a conocer a los suyos y debo reconocer que el asunto me tenía muy, muy nerviosa, pero bueno, cuanto antes pasara el trago, mejor.

Le compró a mi madre un ramo de flores impresionante y cuando se lo entregó junto a su deslumbrante sonrisa y una botella de vino, os juro que la pobre mujer no tuvo nada que hacer y cayó rendida a sus encantos, como nos pasa a todas. Con mi padre lo tuvo un poco más complicado, aunque supo ganárselo también. Se mostró tan educado y tan atento conmigo que antes de servir el segundo plato ya les tenía en el bote. Cuando acompañé a mi madre a la cocina para preparar el postre, me agarró de las manos y me habló muy

seria.

—No le dejes escapar. Te quiere de verdad, cariño.

Así que, una vez mis padres dieron el visto bueno y todo lo demás seguía por el camino que debía seguir, no había razones para seguir posponiendo algo que ambos deseábamos con tanta intensidad.

—Sabes, creo que tienes razón — dije acercando mis manos al botón de sus vaqueros para desabrocharlo —, voy a levantarte el castigo.

Me miró suspicaz, arqueando una ceja, como si no acabara de creerme.

—¿En serio?... No bromees con eso, cielo, o tendrás que atenerte a las consecuencias porque estoy muy cachondo, te lo advierto. Creo que no había estado tan cachondo en mi vida.

—No bromeo. —Me aparté un poco y me saqué la camiseta por la cabeza —. Fóllame, Eric.

—¡Joder! —bramó.

Y no sé ni cómo, en cuestión de segundos, me había arrancado los pantalones, bajado las bragas y me tenía a horcajadas sobre él.

—Cielo, esto va a ser rápido —me dijo mientras le ayudaba a bajarse los pantalones y la ropa interior —. Pero prometo que luego te dedicaré todo el tiempo que te mereces. —Me colocó en posición y me penetró de una certera estocada. Por suerte, yo estaba lo suficientemente húmeda y preparada para recibirle sin problemas.

—¡Sí! —gemí agarrándome a sus hombros y clavándole las uñas.

—¡Dios! Muévete, cielo —me rogó y así lo hice.

Le cabalgué con todas mis fuerzas. Ambos gemíamos desesperados y sudorosos intentando contener a duras penas las ganas que teníamos de corrernos. Eric bajó las copas de mi sujetador y agachó la cabeza hasta morderme un pezón con fuerza.

—¡Cómo echaba de menos esto! —
gimió agarrándome fuerte de las
caderas e impulsándose hacia arriba
—. Es mejor de lo que recordaba.

Bajó la mano y me acarició el
clítoris en un intento por acelerar las
cosas, estaba al límite y no quería
correrse primero. Yo estaba igual, así
que no tardé en sentir las
contracciones que me llevaron de
cabeza al orgasmo más brutal de mi
vida.

—No pares, Eric, ¡no pares! —gemí
entre deliciosas contracciones, hasta
que le sentí penetrarme una última
vez y vaciarse en mi interior.

—Te quiero, ¡joder, cielo! ¡Te
quiero! —jadeó en el último momento.

Me dejé caer sobre su pecho y
mientras me acariciaba suavemente
la espalda de arriba abajo y ambos
recuperábamos el aliento, yo también
le susurré bajito que le quería.

—¡Mierda! —le escuché quejarse

unos segundos después —. No hemos usado condón.

Levanté la cabeza y le acaricié la mejilla para tranquilizarle.

—No pasa nada. Cuando fui al médico a hacerme aquellos análisis, que por cierto salieron bien, le pedí que me recetara la píldora, así que no hay problema.

—No me habías dicho nada, pero menos mal. —Respiró aliviado —. Aunque te quiero tanto, cariño, que las consecuencias no me hubieran importado.

Sentí un pellizquito de emoción en el corazón. La verdad es que a mí tampoco me importaría, pero pensándolo bien, aún era demasiado pronto y todavía teníamos muchas cosas que cimentar antes de pensar en ello.

—¿Te parece bien si vamos a la cama y repetimos? —propuse.

A él se le iluminaron los ojos.

—Me parece la mejor idea que has tenido nunca.

Nos levantamos del sofá unos minutos después con piernas temblorosas y excitados de nuevo de las ganas que nos teníamos. Eric me cogió de la mano dispuesto a arrastrarme hasta la habitación. No me hubiera sorprendido que esa vez, finalmente, me hubiera cargado en plan cavernícola, pues ya estaba totalmente recuperada de mi contractura. No me hubiera importado nada, pensé. Pero antes si quiera de cruzar el umbral del salón escuché sonar la melodía de mi móvil. Eric tiró de mí haciéndome entender que ni de coña se me ocurriera contestar, pero algo me decía que era importante coger esa llamada.

—Joder, Su... ¿Por qué ahora? — se quejó.

Miré la pantalla del móvil y vi reflejado el nombre de Lisa.

Me extrañó.

—Es la una de la madrugada, Lisa no llamaría si no fuera algo importante.

Yo también me moría por seguir con nuestra merecida maratón de sexo después de tantas semanas de abstinencia, pero no me quedó más remedio que contestar.

—¿Qué ocurre, Lis? —pregunté.

Estaba llorando, me asusté de inmediato, me costó entenderla entre hipidos. Vi que Eric me miraba cada vez más preocupado. En cuanto colgué, volví al sofá para recuperar nuestra ropa.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó.

Aun sin saber nada, ya empezaba a vestirse, imitándome.

—Era Lisa, están en el hospital —expliqué poniéndome los vaqueros a toda prisa —. Se ve que tu amigo Raúl acaba de pegar a Toni en plena calle.

—¡Joder! ¿Pero qué demonios le

pasa a este tío últimamente? —
murmuró pasándose una mano por el
cabello revuelto.

—No lo sé, pero deberíamos ir a
averiguarlo.

Él asintió cogiendo las llaves y la
cartera mientras yo me calzaba y me
ponía la chaqueta.

—¿Vamos? —me preguntó.

Yo asentí.

Salimos y nos metimos en su
coche, rumbo al hospital y esta vez,
quisiera o no, Lisa iba a tener que
explicarme de una vez por todas qué
estaba ocurriendo entre Raúl y ella...

FIN

Agradecimientos

Cuando empecé a escribir *Déjate tentar*, nunca imaginé que llegaría este momento. Pensaba que quedaría oculto en la memoria de mi ordenador, por miedo a mostrarlo o porque no sería lo suficientemente bueno para que alguien apostara por él.

Ahora llega el momento más especial, en el que os cuento que detrás de todo esto no solo estoy yo, sino un montón de gente que ha creído en mi manuscrito y ha colaborado para que fuera mejor.

En primer lugar, a mis padres. Aunque la mayoría de veces no estamos de acuerdo en nada, esto no habría sido posible sin su apoyo

incondicional. Gracias por haberme enseñado que las armas más poderosas que poseo son el respeto y la humildad.

A Javi y sobre todo a Vero. Por leer y creer en mí incluso antes de saber que era yo. Nunca olvidaré que la primera oportunidad me la distéis vosotros. Os llevaré siempre en mi corazón.

A China. Por saber plasmar en una imagen la esencia de mi novela. Ha sido un placer trabajar contigo.

A Amaia. Por todo el cariño que has puesto en mi trabajo, haciéndolo también un poco tuyo. Enseguida supiste leer entre líneas y captar toda la esencia de lo que quería contar.

A Tania y Lorena. Por vivir esta aventura a mi lado, de la mano. Se os quiere, compañeras.

A mis amigas. Por alegrarse, por animarme y por estar ahí, siempre atentas y ansiosas por leer.

A las personas que me han estado apoyando a través de las redes sociales, aun sin haber leído la novela. Gracias por creer en mí desde el principio.

A ti, lector. Por haber llegado hasta aquí. Si durante el camino he logrado arrancarte una sonrisa, una lágrima o cualquier otra emoción, ya me doy por satisfecha.

Por último, pero no menos importante. A todas aquellas personas que alguna vez me dijeron que me rindiera, que nunca iba a lograrlo... Ahora soy yo la que os digo: ¡¡TOMA!!

Biografía



Anna Dominich es el seudónimo bajo el que escribe esta autora catalana, nacida en la ciudad de Barcelona.

Aunque centró sus estudios en una rama de ciencias, la pasión por los libros no tardó en convencerla de que su verdadera vocación estaba en las letras.

Lectora empedernida, con una

mente inquieta, empezó a escribir historias llenas de romance, pasión, amor y sentido del humor.

Sus novelas lograrán atrapar al lector por la frescura, la naturalidad y el realismo con el que escribe.

En febrero de 2016, bajo el sello de Ediciones Coral, publicará su primera novela Chick lit titulada «Déjate tentar», perteneciente a una serie llamada «Citas de Amor».

Actualmente, sigue inmersa en el proceso creativo de dichas novelas, con las que va a entrar pisando fuerte en el género de la novela romántica.